ACANTILADO

Christopher Isherwood

El señor Norris cambia de tren

TRADUCCIÓN DE DOLORES PAYÁS



EL SEÑOR NORRIS CAMBIA DE TREN

CHRISTOPHER ISHERWOOD

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE DOLORES PAYÁS



ACANTILADO
BARCELONA 2021

TÍTULO ORIGINAL *Mr Norris Changes Trains*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

ISBN: 978-84-18370-37-3

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
febrero de 2021



A W. H. Auden

1

Mi primera impresión fue que los ojos del desconocido eran de un color azul claro poco común. Vacíos y temerosos, se encontraron con los míos durante varios segundos ociosos. Alarmados, cándidamente traviesos, me recordaron vagamente un incidente al que no conseguía poner fecha; algo sucedido mucho tiempo atrás y que tenía que ver con la clase de cuarto grado superior de la escuela. Eran los ojos de un escolar sorprendido al saltarse alguna regla. No es que yo hubiera sorprendido al desconocido haciendo nada en concreto. Aparentemente tan sólo estaba inmerso en sus pensamientos, pero quizá se imaginó que yo podía leerlos. Sea como fuere, parecía que no me hubiese oído ni visto atravesar el compartimiento del tren desde mi asiento hasta el suyo, porque el sonido de mi voz le causó tal sobresalto que su abrupto respingo reverberó en mi cuerpo: instintivamente, di un paso atrás.

Fue, exactamente, como si nuestros cuerpos hubieran chocado en la calle. Ambos nos mostramos confusos y predispuestos a pedir disculpas. Sonriendo con el deseo de tranquilizarlo, le repetí la pregunta.

—Disculpe, caballero. ¿Podría usted darme fuego?

Ni siquiera entonces respondió de inmediato. Pareció enfrascarse en alguna clase de veloz cálculo mental, mientras sus dedos, activos y nerviosos, se agitaban y revoloteaban en torno a su chaleco. Todos aquellos gestos podían significar que iba a quitarse la ropa, a desenfundar un revólver o, simplemente, que se estaba asegurando de que yo no le había robado la cartera. Aquel instante de inquietud cruzó por su mirada como una pequeña nube, luego desapareció y dejó en ella un cielo azul y claro. Por fin había comprendido qué quería yo de él.

—Sí, sí. Ah…, por supuesto, desde luego.

Mientras hablaba se llevó la punta de los dedos a la sien izquierda, la tocó con delicadeza, tosió y, de pronto, sonrió. Era una sonrisa que tenía un gran encanto, pero dejaba al descubierto la dentadura más fea que había visto en mi vida. Eran unos dientes como rocas quebradas.

—Por supuesto—dijo de nuevo—. Será un placer.

Con delicadeza, metió el índice y el pulgar en el bolsillo del chaleco y extrajo un mechero de oro. Llevaba un traje suave de color gris que parecía caro, las manos eran blancas y pequeñas, le habían hecho una manicura impecable.

Le ofrecí un cigarrillo.

—Ah, muchas gracias. Gracias.

—Después de usted, caballero.

—No, no. Se lo ruego.

La minúscula llama del mechero parpadeó entre nosotros, tan perecedera como la atmósfera que había creado nuestra exagerada cortesía. El menor soplo de aliento habría extinguido la llama, el más mínimo gesto o palabra imprudente habría puesto fin a la cortesía. Cuando los cigarrillos estuvieron encendidos, volvimos a sentarnos. El desconocido aún tenía dudas sobre mí. Se preguntaba si no habría ido demasiado lejos, si no se habría librado a un pesado o a un malhechor. Su alma tímida anhelaba retirarse. Yo, por mi parte, no tenía nada para leer. El viaje sería largo, tenía por delante unas seis o siete horas de absoluto silencio. Estaba totalmente decidido a charlar.

—¿Sabe usted a qué hora llegamos a la frontera?

Al recordar ahora la conversación, no me parece que aquella pregunta fuera particularmente extraña. Es cierto que no me interesaba la respuesta; tan sólo quería preguntar algo que nos permitiera iniciar una charla, pero que no fuera inquisitivo o impertinente. El efecto que surtió sobre el desconocido fue notable. Desde luego, había conseguido despertar su interés. Me lanzó una mirada larga y extraña, y los rasgos de su rostro parecieron tensarse un poco. Aquélla era la mirada de un jugador de póquer: de pronto adivina que su contrincante tiene escalera de color y que, por tanto, más le vale ser cuidadoso. Tras una larga pausa contestó, hablando con lentitud y cautela:

—Me temo que no podría decírselo con exactitud. Creo que más o menos dentro de una hora.

Su mirada, que durante un rato había sido clara, se ensombreció de nuevo. Algún pensamiento desagradable parecía rondarlo como una avispa; sacudió ligeramente la cabeza para deshacerse de él. Luego añadió, con una petulancia sorprendente:

—Todas estas fronteras… son un terrible fastidio.

No estaba muy seguro de cómo interpretar sus palabras. Me pasó por la cabeza que quizá fuera alguna clase de internacionalista moderado, o un miembro de la Liga de las Naciones. Aventuré unas palabras para alentarle:

—Tendrían que eliminarlas.

—Estoy muy de acuerdo con usted. Sí, tendrían que hacerlo.

No había que malinterpretar su calidez. Tenía una nariz grande, roma y carnosa, y un mentón que parecía haberse deslizado hacia un lado. Era como un acordeón roto. Cuando su propietario hablaba, se agitaba, daba unos extraños tirones, y en uno de los lados surgía un sorprendente hoyuelo, profundo y similar a una cicatriz. Por encima de las mejillas, maduras y enrojecidas, la frente era blanca como una escultura de mármol. La atravesaba un flequillo gris cortado de manera extraña; era compacto, espeso y pesado. Después de haberlo examinado durante unos instantes, descubrí, con gran interés, que el caballero llevaba peluca.

—Muy en particular—a la vista del éxito, continué en la misma línea—, habría que suprimir todos esos formulismos burocráticos, la inspección de pasaportes y demás cosas.

Pero algo no iba bien. Me di cuenta al instante por su expresión. De alguna manera me las había arreglado para pulsar una nota nueva y desagradable. Hablábamos lenguas similares, pero también distintas. Sin embargo, esta vez la reacción del desconocido no fue de desconfianza. Me hizo una pregunta con una franqueza y una curiosidad tan poco simuladas que me dejó perplejo:

—¿Alguna vez ha tenido algún problema en esta frontera?

Lo que me pareció extraño no fue tanto la pregunta en sí como el tono en que la formuló. Sonreí para ocultar mi confusión.

—Oh, no. Más bien al contrario. La mayoría de veces ni siquiera se molestan en abrir los equipajes, y en lo que se refiere al pasaporte, apenas suelen echarle un vistazo.

—No sabe cuánto me alegra lo que dice.

Por la expresión de mi rostro, debió de adivinar lo que estaba pensando, pues añadió de modo apresurado:

—Ya sé que le podrá parecer absurdo, pero detesto llamar la atención y también odio que me molesten.

—Por supuesto. Lo entiendo a la perfección.

Sonreí abiertamente pues acababa de dar con una explicación satisfactoria que justificaba su conducta. Aquel caballero debía de estar pasando alguna pequeña e inocente mercancía de contrabando. Con toda probabilidad, se trataría de algún trozo de seda para su mujer o de una caja de puros para algún amigo. Y ahora, claro está, comenzaba a tener miedo. Desde luego, parecía lo bastante acomodado como para hacer frente a cualquier arancel. Los ricos tienen placeres extraños.

—¿Así que no ha cruzado esta frontera nunca?

Me sentía amable, protector y superior a él. Estaba dispuesto a darle ánimos y, en el caso de que las cosas se pusieran feas, tenía

preparada alguna mentira plausible para ablandar el corazón de los funcionarios de aduanas.

—No, en años recientes no. Normalmente viajo pasando por Bélgica. Por varias razones. —Una vez más adoptó una expresión vaga. Calló y se rascó el mentón con solemnidad. Luego, de repente, pareció percatarse de mi presencia—. Quizá, a estas alturas de la conversación, debería presentarme. Arthur Norris, caballero. O, mejor dicho, rentista. —Soltó una risita nerviosa, luego exclamó, con un deje de alarma—: ¡No se levante usted, se lo ruego!

Estábamos demasiado lejos como para estrecharnos las manos sin levantarnos. Llegamos a una solución intermedia y, sin movernos de nuestros asientos, nos hicimos una cortés reverencia de cintura para arriba.

—Me llamo William Bradshaw—le dije.

—¡Válgame Dios!, ¿no será usted por casualidad uno de los Bradshaw de Suffolk?

—Creo que sí. Antes de la guerra vivíamos cerca de Ipswich.

—¿De verdad? Hubo una época en la que yo tenía por costumbre ir allí, y entonces me alojaba con la señora Hope-Lucas. Tenía una casa encantadora cerca de Matlock, y su nombre de soltera era señorita Bradshaw.

—En efecto, lleva usted razón. Era mi tía abuela Agnes. Murió hace unos siete años.

—¿De veras? Caramba, caramba, no lo sabía, lo siento mucho…, por supuesto, cuando la conocí yo era bastante joven, y por aquel entonces ella ya era una señora de mediana edad. Estoy hablando, fíjese, del año noventa y ocho.

Mientras hablábamos yo estudiaba la peluca con disimulo. Nunca había visto una tan bien hecha; en la parte posterior del cráneo se confundía a la perfección con su pelo. Sólo la raya la delataba, pero incluso podría pasar desapercibida a dos o tres metros de distancia.

—Vaya, vaya—observó el señor Norris—. Válgame Dios, qué pequeño es el mundo.

—¿Quizá llegó usted a conocer a mi madre?, ¿o a mi tío, el almirante?

Para entonces yo ya me había resignado a participar en el usual intercambio sobre relaciones familiares. Era una charla aburrida, pero demandaba exactitud y tenía la ventaja de que podía prolongarse durante horas. Frente a mí veía una cadena completa de sencillas concatenaciones: tíos, tías y primos, sus bodas y sus propiedades, las herencias, las hipotecas, las ventas. De allí pasaríamos a los exclusivos institutos privados y a la universidad. Compararíamos nuestras apreciaciones sobre la comida escolar, intercambiaríamos anécdotas

sobre los maestros, las competiciones deportivas más relevantes y las peleas más celebradas. Sabía con exactitud el tono que debía adoptar.

Pero, para mi sorpresa, resultó que el señor Norris no tenía deseo alguno de participar en un intercambio de esta clase. Me respondió con rapidez:

—No. Me temo que no. Desde la guerra, prácticamente he dejado de tener contacto con mis amigos ingleses. Mis negocios me han llevado muy a menudo al extranjero.

La palabra *extranjero* hizo que los dos nos pusiéramos a mirar espontáneamente por la ventanilla. Holanda se alejaba con la languidez de un sueño. Era un paisaje plácido y cenagoso delimitado por un tranvía eléctrico que discurría a lo largo del muro de un dique.

—¿Conoce usted bien este país?—le pregunté.

A partir del momento en que me di cuenta de que llevaba peluca, ya no fui capaz de llamarle señor. Y, de todos modos, si él la utilizaba para parecer más joven, por mi parte habría sido poco amable y habría denotado falta de tacto insistir en darle un tratamiento que subrayaba nuestra diferencia de edad.

—Conozco Ámsterdam muy bien—el señor Norris se frotó el mentón con un movimiento nervioso y furtivo. Tenía una especial habilidad para hacer ese gesto y para abrir la boca como si gruñera, pero sin ferocidad, igual que un viejo león en una jaula—. Sí, muy bien.

—Me gustaría mucho ir. Debe de ser un lugar apacible y tranquilo.

—Todo lo contrario, puedo asegurarle que es una de las ciudades más peligrosas de Europa.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Pese a que siento un profundo apego por Ámsterdam, siempre mantendré que tiene tres inconvenientes fatales. En primer lugar, las escaleras de muchas de sus casas son tan empinadas que hay que ser escalador profesional para subirlas sin arriesgarse a sufrir un infarto o a romperse el cuello. En segundo lugar, están los ciclistas. Infestan la ciudad y parecen considerar una cuestión de honor conducir sin mostrar la menor consideración hacia la vida humana. Esta misma mañana he escapado por muy poco de uno de ellos. Y, en tercer lugar, están los canales. No sé si lo sabe usted, pero en verano resultan de lo más insalubre. Oh, sí, de lo más insalubre. No tengo palabras para expresar cuánto me han hecho sufrir. Me he pasado semanas interminables con la garganta constantemente irritada.

Para cuando llegamos a Bentheim, el señor Norris me había dado ya una conferencia sobre las desventajas de la mayoría de las ciudades europeas. Me dejó atónito descubrir cuánto había viajado. Había

sufrido de reumatismo en Estocolmo y padecido las corrientes de aire frío de Kauna. En Riga se había aburrido, en Varsovia lo trataron con extrema descortesía y en Belgrado le fue imposible hacerse con su marca favorita de dentífrico. En Roma los mosquitos no pararon de incordiarlo, en Madrid le pasó lo mismo con los mendigos, y en Marsella con las bocinas de los taxis. En Bucarest tuvo una experiencia sumanente desagradable con la taza de un inodoro. Constantinopla le pareció una ciudad cara y carente de gusto. Las dos únicas ciudades que merecían su aprobación, y además entusiasta, eran París y Atenas. Y en particular, Atenas. Atenas era su hogar espiritual.

Llegados a este punto, el tren se detuvo. Varios hombres, pálidos y corpulentos, vestidos con uniformes azules, deambulaban de un lado a otro del andén con ese aire ocioso y levemente siniestro que caracteriza los movimientos de los oficiales en las estaciones fronterizas. No eran muy distintos a carceleros. Parecía que fueran a impedirnos continuar el viaje más allá del punto en el que nos hallábamos. A lo lejos, en el fondo del pasillo del vagón, reverberó una voz: «*Deutsche Passkontrolle*» [Control alemán de pasaportes].

—Creo—dijo el señor Norris, sonriéndome con clase—que uno de los recuerdos más placenteros que tengo es el de las mañanas en las que tenía por costumbre pasear por las callejuelas viejas y pintorescas que hay detrás del templo de Teseo.

Estaba muy nervioso. Su mano blanca y delicada jugueteaba sin cesar con el anillo de sello que llevaba en el meñique. Los ansiosos ojos azules no hacían más que lanzar miradas de reojo en dirección al pasillo del vagón. Su voz se volvió impostada y adquirió un tono chillón de alegría falsa y forzada. Parecía la voz de un personaje de una comedia de salón de las de antes de la guerra. Hablaba en voz tan alta que con toda seguridad los viajeros del compartimiento contiguo podían oírlo.

—Uno descubre, de la forma más inesperada, pequeños rincones que resultan de lo más fascinantes. Una solitaria columna erguida en medio de un montón de desechos…

—*Deutsche Passkontrolle*. Pasaportes, por favor.

Un oficial había aparecido en la puerta de nuestro compartimiento. El sonido de su voz hizo que el señor Norris diera un brinco, leve pero visible. Deseando concederle tiempo para que se serenara, ofrecí mi pasaporte a toda velocidad. Tal y como esperaba, apenas le echaron un vistazo.

—Viajo a Berlín—dijo el señor Norris, alargando su pasaporte con una encantadora sonrisa; tan encantadora, de hecho, que pareció algo excesiva. El oficial no reaccionó. Se limitó a gruñir, hojeó las páginas del pasaporte con considerable interés y, luego, se lo llevó al pasillo y lo sostuvo frente a la luz de la ventanilla.

—Es un hecho notable—me dijo el señor Norris, hablando con locuacidad—que en ningún pasaje de la literatura clásica se encuentre una sola referencia al monte Licabeto.

Me sorprendió el estado en el que se encontraba; tenía los dedos crispados y casi había perdido el control de la voz. En su frente de alabastro habían aparecido auténticas perlas de sudor. Si esto es lo que él denominaba «detestar llamar la atención», y si ésta era la agonía que padecía cada vez que se saltaba algún reglamento, no tenía nada de sorprendente que sus nervios lo hubieran convertido en un calvo prematuro. Lanzó una mirada veloz y muy angustiada hacia el pasillo. Había llegado otro oficial. Junto con el primero, se habían colocado de espaldas a nosotros y estaban examinando el pasaporte. Con un esfuerzo a todas luces heroico el señor Norris se las arregló para seguir manteniendo su charla locuaz y didáctica.

—A día de hoy, lo único que hemos conseguido saber es que según parece estuvo plagada de lobos.

El otro oficial había cogido el pasaporte. Daba la impresión de que se lo iba a llevar a alguna parte. Su compañero, entretanto, consultaba un cuaderno de notas negro y brillante. Levantó la cabeza y preguntó de modo abrupto:

—¿Reside usted actualmente en el número 168 de Courbierestrasse?

Por un momento pensé que el señor Norris iba a desmayarse.

—Eh… sí. Resido allí.

Al igual que un pájaro frente a una cobra, sus ojos estaban clavados en los de su interrogador y expresaban fascinación y desamparo, como si esperara ser arrestado en el acto. Pero en realidad, lo único que sucedió fue que el oficial apuntó algo en su libreta, gruñó una vez más, dio media vuelta y se dirigió al siguiente compartimiento. Su compañero devolvió el pasaporte al señor Norris diciendo: «Gracias, señor», luego saludó con cortesía y salió tras el primer oficial.

El señor Norris se desplomó sobre el duro asiento de madera lanzando un profundo suspiro. Durante unos segundos pareció incapaz de pronunciar una palabra. Sacó un gran pañuelo de seda blanco y empezó a darse toquecitos en la frente, teniendo buen cuidado de no desorganizarse la peluca.

—Me pregunto si sería usted tan amable de abrir un poco la ventanilla—dijo, por fin, con una voz débil—. De golpe, el aire del compartimiento parece estar terriblemente viciado.

Me apresuré a hacer lo que me pedía.

—¿Puedo traerle algo?—le pregunté—. ¿Quizá un vaso de agua?

Rechazó mi oferta haciendo un gesto débil con la mano.

—Es muy amable por su parte…, no se preocupe. Estaré bien enseguida. Mi corazón ya no es el que era. —Suspiró—. Empiezo a ser demasiado viejo para esta clase de asuntos. Todos estos viajes… no me sientan bien.

—¿Sabe?, no debería usted preocuparse tanto, se lo digo en serio.

En aquel momento me sentía más protector que nunca con él. Este afectuoso sentimiento de protección que me inspiraba, un sentimiento que brotaba de modo tan fácil como peligroso, iba a teñir nuestro trato en el futuro.

—No debe usted permitir que le fastidien estas bagatelas.

—¡Llama usted a esto una bagatela!—exclamó, formulando una protesta más bien lastimosa.

—Desde luego. De todas maneras, el asunto iba a resolverse necesariamente en pocos minutos. Lo que sucedió fue muy simple, el oficial lo confundió a usted con alguien que debe de llamarse igual.

—¿De verdad cree usted que ha sido eso?—Ardía en deseos de que lo tranquilizara, eran ansias infantiles.

—Por supuesto. ¿Qué otra explicación cabría?

El señor Norris no parecía tener muy claro esto último. Dijo, con voz vacilante:

—Bueno, eh…, supongo que ninguna.

—Además, debe usted saber que esto sucede a menudo. Confunden a personas por completo inocentes con ladrones de joyas. Los desnudan y los inspeccionan de arriba abajo. ¡Imagínese que le hubieran hecho eso a usted!

—¡De verdad!—El señor Norris soltó una risita ahogada—. La mera idea hace que mis mejillas se llenen de rubor.

Reímos. Yo estaba contento de haber conseguido levantarle el ánimo con tanto éxito. Pero ¿qué demonios pasaría, me preguntaba yo, cuando llegaran los agentes de aduanas? Pues si mis presunciones sobre los regalos que estaba intentando pasar de contrabando resultaban ciertas, ésta era la genuina razón de todo su nerviosismo. Y si aquel pequeño equívoco sobre su pasaporte lo había turbado tanto, sin duda la llegada de los agentes de aduanas le causaría un ataque al corazón. Me pregunté si no sería mejor mencionar el asunto de forma directa y ofrecerle esconder sus cosas en mi propia maleta. Pero en aquel momento lo vi tan feliz, tan inconsciente de que pudieran avecinarse nuevos problemas, que no tuve valor para inquietarlo.

Estaba equivocado. La inspección de los agentes de aduanas, cuando llegó, pareció proporcionar a Norris un placer absoluto. No mostró el menor signo de incomodidad, y en su equipaje tampoco se descubrió nada susceptible de estar sujeto a derechos de aduanas. Apareció un frasco grande de perfume Coty, y Norris bromeó y se rio

con el agente al respecto. Habló en un alemán fluido.

—Ah, sí. Es para mi uso personal, se lo puedo asegurar. No me separaría de este perfume por nada del mundo. Permita que le ponga una gota en el pañuelo. Resulta deliciosamente refrescante.

Por fin todo terminó. El tren maniobró con lentitud en dirección a Alemania. Y el encargado del vagón restaurante apareció por el pasillo, golpeando su pequeño gong.

—Y ahora, hijo—dijo el señor Norris—, después de todos estos temores y correrías, y de que usted me haya ofrecido su invaluable apoyo moral, algo por lo cual le estoy mucho más agradecido de lo que podría expresar, espero que me conceda el honor de ser mi invitado durante el almuerzo.

Se lo agradecí y le dije que aceptaba encantado.

Cuando ya nos hallábamos sentados confortablemente en el vagón restaurante, el señor Norris pidió una copita de coñac:

—Tengo por norma general no beber nunca antes de las comidas, pero hay veces en que la ocasión parece exigirlo.

Nos sirvieron la sopa. Tomó una cucharada, luego llamó al encargado y se dirigió a él en un tono de leve reproche.

—Estoy seguro de que convendrá conmigo que tiene demasiada cebolla—le comunicó con voz preocupada—. ¿Me haría usted un favor personal? Quisiera que la probara usted mismo.

—Por supuesto, señor—dijo el encargado, que estaba en extremo ocupado, y a continuación retiró a toda prisa el plato con una deferencia levemente insolente. El señor Norris se mostró dolido.

—¿Ha visto eso? No la va a probar. No va admitir que ha habido un error. Válgame Dios, ¡que obstinadas son algunas personas!

Sin embargo, un momento después olvidó esta pequeña decepción relativa a la naturaleza humana. Había empezado a estudiar la lista de vinos con mucha atención.

—Vamos a ver… vamos a ver… ¿estaría usted dispuesto a probar un vino blanco del Rin? ¿Qué me dice? Tenga en cuenta que es una lotería. En el tren hay que estar siempre preparado para lo peor. Pero creo que vamos a asumir el riesgo, ¿no?

Llegó el vino del Rin y fue todo un éxito. El señor Norris no había probado un vino blanco del Rin tan bueno, me dijo, desde una vez que había comido con el embajador de Suecia en Viena, y eso había sido el año anterior. Además, en el menú había riñones, su plato favorito.

—Caramba—observó con deleite—, acabo de descubrir que tengo un apetito considerable… si alguna vez quiere usted probar unos riñones cocinados a la perfección debe ir a Budapest. Para mí fueron una auténtica revelación… Debo decir que estos también están francamente deliciosos, ¿no cree? Francamente deliciosos. Al principio

me pareció notar el sabor de ese pimiento rojo tan odioso, pero ha sido tan sólo producto de mi imaginación sobreexcitada.

Llamó al encargado:

—Le ruego que salude usted al chef de mi parte y le transmita mis felicitaciones por una comida excelente. Muchas gracias. Y ahora tráigame usted un puro.

Llegaron los puros, los olfateó y luego los oprimió entre el índice y el pulgar. Por fin, el señor Norris escogió el más grande de la bandeja:

—Hijo mío, ¿no fuma usted puros? ¿Cómo es eso? Debería probarlos. Bien, bien, quizá tenga usted otros vicios…—Para entonces se encontraba de un humor inmejorable—. Debo decir que cuanto más viejo me hago más valoro las pequeñas comodidades que me ofrece esta vida. Por lo general, viajo en primera clase, sin excepción. Siempre merece la pena. A uno lo tratan con muchísima más consideración. Un día como hoy, por ejemplo, si no hubiera estado en un compartimiento de tercera clase, los oficiales jamás se habrían atrevido a molestarme. Mire, ahí los tiene, hay oficiales alemanes por todas partes. «Una raza de suboficiales», ¿no es así como la llamó alguien? Qué buena definición, tan cierta…—Durante unos segundos, el señor Norris se estuvo dando golpecitos en los dientes en medio de un silencio pensativo—. A mi generación la educaron para contemplar el lujo estéticamente. Desde la guerra, la gente ya no parece verlo así y, muy a menudo, las personas se comportan de modo simplemente grosero. Se entregan a sus placeres con vulgaridad, ¿no le parece? Claro que a veces uno mismo se siente culpable. Hay tanto desempleo y tantos problemas a nuestro alrededor… Las condiciones de vida en Berlín son muy malas. Oh, sí, muy malas… Pero sin duda usted ya lo sabe. Yo hago lo que puedo para ayudar, a mi modesta manera, pero no es más que una gota en el océano—dijo suspirando y rozándose los labios con la servilleta—. Y aquí estamos nosotros, dejándonos acunar por una vida de lujo. Sin duda los reformadores sociales nos condenarían. De todos modos, supongo que si nadie hiciera uso de este restaurante, tendríamos a todos estos empleados viviendo también del subsidio de desempleo… Señor, señor. Hoy día las cosas resultan tan complejas.

Nos separamos en la estación Zoo. El señor Norris retuvo mi mano un buen rato mientras estuvimos parados en medio del andén, recibiendo los empujones de los pasajeros que llegaban.

—*Auf Wiedersehen*, hijo mío, *Auf Wiedersehen*. No le voy a decir adiós porque tengo la esperanza de que nos volvamos a ver en un futuro muy próximo. Cualquier pequeña incomodidad que haya podido sufrir en este odioso viaje ha sido ampliamente recompensada por el gran placer de haberlo conocido. Y ahora, me pregunto si

querría venir a tomar el té a mi casa un día de esta semana. Pongamos, por ejemplo, el sábado. Aquí tiene mi tarjeta. Por favor, dígame que vendrá.

Le prometí que iría.

2

El piso del señor Norris tenía dos puertas de entrada. Estaban una al lado de la otra. Ambas tenían una pequeña mirilla redonda en el panel central, pomos brillantes y pulidos y una placa de metal con palabras grabadas. La placa de la izquierda rezaba: ARTHUR NORRIS. PRIVADO. La de la derecha: ARTHUR NORRIS, EXPORTACIÓN E IMPORTACIÓN.

Dudé unos segundos, luego pulsé el timbre de la puerta de la izquierda. Sonó con un volumen alarmante que tuvo que oírse claramente por todo el piso. Aun así, no sucedió nada. En el interior del piso no se oía ningún ruido. Ya me disponía a llamar otra vez cuando me di cuenta de que un ojo me observaba por la mirilla de la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Me sentí incómodo. No sabía muy bien qué hacer: si clavar la mirada en el ojo del fondo del agujero o, simplemente, simular no haberlo visto. Examiné el techo, el suelo y las paredes ostentosamente. Luego aventuré una mirada furtiva hacia la puerta para ver si el ojo se había ido. No se había ido. Resultaba humillante, así que me coloqué totalmente de espaldas a la puerta. Pasó casi un minuto.

Cuando por fin me di la vuelta, fue porque la otra puerta, la correspondiente a Exportación e Importación, se había abierto. Había un hombre joven en el umbral.

—¿Está el señor Norris en casa?—pregunté.

El joven me miró con expresión suspicaz. Tenía unos ojos amarillos que despedían un brillo acuoso y la piel del rostro tenía unas manchas del color del *porridge*. La cabeza era grande y redonda y se sostenía, con desmaña, sobre un cuerpo bajito y rechoncho. Vestía un atildado traje de calle y calzaba zapatos de charol. Su aspecto no me gustó en absoluto.

—¿Tiene usted una cita?

—Sí.

Mi tono fue en extremo cortante. De inmediato el rostro del joven se deshizo en untuosas sonrisas.

—Oh, ¿es usted el señor Bradshaw? Un momento, por favor.

Me cerró la puerta en las narices y reapareció un instante después

en la puerta de la izquierda. Allí se apartó un poco para permitirme entrar en el piso. Yo estaba estupefacto. Su conducta resultaba aún más extraordinaria porque, tal y como percibí de inmediato al entrar, la parte del lado privado del recibidor y la del lado de exportación estaban separadas tan sólo por una gruesa cortina que colgaba del techo.

—El señor Norris me pide que le comunique que estará con usted en un minuto—dijo el joven de cabeza grande, caminando de puntillas con sus zapatos de charol por la gruesa alfombra. Hablaba con mucha suavidad, como si tuviera miedo de que alguien lo oyera. Abrió la puerta de una sala de espera enorme y, en silencio, me hizo un gesto para que me sentara en una silla. Luego se retiró.

Al quedarme solo, miré a mi alrededor. Estaba un poco desconcertado. Todo era de un gusto exquisito, los muebles, la alfombra, la combinación de colores. Pero, curiosamente, la habitación carecía de personalidad. Era como la habitación de un decorado de teatro, o el escaparate de una tienda de muebles de lujo; elegante, caro y discreto. Esperaba que el señor Norris viviera en un entorno más exótico; un decorado chino con dragones dorados y rojos hubiera resultado adecuado para él.

El joven había dejado la puerta entornada. Desde algún lugar junto a la salida del salón, le oí decir: «Ha llegado el caballero, señor». Parecía que se lo dijera a un aparato telefónico. Luego, de un modo aún más audible, se oyó la voz del señor Norris. Contestaba desde el otro lado de una puerta que estaba en el ángulo opuesto del salón: «Oh, ¿está aquí? Gracias».

Me dieron ganas de echarme a reír. Aquella pequeña comedia resultaba tan innecesaria que incluso parecía vagamente siniestra. Un segundo después, el señor Norris en persona entró en la sala. Se frotaba las cuidadas manos con gestos nerviosos.

—Hijo mío, no hace falta decir que es un gran honor. Estoy encantado de recibirlo bajo la sombra de mi humilde techo.

Pensé que no tenía buen aspecto. Ese día su rostro no estaba tan sonrosado como el día que lo conocí y tenía bolsas bajo los ojos. Se sentó un momento en una de las butacas, pero volvió a levantarse de inmediato, como si no estuviera de humor para quedarse sentado y quieto. Debía de llevar una peluca diferente porque en la de aquel día las junturas se veían con tanta claridad como un crimen cometido a plena la luz del día.

—¿Supongo que le agradaría ver el piso?—me preguntó, mientras se tocaba nerviosamente las sienes con las yemas de los dedos.

—Me gustaría mucho, sí.

Le sonreí preocupado porque era muy obvio que el señor Norris

parecía tener mucha prisa. Con notoria velocidad, me tomó del hombro y me condujo hacia la puerta que había en la pared opuesta, la misma por la que él había aparecido poco antes.

—Eso es. Empezaremos primero por este lado.

Sin embargo, apenas habíamos dado un par de pasos en esa dirección cuando escuchamos un súbito estallido de voces procedente del recibidor.

Primero fue la voz del joven que me había hecho pasar:

—No puede usted entrar. De ninguna manera.

Y luego se oyó una voz extraña, chillona y enfadada, que respondía:

—¡Esto no es más que una sucia mentira! ¡Sé que está aquí!

El señor Norris se detuvo en seco, como si le hubieran disparado.

—Ay, señor—susurró, en voz apenas audible—. Ay, señor.

Afligido, preso de la indecisión y la alarma, se quedó inmóvil en medio de la habitación, como si estuviera valorando a la desesperada qué camino debía tomar. El apretón con que aferraba mi brazo se intensificó: quizá buscaba mi apoyo o, simplemente, me imploraba que permaneciera en silencio.

—El señor Norris no regresará hasta muy tarde esta noche. —La voz del joven ya no pedía disculpas, sino que era firme—. Es inútil que se quede usted esperando.

Parecía como si el joven hubiera cambiado de posición y se hallara ahora justo tras la puerta; quizá estuviera bloqueando con su cuerpo el paso a la sala de estar. Un instante después, la puerta de la sala se cerró silenciosamente y oímos el «clic» de la llave dando la vuelta en la cerradura. Estábamos encerrados.

—¡Está aquí dentro!—gritó con fuerza la voz desconocida, su tono era amenazador.

Hubo un forcejeo, seguido de un golpe sordo y pesado, como si hubieran lanzado al joven con violencia contra la puerta. Aquel golpe hizo reaccionar al señor Norris. Con un solo movimiento, sorprendentemente ágil, y me arrastró tras él hacia la habitación contigua. Allí nos quedamos los dos juntos, cerca de la entrada, listos para iniciar una nueva retirada en cualquier momento. El señor Norris jadeaba, podía oír su pesada respiración a mi lado.

Entretanto, el desconocido golpeaba la puerta del salón como si quisiera echarla abajo para irrumpir en él.

—¡Maldito timador!—gritó con voz terrible—. ¡Espera a que te ponga las manos encima!

Todo aquello era tan extraordinario que incluso olvidé sentirme asustado. Lo lógico hubiera sido pensar que la persona que había al otro lado de la puerta estaba borracha y delirando, o tenía una

enfermedad mental. Lancé una mirada de interrogación al señor Norris y él me habló en un susurro tranquilizador:

—Creo que se va ir en un minuto.

Lo curioso del caso era que el señor Norris, aun estando atemorizado, no parecía en absoluto sorprendido por lo que estaba sucediendo. A juzgar por su tono de voz, uno hubiera creído que se estaba refiriendo a un fenómeno desagradable, pero natural: un fenómeno que ocurría con relativa frecuencia, como por ejemplo una tormenta violenta. Sus ojos azules expresaban cautela y ansiedad, y estaban alerta. Y las manos descansaban sobre el pomo de la puerta, preparadas para cerrarla de golpe al menor aviso de peligro.

Pero el señor Norris tenía razón y no pasó mucho rato antes de que el desconocido se cansara de golpear la puerta de la sala. Con una explosión de maldiciones berlinesas, la voz se retiró. Un segundo después escuchamos un tremendo portazo procedente de la puerta de entrada del piso.

El señor Norris exhaló un largo suspiro de alivio.

—Sabía que no iba a durar mucho tiempo—observó con expresión satisfecha. —Distraídamente, se sacó un sobre del bolsillo y empezó a abanicarse—. Resulta tan perturbador—murmuró—. Hay personas que parecen carecer por completo de consideración… Hijo mío, de veras debo pedirle disculpas por este alboroto. Le aseguro que ha sido algo imprevisto.

Me eché a reír.

—No pasa nada. Me ha parecido más bien emocionante.

El señor Norris pareció complacido.

—Me alegro de que sea usted tan comprensivo. Es raro encontrar a alguien de su edad que esté libre de todos esos ridículos prejuicios burgueses. Tengo la impresión de que usted y yo tenemos mucho en común.

—Sí, creo que sí—le dije, aun cuando no estuviera nada claro qué prejuicios en concreto encontraba ridículos y de qué manera se podían aplicar al visitante enfadado.

—He vivido una larga vida en la que no han faltado incidentes, pero debo decir con toda franqueza que, en lo que se refiere a la acendrada estupidez y a la falta de cooperación, jamás he encontrado nada equiparable al pequeño comerciante de Berlín. Fíjese usted que no estoy hablando de las grandes empresas, que siempre suelen mostrarse más o menos razonables…

Era evidente que tenía ganas de confidencias, y me hubiera proporcionado una buena cantidad de información interesante de no haber sido porque la cerradura de la puerta del salón se abrió y el joven de la cabeza grande reapareció en el umbral. Su presencia

produjo un efecto inmediato y el señor Norris perdió el hilo de sus ideas. Al instante adoptó una actitud inquieta, arrepentida y confusa, como si a él y a mí nos hubieran sorprendido cometiendo algún acto socialmente ridículo que sólo pudiera redimirse mediante un despliegue de exagerada cortesía.

—Permítan que les presente: Herr Schmidt, el señor Bradshaw. Herr Schmidt es mi secretario y mi mano derecha. Sólo que, en este caso—y aquí el señor Norris soltó una risita nerviosa—puedo decir, con toda seguridad, que la mano derecha conoce perfectamente lo que hace la mano izquierda.

Trató de traducir la broma al alemán, en medio de varias tosecillas nerviosas. Quedó claro que Herr Schmidt no la entendió, y ni siquiera se tomó la molestia de simular que le había divertido. De todos modos, a mí me obsequió con una sonrisa cómplice; me invitaba a sumarme al paternalismo tolerante y desdeñoso que adoptaba frente a los intentos humorísticos de su patrón. No respondí a su sonrisa. Ya había decidido que Schmidt me desagradaba. Él se dio cuenta y en aquel momento me complació que fuera así.

—¿Podría hablar con usted a solas?—le dijo al señor Norris en un tono de voz destinado, obviamente, a insultarme. Su corbata, su cuello duro y su traje de calle estaban tan impecables como antes. No pude percibir ni un solo rastro del forcejeo al cual se acababa de ver sometido.

—Sí. Eh, sí... Por supuesto... Desde luego...—el tono del señor Norris fue petulante pero humilde—. Hijo mío, ¿me excusará durante unos momentos? Odio hacer esperar a mis invitados, pero este asuntito es bastante urgente.

Seguido por Schmidt se apresuró a cruzar la sala de estar y desapareció por una tercera puerta. Por supuesto, ahora Schmidt iba a contarle los detalles de la pelea. Calibré la posibilidad de escucharles a escondidas, pero me pareció demasiado arriesgado. De todos modos, algún día, cuando conociera mejor al señor Norris, podría sonsacarle algo al respecto. El señor Norris no daba la impresión de ser un hombre discreto.

Miré a mi alrededor y descubrí que la habitación en la que había estado durante todo aquel rato era un dormitorio. No era muy grande y el espacio disponible estaba casi completamente ocupado por una cama doble, un armario voluminoso y un tocador muy ornamentado, con un espejo de varias hojas, sobre el que se alineaban botellas de perfume, lociones, antisépticos, frascos de crema facial, nutrientes para la piel, polvos y ungüentos suficientes como para aprovisionar a toda una droguería. Abrí uno de los cajones del tocador a hurtadillas. Tan sólo encontré dos barras de labios y un lápiz de ojos. Antes de que pudiera continuar con mis pesquisas, oí que se abría la puerta de la

sala de estar.

El señor Norris entró de nuevo y habló con mucho remilgo:

—Y ahora, después de este interludio tan lamentable, vamos a continuar esta visita guiada por mí mismo a los aposentos reales. Aquí delante puede usted contemplar mi casto lecho. Me lo hice construir especialmente en Londres, siempre he pensado que las camas alemanas eran ridículamente pequeñas. Está provisto con los mejores muelles. Ya habrá notado usted que soy tan conservador como para seguir utilizando sábanas y mantas inglesas. Los cobertores alemanes llenos de plumas me provocan las pesadillas más horribles.

Hablaba con rapidez y hacía alarde de estar muy animado, pero de inmediato me di cuenta de que la conversación con su secretario lo había deprimido. Decidí que debía mostrar tacto y no hacer ninguna referencia más a la visita de aquel desconocido. Era evidente que el señor Norris no deseaba que se hablara más de ese asunto. Extrajo una llave del bolsillo de su chaleco, la puso en la cerradura del armario y abrió la puerta.

—Siempre me he atenido a una regla general que es disponer de un traje distinto para cada día de la semana. Puede que me tilde usted de banal, pero se sorprendería si supiera la importancia que le doy a ir vestido exactamente de acuerdo con mi estado de ánimo. A mi modo de ver, vestir adecuadamente en los momentos críticos de la vida le confiere a uno gran seguridad en sí mismo.

Más allá del dormitorio estaba el comedor.

—Por favor, admire usted estas sillas—dijo el señor Norris, y luego añadió de una manera que en aquel momento me pareció bastante extraña—: Debo decirle que esta habitación ha sido valorada en cuatro mil marcos.

Partiendo del comedor, había un pasillo que conducía hasta la cocina. Una vez allí me presentó a un joven de rostro taciturno que andaba atareado preparando el té.

—Este es Hermann, mi mayordomo. Hermann comparte el honor de ser el mejor cocinero que jamás haya empleado junto con un muchacho chino que tuve en Shanghái hace años.

—¿Qué hacía usted en Shanghái?

El señor Norris me devolvió una mirada vaga.

—¿Qué hace uno en cualquier sitio? Pescar en aguas revueltas, supongo que se podría llamar así. Así es… Claro que estamos hablando, fíjese usted, del año 1903. Me han dicho que hoy en día las cosas son muy diferentes.

Regresamos a la sala de estar seguidos por Hermann con la bandeja del té.

—Bien, bien—observó el señor Norris cogiendo su taza—, vivimos

tiempos revueltos, tiempos de revolver el té.

Sonreí con poco entusiasmo. Más tarde, cuando ya lo conocía mejor, me di cuenta de que esa clase de bromas anticuadas (tenía un repertorio completo) ni siquiera pretendían provocar la risa. Eran bromas que pertenecían a ciertos momentos puntuales dentro de la rutina de sus días. Omitirlas hubiera sido como dejar escapar la oportunidad de decir algo gracioso cuando se presentaba la ocasión.

Una vez cumplido aquel ritual, el señor Norris volvió a quedarse en silencio. Debía de estar de nuevo preocupado por aquel visitante alborotador. Como de costumbre, cuando me abandonó a mi suerte me puse a estudiar su peluca. Debí de contemplarlo de forma muy descortés, porque de golpe alzó la vista y se percató de la dirección de mi mirada. Me hizo una sola pregunta que me sobresaltó:

—¿Está torcida?

Me ruboricé, estaba pasando muchísima vergüenza.

—Quizá, sólo un poquito.

Y a continuación me reí de modo franco. Los dos nos reímos. En aquel momento habría podido abrazarlo. Por fin habíamos mencionado el asunto, y nuestro alivio era tan enorme que parecíamos dos personas que acaban de hacerse una mutua declaración de amor.

—Debería estar un poquitín más inclinada hacia la izquierda—le dije, alargando una mano para ayudarle—. Si me lo permite…

Pero esto habría sido ir demasiado lejos.

—¡Dios mío, no!—exclamó el señor Norris, dando un paso atrás con involuntaria consternación. Sin embargo, un instante después volvió a ser el mismo y me sonrió con expresión de arrepentimiento—. Me temo que éste es uno de esos misterios de tocador que se resuelven mejor en la privacidad del *boudoir*. Debo rogarle que me excuse. —Y prosiguió, al volver de su dormitorio unos minutos más tarde—: Me temo que ésta no me queda muy bien. Nunca me ha gustado demasiado, no es la mejor que tengo…

—Y dígame, ¿cuántas tiene?

—En total, tres.

El señor Norris se examinó las uñas adoptando aires de modesto propietario.

—¿Y cuánto tiempo le duran?

—Lamento decir que muy poco. Me veo obligado a adquirir una nueva más o menos cada dieciocho meses, y son extremadamente caras.

—¿Cuánto cuestan, aproximadamente?

—Entre tres y cuatrocientos marcos. —Ahora había asumido una expresión seria, informativa—. El hombre que me las confecciona vive en Colonia y me veo obligado a ir personalmente allí para probarlas.

—Debe de ser bastante fastidioso.

—Así es.

—Dígame tan sólo una cosa más. ¿Cómo se las arregla para que permanezcan en su sitio?

—En el interior tienen un pequeño parche con cola. —El señor Norris bajó un poco la voz, como si éste fuera el mayor y más importante de los secretos—: Aquí, justo aquí.

—¿Y con eso es suficiente?

—Para el uso cotidiano, sí. De todos modos, no tengo más remedio que admitir que, a la largo de mi ajetreada carrera, ha habido algunas ocasiones que no puedo ni recordar sin que se me suban los colores. Ocasiones en que las cosas fueron muy mal, fatal.

Tras tomar el té, el señor Norris me condujo a su estudio. Se encontraba tras la puerta que había en el otro extremo de la sala de estar.

—Aquí tengo algunos libros de mucho valor—me comunicó—. Algunos libros muy *entretenidos*.

Su tono subrayó tímidamente las palabras. Me detuve para leer los títulos: *The Girl with the Golden Whip, Miss Smith's Torture-Chamber. Imprisioned at a Girls' School* o *The Private Diary of Montague Dawson, Flagellant*. Fue mi primer atisbo de los gustos sexuales del señor Norris.

—Algún día le mostraré a usted otros tesoros de mi colección—añadió con picardía—, cuando considere que ya nos conocemos lo suficiente.

Me condujo hasta un pequeño despacho. Aquél era el lugar, constaté, donde debió de haber estado aguardando el incómodo visitante en el momento de mi llegada al piso. Se trataba de un espacio extrañamente desangelado. Había una silla, una mesa, un mueble archivero y, colgado en la pared, un gran mapa de Alemania. No se veía a Schmidt por ninguna parte.

—Mi secretario ha salido—explicó el señor Norris, mientras su mirada inquieta recorría las paredes con cierta expresión de disgusto, como si para él aquella habitación estuviera asociada a recuerdos poco placenteros—. Ha llevado a limpiar la máquina de escribir. Por eso quería hablar conmigo hace un momento.

Aquella mentira parecía tan absolutamente innecesaria que me sentí algo ofendido. No esperaba que me hiciera confidencias, al menos por ahora, pero tampoco hacía falta que me tratara como si fuera imbécil. Me sentí completamente liberado de cualquier escrúpulo anterior por haberle hecho preguntas un tanto indiscretas. Así que le pregunté, de modo francamente inquisitivo:

—¿Y qué es, exactamente, lo que usted exporta e importa?

Encajó la pregunta con bastante calma. Su sonrisa era blanda,

hipócritamente ingenua.

—Hijo mío, ¿qué no habré yo exportado en mis buenos tiempos? Creo que puedo afirmar que he exportado todo lo, ejem, exportable.

Abrió uno de los cajones del mueble archivador con el gesto de un agente inmobiliario mostrando una propiedad.

—Fíjese. Es el último modelo.

El cajón estaba casi vacío.

—Dígame algunas de las cosas que exporta—insistí yo, con una sonrisa.

—Relojes—dijo tras una pausa.

—¿Y adónde los exporta usted?

Se frotó el mentón con un movimiento furtivo y nervioso. Esta vez mi provocación había dado en el clavo. Estaba azorado y vagamente ofendido.

—De veras, hijo, si quiere usted entrar en un montón de explicaciones técnicas, debería preguntarle a mi secretario. Yo no tengo tiempo para ocuparme de estas cosas. Dejo todos estos detalles sórdidos enteramente en manos de Schmidt…

3

Pocos días después de Navidad llamé por teléfono a Arthur (para entonces ya nos llamábamos por nuestros nombres de pila) y le propuse que pasáramos el *Silvesterabend* juntos.

—Mi querido William, estaré encantado, desde luego. Será un gran placer… No puedo imaginar nada más encantador o una compañía más auspiciosa con la que celebrar el nacimiento de este nuevo año, tan peculiar y de tan aciago pronóstico. Te pediría que cenaras conmigo, pero por desgracia ya tengo un compromiso previo. Vamos a ver, ¿dónde propones que nos encontremos?

—¿Qué tal en el Troika?

—Muy bien, hijo. Me pongo enteramente en tus manos. Me temo que voy a sentirme bastante fuera de lugar entre tantos rostros jóvenes. Un barbudo canoso con un pie en la tumba… ¿Habrá alguna voz que proteste y contradiga mis palabras? No, nadie va a hacerlo. Ah, qué cruel es la juventud. No importa. Así es la vida…

Cuando Arthur hablaba por teléfono resultaba muy difícil detenerle. Yo acostumbraba a dejar el aparato sobre la mesa durante unos cuantos minutos, sabiendo que cuando volviera a cogerlo, él seguiría parloteando sin cesar y a la misma velocidad de siempre. Sin embargo, aquel día tenía a un alumno esperándome para una clase de inglés y me vi obligado a interrumpirlo enseguida.

—Muy bien. En el Troika. A las once.

—Me viene de maravilla. En el ínterin, me moderaré con la comida, me acostaré temprano y, en general, me prepararé para disfrutar de una velada de *Wein, Weib und Gesang* [Vino, mujeres y canciones]. Muy en particular, de *Wein*. Dios te bendiga, hijo. Adiós.

El día de Nochevieja cené en casa con mi patrona y los otros inquilinos. Seguramente ya estaba borracho cuando llegué al Troika, porque recuerdo que me sorprendí al mirarme en el espejo del guardarropa y descubrir que llevaba una nariz postiza. El lugar estaba abarrotado. Resultaba difícil decir quién bailaba y quién estaba simplemente de pie. Anduve buscando a Arthur durante un buen rato y al fin lo encontré en un rincón. Estaba sentado a una mesa con otro

caballero que llevaba un monóculo, tenía el pelo liso y negro y era bastante más joven que él.

—Ah, William, ya estás aquí. Empezábamos a temer que nos hubieras abandonado. ¿Me permitiréis presentar a dos de mis amigos más preciados? El señor Bradshaw, el barón Von Pregnitz.

El barón, de aspecto peculiar pero elegante, me saludó con la cabeza. Se inclinó hacia mí, como un bacalao nadando a contracorriente y preguntó:

—Usted perdone. ¿Conoce Nápoles?

—No. Nunca he estado allí.

—Disculpe. Es que tenía la impresión de que nos conocíamos de antes.

—Es posible—le dije cortésmente, preguntándome cómo se las arreglaba para sonreír sin que se le cayera el monóculo. Carecía de montura y no colgaba de ninguna cinta, daba la impresión de que se lo hubieran atornillado en el rostro, sonrosado y bien afeitado, mediante alguna horrible operación quirúrgica.

—¿Quizá estuvo usted en Juan-les-Pins el año pasado?

—No, me temo que no.

—Comprendo—me dedicó una cortés sonrisa de disculpa—. En ese caso, debo pedirle que me perdone.

—No tiene la menor importancia—le dije.

Reímos efusivamente. También Arthur se puso a reír. Yo estaba causando buena impresión en el barón y era evidente que eso le complacía. Me bebí una copa de champán de un solo trago. Una banda compuesta por tres músicos estaba interpretando *Gruss mir mein Hawaii, ich bleib' Dir treu, ich hab' Dich gerne*. Las bailarinas, unidas las unas a las otras con rigidez, se contoneaban con movimientos acartonados. Sobre sus cabezas una enorme sombrilla suspendida del techo oscilaba con suavidad entre el humo de los cigarrillos y el aire caliente que subía desde el suelo.

—¿No te parece que el ambiente está un pelín cargado?—preguntó Arthur inquieto.

En las ventanas había botellas con líquidos de colores, las habían iluminado por abajo y los colores brillaban: magenta, esmeralda, bermellón. Parecían iluminar toda la habitación. Los ojos me escocían debido al humo de los cigarrillos, y las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. El volumen de la música variaba, a veces era tan bajo que parecía desvanecerse, y otras resurgía en forma de oleadas terriblemente ruidosas. Pasé la mano por las lustrosas cortinas de hule que había en el rincón detrás de mi silla. Curiosamente, estaban bastante frías. Las lámparas tenían forma de cencerros alpinos. Y había un mono blanco y peludo colgado sobre la barra del bar. En otro

momento, habiendo bebido la cantidad necesaria y precisa de champán, tendría una visión. Tomé un trago. Y de repente me di cuenta de lo que es realmente la vida. Fue una revelación muy clara, que me llegó sin el menor rastro de apasionamiento o de duda. Recuerdo que la cosa tenía algo que ver con la sombrilla giratoria del techo. Sí, murmuré para mí, dejemos que bailen. Sí. Están bailando. Y yo me alegro de que lo hagan.

—¿Sabe usted?, me gusta este lugar, me gusta muchísimo—le dije al barón con entusiasmo. No pareció en absoluto sorprendido.

Arthur estaba reprimiendo un eructo con expresión solemne.

—Querido Arthur, no estés tan triste. ¿Estás cansado?

—No, William, no estoy cansado. Quizá sólo un poco contemplativo. Las ocasiones como ésta no dejan de tener su lado solemne. Vosotros, los jóvenes, hacéis muy bien en divertiros. Y no creas que te lo reprocho, ni por un momento. Pero uno tiene sus propios recuerdos.

—Los recuerdos son nuestros bienes más preciados—dijo el barón con expresión aprobadora.

Conforme aumentaba su estado de embriaguez, su rostro parecía descomponerse lentamente. Los músculos alrededor del monóculo se volvieron rígidos, y la lente era lo único que impedía que su semblante se desmoronase: él mismo la sujetaba con los músculos faciales. Mantenía la ceja libre bien erguida, las comisuras de los labios se curvaban levemente, y en la raya que dividía su cabello negro, fino y suave como el satén, habían aparecido diminutas perlas de transpiración. Interceptó mi mirada, se dirigió hacia mí, buceando hasta llegar a la superficie del elemento que parecía separarnos.

—Discúlpeme, por favor. ¿Me permite que le pregunte una cosa?

—Faltaría más, desde luego.

—¿Ha leído usted *Winnie the Pooh*, de A. A. Milne?

—Sí, lo he leído.

—Entonces, por favor, dígame si le agradó.

—Sí, mucho, por supuesto.

—No sabe cuánto me alegra. A mí también me gustó. Mucho.

Y de repente nos encontramos todos de pie. ¿Qué había pasado? Era medianoche. Brindamos.

—¡Salud!—dijo el barón, adoptando la expresión de alguien que hace una observación particularmente apropiada para la ocasión.

—Permítanme—dijo Arthur—desearles a ambos lo mejor para 1931. Lo mejor…

Su voz se fue apagando lentamente y se hizo un silencio incómodo. Esbozó un gesto nervioso, se toqueteó el espeso flequillo. En el lado de la sala donde se encontraba la banda de música, estalló un estrépito

horrible. Como un vagón que hubiera estado ascendiendo lenta y laboriosamente hasta alcanzar la cima de una montaña, ahora nos dejamos caer del otro lado para zambullirnos de lleno en el nuevo año.

Los acontecimientos de las siguientes dos horas resultan algo confusos. Estábamos en un bar pequeño, del que tan sólo recuerdo los desaliñados volantes de una guirnalda de papel, de color carmesí, muy bonita, que revoloteaba como un alga marina en medio de las corrientes de aire de un ventilador eléctrico. Vagamos por calles atestadas de chicas que nos lanzaban los matasuegras a la cara. Comimos huevos con *bacon* en el restaurante de primera clase de la estación de Friederichstrasse. Arthur había desaparecido. El barón se mostraba bastante misterioso y furtivo al respecto, aunque yo no conseguía entender el porqué. Me había pedido que lo llamara Kuno y me explicó cuánto admiraba el carácter de los ingleses de clase alta. Estábamos solos, en el interior de un taxi. El barón me habló de un amigo suyo, un joven que había estudiado en Eton. El etoniano había vivido en la India durante dos años. La misma mañana de su regreso, se encontró con su mejor y más viejo amigo de la escuela en Bond Street. Aunque no se habían visto durante largo tiempo, el amigo de la escuela le dijo, con toda simplicidad: «Hola. Me temo que ahora no puedo hablar contigo. Tengo que ir de compras con mi madre».

—Y esto me parece a mí muy hermoso—concluyó el barón—. ¿Comprende?, tiene que ver con el autocontrol del que ustedes, los ingleses, hacen gala.

El taxi cruzó varios puentes y pasó frente a una estación de servicio. El barón me dio un pequeño apretón en la mano y a continuación me dio un largo discurso sobre lo maravilloso que es ser joven. Había dejado de vocalizar y su inglés se deterioraba a toda velocidad.

—Verá, y me va a perdonar, pero he estado observando sus reacciones durante toda la noche. Espero que no se ofenda.

Encontré la nariz postiza en el bolsillo y me la puse. Se había arrugado un poco. El barón pareció muy impresionado.

—Debe comprender que todo esto es muy interesante para mí.

Poco después de esto tuve que detener el taxi bajo una farola, para salir y vomitar.

El taxi discurría por una calle delimitada por un muro alto y oscuro. De repente, por encima del muro, vislumbré una cruz ornamental.

—¡Dios mío!—dije—. ¿Me está usted llevando al cementerio?

El barón se limitó a sonreír. Nos habíamos detenido. Habíamos llegado, o eso me parecía a mí, a la esquina más oscura de la noche.

Tropecé con algo y el barón me tomó del brazo de manera servicial. Parecía que ya había estado antes en aquel lugar. Pasamos bajo un arco y entramos en un patio. Estaba iluminado por la luz de varias ventanas, a ratos llegaban risas y la música de un gramófono. La silueta de una cabeza y unos hombros asomó por una de las ventanas y gritó: «*Prosit Neujahr*!» [¡Feliz año nuevo!] y escupió con vigor. El escupitajo aterrizó justo al lado de mis pies, haciendo un suave *paf* sobre el suelo pavimentado de piedra. Aparecieron otras cabezas en otras tantas ventanas. «¿Eres tú, Paul? ¿Eres tú, cerda?», gritó alguien. «¡Frente Rojo!», aulló una voz, a la que siguió un *paf* mucho más sonoro. Creo que esta vez habían vaciado una jarra de cerveza por la ventana.

Lo que sucedió a partir de aquel momento fue una de las etapas anestésicas de mi noche. No tengo ni idea de cómo el barón me subió hasta el piso superior. Pero la ascensión resultó bastante indolora. Nos hallábamos en una habitación llena de gente que bailaba, gritaba, cantaba, bebía, nos estrechaba la mano y nos daba palmadas en la espalda. Había una inmensa lámpara de gas, adaptada para funcionar con bombillas eléctricas y adornada con una maraña de guirnaldas de papel. Mi mirada vagó a trompicones por la habitación, seleccionando, aquí y allí, objetos grandes o diminutos: un bol de ponche de clarete en cuya superficie flotaba una caja vacía de cerillas, la cuenta rota de un collar, un busto de Bismarck colocado encima de un tocador de estilo gótico. Mis ojos se detenían en ellos durante un instante, luego se perdían en el pintoresco caos general. Así fue como, de golpe, vislumbré alarmado la cabeza de Arthur. Tenía la boca abierta, la peluca se le había torcido y la llevaba trabada sobre el ojo izquierdo. Avancé lo mejor que pude en busca del resto de su cuerpo y me derrumbé sobre un sofá. Lo hice con mucha comodidad, agarrado a la parte superior de una muchacha. Mi rostro quedó enterrado en unos cojines de encaje que olían a polvo. El ruido de la fiesta se me venía encima en oleadas estrepitosas, igual que las del mar. Resultaba extrañamente tranquilizador.

—Querido, no te duermas—me dijo la chica a la que estaba abrazando.

—Por supuesto que no, no me dormiré—le contesté, y me senté mientras me arreglaba el cabello. De repente me sentí bastante sobrio.

Arthur estaba frente a mí, instalado en un gran sillón con una chica delgada, vestida de negro y taciturna sentada en su regazo. Arthur se había quitado el abrigo y el chaleco, y ofrecía una estampa de lo más doméstica. Llevaba unos chillones tirantes a rayas. Tenía las mangas de la camisa arremangadas y sujetas con cintas elásticas. A excepción de un poco de pelo que le rodeaba la base del cráneo, estaba totalmente calvo.

—¡¿Qué demonios has hecho con ella?!—exclamé—. Vas a pillar un catarro.

—No fue idea mía, William. Un tributo muy digno al Canciller de Hierro, ¿no te parece?

Parecía estar de mucho mejor humor ahora que al principio de la velada y, extrañamente, no parecía en absoluto borracho. Tenía mucho aguante. Levanté los ojos y vi la peluca. Colgaba de lado del yelmo de Bismarck y le iba grande. Me di la vuelta, el barón estaba sentado a mi lado en el sofá.

—Hola, Kuno—le dije—. ¿Cómo llegó usted hasta aquí?

No contestó, pero sonrió con aquella rígida y amplia sonrisa suya, e hizo un esfuerzo desesperado por levantar una ceja. Parecía estar al borde del colapso. Un momento más y el monóculo se le desprendería del ojo.

El gramófono lanzó música estruendosa a todo volumen. La mayoría de las personas de la sala se pusieron a bailar. Casi todos eran jóvenes. Los chicos iban en mangas de camisa, las chicas se habían desabotonado los vestidos. La atmósfera de la sala estaba muy cargada, olía a polvo, a sudor y a perfume barato. Una mujer enorme se abrió paso a codazos entre la multitud, llevaba un vaso de vino en cada mano. Vestía una blusa de seda de color rosa y una falda blanca plisada muy corta. Sus pies estaban embutidos en unos zapatos de tacón alto, absurdamente pequeños, y la carne, forrada en medias de seda, rebosaba el calzado formando cojinetes. Tenía mejillas sonrosadas y llevaba el pelo teñido de un rubio reluciente, de modo que hacía juego con el brillo de la media docena de brazaletes que llevaba en los brazos empolvados. Resultaba peculiar y siniestra, como una muñeca de tamaño natural. Y, al igual que una muñeca, tenía unos ojos de porcelana azul que no parpadeaban ni reían, aunque sus labios se abrían en una sonrisa que dejaba al descubierto varios dientes de oro.

—Ésta es Olga, nuestra anfitriona—explicó Arthur.

—¡Hola, tesoro!—Olga me alargó un vaso. Pellizcó la mejilla de Arthur—. ¿Y bien, mi pequeño tórtolo?

El gesto fue tan maquinal que me recordó al que podría hacerle un veterinario a un caballo. Arthur soltó una risita:

—No es exactamente un epíteto muy apropiado, ¿verdad? Un tórtolo. Anni, ¿tú qué opinas?—Se dirigió a la muchacha vestida de negro que tenía sobre las rodillas—. Vaya, estás muy callada. No andas muy vivaracha esta noche. ¿O es la presencia de este joven, extremadamente agraciado, que tienes enfrente, la que distrae tus pensamientos? William, creo que has hecho una conquista. Sí, sí, estoy seguro.

Anni sonrió al escuchar estas palabras, era la sonrisa serena de una prostituta.

Luego se rascó un muslo y bostezó. Vestía una chaquetita negra de corte elegante y una falda también negra. Unas botas negras y largas le cubrían las piernas hasta la rodilla. Tenían un curioso festón dorado que rodeaba toda la parte superior. Aquellas botas conferían un toque peculiar a su atuendo, parecía que llevara alguna clase de uniforme.

—Ah, estás admirando las botas de Anni—dijo Arthur con expresión satisfecha—. Pues deberías ver el otro par que tiene. Son de piel escarlata con tacones altos de color negro. Yo mismo se las hice confeccionar, expresamente para ella. Anni no las lleva por la calle, dice que llaman mucho la atención. Pero algunas veces, cuando se siente particularmente *llena de energía*, se las pone para venir a visitarme.

Mientras tanto, varios chicos y chicas habían dejado de bailar. Estaban de pie a nuestro alrededor, con los brazos entrelazados y la mirada fija en la boca de Arthur. La contemplaban con el ingenuo interés de unos salvajes, como si estuvieran esperando a que las palabras brotaran literalmente de su garganta. Uno de los chicos empezó a reír.

—Oh, sí—le imitó—. Yo hablo usted inglés, ¿no?

La mano de Arthur se había extraviado, como por azar, sobre el muslo de Anni. La chica se levantó y le dio un palmetazo brusco y contundente, con la crueldad impersonal de un gato.

—Ay, señor, me temo que esta noche estás de un humor muy *cruel*. Ya veo que voy a ser *castigado* por esto. Anni es una jovencita muy *severa*. —Arthur lanzó una risa simulada pero sonora, y luego continuó en inglés con locuacidad—: ¿No te parece que tiene un rostro exquisitamente bello? A su manera, resulta bastante perfecto. Como una *Madonna* de Rafael. El otro día inventé un epigrama. Dice así: «La belleza de Anni me fustiga». Creo que es original. ¿No te parece? Por favor, ríete.

—Desde luego, creo que es muy bueno.

—«Me fustiga». Me alegro de que te guste. Porque lo primero que pensé fue: «Tengo que explicárselo a William». Está muy claro que tú me inspiras, no sé si lo sabías. Haces que me sienta audaz. Yo siempre digo que hay sólo tres clases de personas a las que deseo tener como amigas. Las que son muy ricas, las que son muy ingeniosas y las que son muy bellas. Tú, mi querido William, perteneces a la segunda categoría.

No resultaba difícil adivinar a qué categoría pertenecía el barón Von Pregnitz y miré a mi alrededor para ver si había estado escuchando. Pero el barón estaba muy ocupado en otra cosa. Se

encontraba reclinado en el otro extremo del sofá abrazado a un corpulento joven que llevaba una camiseta de boxeo y que le estaba vertiendo, de modo gradual pero a la fuerza, una jarra entera de cerveza por el gaznate. El barón protestaba con voz débil; la cerveza se derramaba por encima suyo.

Tomé conciencia de que mis brazos rodeaban a una chica. Quizá había estado allí todo el tiempo. Se acurrucaba, pegada a mi cuerpo, mientras que, por el otro lado, un chico intentaba sacarme la cartera del bolsillo con una torpeza de aficionado. Abrí la boca para protestar, pero lo pensé mejor. ¿Para qué hacer una escena al final de una noche que había sido tan placentera? Que se llevara el dinero. Sólo tenía tres marcos, a lo sumo. Y de todos modos, el barón iba a pagarlo todo. En aquel momento pude ver su rostro con una precisión casi microscópica. Por primera vez me di cuenta de que había estado siguiendo un tratamiento de sol artificial. La zona alrededor de su nariz empezaba a pelarse. ¡Era encantador! Alcé mi copa en su honor. Sus ojos de pescado brillaron levemente por encima del brazo del boxeador y me hizo un pequeño gesto con la cabeza. Era incapaz de articular palabra. Cuando me di la vuelta, Arthur y Anni habían desaparecido.

Con la vaga intención de ir en su busca, me levanté tambaleándome, pero me encontré entre los que habían reanudado el baile con renovado vigor. Me tomaron por la cintura, me rodearon el cuello, me besaron, me abrazaron, me hicieron cosquillas y medio me desvistieron. Bailé con chicas, con chicos, con dos o tres personas al mismo tiempo. Debieron de pasar cinco o diez minutos antes de que pudiera alcanzar la puerta que estaba en el otro extremo de la sala. Más allá de esta puerta había un pasillo negro como la boca del lobo al final del cual brillaba una grieta de luz. Estaba tan atiborrado y lleno de muebles que sólo se podía atravesar caminando de costado. Al llegar sorteando obstáculos a la mitad de mi recorrido oí un grito de angustia procedente de la habitación iluminada que tenía enfrente.

—*Nein, Nein*! ¡Piedad! ¡Oh, Señor! *Hilfe, Hilfe*! [¡Socorro!].

Aquella voz era inconfundible. Arthur estaba allí dentro. Le estaban robando y maltratando. Debería haberlo supuesto. Habíamos sido unos bobos, ¿a quién se le ocurría meter las narices en un lugar tan tenebroso como aquél? Desde luego, la culpa era sólo nuestra. La bebida me había envalentonado. Me abrí paso hasta la puerta y la empujé para abrirla.

La primera persona a la que vi fue a Anni. Estaba de pie en medio de la habitación. Tenía a Arthur a sus pies, encogido en el suelo. Arthur se había quitado bastantes más prendas y ahora vestía de forma somera, pero con perfecta decencia. De hecho, estaba en paños menores. Llevaba unos calzoncillos de seda de color malva, una faja

abdominal de caucho y los calcetines. En una de las manos sostenía un cepillo y en la otra un trapo para lustrar zapatos. Tras él se alzaba Olga, imponente, blandiendo un pesado látigo de piel.

—¡¿A esto llamas tú unas botas limpias, pedazo de cerdo?!—gritó con voz terrible—. ¡Límpialas otra vez ahora mismo! ¡Y como encuentre una sola mota de polvo te voy a azotar de tal modo que no podrás sentarte en una semana entera!

Mientras hablaba le dio a Arthur un golpe suave en las posaderas. Él lanzó un chillido, mezcla de dolor y placer, y empezó a cepillar y a lustrar las botas de Anni febrilmente.

—¡Piedad, piedad!—la voz de Arthur era atiplada y estridente, como la de un niño cuando está fingiendo—. ¡Para, me estás matando!

—Matarte sería demasiado bueno para ti—insistió Olga, propinándole otro latigazo—. ¡Te voy a despellejar vivo!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Detente! ¡Piedad! ¡Oh!

Hacían tanto ruido que ni siquiera me habían oído abrir la puerta de un golpe. Sin embargo, por fin me vieron. Mi presencia no pareció desconcertarles lo más mínimo. En realidad, parecía añadir picante al placer de Arthur.

—¡Oh, Señor! ¡William, sálvame! ¿No me vas a rescatar? Eres tan cruel como ellas. ¡Anni, amor mío! ¡Olga! Pero ¿no ves cómo me trata? ¡Dios sabe lo que me obligarán a hacer en cualquier momento!

—¡Entra, tesoro!—me gritó Olga con jocosidad de tigresa—. ¡Espera y verás! Ahota te toca a ti. Te voy a hacer llorar hasta que llames a gritos a tu mamá.

Para divertirse, hizo restallar el látigo hacia donde yo estaba y me batí en franca retirada, de vuelta al pasillo, acompañado por los gritos de angustia y placer de Arthur.

Desperté varias horas más tarde. Estaba tirado, ovillado en el suelo, con la cara contra una de las patas del sofá. Me hervía la cabeza y me dolían todos los huesos. La fiesta había terminado. Media docena de personas yacían, inconscientes, en medio del caos de la sala. Estaban desperdigados en diversas posiciones que parecían sumamente incómodas. La luz del día brillaba a través de las tablillas de las persianas venecianas.

Después de asegurarme de que ni Arthur ni el barón se encontraban entre los caídos, me abrí paso entre los cuerpos hasta salir del apartamento. Luego bajé las escaleras, crucé el patio y salí a la calle. El edificio entero parecía estar lleno de borrachos perdidos. No me encontré con nadie.

Me hallaba en una de las calles traseras que están cerca del canal, no muy lejos de la estación de Möckernbrücke, más o menos a una

hora de mi casa. No tenía dinero para tomar el tren eléctrico y, de todos modos, una caminata me vendría bien. Anduve renqueando hasta casa, atravesando lúgubres calles en las que las guirnaldas de papel colgaban de los alféizares de casas húmedas y sin gracia, o bien se enredaban entre las ramas mojadas y frías de los árboles. Cuando llegué, mi patrona me recibió con la noticia de que Arthur ya había llamado por teléfono tres veces. Quería saber cómo me encontraba.

—No me cansaré de decirlo. Es un caballero muy atento, y además habla con mucha propiedad.

Asentí y me dirigí a mi habitación.

4

Fräulein Schroeder, mi patrona, tenía a Arthur en gran estima. Cuando hablaban por teléfono siempre se dirigía a él como Herr Doktor, su forma de expresar el más alto respeto.

—Ah, ¿es usted, Herr Doktor? Pues claro que sí, por supuesto que reconozco su voz. La distinguiría entre un millón. Parece usted muy cansado esta mañana. ¿Otra de sus noches de juerga? *Na, Na*. ¿No pensará que una mujer mayor como yo va a creerse semejante cosa? Sé muy bien lo que son los caballeros cuando deciden echar una cana al aire… ¿Qué dice? Bah, halagos y bobadas. ¡Es usted un adulador! Bueno, bueno. Ustedes, los hombres, son todos iguales, desde los diecisiete hasta los setenta… *Pfui*! Me deja usted atónita… No, no, de ninguna manera. ¡Desde luego que no lo haré! ¡Ja, ja! ¿Que quiere hablar con el señor Bradshaw? Pues claro que sí, lo había olvidado. Voy a llamarlo ahora mismo.

Cuando Arthur venía a tomar el té a casa, Fräulein Schroeder se ponía el collar de perlas de Woolworth con un vestido de terciopelo negro escotado. Salía a abrir la puerta con las mejillas llenas de colorete y las pestañas pintadas, de modo que parecía una caricatura de María, reina de Escocia. Cuando se lo comenté a Arthur, le encantó la observación.

—Verdaderamente, William, eres muy poco amable. Dices cosas demasiado sarcásticas. Estoy empezando a temer tu lengua. Sí, sí, me empieza a dar miedo.

Después de ese día, cuando se refería a ella, solía llamarla Su Majestad. *La divine* Schroeder era otro de sus epítetos favoritos.

No importa la prisa que tuviera, siempre disponía de unos minutos para flirtear con ella. Le llevaba flores, dulces, cigarrillos, y se mostraba muy solícito con *Hanns*, su canario, un animal cuya delicada salud estaba sometida a constantes fluctuaciones. Y cuando por fin *Hanns* murió y Fräulein Schroeder se deshizo en lágrimas, tuve la impresión de que Arthur también iba a echarse a llorar. El disgusto que tuvo era auténtico:

—Oh, señor, señor—no hacía más que repetir—. Desde luego, la naturaleza es realmente muy cruel.

Mis otros amigos no mostraban el mismo entusiasmo por Arthur. Se lo presenté a Helen Pratt, pero el encuentro no salió bien. En aquella época, era la corresponsal en Berlín de un semanario político londinense, y complementaba sus ingresos haciendo traducciones o dando clases de inglés. Algunas veces nos pasábamos los alumnos el uno al otro. Era una chica bonita, de pelo rubio y aspecto frágil, aunque fuera más dura que el granito. Había estudiado en la Universidad de Londres y se tomaba el sexo muy en serio. Estaba acostumbrada a pasar días y noches enteros en compañía masculina y más bien desdeñaba el trato con otras muchachas. Podía dar cien mil vueltas bebiendo a la mayoría de periodistas ingleses, y algunas veces lo hacía, pero más por una cuestión de principios que porque realmente le gustara. Te tuteaba y llamaba por el nombre de pila nada más conocerte y, a continuación, te informaba de que sus padres tenían un estanco, donde también vendían chucherías, en Shepperd's Bush. Era una manera de poner a prueba la personalidad de sus interlocutores. En última instancia, la reacción frente a esta noticia te condenaba o te redimía a sus ojos. Pero había una cosa que Helen detestaba más que nada en el mundo: que le recordaran que era una mujer; excepto en la cama.

Arthur, como descubrí demasiado tarde, carecía por completo de recursos que le permitieran tratar con mujeres de esta clase. Desde el primer momento se mostró francamente atemorizado. Helen ignoró por completo todas las refinadas fórmulas de cortesía con las que él solía resguardar su alma tímida.

—Hola a los dos—nos dijo, alargando de modo distraído una mano por encima del periódico que estaba leyendo. (Nos habíamos citado en un pequeño restaurante que estaba detrás de la iglesia del Memorial).

Arthur estrechó con timidez la mano que se le ofrecía. Luego se quedó de pie, al lado de la mesa. Estaba incómodo y se agitaba, nervioso, esperando el ritual al que estaba acostumbrado. Pero no sucedió nada. Entonces tosió y se aclaró la garganta:

—¿Me permite usted que tome asiento?

Helen, que iba a leer un pasaje del periódico en voz alta, le lanzó una mirada, como si hubiera olvidado su existencia y de golpe descubriera, con sorpresa, que estaba aún allí.

—¿Qué pasa?—preguntó—. ¿Es que no hay suficientes sillas?

Nos pusimos a hablar y, en algún momento de la conversación, surgió el tema de la vida nocturna en Berlín. Arthur soltó una risita tonta y se retrajo. Helen solía manejar estos asuntos enarbolando estadísticas y términos psicoanalíticos, y le lanzó una mirada entre perpleja y desaprobadora. Al cabo de un rato, Arthur hizo una furtiva referencia a «la especialidad de la *Kaufhaus des Westens*».

—Ah, ya. Supongo que te refieres a las prostitutas que hay en

aquella esquina—dijo Helen con el tono de voz claro y pragmático que usaría una maestra de escuela para dar una clase de biología—, las que se disfrazan para excitar a los fetichistas amantes de las botas.

—Bueno, caramba. Ja, ja. Debo confesar que…—Arthur se rio con disimulo, luego carraspeó y se toqueteó la peluca—, raras veces me he topado con una señorita tan extremadamente *progresista*. O quizá debería decir *moderna*.

—¡Santo cielo!—Helen echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír de manera desagradable—. No me habían llamado señorita desde la época en que ayudaba a mi madre en la tienda los sábados por la tarde.

—¿Lleva usted mucho tiempo en esta ciudad?—le preguntó Arthur con premura. Era plenamente consciente de que había cometido un error, y pensó que le correspondía cambiar de tema de conversación. Por el modo en el que Helen lo miró supe que todo estaba perdido.

—Bill, si quieres que te dé un consejo—me dijo cuando nos volvimos a ver—: no deberías confiar ni una pizca en ese hombre.

—No lo hago—le dije.

—Oh, te conozco. Eres blando, como la mayoría de hombres. Idealizas a la gente en lugar de verlos como son en realidad. ¿Te has fijado en la boca que tiene?

—Con frecuencia.

—Uf, es asquerosa. Apenas podía soportar tenerla frente a los ojos. Bestial y blanda, como la de un sapo.

—Bueno—le contesté, riendo—, supongo que siento debilidad por los sapos.

Este fracaso no me desanimó y después intenté presentar a Arthur a Fritz. Fritz era medio alemán y medio estadounidense, un joven urbano que pasaba sus ratos libres bailando y jugando al bridge. Sentía una extraña pasión por la compañía de pintores y escritores y había adquirido cierta reputación entre ellos, pues trabajaba para un marchante de arte que estaba de moda. El marchante de arte no le pagaba nada, pero Fritz era rico y podía permitirse el lujo de mantener este hobby. Su aptitud para todo lo que comportara chismorreos rayaba en el talento y habría sido un detective privado de primera categoría.

Tomamos el té juntos en casa de Fritz. Él y Arthur hablaron sobre Nueva York, sobre los pintores impresionistas, y las obras inéditas del grupo de Wilde. Arthur se mostró ingenioso y sorprendentemente comunicativo. Los ojos negros de Fritz chispeaban, en tanto él tomaba buena nota de los epigramas que podría usar en el futuro. Y yo sonreía, muy complacido y orgulloso. Me sentía directa y personalmente responsable del éxito de aquel encuentro. Sentía una

ansiedad infantil de que mis amigos aprobaran a Arthur; quizá porque yo mismo necesitaba que los demás me convencieran de que Arthur era una persona digna de aprobación.

Nos despedimos con mutuas promesas de futuros encuentros en un tiempo no muy lejano. Un día o dos más tarde, me encontré casualmente a Fritz en la calle. Por la jovialidad con la que me saludó, supe de inmediato que tenía algo malicioso que contarme. Durante un cuarto de hora habló alegremente sobre el bridge, los clubes nocturnos y su último capricho amoroso, una escultora muy conocida. Su pícara sonrisa crecía al pensar en el chisme que me tenía reservado. Por fin se decidió a soltarlo.

—¿Has vuelto a ver a tu amigo Norris?

—Sí—le contesté—.¿Por qué?

—Por nada—contestó Fritz arrastrando con cuidado las palabras. Clavó sus ojos taimados en mi rostro—. Pero si yo fuera tú, tendría mucho cuidado en mirar dónde pongo los pies.

—¿Qué quieres decir con eso?

—He oído algunas cosas bastante raras sobre él.

—¿Ah, sí? No me digas.

—Quizá no sean ciertas. Ya sabes que la gente habla mucho.

—Sí, Fritz. Y también sé que tú les escuchas.

Sonrió, no estaba en absoluto ofendido.

—Por ahí corre el rumor de que Norris no es más que una especie de estafador barato.

—Yo diría que *barato* no es precisamente una palabra que se le pueda aplicar.

Fritz sonrió. Era una sonrisa indulgente, de superioridad.

—Te sorprenderá saber que tu amigo ha estado en la cárcel.

—Lo que quieres decir es que me sorprenderá saber que tus amigos dicen que ha estado en la cárcel. Pues bien, no. No me sorprende en absoluto. Sé que tus amigos son capaces de decir cualquier cosa.

Fritz no respondió. Se limitó a seguir sonriendo.

—¿Y cuál es el motivo por el que se supone que ha estado en prisión?—le pregunté.

—Eso no me lo han dicho—Fritz seguía hablando con lentitud—, pero quizá pueda intuirlo.

—¿Ah, sí? Pues yo no.

—Mira Bill, y perdona que te lo diga…—su tono de voz había cambiado. Ahora hablaba en serio. Me puso una mano sobre el hombro—. Lo que quiero decirte es lo siguiente. A fin de cuentas, a nosotros todas estas cosas nos importan un rábano. Al diablo con ellas. Pero hay otras personas además de nosotros, y estamos obligados a tenerlas en cuenta. ¿Sí o no? Imagínate que Norris engaña a algún

chaval y le roba hasta el último centavo.

—Desde luego, eso sería terrible.

Fritz me dejó por imposible, pero aún me disparó una última frase:

—Bien, luego no dirás que no te avisé. Eso es todo.

—No, Fritz. No te preocupes. Desde luego que no lo diré.

Nos separamos cordialmente.

Quizá Helen Pratt tuviera razón sobre mí. Poco a poco, había construido un escenario idealizado en el que colocar a Arthur y lo preservaba celosamente para que no se me desbaratara. Sin lugar a dudas, me resultaba divertido jugar con la idea de que Arthur era un criminal peligroso, pero estoy seguro de que nunca, ni por un solo momento, creí en serio que lo fuera. Casi todas las personas de mi generación son unos esnobs en lo que se refiere a la delincuencia. Mi apego a Arthur era un afecto reforzado por la obstinación. Si a mis amigos no les gustaba, ya fuera por culpa de su boca o de su pasado, ellos se lo perdían. Yo me complacía en pensar que era más profundo que ellos, más humano y, en general, un conocedor más sutil de la naturaleza humana. Y si en las cartas que mandaba a Inglaterra algunas veces me refería a él como «un viejo truhán de lo más sorprendente», lo que quería expresar con ello es que yo quería imaginarlo como a un ser humano revestido de gloria. Audaz, seguro de sí mismo, temerario y, a la vez, sereno. En realidad, y por desgracia, resultaba obvio que Arthur no era nada de todo eso.

Pobre Arthur. Raras veces he conocido a alguien con unos nervios tan delicados. Algunas veces, incluso llegué a pensar que quizá padeciera alguna forma moderada de manía persecutoria. Aún ahora, recuerdo como si lo viera la manera en la que acostumbraba a esperarme en nuestro restaurante favorito. Sentado en el rincón más apartado de la sala, aburrido, ensimismado y ansioso; con las manos colocadas una encima de la otra sobre el regazo con estudiado abandono, y la cabeza en un ángulo incómodo, ladeada como si se mantuviera a la escucha, como si aguardara el súbito sobresalto causado por algún tremendo ruido. Y aún puedo oírle cuando hablaba por teléfono, de modo cauteloso, con la boca colocada lo más cerca posible del auricular, y una voz que era poco más que un susurro.

—Hola. Sí, soy yo. ¿Así que ya has visto a esa gente? Bien. En ese caso ¿podemos vernos? Pongamos que a la hora acostumbrada y en casa de la persona que está interesada en el asunto. Por favor, avisa también a la otra persona para que vaya allí. No, no. Herr D. Es especialmente importante. Adiós.

Yo me reía:

—Escuchándote, uno creería que eres un conspirador profesional.

—Desde luego, un conspirador muy profesional. —Arthur se reía tontamente—. En absoluto. Te aseguro, querido William, que la discusión no se refería a nada tan dramático. Sólo estábamos tratando la venta de un viejo mobiliario, se da la circunstancia de que me interesa, ejem…, desde el punto de vista financiero.

—Y entonces, ¿a qué viene todo este secretismo?

—Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

—Aun así, lo más seguro es que quienquiera que esté escuchando no tenga interés en el asunto, ¿o sí?

—Hoy en día, toda prudencia es poca—me contestaba Arthur sin concretar.

Por aquel entonces, yo ya había tomado prestados casi todos sus libros «divertidos», y los había leído. La mayoría de ellos resultaron muy decepcionantes. Sus autores adoptaban un tono extrañamente mojigato, esnob, de clase media baja. Y, pese a sus sinceros esfuerzos para ser pornográficos, en los pasajes más relevantes eran irritantemente vagos. Arthur poseía toda una colección de *My Life and Loves*, firmada por su autor. Le pregunté si conocía a Frank Harris.

—Un poco, sí. Lo conocí unos cuantos años atrás. La noticia de su muerte me causó una gran conmoción. A su manera, era un genio. Tan ocurrente. Recuerdo que una vez, estando con él en el Louvre, me dijo: «Ah, mi querido Norris, usted y yo somos los últimos de esa raza de caballeros aventureros». También podía ser muy cáustico, ¿sabes? Y la gente jamás olvidaba las cosas que decía sobre ellos. Y esto me recuerda—continuó diciendo Arthur, con expresión meditativa—una pregunta que me hizo una vez el difunto lord Disley: «Señor Norris», me dijo, «¿es usted un vividor?».

—Qué pregunta tan extraordinaria. Pero yo no la llamaría ingeniosa. Más bien me parece condenadamente descortés por su parte.

—Y yo le repliqué: «Todos nosotros somos vividores. La vida es una aventura». Es una respuesta contundente, ¿no te parece?

—Es exactamente la clase de contestación que se merecía.

Arthur adoptó una pose modesta, mientras se estudiaba las uñas de los dedos.

—En general, suelo dar lo mejor de mí mismo cuando me encuentro en el estrado.

—¿Quieres decir que esto sucedió durante un juicio?

—Un juicio, no, William. Un procedimiento judicial. Yo había interpuesto una demanda por difamación al *Evening Post*.

—¿Por qué?, ¿qué es lo dijeron de ti?

—Hicieron ciertas insinuaciones sobre el destino de unos fondos públicos que me habían sido encomendados.

—¿Ganaste el juicio, supongo?

Arthur se frotó el mentón.

—No fueron capaces de demostrar sus acusaciones. El juez dictaminó que se me indemnizara con quinientas libras por daños y perjuicios.

—¿Has presentado denuncias por difamación a menudo?

—Cinco veces—admitió Arthur con modestia—. Y en tres de estas ocasiones el asunto se resolvió fuera de los juzgados.

—¿Y siempre conseguiste dinero por daños y perjuicios?

—Un poco. Nada, meras bagatelas. Pero mi honor quedó a salvo.

—Deben de haber resultado una fuente de ingresos bastante considerable.

Arthur hizo un gesto desdeñoso.

—Yo no diría tanto como eso.

Aquél era al fin el momento indicado para hacerle la pregunta.

—Dime, Arthur. ¿Has estado alguna vez en la cárcel?

Se acarició lentamente el mentón, dejando al descubierto su dentadura maltrecha. Una curiosa expresión apareció en sus ojos vacuos y azules. Quizá se tratara de alivio. Incluso, o esa es la impresión que tuve, de un cierto grado de vanidad satisfecha.

—Así que has oído hablar del asunto.

—Sí—le mentí.

—En su momento fue ampliamente comentado. —Arthur colocó las manos sobre el mango del paraguas y adoptó de nuevo una pose modesta—. Supongo que no habrás tenido oportunidad de leer el relato completo de las pruebas que se presentaron.

—No. Por desgracia no.

—Es una lástima. Me hubiera encantado prestarte todos los recortes de prensa, pero lamentablemente se perdieron durante una de mis muchas mudanzas. Me hubiera gustado conocer tu opinión imparcial… A mi modo de ver, el jurado fue injusto, tenía prejuicios respecto a mí desde el inicio. Si entonces hubiera tenido la experiencia que tengo ahora, no me cabe la menor duda de que habría conseguido la absolución. Mi abogado no me aconsejó bien. Yo debería de haber alegado en mi descargo, pero él me aseguró que nos hubiera sido imposible obtener las pruebas necesarias. El juez fue muy duro conmigo, incluso llegó a insinuar que yo había estado envuelto en alguna clase de chantaje.

—Caramba. Eso es pasarse, ¿no?

—Desde luego. —Arthur meneó la cabeza apesadumbrado—. Desgraciadamente, en lo que se refiere a cuestiones legales, la mente de los ingleses resulta muy poco sutil a veces. Es una mente incapaz de distinguir los matices del comportamiento humano.

—¿Y a cuánto… a cuánto tiempo te condenaron?

—Dieciocho meses a la sombra. En Wormwood Scrubs.

—Espero que te trataran correctamente.

—Me trataron de acuerdo con la normativa. No puedo quejarme…, sin embargo, desde que me liberaron, he sentido un interés profundo por las reformas penales e insisto en inscribirme en todas las asociaciones consagradas a este fin.

Hubo una pausa durante la cual Arthur, de forma evidente, se sumergió en recuerdos dolorosos.

—Puedo—continuó diciendo después de un rato—afirmar que, a lo largo de toda mi carrera, rara vez (por no dercir ninguna) he hecho algo que supiera que era contrario a la ley… Por otra parte, mantengo, y siempre mantendré, que aquellos miembros de la comunidad que son más ricos, pero menos dotados mentalmente, tienen el deber y el privilegio de contribuir al mantenimiento de las personas como yo. Espero que estés de acuerdo conmigo en esto.

—Dado que no soy uno de esos miembros más ricos—le dije—, sí, claro.

—Me alegra mucho. ¿Sabes, William?, tengo la impresión de que con el tiempo tú y yo acabaremos por estar de acuerdo en muchas cosas… Es extraordinario descubrir la gran cantidad de dinero que hay a nuestro alrededor, un dinero que sólo aguarda a que alguien se agache y lo recoja. Sí, sí, es absolutamente cierto, tan sólo espera que alguien se agache y lo recoja. Incluso hoy en día. Claro que uno debe tener ojos para verlo. Y capital. Se requiere una cierta cantidad de dinero, eso es algo absolutamente esencial. Uno de estos días tengo que explicarte, con detalle, mis tratos con un estadounidense que se creía descendiente directo de Pedro el Grande. Es una historia de lo más instructiva.

Algunas veces Arthur hablaba de su infancia. Había sido un niño delicado de salud y nunca había ido a la escuela. Hijo único, vivía solo con su madre, una viuda a la cual adoraba. Juntos estudiaban literatura y arte, juntos visitaron París, Baden-Baden y Roma. Se codeaban siempre con lo mejor de la sociedad, iban de un *Schloss* a un *château*, de un castillo a un palacio. Eran amables, encantadores y agradecidos, y vivían en un estado de constante y tierna ansiedad respecto a la salud del otro. Cuando los dos enfermaban y permanecían echados en sus habitaciones contiguas, conectadas por una puerta, pedían que se desplazaran sus respectivas camas para poder conversar sin verse obligados a levantar la voz. Se contaban historias, compartían pequeñas bromas alegres y así se animaban el uno al otro durante aquellas noches agotadoras en las que no conseguían dormir. Ya convalecientes, los paseaban en silla de ruedas, el uno al lado del otro, por los jardines de Lucerna.

Debido a su intrínseca naturaleza, este idilio de inválidos estaba predestinado a acabar muy pronto. Arthur se haría mayor y se iría a Oxford. Su madre moriría. Pero hasta el último momento de su vida siguió protegiéndolo con su amor y, mientras estuvo consciente, no permitió que los sirvientes mandaran un telegrama a su hijo avisándolo de la gravedad de su estado. Cuando, por fin, el servicio desobedeció sus órdenes, fue ya demasiado tarde. A su delicado hijo se le ahorró, tal como ella pretendía, la fatiga nerviosa que hubiera supuesto una despedida en el lecho de muerte.

Después de la muerte de su madre, la salud de Arthur mejoró de modo notable, pues a partir de entonces tuvo que arreglárselas solo. Esta situación era nueva y dolorosa, pero venía considerablemente aligerada por la pequeña fortuna que había heredado. Viviendo de acuerdo con los estándares de la sociedad londinense de la década de los noventa, Arthur tenía suficiente dinero para mantenerse al menos durante diez años. Se lo gastó en bastante menos de dos. «Fue en esa época—contaba él—, cuando por primera vez comprendí el significado de la palabra *lujo*. Y lamento decir que desde entonces me he visto obligado a añadir otras palabras a mi vocabulario, algunas de ellas son feas, horribles». En otra ocasión, observó con simplicidad: «Ojalá tuviera el dinero ahora, pues ahora sí sabría qué hacer con él». En aquellos lejanos días sólo tenía veintidós años y lo ignoraba. Así que el dinero desapareció a una velocidad mágica. Los sirvientes lo hacían desaparecer hábilmente. Se transformó en maravillosos trajes de vestir que Arthur, hastiado, regalaba, una o dos semanas después, a su ayuda de cámara; en bibelots orientales que, una vez en casa, no eran más que baratijas de hierro oxidado; en paisajes pintados por los últimos genios del impresionismo que, a la mañana siguiente, vistos a la luz del día, resultaban ser lienzos puerilmente emborronados. Impecable, ingenioso y con dinero para gastar a espuertas, Arthur debió de haber sido uno de los solteros jóvenes más codiciados de su amplio círculo social. Pero no fueron las mujeres, sino los judíos, quienes por fin lo atraparon.

Un tío austero, a quien pidió ayuda, lo rescató a regañadientes, pero impuso condiciones. Arthur debía sentar la cabeza y estudiar para presentarse al examen del Colegio de Abogados.

—Y puedo decir con toda honestidad que realmente lo intenté. No puedes ni imaginar las torturas que padecí. Después de un mes o dos me vi obligado a tomar medidas.

Cuando le pregunté qué clase de medidas fueron aquéllas, se volvió reservado. Concluí que había hallado la manera de hacer buen uso de los contactos que tenía.

—En aquel momento me pareció algo muy sórdido—añadió de modo críptico—. ¿Sabes?, yo era un muchacho en extremo sensible.

Cuando ahora pienso en ello no puedo por más que sonreír. Aquél fue el momento en el que dio comienzo mi carrera. Y, contrariamente a lo que hizo la mujer de Lot, yo jamás volví la vista atrás. Por supuesto ha habido altibajos…, momentos buenos, momentos malos. Los buenos tienen que ver con la historia de Europa. Los malos, prefiero no recordarlos. En fin, como dice el proverbio: yo me lo he guisado y ahora yo debo comérmelo.

Por lo que alcancé a deducir, durante aquella primavera y aquel principio de verano, los altibajos de los asuntos de Arthur fueron bastante frecuentes. Nunca estaba demasiado dispuesto a hablar de ellos, pero su estado de ánimo siempre indicaba, de modo fidedigno, el estado de sus finanzas. La venta de aquel «viejo mobiliario» (o lo que fuera en realidad) pareció proporcionarle un respiro temporal. Y en el mes de mayo regresó muy animado de un breve viaje a París. Tal y como me comunicó, de forma cautelosa, «tenía varios huevos en la cesta».

Tras todas estas transacciones se movía la figura siniestra y cabezona de Schmidt. Arthur tenía un miedo indisimulado a su secretario, y no era de extrañar. En apariencia, Schmidt resultaba excesivamente servicial. Sus intereses eran idénticos a los de su patrón, los había hecho suyos. Y era una de esas personas que poseen, no sólo la capacidad, sino auténticos deseos, de llevar a cabo el trabajo sucio de quien las emplea. Por algunas observaciones casuales que Arthur hizo en momentos en los que olvidaba la discreción, llegué poco a poco a hacerme una idea bastante precisa de cuáles eran las habilidades y las tareas de aquel secretario.

—Para alguien perteneciente a nuestra clase social resulta muy doloroso tener que decir ciertas cosas a ciertos individuos, porque nuestra delicada sensibilidad se resiente. A veces uno se ve obligado a ser demasiado crudo.

Parecía que Schmidt, en cambio, no sufría. Estaba más que preparado para decir cualquier cosa a cualquier persona. Se enfrentaba a los acreedores con el coraje y la técnica de un torero. Estaba siempre pendiente del curso que seguían los experimentos más temerarios de Arthur y, luego, regresaba con el dinero igual que un sabueso volvería a casa con un pato salvaje en la boca.

Schmidt controlaba y distribuía, con parquedad, el dinero para gastos personales de Arthur. Durante mucho tiempo Arthur trató de disimularlo, pero resultaba obvio. Había días en los que no tenía suficiente dinero ni para pagarse el billete de autobús. Otras veces, me decía: «Aguarda un momento, William. Tengo que subir a casa a recoger una cosa que he olvidado. ¿No te importa esperar un minuto aquí abajo, verdad?». En semejantes ocasiones se reunía de nuevo conmigo después de haberme tenido en la calle más o menos durante

un cuarto de hora. Algunas veces llegaba profundamente deprimido, y otras radiante, como un escolar que acabara de recibir una paga cuantiosa e inesperada.

Otra de las frases a las que me tenía acostumbrado era: «Me temo que no puedo invitarte a subir ahora. El piso está muy desordenado». Muy pronto descubrí que ésta era su manera de decir que Schmidt se encontraba en casa. Arthur, al que horrorizaban las escenas, siempre hacia grandes esfuerzos para evitar que Schmidt y yo coincidiéramos. Lo cierto es que, después de mi primera visita, el mutuo desagrado había aumentado de forma considerable. Creo que a Schmidt no sólo no le gustaba, sino que, con toda seguridad, tampoco me aprobaba, pues consideraba que yo era una influencia hostil y desestabilizadora para su patrón. Nunca fue exactamente ofensivo conmigo. Se limitaba a sonreír, con aquella insultante sonrisa suya, y solía divertirse entrando en la habitación sin previo aviso con aquellos zapatos de suelas silenciosas. Una vez dentro se quedaba quieto un rato, después hablaba y entonces Arthur, alarmado, daba un respingo y chillaba. Hacía esto dos o tres veces seguidas hasta que los nervios de Arthur quedaban en un estado tal que ya no era capaz de seguir hablando de modo coherente sobre nada, por lo que nos veíamos obligados a retirarnos al café más cercano para continuar allí nuestra conversación. Schmidt lo ayudaba a ponerse el abrigo y nos despedía con ceremoniosa ironía, con una pequeña reverencia, con la que demostraba su malvada satisfacción por haber conseguido su objetivo.

En junio fuimos a pasar un largo fin de semana con el barón Von Pregnitz. Nos había invitado a su casa de campo, que estaba situada en Mecklenburg, a orillas de un lago. La habitación más grande de la mansión consistía en un gimnasio equipado con los aparatos más modernos, pues el barón era aficionado a cuidar su figura. Se torturaba a diario con un caballo eléctrico, una máquina de remo y un cinturón de masaje vibrador. Hacía mucho calor y todos nos bañábamos, incluso Arthur. Llevaba un gorro de baño de goma, que se ajustaba con gran precisión en la intimidad de su dormitorio. La casa estaba abarrotada de muchachos bien parecidos, que lucían cuerpos morenos y extraordinariamente musculosos. Se embadurnaban con aceite y se tostaban al sol durante horas y horas. Tragaban como lobos y en la mesa hacían gala de unos modales que ofendían profundamente a Arthur. Casi todos hablaban con un acento berlinés muy marcado. Cuando estaban en la orilla, practicaban la lucha libre, boxeaban, y se zambullían en el lago dando saltos mortales desde el trampolín. El barón se sumaba a todas estas actividades y muy a menudo lo manoseaban de la manera más escandalosa. Con una brutalidad no desprovista de buen humor, los chicos lo sometían a

bromas burdas que hacían añicos sus monóculos de repuesto y que hubieran podido romperle el pescuezo con toda tranquilidad. Él lo soportaba todo con una sonrisa congelada y heroica.

Durante la segunda velada de nuestra estancia huyó de ellos y vino a dar un paseo por el bosque conmigo. Estábamos solos. Aquella mañana, los chicos lo habían estado manteando y había acabado por aterrizar en el pavimento de asfalto, aún temblaba un poco. Colocó una mano pesada sobre mi brazo.

—Cuando llegue usted a mi edad—me dijo con tristeza—, creo que descubrirá que las cosas más hermosas de la vida pertenecen al terreno del espíritu. La carne, por sí sola, no puede darnos la felicidad.

Suspiró y me apretó levemente el brazo.

—Nuestro amigo Kuno es un hombre fuera de lo común—observó Arthur cuando ya estábamos sentados en el tren, camino de vuelta a Berlín—. Algunas personas creen que tiene por delante una carrera importante. No me sorprendería en absoluto que le ofrecieran un cargo de relevancia en el nuevo gobierno.

—No lo dirás en serio.

—Y pienso—Arthur me lanzó una mirada discreta y sesgada—que le has caído muy bien.

—¿Ah, sí?

—William, algunas veces pienso que tu falta de ambiciones es lamentable. Tú tienes mucho talento y un chico joven debería hacer buen uso de las oportunidades que se le presentan. Kuno está en posición de ayudarte de muy diversas maneras.

Me eché a reír.

—Ayudarnos a los dos, querrás decir.

—Bien, no me importa en absoluto que lo expreses de esta manera. Y no tengo ningún reparo en admitir que vislumbro ciertas ventajas personales si se diera un arreglo de esta clase. Cualesquiera que sean mis faltas, espero no ser un hipócrita. Por ejemplo, se me ocurre que Kuno podría nombrarte su secretario.

—Lo siento, Arthur—le contesté—, pero me temo que, dado el caso, mis deberes en ese puesto me resultarían demasiado gravosos.

5

Hacia finales de agosto, Arthur se fue de Berlín. Su partida estuvo rodeada de un halo de misterio. Ni siquiera me había dicho que tuviera pensado irse. Fui a tocar el timbre de su casa dos veces, en momentos en los que estaba razonablemente seguro de que Schmidt no estaría en la casa. Lo único que sabía Hermann, el cocinero, era que su patrón se encontraba fuera por un período indefinido. En la segunda ocasión le pregunté adónde había ido y me dijo que a Londres. Empecé a temerme que Arthur hubiera abandonado Alemania para siempre. Tenía, sin duda, razones de mucho peso para hacerlo.

Sin embargo, un día de la segunda semana de septiembre, sonó el teléfono. Y al otro lado de la línea estaba Arthur.

—¿Eres tú, hijo mío? ¡Aquí estoy!, por fin de vuelta. Tengo tantísimas cosas que contarte. Por favor, no me digas que esta noche estás comprometido. ¿Estás libre? Entonces, ¿vendrás por aquí hacia las seis y media? Debo decirte que te tengo reservada una pequeña sorpresa. No, no te voy a decir nada más por ahora. Tienes que venir y verlo por ti mismo. *Au revoir*.

Cuando llegué al apartamento, encontré a Arthur de un humor inmejorable.

—Mi querido William. ¡Es un placer volver a verte! ¿Cómo te las has apañando con tus asuntos? ¿A ratos bien y otros menos bien?

Arthur soltó una risita, se rascó el mentón y lanzó una mirada rápida y desasosegada por toda la habitación. Parecía como si no se acabara de creer que la totalidad del mobiliario siguiera en su lugar de origen.

—¿Qué tal fueron las cosas en Londres?—le pregunté.

Pese a lo que me había dicho cuando me llamó por teléfono, no parecía estar de un talante particularmente comunicativo.

—¿En Londres?—La mente de Arthur parecía haberse quedado en blanco—. Ah, sí. Londres…, si te soy sincero, William, no he estado en Londres. Estuve en París. Pero, en estos precisos momentos, conviene que exista una ligera incertidumbre sobre mis idas y venidas, muy en especial en la mente de ciertas personas que rondan por aquí—hizo

una pausa, y luego añadió de forma impactante—: supongo que te lo puedo decir, dado que eres un amigo muy íntimo y querido. Mi visita a París estaba relacionada con el Partido Comunista.

—¿Quieres decir que te has hecho comunista?

—A todos los efectos, William. Pero sí, así es. A todos los efectos. —Permaneció en silencio unos segundos, disfrutaba de mi estupefacción—. Y lo que es más, te he pedido que vengas aquí esta noche para que seas testigo de lo que podría llamar mi *Confessio fidei*. Está previsto que dentro de una hora hable en un mitin destinado a protestar contra la explotación de los campesinos chinos. Espero que me concedas el honor de asistir.

—Eso ni se pregunta.

El mitin iba a tener lugar en Neukölln. Arthur insistió en que tomáramos un taxi para hacer todo el trayecto. Estaba derrochador.

—Tengo la impresión—observó—de que en el futuro recordaré esta velada como uno de los puntos de inflexión de mi carrera.

Estaba visiblemente nervioso y no hacía más que revolver sus papeles. En ocasiones lanzaba una mirada de desdicha a través de la ventanilla, como si deseara pedirle al taxista que parara el coche.

—Yo hubiera jurado que en tu carrera ha habido un buen número de puntos de inflexión—le dije, para distraer sus pensamientos.

El rostro de Arthur se iluminó al instante ante el implícito halago.

—Los ha habido, William. Los ha habido, desde luego. En el caso de que mi vida fuera a terminar esta misma noche (sinceramente, espero que no vaya a ser así), podría decir, sin faltar a la verdad: «Por lo menos, yo he vivido…». Ojalá me hubieras conocido en los viejos tiempos en París, justo antes de la guerra. Tenía mi propio vehículo y un apartamento en el Bois. En aquel momento era uno de los lugares más en boga de la ciudad. El dormitorio, que diseñé yo mismo, estaba todo pintado de negro y carmesí. Mi colección de látigos era, con toda probabilidad, única. —Arthur suspiró—. Soy de naturaleza en extremo sensible y reacciono de inmediato al entorno. Cuando el sol brilla, me expando. Para conocerme en mis mejores momentos, hay que verme en los escenarios apropiados. Una buena mesa, una buena bodega. Arte. Música. Objetos hermosos. Un medio social exquisito e ingenioso. Es entonces cuando mi personalidad centellea. Me convierto en otra persona.

El taxi se detuvo. Arthur pagó meticulosamente al conductor. Cruzamos el jardín de una gran taberna al aire libre y entramos en un restaurante desierto, vacío y oscuro, donde un anciano camarero nos informó de que el mitin se estaba llevando a cabo en el piso de arriba.

—No en la primera puerta—añadió acto seguido—. Ésa es la del Club de Bolos.

—¡Válgame Dios!—exclamó Arthur—. Mucho me temo que estemos llegando muy tarde.

Tenía razón. El mitin ya había comenzado. Mientras subíamos por la escalera amplia y desvencijada, alcanzamos a oír la voz del orador; su eco se perdía en el largo y destartalado pasillo. Dos muchachos corpulentos, que llevaban sendas bandas con el dibujo de la hoz y el martillo en los brazos, hacían las veces de centinelas frente a la doble puerta. Arthur les susurró una explicación apresurada y nos dejaron entrar. Arthur me apretó la mano con gesto inquieto:

—Nos veremos más tarde, entonces.

Me senté en la silla libre más próxima.

La sala era grande y fría. Estaba decorada con un estilo barroco, brillante y chillón. Debía de haber sido construida como unos treinta años antes y desde entonces nunca le habían dado una nueva mano de pintura. En el techo había un inmenso dibujo de querubines, rosas y nubes en tonos dorados, rosados y azules. Estaba desconchado y manchado por la humedad. Sobre las paredes colgaban varios estandartes de tela de color rojo a modo de cortinajes con frases escritas en color blanco: «*Arbeiterfront gegen Faschismus und Krieg*» [Frente de los trabajadores contra el fascismo y la guerra]. «*Wir fordern Arbeit und Brot*» [Exigimos trabajo y pan]. «*Arbeiter aller Länder, vereinigt euch*» [Trabajadores del mundo, uníos].

El moderador estaba sentado a una mesa larga colocada en el escenario frente al público. Tras él había un telón de fondo raído que representaba un claro en el bosque. A su lado tenía a dos chinos, una chica que tomaba notas taquigráficas y un hombre esquelético, de pelo rizado, que apoyaba la cabeza en sus manos, como si estuviera escuchando música. Delante de ellos, peligrosamente cerca del borde del escenario, había un hombre de pie. Era pelirrojo, bajito y ancho de hombros. Agitaba una hoja de papel ante el auditorio como quien ondea una bandera.

—Éstos son los números, camaradas. Ya los habéis oído. Son números que hablan por sí mismos, ¿no es cierto? Poco más necesito decir. Mañana los veréis impresos en el *Welt am Abend*. Es inútil que los busquéis en la prensa capitalista, porque no los vais a encontrar. Ya se encargarán los patrones de que no salgan en sus periódicos, porque si los publicaran el mercado de valores se resentiría. Qué lástima, ¿verdad? Pero no importa. Los trabajadores los podrán leer. Y los trabajadores sabrán qué deben pensar de ellos. Vamos a enviar un mensaje a nuestros camaradas en China: los trabajadores del Partido Comunista alemán protestan contra los atropellos cometidos por los asesinos japoneses. Los trabajadores piden ayuda y asistencia para los cientos de miles de campesinos chinos que se han quedado sin techo. Camaradas, la sección China del IAH [Internationale Arbeiterhilfe,

'Ayuda Internacional de los Trabajadores'] apela a nosotros para que financiemos la lucha contra el imperialismo japonés y la explotación europea. Es nuestro deber ayudarlos. Y vamos a ayudarlos.

El hombre pelirrojo sonreía mientras hablaba. Era una sonrisa militante, triunfal, y su dentadura blanca y pareja brillaba a la luz de la lámpara. Gesticulaba de forma sobria, pero el efecto de sus gestos era sorprendentemente vigoroso. En algunos momentos parecía que la gigantesca energía almacenada en su cuerpo, bajo y rechoncho, fuera a lanzarlo más allá del estrado, como propulsado por una motocicleta de poderosa cilindrada. Yo había visto su fotografía dos o tres veces en los periódicos, pero no conseguía recordar quién era. Desde donde estaba sentado, resultaba difícil oír todo lo que decía. Su voz quedaba ahogada y llenaba la sala grande y húmeda de ecos atronadores.

Entonces Arthur hizo su aparición en el escenario. Estrechó las manos de los chinos a toda prisa, se disculpó y se dirigió nerviosamente a su silla. Los aplausos que estallaron tras la última frase que pronunció el hombre pelirrojo lo alarmaron visiblemente. Se sentó, dejándose caer de golpe.

Aproveché los aplausos para desplazarme varias filas hacia adelante y oír mejor. Me acomodé en un lugar vacío que había visto. Al tomar asiento, noté que alguien me tironeaba de la manga. Era Anni, la chica de las botas. A su lado, reconocí al chico que había estado vertiendo cerveza en la boca de Kuno el día de la fiesta de Año Nuevo en el piso de Olga. Ambos parecieron contentos de verme. El chico me dio un apretón de manos que casi me hizo aullar de dolor.

Había mucha gente en la sala. El público estaba sentado y vestía su ajada ropa de diario. La mayoría de hombres llevaba pantalones con gruesos calcetines de lana, jerséis y gorras de visera. Sus ojos estaban clavados en el orador con una curiosidad voraz. Yo nunca había estado en un mitin comunista y lo que más me llamó la atención fue la mirada fija y atenta de las hileras de rostros vueltos hacia el orador; los rostros de la clase trabajadora de Berlín, pálidos y prematuramente arrugados, a menudo demacrados y ascéticos, como las cabezas de los escolares, de frente despejada, con el pelo fino y rubio cepillado hacia atrás. Aquellas personas no habían ido allí para verse y ser vistas, ni para cumplir con un deber social. Todos permanecían atentos, pero no pasivos. No eran espectadores. Participaban, con una pasión contenida y llena de curiosidad, en el discurso del hombre pelirrojo. Él hablaba por ellos, verbalizaba sus pensamientos. Y ellos escuchaban su propia voz colectiva. A intervalos aplaudían, con una súbita y espontánea violencia. Su pasión, la fuerza de su causa, me entusiasmaba, pero me mantuve al margen. Un día, quizá, podría identificarme con ella, renegar de mi propia clase social y de mis sentimientos embrollados por el anarquismo de nuestras charlas en Cambridge, por los mandatos

recibidos el día del sacramento de la confirmación, por las melodías de la banda de música militar que sonaban cuando el regimiento de mi padre marchaba hacia la estación de tren, diecisiete años atrás. El hombre menudo terminó su discurso y regresó a su mesa acompañado por el estruendo de los aplausos.

—¿Quién es?—pregunté.

—¿Cómo?, ¿no lo sabes?—exclamó el amigo de Anni con sorpresa —. Es Ludwig Bayer, uno de los mejores hombres que tenemos.

El chico se llamaba Otto. Anni hizo las presentaciones y recibí otro apretón de manos triturador. Otto intercambió su asiento con ella para poder hablar conmigo.

—¿Estuviste la otra noche en el Palacio de Deportes? Chico, deberías haberlo escuchado. Habló durante dos horas y media sin tan siquiera beber un sorbo de agua.

El delegado chino se puso en pie y fue presentado al público de la sala. Habló en un alemán cuidadoso y académico. Pronunciaba sus frases con el tono leve y plañidero de un instrumento musical asiático. Nos habló de la hambruna, de las grandes inundaciones, de los bombardeos japoneses sobre las ciudades indefensas:

—Camaradas alemanes, os traigo un mensaje triste de mi desgraciado país.

—¡Caramba!—susurró Otto, impresionado—. Ahí debe de ser aún peor que en casa de mi tía en Simeonstrasse.

Ya eran las nueve y cuarto. Al orador chino le siguió un hombre con el pelo rizado. Arthur se estaba impacientando. No hacía más que lanzar miradas a su reloj y se tocaba la peluca con gestos furtivos. Luego habló un segundo chino. Su alemán no era tan bueno como el del primero, pero el público siguió su discurso con el mismo entusiasmo. Me di cuenta de que Arthur estaba al borde del ataque de nervios. Se levantó, rodeó la mesa por la parte de atrás y se dirigió a la silla donde estaba sentado Bayer. Se inclinó hacia él y empezó a hablarle entre agitados murmullos. Bayer sonrió y le dirigió un gesto suave y apaciguador. Parecía divertido. Arthur regresó a su silla con expresión algo dubitativa, pero una vez allí enseguida empezó a agitarse otra vez.

Por fin el chino acabó su discurso. Bayer se levantó de inmediato. Tomó a Arthur del brazo, era el gesto alentador que habría utilizado con un muchacho, y lo condujo hasta la parte delantera del escenario.

—Éste es el camarada Arthur Norris, que ha venido aquí para hablarnos de los crímenes del imperialismo británico en el Lejano Oriente.

Verle allí de pie me pareció tan absurdo que apenas fui capaz de mantener la compostura. Es más, me resultaba difícil entender la

razón por la cual todas las personas de la sala permanecían serias, en lugar de estallar en carcajadas. Pero no, era obvio que el público no creía que Arthur fuera en absoluto cómico. Incluso Anni, que tenía más motivos que ninguno de los presentes para contemplarlo desde un punto de vista cómico, se mantuvo seria.

Arthur tosió y reordenó sus papeles. Luego comenzó a hablar en un alemán fluido y prolijo. Iba un poco deprisa:

—Desde el día en que los líderes de los gobiernos aliados decidieron actuar de acuerdo con sus intereses y, en su infinita sabiduría, diseñaron ese documento conocido como el Tratado de Versalles, un documento sin duda inspirado por la misma divinidad. Desde ese día, repito…

En las filas de los oyentes hubo una leve conmoción, algo así como una vibración incómoda. Pero no había rastro de ironía en los rostros pálidos y serios dirigidos hacia el orador. Aceptaban sin reservas a este caballero burgués y urbano. Aceptaban su atuendo elegante y su gracioso ingenio de rentista. Aquel caballero estaba allí para ayudarlos. Bayer lo había avalado. Era, pues, amigo de todos ellos.

—Durante los dos últimos siglos, el imperialismo británico se ha dedicado a conceder a sus víctimas los dudosos beneficios de la Biblia, la Bebida y la Bomba. Y de estas tres cosas, yo casi me atrevería a decir que la Bomba ha sido la menos dañina.

Estas palabras fueron recibidas con aplausos. Eran aplausos vacilantes que llegaron con retraso, como si los oyentes de Arthur aprobaran el contenido del discurso pero tuvieran aún algunas dudas respecto a su forma. Claramente animado por esta respuesta, Arthur continuó:

—Todo ello me recuerda aquella historia de un inglés, un alemán y un francés que apostaron para ver quién de los tres era capaz de cortar más árboles en un solo día. El francés fue el primero en intentarlo…

Al final de la historia hubo risas y un aplauso sonoro. Otto me golpeó la espalda con rudeza. Estaba encantado:

—*Mensch! Der spricht prima, nicht wahr*? [¡Tío! Tiene un pico de oro, ¿no?].

Luego se inclinó hacia adelante, para seguir escuchando. Tenía los ojos clavados en el escenario y rodeaba los hombros de Anni con un brazo. El discurso de Arthur, cuyo ligero tono bromista había cedido el paso a la oratoria seria, estaba llegando al clímax:

—Estamos aquí sentados, en esta sala, pero los gritos de las campesinos chinos que mueren de hambre resuenan en nuestros oídos. Sus lamentos nos llegan a través del ancho mundo. Y esperemos que pronto, muy pronto, resuenen aún con más intensidad. Y que su ruido ahogue la cháchara de los diplomáticos y la música de las orquestas de

baile de los hoteles de lujo. Esos lugares en los que las esposas de los fabricantes de armas juguetean con collares de perlas que han comprado a un precio muy alto, el de la sangre de niños inocentes. Ésta es la verdad. Y nosotros debemos conseguir que todos los hombres y mujeres de Europa y Estados Unidos con capacidad de reflexión puedan escuchar con claridad estos gritos y lamentos. Pues entonces, y sólo entonces, podrá ponerse fin a esta explotación inhumana, a este tráfico de personas…

Arthur, con el rostro enrojecido, finalizó su discurso con un gesto enérgico y florido. Las salvas de aplausos, una tras otra, retumbaron en la sala. Muchos miembros del público le aclamaron. Cuando el aplauso aún estaba en su punto álgido, Arthur bajó del escenario y se reunió conmigo en la puerta de la sala. Las personas se volvían para contemplar nuestra salida. Otto y Anni abandonaron el mitin con nosotros. Otto estrujó la mano de Arthur y le propinó unos tremendos palmetazos en la espalda.

—¡Arthur, viejo truhán, ha estado muy bien!

—Gracias, hijo. Gracias—le contestó Arthur, crispando el rostro. Se sentía muy satisfecho de sí mismo—. ¿Cómo ha reaccionado el público, William? Creo que bien, ¿no es cierto? Espero haber presentado mis argumentos de modo claro, ¿ha sido así? Por favor, dime que sí.

—Arthur, con absoluta sinceridad, me he quedado estupefacto.

—Palabras encantadoras por tu parte. Desde luego, los halagos procedentes de un crítico tan severo como tú son música para mis oídos.

—No tenía ni idea de que tuvieras tanta experiencia en la materia.

—En mis tiempos—admitió Arthur con modestia—, tuve ocasión de hacer un buen número de discursos en público, aunque no de este tipo.

Tomamos una cena fría en su casa. Tanto Schmidt como Hermann habían salido. Otto y Anni prepararon el té y pusieron la mesa. En la cocina parecían sentirse como en casa y sabían dónde estaba todo.

—Anni ha elegido a Otto como su protector—me explicó Arthur mientras ellos dos no estaban en la habitación—. Si estuviéramos hablando de otro tipo de personas, podríamos decir que él es su representante. Creo que se queda con un cierto porcentaje de sus ganancias. Prefiero no indagar demasiado a fondo en el tema. Es un chico encantador, pero demasiado celoso. Por suerte, no lo es de los clientes de Anni, y desde luego yo lamentaría mucho que me pusiera en su lista negra. Tengo entendido que es el campeón de pesos medios de su club de boxeo.

Por fin la comida estuvo lista. Arthur se dedicó a dar instrucciones

entre muchos aspavientos.

—¿Podría la camarada Anni traernos unos vasos? Muy gentil por su parte. Quisiera que esta fuera una noche de celebración. Y si el camarada Otto fuera tan amable, quizá incluso podríamos tomar un poquito de coñac. No sé si el camarada Bradshaw bebe coñac. Mejor le preguntas tú mismo, Otto.

—En un momento histórico como éste, camarada Norris, yo bebo lo que me pongan delante.

Otto volvió con la noticia de que se había terminado el coñac.

—No importa—dijo Arthur—, el coñac no es una bebida proletaria. Beberemos cerveza. —Nos llenó los vasos—. ¡Por la revolución mundial!

—¡Por la revolución mundial!

Brindamos. Anni bebió refinadamente, sosteniendo el asa de su jarra de cerveza entre el pulgar y el índice y con el meñique curvado hacia arriba. Otto se bebió la suya de un solo trago, y luego depositó la jarra sobre la mesa con un golpe brusco y fuerte. La cerveza de Arthur se fue por el camino equivocado y se atragantó, farfulló, se ahogó, y hundió el rostro en la servilleta.

—Me temo que eso es de mal augurio—le dije bromeando. Mis palabras parecieron disgustarle mucho.

—Por favor, William, no digas esto. No me gusta que la gente diga cosas de esa clase, ni siquiera en broma.

Ésta fue la primera vez que me di cuenta de lo supersticioso que era Arthur. La cosa me divirtió y también me turbó un poco. Daba la sensación de haberse tomado muy mal la broma. ¿Acaso se habría convertido, haciendo algún proceso similar al de las conversiones religiosas? ¿Cabía esa posibilidad? Resultaba difícil de creer.

—¿Hace mucho tiempo que eres comunista, Arthur?—le pregunté en inglés cuando empezamos a comer.

Carraspeó y se aclaró ligeramente la garganta. Luego lanzó una mirada incómoda en dirección a la puerta.

—De corazón, sí, William. Y puedo decir que siempre he creído que todos somos hermanos, en el sentido más profundo de la palabra. Las distinciones de clase jamás han significado nada para mí y el odio a la tiranía corre por mi sangre. Ni siquiera cuando era pequeño podía soportar injusticias de ninguna clase. La injusticia ofende mi sentido de la belleza. Es algo muy estúpido y antiestético. Recuerdo lo que sentí la primera vez que mi aya me castigó injustamente. No fue el castigo en sí mismo lo que generó mi resentimiento, sino la torpeza, la falta de imaginación que evidenciaba. Eso, recuerdo, me dolió muchísimo.

—Entonces, ¿cómo es que no te uniste al Partido mucho antes?

De pronto, Arthur pareció divagar. Se frotó las sienes con las puntas de los dedos.

—No era el momento. No.

—¿Y qué dice Schmidt de todo esto?—le pregunté con malicia.

Arthur lanzó un vistazo rápido en dirección a la puerta por segunda vez. Tal y como yo había sospechado, estaba inquieto, pendiente de si el secretario entraba de repente y nos sorprendía a todos allí.

—Me temo que Schmidt y yo no estamos de acuerdo en lo que respecta a este tema, al menos por ahora.

Sonreí abiertamente.

—No me cabe la menor duda de que, a su debido tiempo, lo convertirás.

—A ver si dejáis de hablar en inglés, vosotros dos—exclamó Otto, dándome un vigoroso codazo en las costillas—. Anni y yo también queremos oír el chiste.

Durante la cena bebimos grandes cantidades de cerveza. Me costaba mantener el equilibrio y cuando al final de la comida me puse de pie, volqué la silla en la que me había sentado. En la parte inferior del asiento había un rótulo pegado con el número 69.

—¿Para qué es esto?—pregunté.

—Oh, ¿esto?—se apresuró a decir Arthur. Parecía muy desconcertado—. Es el número del catálogo donde la compré originalmente. Debió de quedarse pegado… Anni, amor mío, ¿seriáis tú y Otto tan amables de llevar algunas de las cosas a la cocina y ponerlas en el fregadero? No me agrada dejarle a Hermann mucho trabajo para mañana porque se enfada conmigo y está todo el día de mal humor.

—¿Para qué sirve este rótulo numerado?—repetí amablemente la pregunta en cuanto nos dejaron solos—. Quiero saberlo.

Arthur sacudió la cabeza con expresión apenada.

—Ah, mi querido William, no se te escapa nada. Así que otro de nuestros secretos domésticos ha quedado al desnudo.

—Me temo que estoy muy espeso. ¿De qué secreto se trata?

—Me alegra descubrir que tu corta vida no se ha visto nunca mancillada por semejantes experiencias sórdidas. Lamento decir que cuando yo tenía tu edad, ya había trabado conocimiento con el caballero cuya rúbrica manuscrita podrás encontrar debajo de cada una de las piezas del mobiliario de esta habitación.

—Santo cielo, ¿te refieres al alguacil?

—Si no te importa, yo prefiero la palabra *Gerichtsvollzieher*. Suena muchísimo mejor.

—Pero Arthur, ¿cuándo va a venir?

—Viene, siento decirlo, casi cada mañana. A veces también viene por la tarde. Sin embargo, raras veces me encuentra en casa. Prefiero dejar que lo reciba Schmidt. Por lo poco que he visto de él, parece ser una persona de muy escasa, sino ninguna, cultura. Dudo mucho que él y yo tengamos nada en común.

—¿No se lo llevará todo dentro de poco?

A Arthur pareció divertirle mi expresión consternada. Dio una calada a su cigarrillo, con exagerada indiferencia.

—Creo que se lo va a llevar el próximo lunes.

—Pero ¡eso es espantoso! ¿No se puede hacer nada al respecto?

—Oh, sin duda se puede hacer algo al respecto. De hecho, se hará algo al respecto. Me veré obligado a hacer otra visita a mi amigo escocés, el señor Isaacs. El señor Isaacs asegura que procede de una antigua familia escocesa, los Isaacs de Inverness. La primera vez que tuve el placer de conocerlo casi me abrazó. «Ah, mi querido señor Norris», me dijo, «usted es compatriota mío».

—Pero, Arthur, si recurres a un prestamista aún vas a meterte en más problemas. ¿Hace mucho tiempo que dura todo esto? Siempre supuse que eras bastante rico.

Arthur se echó a reír.

—Soy rico, espero, en asuntos del espíritu… Hijo mío, por favor, no te preocupes por mí. Ahora hace ya casi treinta años que vivo de mi ingenio, y me propongo continuar haciéndolo hasta que sea llamado a sumarme a la compañía, poco recomendable, me temo, de mis progenitores.

Antes de que pudiera hacerle más preguntas, Anni y Otto volvieron de la cocina. Arthur los recibió con alegría y Anni no tardó en sentarse en sus rodillas, resistiendo a sus insinuaciones con palmetazos y mordiscos. Entre tanto, Otto se había quitado el abrigo y arremangado las mangas de la camisa, y estaba absorto intentando reparar el gramófono. No parecía haber lugar para mí en esa escena doméstica, así que al poco rato dije que tenía que irme.

Otto me acompañó abajo con la llave de la puerta de entrada. Al despedirnos, levantó su puño cerrado con expresión seria y me saludó:

—*Rotfront.*

—*Rotfront*—le contesté.

6

Una mañana, no mucho después de esto, Fräulein Schroeder se dirigió hacia mi habitación a toda prisa y medio a trompicones. Venía para decirme que Arthur estaba al teléfono.

—Debe de tratarse de algo muy importante. Herr Norris ni siquiera me ha dado los buenos días. —Estaba muy impactada y bastante dolida.

—Hola, Arthur. ¿Qué tal? ¿Qué pasa?

—Por todos los santos, hijo, no me hagas preguntas ahora—su tono era nervioso e irritado, y habló con tanta rapidez que apenas alcancé a comprender lo que me decía—. Es más de lo que puedo soportar. Todo lo que en este momento quiero saber es si puedes venir aquí de inmediato.

—Bueno… tengo un alumno que llega a las diez.

—¿Puedes librarte de él?

—¿Tan importante es este asunto?

Arthur lanzó un pequeño grito irascible y exasperado:

—¿Que si es importante? Mi querido William, por favor, te ruego que hagas un mínimo esfuerzo y te lo imagines. ¿Estaría yo llamándote a esta hora tan insólita si no fuera importante? Todo lo que te pido es que me des una respuesta clara: sí o no. Si es una cuestión de dinero, estaré más que satisfecho de pagarte la cantidad que sueles cobrar. ¿Cuánto cobras?

—Cállate, Arthur, no seas absurdo. Si es urgente, por supuesto que voy para allá. Estaré contigo en unos veinte minutos.

Encontré todas las puertas del piso abiertas y entré sin que nadie me anunciara. Aparentemente, Arthur había estado correteando de una habitación a otra de forma enloquecida, como un pollo sin cabeza. Cuando entré, estaba en el salón. Llevaba ropa de calle y se colocaba los guantes con gestos nerviosos. Hermann estaba arrodillado, buscaba algo en el interior de un armario de la sala con expresión malhumorada. Schmidt estaba de pie en la puerta del estudio, ocioso, con un cigarrillo colgado en los labios. No hacía el menor esfuerzo por ayudar y era evidente que gozaba contemplando los apuros de su patrón.

—Ah, William, aquí estas, ¡por fin!—exclamó Arthur al verme—. Pensé que nunca llegarías. Oh, señor, señor. ¿De veras es ya tan tarde? No busques más el sombrero gris. Ven, William, ven conmigo. Te lo explicaré todo por el camino.

Al salir, Schmidt nos dedicó una sonrisa sarcástica y desagradable.

Una vez estuvimos confortablemente sentados en la imperial del autobús, Arthur se calmó un poco y habló con más coherencia.

—Antes que nada—se palpó rápidamente todos los bolsillos y extrajo un trozo de papel doblado—: lee esto, por favor.

Miré el papel. Era una *Vorladung* [citación] emitida por la policía política. Se requería a Herr Arthur Norris para que aquella mañana, antes de la una, se presentara en Alexanderplatz. El papel no decía lo que podría suceder si el citado no se presentaba. La redacción del texto era oficial y fríamente cortés.

—Por el amor de Dios, Arthur—le dije—. ¿Qué significa esto? ¿En qué te has metido esta vez?

Pese a estar nervioso y alarmado, Arthur hizo gala de cierto modesto orgullo.

—Me halaga pensar que mi asociación con—aquí bajó el volumen de la voz y lanzó una mirada rápida a nuestros compañeros de autobús—los representantes de la Tercera Internacional no ha sido enteramente infructuosa. Se me ha dicho que mis esfuerzos han merecido incluso algún comentario favorable en ciertos círculos de Moscú… ¿Te conté, supongo, que estuve en París? Sí, sí, por supuesto que te lo conté… El caso es que tenía que cumplir una pequeña misión allí. Hablé con algunos individuos muy bien situados y regresé con ciertas instrucciones… En fin, esto ahora carece de importancia. Sea como fuere, parece ser que las autoridades de aquí están mejor informadas de lo que nosotros suponíamos. Esto es lo que debo intentar descubrir ahora. Todo el asunto resulta en extremo delicado. Debo ser cuidadoso para no hablar de más, no decir nada inconveniente.

—Quizá vayan a someterte a un tercer grado.

—Oh, William, ¿cómo puedes decir algo tan horrible? Vas a conseguir que me desmaye.

—Pero bueno, Arthur. Con toda seguridad algo así sería… quiero decir, pienso que más bien lo disfrutarías, ¿no?

Arthur se echó a reír:

—¡Ja, ja, ja! William, debo decir que incluso en las horas más negras tu sentido del humor nunca falla cuando se trata de animarme… Bueno, bueno, quizá si quien condujera el interrogatorio fuera la señorita Anni, o cualquier otra dama adornada con encantos equiparables… Bueno, en ese caso, me sometería al examen con, ejem,

sentimientos encontrados. Sin duda. —Algo incómodo, se rascó el mentón—. Voy a necesitar que me des apoyo moral. Tienes que venir y sostenerme la mano. Y si esta—lanzó una mirada nerviosa por encima del hombro—entrevista finalizara de modo desagradable, entonces te ruego que vayas a visitar a Bayer y le expliques con exactitud lo que ha sucedido.

—Sí, claro, lo haré, por supuesto.

Cuando descendimos del autobús en Alexanderplatz, el pobre Arthur temblaba tanto que le sugerí entrar en un restaurante y tomar una copa de coñac. Sentados a una mesita contemplamos la inmensa masa de monótono color gris de los edificios Praesidium, situada en el otro lado de la calle.

—La fortaleza enemiga—dijo Arthur—en la que este pobre servidor se ve obligado a aventurarse, totalmente solo.

—Acuérdate de David y Goliat.

—Válgame Dios, me temo que el Salmista y yo tenemos muy poco en común esta mañana. Me siento más bien como un escarabajo a punto de ser aplastado por una apisonadora… Resulta muy curioso constatar que siempre he sentido un instintivo disgusto por la policía, desde muy joven incluso el corte de sus uniformes me ofende, y opino que los yelmos de los alemanes no son sólo abominables sino también, en cierto modo, siniestros. La mera visión de uno de estos hombres rellenando un documento oficial en ese inhumano libro de notas en el que escriben a mano hace que se me revuelva el estómago.

—Sí, ya te entiendo.

Arthur se animó un poco.

—Estoy muy contento de que estés aquí conmigo, William. Tu actitud es muy comprensiva. No desearía una compañía mejor en la mañana de mi ejecución. Exactamente lo opuesto a ese odioso Schmidt, que a todas luces se regodea con mi desgracia. Nada le hace más feliz que encontrarse en posición de poder decir: «Ya te lo dije».

—Mira Arthur. Bien pensado, allí dentro tampoco te pueden hacer gran cosa. Sólo dan palizas a los trabajadores. Recuerda: tú perteneces a la misma clase que sus superiores. Tienes que darles esa impresión.

—Lo intentaré—dijo Arthur con expresión dubitativa.

—¿Quieres tomar otro coñac?

—Puede que sí, sí.

El segundo coñac obró maravillas. Salimos del restaurante riéndonos y, cogidos del brazo, nos sumergimos en la mañana otoñal, inmóvil y húmeda.

—Ten coraje, camarada Norris. Piensa en Lenin.

—¡Ja, ja! Me temo que me inspira más el marqués de Sade.

Pero la atmósfera que se respiraba en los cuarteles generales de la

policía lo despejó considerablemente. Cada vez más deprimidos y con la aprensión en aumento, deambulamos a través de interminables pasillos de paredes de piedra y puertas numeradas, nos dieron instrucciones equivocadas, subimos y bajamos escaleras y chocamos con oficiales apresurados que cargaban abultados expedientes repletos de delitos y crímenes. Por fin salimos a un patio al que daban unas ventanas con pesados barrotes de hierro.

—¡Ay señor, ay señor!—gimió Arthur—. Me temo que esta vez nos hemos metido de cabeza en la ratonera.

En ese momento oímos un penetrante silbido procedente del cielo.

—Hola, Arthur.

Otto nos estaba mirando desde una de las ventanas con barrotes de la parte superior de la fachada.

—¿Y a vosotros por qué os han citado?—nos gritó jovialmente. Antes de que ninguno de los dos pudiera contestarle, un personaje vestido de uniforme apareció tras él en la ventana y lo obligó a apartarse. La aparición había sido tan breve como desconcertante.

—Parece que han hecho una redada y han atrapado a todo el grupo—dije yo sonriendo.

—Desde luego, resulta de lo más extraordinario—dijo Arthur, muy perturbado—. Me pregunto si…

Pasamos bajo un arco y subimos más escaleras hasta llegar a un laberinto de habitaciones pequeñas y pasillos oscuros. En cada uno de los pisos había las pilas para lavarse las manos pintadas de color verde sanitario. Arthur consultó su *Vorladung* y encontró el número del despacho en el que debía presentarse. Nos despedimos entre susurros apresurados.

—Adiós, Arthur. Buena suerte. Yo te esperaré aquí.

—Gracias, hijo…, suponiendo que sucediera lo peor de lo peor, y yo saliera de este despacho detenido, no me hables y no hagas ninguna señal, simula no conocerme a menos que yo me dirija a ti. Puede ser más aconsejable que no te involucre… Aquí tienes la dirección de Bayer, por si se diera el caso de que tuvieras que ir a visitarlo tú solo.

—Estoy seguro de que eso no sucederá.

—Aún hay otra cosa que quisiera decirte. —Arthur adoptó la actitud de quien está subiendo las escaleras al cadalso—. Lamento haber sido un poco abrupto esta mañana cuando te llamé por teléfono. Estaba muy alterado… Y si éste fuera nuestro último encuentro por algún tiempo, no quisiera que guardaras un mal recuerdo de mí.

—Qué tonterías dices, Arthur. Por supuesto que no te recordaré así. Ahora, date prisa, y acabemos con esto de una vez.

Me apretó la mano, golpeó con timidez la puerta y entró en el

despacho.

Me senté a esperarle bajo un cartel de color rojo en el que se anunciaba una recompensa para quien facilitara información sobre un asesino. Compartía la banqueta con un gordo abogadillo judío y su cliente, una prostituta bañada en lágrimas.

—Lo que tienes que recordar—le decía él una y otra vez—es que nunca más lo volviste a ver después de la noche del día seis.

—Pero me sacarán la información—decía ella entre sollozos—. Sé que lo conseguirán. Te miran de una manera… Y luego van y te hacen las preguntas tan de repente. Una no tiene tiempo de pensar.

Pasó casi una hora antes de que Arthur volviera a aparecer. Por la expresión de su rostro, supe de inmediato que la entrevista no había sido tan desagradable como él había previsto. Tenía muchísima prisa.

—Ven conmigo, William. Ven conmigo. No deseo estar aquí más de lo estrictamente necesario.

Una vez afuera, ya en la calle, hizo señas a un taxi y le dijo al taxista que nos llevara al Hotel Kaiserhof. Luego, como hacía casi siempre, añadió:

—Y no es necesario que conduzca demasiado rápido.

—¡El Kaiserhof!—exclamé yo—. ¿Acaso vamos a hacerle una visita a Hitler?

—No, William. No se la vamos hacer… Aunque debo admitir que se deriva un cierto placer de buscar entretenimiento en el campo del enemigo. No sé si lo sabes, pero últimamente me ha dado por ir ahí a que me hagan la manicura. Tienen a un hombre excelente. Hoy, sin embargo, mi visita obedece a un objetivo muy distinto. La oficina de Bayer está también en la Wilhelmstrasse. Y no resultaría demasiado discreto que el taxi nos condujera directamente de aquí hasta allí.

En consecuencia, representamos la comedia de entrar en el hotel, tomar una taza de café en el salón y echar un vistazo a los periódicos de la mañana. Me resultó muy decepcionante, no vimos a Hitler ni a ninguno de los otros líderes nazis. Diez minutos más tarde salimos de nuevo a la calle. Casi sin darme cuenta, lancé miradas furtivas a izquierda y derecha en busca de posibles detectives. La obsesión de Arthur por la policía resultaba terriblemente contagiosa.

Bayer ocupaba un piso grande y desordenado situado en la parte superior de una de las casas más destartaladas de la zona que había más allá de Zimmerstrasse. Sin duda, contrastaba bastante con lo que Arthur denominaba «el terreno del enemigo», aquel acolchado y sombrío hotel de lujo que acabábamos de abandonar. La puerta del piso estaba siempre entreabierta. En el interior, las paredes estaban cubiertas con pósters en alemán y en ruso, anuncios de mítines multitudinarios y manifestaciones, carteles antibelicistas, mapas de

zonas industriales y gráficos que ilustraban las dimensiones y progresos de las huelgas. No había alfombras en el suelo de madera natural, sin barnizar. En las habitaciones resonaba el eco del matraqueo de las máquinas de escribir. Hombres y mujeres de todas las edades iban y venían; otros esperaban pacientemente a que los llamaran para las entrevistas sentados en cajas de azúcar colocadas boca abajo, charlando alegres, a gusto. Todos parecían conocerse y cuando llegaba alguien nuevo lo saludaban, casi siempre, por su nombre de pila. Incluso se tuteaba a los extraños. Casi todos fumaban cigarrillos y el suelo estaba lleno de colillas aplastadas.

Hallamos al propio Bayer en medio de esta actividad alegre e informal. Estaba en un pequeño despacho destartalado, dictando una carta a una chica que yo ya había visto antes en el escenario de aquel mitin de Neukölln. Pareció contento, aunque no especialmente sorprendido, al reconocer a Arthur.

—Ah, mi querido Norris. ¿Qué puedo hacer por ti?

Hablaba inglés con mucho énfasis y un fuerte acento extranjero. Se me ocurrió que nunca había visto a nadie que tuviera una dentadura tan bella. Desde luego, su dentadura y la de Arthur eran ambas notables, aunque cada una a su manera. La diferencia era tan grande que los dos conjuntos podrían haberse exhibido, uno al lado del otro, como típicos opuestos, en un museo dental.

—¿Ya has ido a verlos?—añadió.

—Sí—dijo Arthur—. Precisamente venimos ahora de allí.

La secretaria se levantó y salió, cerrando la puerta tras ella. Arthur empezó a describir su entrevista con los oficiales de la Polizeipraesidium. Mientras hablaba, sus manos, elegantes y enguantadas, permanecieron posadas con timidez en su regazo. Bayer volvió a sentarse en la silla y escuchó. Sus ojos tenían una cualidad animal, eran extraordinariamente vívidos y de un color castaño oscuro, rojizo. La mirada resultaba directa, desafiante, y brillaba como si se estuviera riendo. Sin embargo, sus labios no sonreían. Su rostro y su cuerpo dejaron de moverse mientras escuchaba a Arthur. No asintió ni una sola vez, tampoco cambió de postura ni hizo gestos nerviosos con las manos. Esta actitud de mero reposo sugería una capacidad de concentración que resultaba hipnótica por su intensidad. Me di cuenta de que Arthur también lo sentía así; se contorsionaba de forma incómoda en su asiento y evitaba los ojos de Bayer con sumo cuidado. Arthur comenzó por asegurar que los oficiales lo habían tratado con extrema cortesía. Uno de ellos lo había ayudado a quitarse el abrigo y el sombrero, y el otro le había ofrecido una silla y un cigarro. Arthur había aceptado la silla, pero había rechazado el cigarro. Y subrayó este gesto de modo puntilloso, como si se tratara de una prueba de su integridad y de su singular firmeza. Acto seguido, el oficial,

cortésmente, le había pedido permiso para fumar. Arthur se lo concedió. A esto se siguió una discusión, un interrogatorio disfrazado de conversación, que versó sobre las actividades comerciales de Arthur en Berlín. Arthur se guardó muy mucho de entrar en detalles al respecto.

—Es un asunto que no te interesaría—le dijo a Bayer.

Sin embargo, yo deduje que los oficiales, a pesar de sus buenos modales, habían conseguido asustarlo de forma considerable. Estaban muy bien informados, demasiado bien informados. Una vez resueltos estos preliminares, comenzó el interrogatorio real.

—Tenemos entendido, señor Norris, que usted ha viajado recientemente a París. ¿Estaba esta visita relacionada con sus negocios privados?

Por supuesto, Arthur ya iba preparado para esta pregunta. Quizá demasiado preparado. Sus explicaciones fueron profusas. El oficial de turno las puntuó con una única y afable pregunta. Expuso el nombre y la dirección del lugar que el señor Norris había visitado dos veces en París. Una, la noche de su llegada y otra, la mañana de su partida.

—Aquella visita—preguntó—¿era también una entrevista privada de trabajo?

Arthur no negó que aquella pregunta le había causado una conmoción desagradable. De todos modos, aseguró haberse mostrado muy discreto al respecto.

—No fui tan estúpido como para negarlo todo, desde luego, pero le quité hierro al asunto. Creo que les causé buena impresión. Estaban impresionados, lo noté, claramente impresionados. —Arthur hizo una pausa y luego añadió con modestia—: Creo que me desenvuelvo bastante bien en esta clase de situaciones, sí.

Su tono demostraba que esperaba una palabra de ánimo, o de confirmación. Pero Bayer no lo alentó, tampoco lo desanimó. No habló, ni se movió en absoluto. Sus ojos oscuros y castaños siguieron mirando a Arthur con la misma atención brillante, sonrientes y en estado de alerta. Arthur tosió un poco, inquieto.

Estaba nervioso, deseaba romper aquel silencio impersonal e hipnótico, e hizo un gran despliegue narrativo. Se pasó media hora hablando casi sin parar. En realidad, tampoco había mucho que contar. Una vez los policías hubieron hecho alarde de hasta qué punto estaban al corriente de sus asuntos, se apresuraron a dejar claro que el señor Norris y sus actividades no les interesaban en absoluto, siempre y cuando tales actividades se circunscribieran a los países extranjeros. Ahora bien, en lo que respectaba a Alemania, eso, por supuesto, era un asunto muy distinto. La República alemana daba la bienvenida a todos sus invitados extranjeros, pero les exigía no olvidar que las leyes

de la hospitalidad regían tanto para el invitado como para el anfitrión. En resumen, sería muy lamentable que la República alemana tuviera que verse obligada a renunciar al placer que significaba la presencia del señor Norris. El oficial estaba seguro de que, puesto que el señor Norris era un hombre de mundo, comprendería muy bien su punto de vista.

Por fin, justo cuando Arthur se encaminaba hacia la puerta de salida, y ya lo habían ayudado a ponerse el abrigo y le habían entregado el sombrero, llegó la última pregunta pronunciada en un tono que sugería que no guardaba ni la más remota relación con nada de lo que se había dicho previamente: «¿Se ha afiliado usted recientemente al Partido Comunista?».

—Por supuesto, percibí la trampa al instante—nos dijo Arthur—. Era, sencillamente, una trampa. Pero tuve que pensar con rapidez, cualquier titubeo en la respuesta habría sido fatal. Y ellos están acostumbrados a fijarse en estos detalles… «No soy miembro del Partido Comunista, ni de ninguna otra organización de izquierdas. Simplemente, simpatizo con el Partido Comunista de Alemania en ciertos problemas que no son políticos…». Creo que ésta era la respuesta correcta, ¿no es cierto? Creo que sí. Sí.

Por fin Bayer sonrió y también habló:

—Hiciste bien, mi querido Norris.

Parecía que el asunto le hacía más bien gracia.

Arthur se mostró tan complacido como un gato recibiendo caricias.

—El camarada Bradshaw me fue de gran ayuda.

—¿Ah, sí?

Bayer no preguntó en qué consistió la ayuda.

—¿Está usted interesado en nuestro movimiento?

Sus ojos se fijaron en mí por primera vez. No, no parecía impresionado. Pero en su mirada tampoco había condena. Un joven burgués e intelectual, pensó. Entusiasta, pero dentro de ciertos límites. Educado, también dentro de ciertos límites. Capaz de responder si se apela a él en los términos y el lenguaje de su propia clase. Quizá pueda sernos de alguna utilidad, todo el mundo puede hacer algo por la causa. Sentí que me sonrojaba profundamente.

—Me agradaría ayudarlos, si es posible—dije.

—¿Habla usted alemán?

—Habla un alemán excelente—afirmó Arthur, igual que una madre intentando recomendar a su hijo al director de una escuela. Bayer sonrió y me estudió una vez más.

—¿Y bien?

Volvió la mirada hacia su mesa y cogió unos papeles.

—Si fuera tan amable, aquí hay una traducción para usted. ¿Podría

traducir este texto al inglés, por favor? Como verá, es un informe de la labor que hemos realizado durante este último año. Por él conocerá usted un poco cuáles son nuestros objetivos. Creo que puede resultarle interesante.

Me alargó un grueso fajo de páginas manuscritas y se levantó. Era aún más bajito y corpulento de lo que me había parecido cuando lo vi en el escenario. Puso una mano sobre el hombro de Arthur.

—Lo que me has contado ha resultado ser muy interesante. —Nos estrechó la mano a los dos, y nos obsequió con una brillante sonrisa de despedida—. Y hazme el favor—se dirigió a Arthur en tono cómico—de no involucrar al joven señor Bradshaw en tus problemas.

—Por supuesto, te lo aseguro. Eso ni en sueños. Su seguridad me es tan preciada como la mía, si no más… Bien, ¡ja, ja! Tu tiempo es muy valioso, no queremos importunarte más. Adiós.

La entrevista con Bayer le había devuelto el buen humor a Arthur.

—Le has causado buena impresión, William. Oh, sí, y tanto. Me he dado cuenta de inmediato. Y Bayer tiene muy buen ojo para las personas. Creo que le ha complacido lo que les dije a los de Alexanderpatz, ¿no te parece?

—Seguro.

—Yo también lo creo, sí…

—¿Quién es?—le pregunté.

—Yo mismo sé muy poco sobre él, William. He oído decir que empezó siendo investigador químico. No creo que sus padres pertenecieran a la clase trabajadora. No da esa impresión, ¿verdad? En cualquier caso, Bayer no es su nombre verdadero.

Tras esta reunión, yo me quedé con muchas ganas de volver a ver a Bayer. Hice la traducción lo más rápido que pude, en los intervalos que me dejaban las clases. El trabajo me llevó dos días. El manuscrito era un informe sobre los objetivos y los progresos de varias huelgas, y sobre las medidas que se habían tomado para proporcionar comida y ropa a las familias de los huelguistas. Mi mayor dificultad fueron los numerosos, y siempre recurrentes, grupos de siglas que representaban los nombres de las diferentes organizaciones involucradas en el asunto. Como no sabía cómo se llamaban la mayoría de aquellas organizaciones en inglés, tampoco sabía qué letras debían sustituir a las siglas que iba encontrando en el texto.

—No es tan importante—me contestó Bayer, cuando le consulté al respecto—. Nos ocuparemos de este asunto nosotros mismos.

Algo en su tono me hizo sentir cierta humillación. Interpreté que el manuscrito que me había dado para traducir carecía de importancia. Probablemente jamás iban a enviarlo a Inglaterra. Bayer me lo había

dado para que me entretuviera, como quien da un juguete a un niño. Sin duda, esperaba así librarse de mi fastidioso e inútil entusiasmo, al menos durante una semana.

—¿Te ha parecido interesante el trabajo?—continuó diciéndome—. Me alegro. En nuestros días es necesario que todos los hombres y mujeres estén informados de este problema. ¿Has leído algo de Marx?

Le dije que una vez había intentado leer *El capital*.

—Ah, pero eso es demasiado difícil para empezar. Deberías intentar con el *Manifesto comunista*. Y con alguno de los panfletos de Lenin. Espera un momento, voy a darte…

Era la pura encarnación de la amabilidad. Y no parecía tener prisa por librarse de mí. ¿Sería posible que no tuviera nada más importante que hacer aquella tarde? Me preguntó por las condiciones de vida del East End de Londres. Traté de estirar al máximo las escasas informaciones que había recogido durante mi corta visita a los barrios bajos, tres años antes. El hecho de que me prestara atención resultaba halagador en el sentido más estimulante del término. Hablé únicamente yo casi todo el rato. Media hora más tarde, cuando ya estaba a punto de despedirme, cargado de libros y más textos para traducir, Bayer me preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que conoces a Norris?

—Ahora hará más de un año—le contesté de modo automático, en aquel momento mi mente no reaccionó a la pregunta.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde lo conociste?

Esta vez no se me escapó el tono de su voz. Lo observé atentamente. Pero en sus extraordinarios ojos no había ninguna señal sospechosa, ni amenazante, ni pícara. Sonreía de forma agradable y, con toda naturalidad, aguardaba en silencio a que yo le respondiera.

—Nos conocimos en el tren, de camino a Berlín.

La mirada de Bayer adquirió una expresión vagamente divertida. Con una franqueza amable que desarmaba, me preguntó:

—¿Sois buenos amigos? ¿Lo ves a menudo?

—Oh, sí. Muy a menudo.

—No tienes muchos amigos ingleses aquí en Berlín, ¿verdad?

—No.

Bayer asintió con seriedad. Luego se levantó de la silla y me estrechó la mano.

—Ahora debo volver al trabajo. Si alguna vez tienes ganas de hablar conmigo, por favor no dudes en venir a verme a cualquier hora del día.

—Te lo agradezco mucho.

Así que se trataba de esto, pensé yo, mientras descendía las destartaladas escaleras. Ninguno de ellos confiaba en Arthur. Bayer

desconfiaba de él, pero estaba dispuesto a utilizarlo, con las debidas precauciones. Y también estaba dispuesto a utilizarme a mí, como un espía muy oportuno para vigilar los movimientos de Arthur. Y ni siquiera me contaba el secreto. Resultaría fácil sonsacarme información. Estaba enfadado, pero al mismo tiempo el asunto también me divertía bastante.

Después de todo, era normal.

7

Otto se presentó en casa de Arthur como una semana más tarde. Iba sin afeitar y necesitaba con urgencia una comida. Había salido de la cárcel el día antes. Cuando aquella noche me acerqué al piso, lo encontré sentado en el comedor con Arthur. Acababa de dar cuenta de una cena opípara.

—¿Y qué solían darte los domingos?—le estaba preguntando a Arthur en el momento en que yo entré—. A nosotros nos dieron sopa de guisantes con una salchicha dentro. No estaba mal.

—Déjame que lo piense—Arthur reflexionó—. Me temo que no conseguiré recordarlo. En cualquier caso, yo nunca tenía mucho apetito… Ah, mi querido William, aquí estás. Por favor, toma asiento. Es decir, en caso de que no desprecies la compañía de dos viejos pájaros carcelarios. Otto y yo estábamos ahora comparando impresiones.

Un día antes de que Arthur y yo fuéramos a Alexanderplatz, Otto y Anni habían tenido una pelea. Otto quiso ofrecer quince pfennigs a un hombre que había llamado a la puerta pidiendo dinero para financiar una huelga de la IAH. Anni no estuvo de acuerdo y se negó a dárselo por una «cuestión de principios». «No veo yo por qué los sucios comunistas tienen que hacerse con mi dinero. Yo tengo que trabajar muy duro para ganarlo», había dicho. El pronombre posesivo desafiaba el estatus y los derechos adquiridos de Otto, pero él decidió comportarse con generosidad y pasarlo por alto. El adjetivo, en cambio, le había causado una auténtica conmoción. Así que le dio a Anni un bofetón en la cara «no demasiado fuerte», nos aseguró, pero lo suficientemente violento como para que ella diera una voltereta en la cama y se golpeara la cabeza contra la pared. El golpe provocó que una fotografía enmarcada de Stalin cayera al suelo y el cristal del marco se hiciera añicos. Anni empezó a maldecirlo y a llorar. «¡Esto te enseñará a no hablar de cosas que no comprendes», le contestó Otto, de manera bastante amable, dadas las circunstancias. Entre ellos dos el comunismo siempre había sido un tema delicado. «¡Estoy harta de ti y de todos tus malditos rojos! ¡Sal de esta casa!», le gritó Anni. Le había lanzado el marco de la fotografía, pero había errado el tiro.

En el *Lokal* [taberna] más cercano, Otto reflexionó con todo detalle sobre lo sucedido, y llegó a la conclusión de que él era el agraviado. Dolido y enfadado, empezó a beber *Korn*. Bebió mucho. Seguía bebiendo a las nueve de la noche, cuando se le acercó un muchacho al que conocía, se llamaba Eric y vendía galletas. Eric hacía la ronda por los cafés y restaurantes de todo el barrio ofreciendo la cesta de galletas, llevando mensajes y recabando chismes. Le dijo a Otto que acababa de ver a Anni con Werner Baldow en un *Lokal* nazi en Kreuzberg.

Werner era un viejo enemigo de Otto, tanto en la vertiente política como en la personal. Un año atrás, había abandonado la célula comunista a la que pertenecía Otto y se había sumado a las fuerzas de asalto locales de los nazis. Siempre había estado colado por Anni. Otto, que para entonces ya estaba bastante bebido, hizo lo que jamás se habría atrevido a hacer de haber estado sobrio. Se puso en pie de un salto y se encaminó, solo, al *Lokalnazi*. Con toda probabilidad, los dos policías que pasaron por allí unos minutos después de que él hubiera entrado en el local lo salvaron de acabar con todos los huesos rotos. Para entonces lo acababan de expulsar del local por segunda vez, pero él se disponía a entrar de nuevo. Los dos policías se lo llevaron de allí con grandes dificultades; los golpeó y los mordió durante todo el camino hasta la comisaría. Por supuesto, los nazis se sintieron moralmente indignados. El incidente apareció en los periódicos del día siguiente mencionado como «un ataque cobarde, sin mediar provocación, al *Lokal* de los nacional-socialistas, llevado a cabo por diez comunistas armados, nueve de los cuales consiguieron escapar». Otto llevaba el recorte del periódico en su agenda y nos lo mostró con orgullo. No había podido ponerle las manos encima al propio Werner, pues éste se había retirado junto con Anni a una habitación que estaba en el fondo del local tan pronto como él apareció.

—Pues ya se la puede quedar para siempre, sucia perra—añadió Otto vehementemente—. No querría que volviera conmigo ni que viniera arrastrándose a pedírmelo de rodillas.

—Vaya, vaya—empezó a murmurar Arthur de modo mecánico—, vivimos tiempos revueltos…

De pronto se puso de pie, algo fallaba. Sus ojos se pasearon contrariados por encima del despliegue de platos y bandejas, como si fuese un actor al que no le dieran la entrada: faltaba la tetera.

Pocos días después, Arthur me llamó para contarme que Otto y Anni se habían reconciliado.

—Estaba seguro de que la noticia te alegraría. Me atrevo a decir que yo mismo he jugado, en cierta medida, un papel decisivo en el

asunto. Pues sí…, benditos sean los mediadores… De hecho, estaba particularmente interesado en que la reconciliación tuviera lugar durante estos días, debido a cierto aniversario que cae justo el próximo miércoles… ¿No lo sabías? Pues sí, cumplo cincuenta y tres. Gracias, hijo. Gracias. Debo confesar que me resulta difícil hacerme a la idea de que las otoñales hojas amarillas se ciernen ya sobre mi cabeza… Así que, ¿me permites invitarte a un banquete insignificante? El bello sexo estará bien representado. Además de la pareja reconciliada, vendrán también madame Olga y dos de mis conocidas más dudosas y encantadoras. Haré que quiten la alfombra del salón, para que los miembros más jóvenes de nuestro grupo puedan bailar. ¿Crees que será agradable?

—Desde luego, muy agradable.

El miércoles por la tarde tuve que dar una clase inesperada y llegué a casa de Arthur más tarde de lo que había previsto. Me encontré a Hermann esperando abajo, en la puerta de la calle, para abrirme.

—No sabe cuánto lo siento—le dije—. Espero que no haya estado esperándome mucho tiempo.

—No pasa nada—me contestó Hermann lacónicamente. Abrió la puerta y se dirigió hacia el piso de arriba, conmigo detrás. Qué criatura tan lúgubre, pensé yo. Ni siquiera era capaz de animarse en una fiesta de cumpleaños.

Encontré a Arthur en el salón. Estaba en mangas de camisa, recostado en el sofá. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo.

—Ah, William. Ya estás aquí.

—Arthur, lo siento muchísimo. Vine tan deprisa como pude. Por un momento pensé que no llegaría a salir nunca de casa. Aquella mujer mayor, de la que te hablé, llegó de forma inesperada e insistió en que le diera una clase de dos horas. Lo único que quería era hablarme del comportamiento de su hija. Pensé que nunca se callaría… pero bueno, ¿qué es lo que pasa? No tienes buen aspecto.

Arthur se rascó el mentón con expresión triste.

—Hijo, estoy muy deprimido.

—Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que te deprime?… Quiero decir, ¿donde están los otros invitados? ¿Acaso no han llegado aún?

—Sí, llegaron. Pero me vi obligado a despedirlos.

—Entonces ¿estás enfermo?

—No, William. No estoy enfermo. Me temo que me estoy haciendo viejo. Siempre he detestado las escenas, pero ahora ya me siento del todo incapaz de enfrentarme a ellas.

—¿Quién ha hecho una escena?—Arthur se levantó de su asiento con lentitud. Por un momento, vislumbré cómo sería dentro de veinte

años; un ser tembloroso y considerablemente patético—. Es una larga historia, William. ¿Qué te parece si comemos algo primero? Me temo que sólo puedo ofrecerte huevos revueltos y cerveza. Y eso si es que queda cerveza en casa.

—No importa si no hay. Yo te he traído un regalito.

Le mostré una botella de coñac que había estado escondiendo tras la espalda.

—Hijo, me abrumas. No deberías haberla comprado. De verdad no deberías haberlo hecho. ¿Estás seguro de que te lo puedes permitir?

—Oh, sí, por supuesto. Estoy ahorrando mucho últimamente.

Arthur meneó la cabeza con pesadumbre.

—Siempre me ha parecido que la capacidad de ahorrar dinero es un auténtico milagro. —El eco de nuestros pasos retumbó pesadamente en el piso mientras cruzábamos el suelo de madera desnuda sobre el que había estado la alfombra—.Todo estaba preparado para la fiesta, cuando el espectro apareció para impedir el banquete.

Arthur ahogó una risa nerviosa, se frotó una mano contra la otra y recitó:

> Ah, la Aparición, la señal muda.
> El dedo que me hace señas ordenándome renunciar
> al compañerismo, a la conversación y al vino,
> a las canciones y al resplandor festivo.

Luego añadió:

—Bastante apropiado para el momento, creo. Espero que conozcas a William Watson. Siempre lo he considerado uno de los poetas modernos más grandes.

El comedor estaba engalanado con guirnaldas de papel colocadas para la fiesta. Sobre la mesa colgaban farolillos chinos. Al verlos, Arthur sacudió la cabeza.

—William, ¿pedimos que quiten todas estas cosas? ¿No crees que te van a deprimir demasiado?

—No veo por qué iban a deprimirme—le contesté—. Todo lo contrario, deberían alegrarnos. Después de todo, sea lo que fuere lo que ha sucedido, sigue siendo tu cumpleaños.

—Bueno, bueno. Tal vez tengas razón. Tú siempre tan filósofo. Los golpes del destino, desde luego, son crueles.

Hermann nos trajo los huevos con expresión sombría. Nos comunicó, con cierta amarga satisfacción, que se había acabado la mantequilla.

—No hay mantequilla—repitió Arthur—. No hay mantequilla. Mi

humillación como anfitrión ya es completa… ¿Quién diría, viéndome ahora, que un día acogí bajo mi techo a más de un miembro de la familia real. Esta noche tenía toda la intención de ponerte frente a un suntuoso banquete. No te voy a recitar el menú para que no se te haga la boca agua.

—Yo creo que los huevos están muy bien. Lo único que siento de veras es que hayas despedido a los otros invitados.

—Yo también lo siento, William. Yo también lo siento. Pero, por desgracia, era imposible pedirles que se quedaran. No me hubiera atrevido a afrontar el disgusto de Anni. Como es natural, ella esperaba encontrarse frente a un banquete con todas las de la ley… Pero Hermann me dijo que en casa no había suficientes huevos para todos.

—Arthur, haz el favor de explicarme qué ha pasado.

Sonrió ante mi impaciencia. Como siempre, disfrutaba haciéndose el misterioso. Estrujó su barbilla hundida entre el índice y el pulgar con expresión meditabunda.

—Bien, William, la historia, algo sórdida, que te voy a contar, tiene como protagonista la alfombra del salón.

—¿Aquella que hiciste sacar para que se pudiera bailar?

Arthur asintió con la cabeza.

—Lamento decir que no la hice sacar para que se pudiera bailar. Esto fue tan sólo una mera *façon de parler*. No quería preocupar innecesariamente a alguien que, como tú, es de naturaleza tan comprensiva.

—¿Quieres decir que la has vendido?

—Vendido, no, William. Deberías conocerme mejor. Nunca vendo si tengo la posibilidad de empeñar.

—Lo siento. Era una alfombra bonita.

—Desde luego que lo era… Y valía mucho más que los doscientos marcos que me dieron por ella. Pero en los días que corren uno no puede tener demasiadas expectativas… Sin embargo, habría cubierto los gastos de la pequeña celebración que yo tenía planeada. Por desgracia—Arthur lanzó una mirada hacia la puerta—, los ojos de águila o, mejor dicho, de buitre de Schmidt, se fijaron en el espacio vacío dejado por la alfombra, y rechazó casi al instante la explicación que yo le di sobre su desaparición, aunque era muy plausible, debido a su extraordinaria perspicacia. Se comportó del modo más cruel conmigo. Se mostró inconmovible… En pocas palabras, al final de nuestra entrevista, que fue de lo más desagradable que puedas imaginar, tan sólo me dejó con la suma de cuatro marcos y setenta y cinco pfennigs. Los últimos veinticinco pfennigs fueron una desafortunada ocurrencia tardía. Los quiso para pagarse el autobús de regreso a su casa.

—Pero ¿cómo es posible que te quite todo tu dinero?

—Eso digo yo, porque era *mi* dinero, ¿no es cierto?—dijo Arthur con avidez, agarrándose a esa pequeña migaja de aliento—. Y eso es exactamente lo que le dije. Pero se limitó a gritarme de la forma más espantosa.

—En la vida había oído nada semejante. Me pregunto por qué no lo pones de patitas en la calle.

—Bueno, William, te lo diré. La razón es muy sencilla. Le debo el salario de nueve meses.

—Claro, suponía que se trataba de algo así. De todos modos, no es motivo suficiente como para que permitas que te grite. Yo de ti lo habría atajado en seco.

—Ah, hijo, tú siempre tan resolutivo. Ojalá hubieras estado aquí para protegerme. Estoy seguro de que habrías sido capaz de encararte con él. Aunque debo decir—añadió Arthur con expresión dubitativa—que Schmidt puede ser totalmente impertubable cuando se lo propone.

—De todos modos, Arthur, ¿me estás diciendo, en serio, que tenías intención de gastarte doscientos marcos en una cena para siete personas? En la vida he oído nada tan fantasioso.

—Bueno, también habría preparado regalitos—dijo Arthur con expresión mansa—. Tenía pensado algún detallito para cada uno de vosotros.

—Desde luego, habría sido un detalle encantador… Pero, Arthur, semejante extravagancia… Estás tan apurado que sólo puedes comer huevos, y aun así, en cuanto te haces con un poco de dinero en efectivo, decides dilapidarlo al instante.

—William, no empieces tú también a darme sermones. Mira que me voy a echar a llorar. No puedo evitar tener mis pequeñas flaquezas. Sin lugar a dudas, la vida sería muy gris y monótona si de vez en cuando no nos permitiéramos algún placer.

—Muy bien—le dije riendo—. No voy a sermonearte. En tu lugar, probablemente yo habría hecho exactamente lo mismo.

Después de la cena, una vez hubimos regresado al salón vacío llevando la botella de coñac, le pregunté si había visto a Bayer últimamente. El mohín que hizo cuando mencioné aquel nombre me sorprendió. Su boca blanda se frunció adoptando un gesto de mal humor. Evitó mi mirada, endureció el gesto y sacudió la cabeza con brusquedad.

—Sólo voy por allí cuando me resulta estrictamente necesario.

—¿Por qué?

Raras veces lo había visto así. Parecía estar enfadado conmigo por haberle hecho la pregunta. Durante unos segundos permaneció callado. Luego se echó a hablar, con petulancia infantil:

—No voy porque no me apetece ir. Porque me trastorna ir. El desorden que hay en esa oficina es terrible. Me deprime. Contemplar tan absoluta falta de método ofende a una persona de mi sensibilidad… Debes saber que el otro día Bayer perdió un documento de suma importancia y ¿dónde crees que terminó apareciendo? En la papelera. De hecho… Cuando pienso que los salarios de todas las personas que trabajan allí se pagan con los ahorros, conseguidos con tanta dificultad, de los trabajadores, me hierve la sangre de rabia… Y, por supuesto, todo el lugar está infestado de espías. Bayer incluso conoce sus nombres, sabe quiénes son… y ¿qué hace al respecto? Nada. Absolutamente nada. Al parecer, no le importa. Esto es lo que me enciende de rabia. Esta manera irresponsable de hacer las cosas. Si estuviéramos en Rusia, los pondrían a todos contra un paredón y los ejecutarían, así, sin más.

Sonreí sin disimulo. Arthur comportándose como un militante revolucionario era algo demasiado bueno para ser verdad.

—Pero si le admirabas muchísimo.

—Oh, desde luego, es un hombre muy capaz a su manera. No existe ninguna duda al respecto. —Arthur se acarició el mentón con expresión furtiva. Su dentadura quedó al descubierto, era tan intrincada como la de un viejo león—. He sufrido una gran decepción con Bayer—añadió.

—¿Ah, sí?

—Si. —Un último resto de prudencia lo frenó durante unos segundos. Pero no. La tentación era demasiado sabrosa—. William, si te digo algo debes prometerme, por lo que más quieras, que no saldrá de aquí.

—Te lo prometo.

—Muy bien. Cuando me uní al Partido, o más bien, cuando les prometí mi ayuda (y, aunque no se lo comuniqué a la persona adecuada, lo cierto es que me encuentro en situación de poderles prestar ayuda en muchos ámbitos a los que ellos no han tenido acceso hasta el momento)…

—No me cabe la menor duda de que estás en posición de hacerlo.

—Estipulé, y creo que es muy natural, que debería haber…, (¿cómo podría definirlo?), digamos, un *quid pro quo*. —Arthur hizo una pausa y me miró con expresión ansiosa—. William, espero que esto no te resulte chocante.

—En absoluto.

—Me alegro mucho. Debería de haber supuesto que tú verías la cosa bajo una luz sensata… Después de todo, somos hombres de mundo. Banderas, estandartes y eslóganes, todo esto está muy bien para la gente del montón, pero los líderes saben que una campaña

política no puede llevarse a cabo sin dinero. En la época en que empecé a considerar implicarme a fondo en el Partido, hablé de todo esto con Bayer. Y debo decir que se mostró muy razonable al respecto. Comprendió que estando yo abrumado con una deuda de cinco mil libras…

—¡Santo Cielo!, ¿tanto?

—Lamento decir que sí. Desde luego, no todos mis compromisos resultan tan agobiantes… A ver, ¿dónde estábamos? Ah, sí. Estando yo abrumado con tantas deudas, difícilmente podía ser útil a la causa. Pues, como tú mismo sabes bien, me veo obligado a padecer toda clase de percances vulgares e incómodos.

—¿Y entonces Bayer aceptó pagar algunas de tus deudas?

—Expones el asunto con tu franqueza habitual, William. Pues sí, debo decir que insinuó, y lo insinuó del modo más explícito, que Moscú no se mostraría desagradecido si yo llevaba a cabo mi misión con éxito. Lo hice. Bayer fue el primero en admitirlo. ¿Y qué sucedió luego? Nada. Por supuesto, sé que no todo es culpa suya. Muy a menudo el pago de su propio salario y el de los secretarios y mecanógrafas de su oficina se retrasa meses. Pero no por ello el asunto resulta menos enojoso. Y no puedo evitar pensar que Bayer no aboga por mi causa con la firmeza con que debería hacerlo. Cuando voy a visitarlo y me quejo de que apenas tengo suficiente dinero para pagarme la próxima comida, incluso reacciona como si eso le pareciera más bien gracioso… ¿Sabes que aún se me debe dinero del viaje a París? Tuve que pagarlo de mi propio bolsillo. Como es natural, pensé que al menos me sufragarían este gasto, así que viajé en primera clase.

—¡Pobre Arthur!—Tuve que esforzarme un poco para no echarme a reír—. ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Existe alguna posibilidad de que llegues a cobrar ese dinero?

—Creo que ninguna—me contestó Arthur con expresión sombría.

—Oye. Mira, deja que te preste yo un poco. Aquí tengo diez marcos.

—No, gracias, William. De veras que valoro el gesto, pero sería incapaz de tomar prestado tu dinero. Me daría la impresión de que una cosa así arruinaría nuestra bella amistad. No, voy a esperar aún dos días más y luego tomaré ciertas medidas. Y si estas medidas tampoco surten efecto, entonces sabré qué tengo que hacer.

—Eres muy misterioso. —Por un momento incluso se me pasó por la cabeza que quizá Arthur podía estar contemplando el suicidio. Pero la mera idea de que pudiera atentar contra su propia vida era tan absurda que esbocé una sonrisa—. Espero que al final todo acabe bien —añadí al despedirnos.

—También yo lo espero, mi querido William. También yo lo espero. —Arthur miró hacia abajo por el hueco de la escalera con expresión cautelosa—. Por favor, saluda de mi parte a la divina Schroeder.

—Tienes que venir a visitarnos uno de estos días. Y que sea pronto. En serio. Hace mucho que no pasas por casa. La divina se muere de nostalgia sin ti.

—Iré con mucho gusto, una vez me haya librado de todos estos problemas. Si es que me libro algún día. —Arthur lanzó un profundo suspiro—. Buenas noches, hijo mío. Dios te bendiga.

8

Al día siguiente, que era jueves, estuve muy atareado con mis clases. El viernes intenté llamar a casa de Arthur tres veces, pero el teléfono estaba siempre ocupado. El sábado me fui a Hamburgo a pasar el fin de semana y visitar a unos amigos. No regresé a Berlín hasta el lunes ya avanzada la tarde. Aquella misma noche llamé de nuevo al número de Arthur, quería contarle mi visita del fin de semana, pero tampoco obtuve respuesta esta vez. Lo intenté cuatro veces, a intervalos de media hora, y luego contacté con la operadora para quejarme. En lenguaje oficial, la señorita vino a decirme que «el aparato del usuario» ya «no estaba en servicio».

No me sorprendió especialmente. Dado el estado de las finanzas de Arthur, lo último que podía esperarse es que hubiera pagado la factura de teléfono. De todos modos, pensé, podría haber venido a visitarme o haber mandado un recado. Pero sin duda también él estaba muy ocupado.

Pasaron tres días más. Era muy raro que dejáramos transcurrir una semana entera sin vernos o, al menos, sin mantener alguna conversación telefónica. Quizá Arthur estuviera enfermo. Está de más decir que cuantas más vueltas le daba al tema, más seguro estaba de que ésta y no otra era la explicación de su silencio. Lo más probable era que la preocupación a la que se había visto sometido debido a las deudas le hubiera causado una crisis nerviosa. Y durante todo ese tiempo yo no le había hecho caso. De repente me sentí muy culpable. Decidí que iría a verlo aquella misma tarde.

Me apresuré, pues tenía una especie de premonición y me acuciaba la mala conciencia. Llegué a Courbierestrasse en un tiempo récord, subí las escaleras a toda velocidad y, aún jadeante, llamé al timbre. Después de todo, Arthur ya no era joven. La vida que había llevado hasta el momento bastaba para destruir a cualquiera y él tenía el corazón débil. Había que estar preparado para recibir malas noticias. Suponiendo que… caramba, ¿qué es lo que veía? Con las prisas debía de haber contado mal el número de pisos. Me enconatraba de pie frente a una puerta que no tenía placa de metal con nombre: la puerta de un piso desconocido. Era una de esas cosas estúpidas y

embarazosas que suceden siempre que se actúa de forma precipitada. Mi primer impulso fue escapar corriendo, escaleras arriba o escaleras abajo, no estaba muy seguro de cuál sería la dirección adecuada. Pero, después de todo, ya había llamado al timbre de aquella gente. Lo mejor que podía hacer era esperar hasta que alguien respondiera y entonces explicar que me había equivocado.

Aguardé; un minuto, dos, tres. La puerta no se abrió. No había nadie en la casa, al menos eso parecía. Tanto mejor, así me ahorraría tener que pasar por bobo.

Pero entonces me di cuenta de otra cosa. En las dos puertas que tenía frente a mí había dos pequeños rectángulos en los que la pintura tenía un tono más oscuro que la del resto de la madera. No cabía ninguna duda al respecto, aquéllas eran las marcas dejadas por unas placas retiradas hacía muy poco tiempo. Incluso podían verse aún los agujeritos en el lugar en el que habían estado los tornillos.

Me invadió algo parecido al pánico. En tan sólo medio minuto ya había subido las escaleras hasta el piso superior del edificio, y luego las había bajado hasta la entrada, a toda velocidad y como sobrevolando las escaleras, igual que nos sucede a veces cuando corremos durante las pesadillas nocturnas. Las dos placas de cobre con el nombre de Arthur no estaban en ninguna parte. Pero, vamos a ver, quizá me había equivocado de edificio. No sería la primera vez que hacía una cosa tan estúpida. Salí a la calle y miré el número que había sobre la entrada. No, no me había equivocado de casa.

No sé lo que hubiera hecho en aquel momento de no haber aparecido la propia portera del edificio. Me conocía de vista y me saludó con desgana haciendo un gesto con la cabeza. Estaba claro que no simpatizaba demasiado con las personas que visitaban a Arthur. Sin duda las visitas del alguacil habían traído mala reputación a la casa.

—Si está usted buscando a su amigo—enfatizó la palabra con malicia—, llega usted demasiado tarde. Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Sí. Hace dos días. El piso está en alquiler. ¿Acaso no lo sabía usted?

Supongo que mi rostro era la cómica imagen del estupor, pues añadió de forma desagradable:

—No es usted el único al que no avisó. Por aquí han pasado ya más de una docena. Le debía a usted dinero, ¿no?

—¿Dónde ha ido?—pregunté con voz apagada.

—Ni lo sé ni me importa. Ese cocinero suyo viene por aquí para recoger la correspondencia. Mejor se lo pregunta a él.

—No puedo. No sé dónde vive.

—En ese caso yo tampoco puedo ayudarlo—me replicó la portera

con satisfacción perversa. Arthur debió de haberse ido sin darle una propina—. ¿Por qué no prueba usted con la policía?

Y lanzando este último disparo de despedida, se metió en su alojamiento y dio un portazo. Caminé despacio hasta llegar a la calle. Me sentía bastante aturdido.

En cualquier caso, mis preguntas iban a tener una pronta respuesta. A la mañana siguiente recibí una carta, estaba sellada en un hotel de Praga:

> Mi querido William:
>
> Te ruego que me perdones. Me vi obligado a dejar Berlín de modo repentino e imprevisto, y en unas condiciones que me obligaron a hacerlo de incógnito, de modo que no me fue posible comunicártelo. La pequeña *operación* sobre la que te había hablado fue, por desgracia, todo menos un éxito, y el médico me prescribió un *cambio de aires* inmediato. La atmósfera de Berlín se había vuelto tan *poco saludable*, en lo que se refiere a mi particular condición, que de haber permanecido una semana más en la ciudad, casi seguro que de ello se habrían derivado complicaciones muy peligrosas.
>
> La totalidad de mis *lares* y *penates* han sido liquidados y lo obtenido de la venta ha sido más que engullido por las exigencias de mis múltiples satélites. No me voy a quejar. Excepto *uno*, los demás me han servido lealmente, y el trabajador bien vale lo que se le paga. En lo que se refiere a ese *uno*, no voy a permitir que mis labios vuelvan a pronunciar su odioso nombre. Basta con decir que ha sido y que es un sinvergüenza de la peor calaña, y que como tal se ha comportado.
>
> Aquí llevo una vida que me resulta muy agradable. La comida es buena, no tan buena como la de mi amada e incomparable París, hacia la que espero dirigir mis desalentados pasos este próximo miércoles, pero aun así, mucho mejor que cualquier cosa que se pueda comer en esa bárbara Berlín. También aquí se hallan los consuelos que proporciona el sexo bello y cruel. Y bajo la gratificante influencia del confort que ofrece la civilización, mi follaje se despliega y yo me expando. Es más, me he expandido hasta tal punto que, mucho me temo, llegaré a París casi desprovisto de medios de subsistencia. No importa. Sin duda el Mammón de la Perversidad estará bien dispuesto a acogerme en moradas que, aunque no perdurarán para siempre, al menos me darán tiempo suficiente para poder echar un vistazo a mi alrededor.
>
> Por favor, hazle llegar mis saludos más cordiales a nuestro

amigo mutuo, y dile que cuando llegue a París cumpliré con los varios encargos que me ha hecho.

Escríbeme pronto, y concédeme el don de tu inimitable ingenio.

Con afecto,

ARTHUR

Mi primera reacción fue de enfado. Quizá no fuera un sentimiento razonable, pero en mi fuero interno tuve que admitir que mis sentimientos con respecto a Arthur eran básicamente posesivos: él era mi descubrimiento, me pertenecía. Y me sentí tan herido como una solterona a la que acabara de abandonar su gato. Sin embargo, y pensándolo bien, resultaba muy estúpido por mi parte. Arthur era dueño de su destino, no tenía por qué rendirme cuentas de sus acciones. Empecé a buscar excusas que justificaran su conducta y, al igual que un padre indulgente, no me costó encontrarlas. Después de todo, ¿acaso no se había comportado con una nobleza considerable? Él se sentía amenazado por todas partes y, aun así, se había enfrentado a los problemas en solitario. Había actuado con gran cuidado, había evitado implicarme en sus asuntos para ahorrarme futuros encuentros desagradables con las autoridades. Después de todo, se habría dicho a sí mismo: «Yo voy a abandonar este país, pero William tiene que quedarse aquí y ganarse la vida; no tengo derecho a ser autocomplaciente con mis sentimientos personales, no a sus expensas». Entonces me imaginé a Arthur dando un último y apresurado paseo por nuestra calle, contemplando con furtiva tristeza las ventanas de mi habitación. Lo imaginé dudando y alejándose luego apesadumbrado. Al final me senté a escribirle una carta afectuosa y cómplice, evitando hacer preguntas y soslayando cualquier comentario que pudiera comprometernos, a mí o a él. Fräulein Schroeder, que se había mostrado muy disgustada cuando supo de la partida de Arthur, añadió un largo *post scriptum*. Arthur jamás debía olvidar, le escribió, que en Berlín había *una* casa en la que siempre sería muy bien recibido.

Pero mi curiosidad no estaba en absoluto satisfecha. Lo más fácil era preguntar a Otto, pero ¿dónde podía encontrarlo? Para empezar, probaría en casa de Olga. Yo sabía que Anni tenía una habitación alquilada allí.

No había visto a Olga desde aquella fiesta en la madrugada de Año Nuevo, pero Arthur, que a veces la visitaba cuando iba de camino a sus negocios, me hablaba de vez en cuando de ella. Me había contado muchas cosas. Como la gran mayoría de gente que aún se las ingeniaba para ganarse la vida en aquellos días de ruina general, Olga

tenía numerosas ocupaciones. «Para exponerlo sin contemplaciones», como a Arthur le gustaba decir, era alcahueta, vendedora de cocaína y traficante de mercancía robada. También alquilaba habitaciones, aceptaba ropa para lavar y, cuando estaba de humor, hacía exquisitos trabajos de costura. Una vez, Arthur me mostró un centro de mesa que ella le había regalado por Navidad, y era toda una obra de arte.

No me costó encontrar la casa y pasé bajo el arco que daba al patio interior. El patio era estrecho y profundo, como un ataúd colocado en posición vertical cuya cabecera descansara sobre el suelo, pues las fachadas de las casas estaban ligeramente inclinadas hacia adentro. Unas enormes vigas las atravesaban y se recortaban contra el rectángulo gris del cielo. Aquí abajo, donde los rayos de sol jamás penetraban, el patio estaba sumido en una profunda semipenumbra, una luz parecida a la que habría en el barranco de una montaña. En tres de sus costados había ventanas. El cuarto era un inmenso muro ciego, de unos ochenta pies de alto, cuya superficie enyesada se había hinchado formando ampollas y erupciones que habían dejado cicatrices toscas y ennegrecidas por el hollín. A los pies de este fantasmagórico precipicio había un cubículo pequeño y extraño, probablemente sería un lavabo exterior. Al lado, había una carretilla de mano rota que tenía sólo una rueda, y también un cartel impreso, ahora ya casi ilegible, en el cual figuraban los horarios en los que los residentes tenían permitido sacudir las alfombras.

El hueco de la escalera, incluso a aquellas horas de la tarde, estaba muy oscuro. Subí los escalones contando los rellanos, y golpeé una puerta que esperaba que fuera la correcta. Oí el sonido de unas pantuflas arrastrándose por el suelo, un tintineo de llaves. La puerta, bloqueada por una cadena, se abrió un poquito.

—¿Quién es?—preguntó una voz de mujer.

—William—dije.

El nombre no le causó ninguna impresión. La puerta inició un movimiento incierto, iba a cerrarse.

—Un amigo de Arthur—añadí con rapidez, intentando que mi voz sonara tranquilizadora. No tenía modo de saber a qué clase de persona me estaba dirigiendo. El interior del piso estaba totalmente oscuro. Era como hablarle a un cura en el confesionario.

—Espere un momento—contestó la voz.

La puerta se cerró y las pantuflas se alejaron arrastrándose. Se acercaron otros pasos. La puerta volvió a abrirse y en el estrecho recibidor se encendió la luz eléctrica. En el umbral de la puerta apareció la propia Olga. Su enorme silueta estaba envuelta en un kimono de colores chillones que ella llevaba con la misma majestuosidad con la que un sacerdote vestiría el hábito para las ceremonias. Se me había olvidado lo enorme que era.

—Y bien—dijo—. ¿Qué quiere?

No me había reconocido. Podría tratarse de una detective. Su tono era agresivo y áspero. No mostraba el menor rastro de duda o de miedo. Estaba lista para enfrentarse a cualquiera de sus enemigos. Sus duros ojos azules, siempre en estado de alerta, al igual que los de una tigresa, se desplazaron de mi hombro hacia el tenebroso hueco de la escalera. Se preguntaba si yo estaba solo.

—¿Puedo hablar con Fräulein Anni?—pregunté cordialmente.

—No. No puede. Está ocupada. —Sin embargo, mi acento inglés la había tranquilizado, pues añadió lacónicamente—: Pase. —Y luego se dio la vuelta en dirección al salón. Allí me dejó, con total indiferencia, para que cerrara yo mismo la puerta de entrada. Obedecí dócilmente, después fui tras ella.

Otto estaba de pie frente a la mesa del salón. Iba en mangas de camisa y andaba arreglando la antigua lámpara de gas que ahora era eléctrica.

—Hombre, ¡pero si es Willi!—exclamó, dando un brinco y propinándome un empujón en el hombro.

Nos estrechamos las manos. Olga se dejó caer en la silla que estaba frente a mí, y adoptó la dignidad deliberada y siniestra de una adivina. Los brazaletes que llevaba en las muñecas hinchadas entrechocaron haciendo un ruido bronco. Me pregunté cuántos años tendría. Seguramente menos de treinta y cinco, pues en su rostro pálido y abotargado no había arrugas. No me gustaba demasiado que fuera a escuchar lo que iba a decirle a Otto, pero estaba claro que no tenía la menor intención de moverse de allí mientras yo siguiera en el piso. Sus ojos azules de muñeca estaban clavados en los míos con una mirada fija y brutal.

—¿No te he visto yo en alguna otra parte antes?

—Me has visto en esta misma habitación—le dije—, borracho.

—Ya…

El pecho de Olga dio una sacudida silenciosa. Se había puesto a reír.

—¿Viste a Arthur antes de que se fuera?—le pregunté a Otto, después de un largo silencio.

Sí. Ambos, Anni y Otto, lo habían visto, aunque al parecer había sido por casualidad. El domingo por la tarde se habían dejado caer por su casa y lo habían encontrado haciendo las maletas. Por lo visto había estado haciendo muchas llamadas de teléfono y también correteando sin parar de un lado para otro. Y luego apareció Schmidt. Él y Arthur se retiraron al dormitorio para hablar y enseguida Otto y Anni oyeron voces y gritos de enfado. Schmidt salió de la habitación y Arthur fue tras él en un estado de rabia impotente. Otto no había sido

capaz de dilucidar demasiado bien qué había pasado, pero entendió que el barón tenía algo que ver con ello, y también el dinero. Arthur estaba enfadado por algo que Schmidt le había dicho al barón. Schmidt se había mostrado tan insultante como desafiante. Arthur le había gritado: «¡Has demostrado ser, no sólo un perfecto ingrato, sino también un traidor absoluto!». Otto estaba muy convencido de haber escuchado esas palabras. La frase pareció haberle impresionado de forma especial, quizá porque en su mente la palabra *traición* tenía un deje claramente político. Incluso dio por supuesto que, de una manera u otra, Schmidt había traicionado al Partido Comunista.

—La primera vez que lo vi le dije a Anni: «No me extrañaría nada que fuera un espía que le han puesto a Arthur. Tiene aspecto de nazi, con esa enorme cabeza hinchada».

Lo que siguió a continuación confirmó la opinión que Otto tenía de él. Schmidt estaba a punto de abandonar el piso cuando se dio la vuelta y le dijo a Arthur: «Muy bien, me voy. Te dejo al cuidado de tus entrañables amigos comunistas. Y cuando te hayan embaucado y robado hasta el último pfennig…».

No pudo continuar la frase. La charla anterior había desconcertado a Otto, el cual se sintió aliviado al escuchar por fin algo que comprendía y que además le permitía ponerse furioso. Entonces agarró a Schmidt por el cuello de la camisa, lo sacó del piso y lo lanzó escaleras abajo dándole un fuerte puntapié en el trasero. Otto se entretuvo un buen rato narrándome aquel puntapié, estaba orgulloso y satisfecho de él. Había sido uno de los mejores puntapiés de su vida, un puntapié inspirado, propinado con discernimiento y en el momento justo. Tenía muchos deseos de hacerme entender con exactitud cómo se había producido el ataque. Así que me hizo poner de pie y me propinó un ligero toque en las nalgas con la punta del pie. Yo no las tenía todas conmigo porque sabía que Otto estaba haciendo un gran esfuerzo para controlarse y no dejarse ir.

—Caramba, Willi, deberías haber oído el ruido que hizo al caer. ¡Bing! ¡Bang! ¡Patapaf! Durante unos segundos era como si no supiera dónde estaba ni qué había pasado. Y luego empezó a lloriquear, igual que un niño pequeño. Me dio un ataque de risa tan fuerte que si alguien me hubiera empujado, aun con un solo dedo, yo también habría rodado escaleras abajo.

Al decir esto, Otto se puso a reír igual que dijo haberlo hecho entonces. Se carcajeaba con toda el alma, sin la menor malicia o brutalidad. No le guardaba ningún rencor al atónito Schmidt.

Le pregunté si se habían tenido más noticias de él. Otto no lo sabía. Aquel día del puntapié, Schmidt se levantó del suelo con grandes dificultades, profirió lloriqueando alguna amenaza ininteligible y luego se arrastró hacia la salida. Arthur, que había estado presente en

un segundo plano, meneó la cabeza y protestó con expresión vacilante: «Otto, no deberías haber hecho eso, no deberías».

—Arthur es demasiado bondadoso—añadió Otto, llegando ya al final de su narración—. Confía en todo el mundo. ¿Y qué gratitud recibe a cambio? Ninguna. Siempre le están embaucando y traicionado.

No supe dar con un comentario apropiado a sus palabras. Le dije que tenía que irme.

Había algo en mí que parecía divertir mucho a Olga. Su pecho se estremecía silenciosamente. Cuando nos dirigíamos hacia la puerta, de repente me dio un pellizco brutal y contundente en la mejilla, como si estuviera cogiendo una ciruela de un árbol.

—Eres un chico agradable—dijo, riendo entre dientes—. Una de estas noches tienes que venir por aquí. Te enseñaré algunas cosas que no sabes.

—Deberías hacerlo al menos una vez con Olga, Willi—me aconsejó con toda seriedad Otto—. Vale la pena pagar por ella.

—Estoy seguro de que sí—dije de forma educada, y me apresuré a descender las escaleras.

Unos cuantos días más tarde, yo me había citado en el Troika con Fritz Wendel. Llegué bastante más temprano de lo previsto, me senté en la barra del bar y entonces me di cuenta de que el barón estaba sentado en el taburete de al lado.

—¿Qué tal, Kuno?

—Buenas noches.

Inclinó su lustrosa cabeza con rigidez. Ante mi sorpresa, no parecía nada contento de verme, sino más bien al contrario. Su monóculo brillaba con una hostilidad cortés, su ojo desnudo tenía una expresión huidiza y taimada.

—Hace siglos que no le veo—le dije animadamente, intentando mantenerme imperturbable, como si no hubiera percibido su actitud.

Su ojo viajó por toda la estancia, estaba claro que buscaba ayuda en alguna parte, pero nadie respondió a su llamado. El local estaba casi vacío. El camarero se acercó a nosotros pausadamente.

—¿Qué va a tomar?—le pregunté. El desagrado que sentía por mi compañía empezaba a resultar intrigante.

—Eh…, nada, gracias. La verdad es que tengo que irme.

—¿Cómo, nos abandona tan pronto Herr Baron?—exclamó el camarero con expresión afable, contribuyendo sin quererlo a su incomodidad—. Pero si apenas lleva cinco minutos aquí.

—¿Ha tenido noticias de Arthur Norris?

Con deliberada malicia, hice caso omiso de sus intentos para bajarse del taburete. No podría hacerlo hasta que yo hubiera

desplazado un poco el mío.

El nombre de Arthur le hizo dar un respingo muy visible.

—No—su tono era glacial—. No he tenido noticias.

—No sé si lo sabe, está en París.

—¿Ah sí?

—Bueno—le dije con jovialidad—. No quiero retenerlo por más tiempo. —Le alargué la mano, él apenas la tocó.

—Adiós.

Por fin libre, se encaminó hacia la puerta raudo como una flecha. Parecía que estuviera escapando de la peste. El camarero sonrió discretamente, cogió las monedas del mostrador y las enterró en el cajón. No era la primera vez que veía cómo alguien desairaba a un gorrón.

Así que ahora tenía otro misterio que resolver.

Como un largo tren que se detiene en cada pequeña y lóbrega estación, los días de invierno se fueron arrastrando con lentitud. Cada semana se publicaban nuevos decretos de emergencia. La voz hastiada y episcopal de Brüning daba órdenes a los tenderos y nadie le obedecía. «Esto es fascismo», se lamentaban los socialdemócratas. «Muestra debilidad», decía Helen Pratt. «Lo que todos estos cerdos necesitan es un hombre de pelo en pecho». El documento Hessen salió a la luz, pero lo cierto es que a nadie le importó demasiado. Era tan sólo uno más entre los muchos escándalos. El público, exhausto, había recibido sorpresa tras sorpresa y ahora ya se hallaba en plena indigestión. La gente decía que los nazis estarían en el poder para cuando llegara Navidad, pero llegó Navidad y no lo estaban. Arthur me envió los habituales buenos deseos navideños escritos en una postal con la torre Eiffel.

Berlín se encontraba en estado de guerra civil. El odio surgía de la nada, explotaba de súbito y sin previo aviso. Estallaba en las esquinas de las calles, en los restaurantes, en los cines, en las salas de baile y en las piscinas. Explotaba a medianoche, después del desayuno y a media tarde. Se afilaban los cuchillos, había ataques con anillos de púas, jarras de cerveza, patas de sillas o cachiporras reforzadas con plomo. Las balas desgarraban los anuncios colgados de las columnas publicitarias, rebotaban en el techo de acero de los retretes públicos. Cualquier joven podía ser atacado, desnudado y apaleado en medio de una calle atiborrada de gente, allí lo dejaban abandonado y sangrando sobre la acera. Bastaban quince segundos, luego todo había terminado y los asaltantes se habían esfumado. En una escaramuza que tuvo lugar en un solar cerca de Cöpernickerstrasse, Otto recibió un corte profundo en la ceja. Se lo hicieron con una hoja de afeitar, el médico le tuvo que dar tres puntos y se pasó una semana en el hospital. Los

periódicos iban llenos de fotografías de rivales mártires en su lecho de muerte; los había nazis, de la Reischsbanner y comunistas. Mis alumnos las contemplaban y sacudían la cabeza, y me pedían disculpas por el estado en que se encontraba Alemania. «Ay, señor, señor, es terrible. No podemos seguir así», decían.

Los reporteros especializados en crímenes y los periodistas del corazón habían distorsionado la lengua alemana hasta volverla irreconocible. En las invectivas de los periódicos, se servían de un vocabulario (*traidor, lacayo de Versalles, cerdo asesino, bandidos marxistas, cenagales hitlerianos, peste roja*) que a fuerza de usos y abusos había llegado a parecerse a la fraseología formal de cortesía que utilizan los chinos. El significado que Goethe había dado a la palabra *Liebe* se distorsionó hasta tal punto que ya no valía ni lo que el beso de una prostituta. *Primavera, luz de luna,juventud, rosas, chica, cariño, corazón, mayo*: ésta era la moneda miserable y devaluada que usaban todos estos autores de tangos, valses y fox-trot para promover la evasión individual. Búscate a una amante joven y dulce, aconsejaban, olvida la depresión económica, ignora a los desempleados. Escapad, nos apremiaban, hacia Hawái, hacia Nápoles, hacia la eterna Viena. Hugenberg movía los hilos de la productora UFA, y desde allí servía raciones de un nacionalismo apto para todos los gustos. Producía épicos escenarios de guerra, farsas de la vida en los cuarteles, operetas en las que las jaranas de la aristocracia militar de antes de la guerra se adaptaban a la moda de 1932. Sus brillantes directores y camarógrafos tenían que invertir su talento en filmar imágenes, cínicamente bellas, de las burbujas del champán, del brillo de las sedas bajo la luz de los focos.

Mañana tras mañana, en la inmensa ciudad húmeda y sombría y en los alojamientos alineados como cajas de embalaje de los suburbios, los jóvenes despertaban a un nuevo día de ocio y desempleo. Un día vacío en el que deberían ingeniárselas lo mejor que pudieran. Vendían cordones de zapatos, mendigaban, jugaban a las damas en los salones de las oficinas de empleo; merodeaban por las letrinas públicas, abrían las puertas de los coches, ayudaban a cargar mercancías en los mercados, y se dedicaban a chismorrear tirados en cualquier parte. Robaban, aguzaban el oído para ver si algunas palabras azarosas les proporcionaban pistas sobre quién iba a ser el ganador en las carreras de caballos, compartían colillas de cigarrillos recogidas en las cunetas, cantaban canciones populares por cuatro *groschen* en los patios y los vagones del metro, entre estación y estación. Pasado Año Nuevo nevó, pero la nieve no llegó a cuajar y tampoco se pudo ganar dinero barriéndola. Los tenderos hacían tintinear todas las monedas sobre el contador por miedo a los falsificadores. El astrólogo al que acudía Fräulein Schroeder auguró la llegada del fin del mundo.

—¿Sabes una cosa?—me dijo Fritz Wendel mientras sorbía un cóctel en el bar del hotel Eden—. Me importa un rábano que este país se haga comunista. Lo que quiero decir es que quizá nos convenga cambiar un poco nuestras ideas. Al diablo con todo, ¿qué más da?

A principios de marzo empezaron a aparecer los carteles para la campaña electoral a la Presidencia. El retrato de Hindenburg, bajo el cual había una inscripción en grafía gótica, tenía un toque claramente religioso: ÉL HA CONSERVADO LA FE EN VOSOTROS, VOSOTROS DEBÉIS CONFIAR EN ÉL. Los nazis se las arreglaron para elaborar una fórmula que trataba de modo inteligente a aquel venerable icono y al mismo tiempo evitaba ofenderlo con una blasfemia: HONRA A HINDENBURG; VOTA A HITLER. Cada noche, Otto y sus camaradas organizaban expediciones peligrosas, armados con botes de pintura y brochas. Para sortear a la policía y a las patrullas de las SA, escalaban muros de gran altura, gateaban por los tejados y se contorsionaban bajo las vallas publicitarias. Y de este modo, a la mañana siguiente los transeúntes podían ver el nombre de Thälmann, candidato de los trabajadores, audazmente pintado en algún lugar prominente e inaccesible. Otto me dio una pila de pequeñas etiquetas: «Vota a Thälmann, el candidato de los trabajadores». Yo las llevaba en el bolsillo y, cuando nadie me veía, las pegaba en los escaparates de las tiendas y en las puertas de las casas.

Brüning habló en el Palacio de los Deportes. Debíamos votar a Hindenburg, nos dijo, y así salvar Alemania. Sus gestos eran contundentes y admonitorios, y, bajo la luz de los focos, la emoción hacía brillar sus gafas. Su voz temblaba con seca pasión académica: «Inflación», amenazó, y el público se estremeció. «Tannenberg», recordó con expresión reverencial: hubo un prolongado aplauso.

Bayer habló en el Lustgarten durante una tormenta de nieve. Estaba de pie encima de una furgoneta, una figura pequeña y sin sombrero gesticulando sobre un vasto mar de rostros y banderas. Tras él se erguía la fría fachada del Schloss. Filas de policías armados y silenciosos se alineaban en la balaustrada.

—Miradlos—gritó Bayer—. ¡Pobres diablos! Parece vergonzoso tenerlos ahí de pie, afuera, con un clima tan inclemente. Pero no importa, tienen abrigos gruesos y buenos. ¿Quién les dio estos abrigos? Nosotros se los dimos. Fue un gesto amable por nuestra parte, ¿no es cierto? ¿Y quién nos va a dar abrigos a nosotros? No tengo respuesta.

—Así que el viejo canalla lo ha conseguido de nuevo—comentó Helen Pratt—. Sabía que lo haría. Los colegas del trabajo me deben diez marcos, he ganado la apuesta, qué ilusos.

Era el miércoles posterior a las elecciones y estábamos de pie en el

andén de la estación Zoo. Helen había acudido a despedirme, yo partía hacia Inglaterra en tren.

—Por cierto—añadió—, ¿qué se hizo de aquel tipo raro que me trajiste una noche? Morris, se llamaba, ¿verdad?

—Norris… Pues no lo sé. Hace siglos que no tengo noticias suyas.

Me resultó extraño que me hiciera esa pregunta porque pocos segundos antes yo también había estado pensando en Arthur. En mi cabeza, él y aquella estación iban siempre juntos. Pronto haría seis meses que se había ido, pero parecía que hubiera sido la semana anterior. Decidí que en cuanto llegara a Londres le escribiría una larga carta.

9

Sea como fuere, no le escribí. Ni siquiera sé muy bien por qué. Me sentía perezoso, el clima había cambiado y había empezado a hacer calor. Pensaba en Arthur a menudo. De hecho, tan a menudo que la correspondencia parecía innecesaria. Era como si de alguna manera tuviéramos comunicación por telepatía. Y además, me fui cuatro meses al campo y una vez allí descubrí, demasiado tarde, que me había olvidado la postal con su dirección en Londres, dentro de algún cajón. De todos modos, tampoco tenía mucha importancia. Había pasado mucho tiempo, lo más probable es que Arthur ya se hubiera ido de París. Eso si no estaba ya de vuelta en Berlín. La querida y vieja Tauentzientrasse no había cambiado. Un taxi me llevó desde la estación a casa. A través de la ventanilla vi a varios nazis con sus nuevos uniformes de las SA. Ahora ya no eran ilegales. Algunos caminaban por las calles, iban muy estirados y los ancianos los saludaban con entusiasmo. Otros estaban apostados en las esquinas de las calles y agitaban ruidosamente las monedas recolectadas en sus alcancías.

Subí las escaleras que me eran tan conocidas. Antes de que me diera tiempo a tocar el timbre, Fräulein Schroeder salió del piso para darme la bienvenida con los brazos abiertos. Debía de haber estado pendiente de mi llegada.

—¡Herr Bradshaw! ¡Herr Bradshaw! ¡Herr Bradshaw! Por fin ha vuelto con nosotros. Tengo que darle un abrazo. Que buen aspecto tiene. Desde que usted se fue, nada parece igual que antes.

—¿Y cómo ha ido todo por aquí, Fräulein Schroeder?

—Bueno… Supongo que no debo quejarme. En verano las cosas no anduvieron nada bien. Pero ahora… Pase, Herr Bradshaw, le tengo reservada una sorpresa.

Regocijada, me hizo señas desde el otro lado del recibidor, luego abrió la puerta del salón con un gesto teatral.

—¡Arthur!

—Mi querido William, ¡bienvenido a Alemania!

—No tenía la menor idea…

—Herr Bradshaw, ¡yo juraría que has crecido! Bien, bien… Desde

luego, esto sí que es un alegre reencuentro. Berlín vuelve a ser de nuevo el mismo. Propongo que nos traslademos a mi habitación y tomemos una copa para celebrar el retorno de Herr Bradshaw. Fräulein Schroeder, espero que nos acompañe.

—Oh… Por supuesto. Es muy amable por su parte, Herr Norris.

—Por favor. Usted primero.

—De ninguna manera. Faltaría más.

Tras un buen número de aspavientos y reverencias ambos cruzaron, por fin, el umbral de la puerta. La convivencia no parecía haber mermado en absoluto sus buenos modales. Arthur se mostraba tan galante como siempre, Fräulein Schroeder igual de coqueta.

El gran dormitorio de la parte delantera de la casa era apenas reconocible. Arthur había trasladado la cama de la esquina hasta la ventana y había empujado el sofá hasta colocarlo cerca de la estufa. Las macetas de helechos malolientes habían desaparecido, al igual que los numerosos tapetitos de ganchillo que había sobre la mesa. También habían desaparecido las figuritas metálicas de perros en la estantería y las tres postales de fotocromo de las ninfas bañándose. En su lugar, reconocí tres aguafuertes que adornaban el comedor del piso de Arthur. Un bello biombo de laca japonés, que antes solía estar en la entrada del piso de Courbierestrasse, servía ahora para ocultar el aguamanil.

—Flotsam—Arthur había seguido la dirección de mi mirada—. Afortunadamente, pude salvarlo del naufragio.

—Vamos a ver, Herr Bradshaw—dijo Fräulein Schroeder—, quiero que me dé usted su sincera opinión. Herr Norris dice que aquellas ninfas eran feas. A mí siempre me parecieron encantadoras y tiernas. Por supuesto, ya sé que algunas personas dirían que estaban pasadas de moda.

—Yo no diría que eran feas—le repliqué con diplomacia—. Pero es agradable hacer cambios de vez en cuando, ¿no le parece?

—Los cambios son la sal de la vida—murmuró Arthur mientras cogía un vaso del armario. Pude ver que en el interior había un buen número de botellas—. ¿Qué puedo ofrecerte, William? ¿Kümmel o Benedictine? Fräulein Schroeder, me consta, prefiere aguardiente de cereza.

Ahora que los contemplaba a la luz del día me chocó el contraste que había entre ellos. La pobre Fräulein Schroeder parecía haber envejecido mucho. Es más, se había convertido en una anciana. Las preocupaciones habían llenado su rostro de bolsas y arrugas y tenía la piel cenicienta, pese a ir maquillada con una capa espesa de polvos y de colorete. Era evidente que no se había alimentado como es debido. A Arthur, en cambio, se le veía claramente rejuvenecido. Tenía las

mejillas más lozanas, y todo él parecía fresco como una rosa. Iba bien rasurado, se había hecho la manicura y olía a perfume. Llevaba un anillo grande con una turquesa que no le había visto antes, y vestía un suntuoso traje nuevo de color marrón. Su peluca relucía y tenía un aire más lujoso. Estaba confeccionada con mechones ondulados y lustrosos que se le rizaban, con abundancia tropical, en la zona de las sienes. Su aspecto general tenía un aire desenvuelto y casi bohemio. Podía haber sido un actor famoso o un rico violinista.

—¿Cuánto tiempo hace que has vuelto?—le pregunté.

—Déjame pensar, ahora debe de hacer casi dos meses… ¡Cómo pasa el tiempo! Verdaderamente, debo pedirte disculpas por mis deficiencias como corresponsal. He estado enormemente ocupado y Fräulein Schroeder no parecía estar muy segura de cuál era tu dirección en Londres.

—Me temo que ninguno de los dos somos gran cosa como corresponsales.

—Pero la voluntad de escribir estaba ahí, hijo. Espero que me creas. Siempre te he tenido presente en mis pensamientos. Desde luego, es un gran placer tenerte aquí de nuevo. Me siento como si me hubiesen quitado un peso de encima.

Esta observación sonó como de mal agüero. Quizá estaba de nuevo contra las cuerdas. Sólo esperaba que la pobre Fräulein Schroeder no tuviera que padecer por ello. Allí estaba ella, sentada en el sofá, radiante, con un vaso en la mano y pendiente de cada una de las palabras de Arthur. Sus piernas eran tan cortas que los zapatos negros de terciopelo colgaban a una pulgada de la alfombra.

—Mire, Herr Bradshaw—me alargó un brazo—, lo que Herr Norris me regaló para mi cumpleaños. No se lo va a creer, pero me sentí tan feliz y halagada que me eché a llorar.

Se trataba de un estupendo brazalete de oro que debió de haber costado al menos cincuenta marcos. Aquello me conmovió de veras.

—Un gesto muy hermoso por tu parte, Arthur.

Se sonrojó. Estaba bastante confuso.

—Nada. Una insignificante muestra de mi estima. No tengo palabras para contarte lo servicial que Fräulein Schroeder ha sido conmigo. Me agradaría contratarla como secretaria permanente.

—Herr Norris, ¿cómo puede usted decir tantas tonterías?

—Se lo aseguro, Fräulein Schroeder. Estoy muy entusiasmado con la idea.

—Ya ve usted, Herr Bradshaw, cómo se divierte a costa de una pobre anciana.

Estaba un poco borracha, y cuando Arhur le sirvió un segundo vaso de aguardiente volcó un poco sobre el vestido. Una vez pasó el

sobresalto causado por el accidente, Arthur nos dijo que tenía que salir.

—Lo lamento pero tengo que interrumpir esta reunión…, el deber me llama. Así es, aunque espero verte esta misma noche, William. ¿Qué te parece si cenamos juntos? Sería agradable, ¿no?

—Muy agradable.

—Entonces me despido con un *au revoir*, nos vemos a las ocho.

Me levanté para ir a deshacer mi equipaje. Fräulein Schroeder me siguió hasta la habitación. Insistió en ayudarme. Aún estaba algo achispada y no hacía más que colocar las cosas en el lugar equivocado. Las camisas en el cajón del escritorio, los libros en el armario junto con los calcetines. No se cansaba de elogiar a Arthur.

—Llegó a mí como un enviado del cielo. Me había retrasado en el pago del alquiler, algo que no me había sucedido desde los tiempos de la inflación. La mujer del portero vino a verme para hablar del asunto varias veces: «Fräulein Schroeder, la conocemos y no queremos ser duros con usted. Pero todos tenemos que vivir», me decía. Le aseguro que hubo noches en las que estuve tan deprimida que casi estaba decidida a meter la cabeza en el horno y acabar con todo. Y entonces llegó Herr Norris. Al principio pensé que había venido sólo de visita, como antes. «¿Cuánto cobra usted por el dormitorio de la parte delantera del piso?», me preguntó. Me hubieran podido tumbar al suelo de un soplo. «Cincuenta», le contesté. Tal como están los tiempos, no me atreví a pedir más. Y aun así, por dentro temblaba de miedo a que me dijera que le parecía demasiado. ¿Y qué cree usted que me contestó?: «Fräulein Schroeder, no podría permitir de ninguna manera que me la dejara usted por menos de sesenta. Otra cosa sería un robo», me dijo. Le aseguro, Herr Bradshaw, que en aquel momento le hubiera besado la mano con gusto.

Los ojos de Fräulein Schroeder se habían llenado de lágrimas. Me temí que fuera a sufrir una crisis nerviosa.

—¿Y paga puntualmente?

—Como un reloj, Herr Bradshaw. Es tan puntual como usted. Jamás he conocido a nadie tan puntilloso al respecto. Imagine, ni siquiera me permite que le pase la factura mensual por la leche. Me la paga cada semana. «No quiero vivir con la impresión de que le debo a nadie ni un solo pfennig», eso es lo que me dice… Ojalá hubiera más gente como él.

Aquella noche Arthur hizo algo sorprendente; cuando le propuse que fuéramos a cenar a nuestro restaurante habitual, puso objeciones.

—Hijo mío, es un lugar en extremo ruidoso. Mis nervios son muy sensibles, se sublevan ante la idea de una velada amenizada con jazz.

Y en lo que respecta a la comida, debo decir que, incluso en esta ciudad embrutecida, resulta notable por su vileza. Vamos al Montmartre.

—Pero, mi querido Arthur, es carísimo.

—No importa. No importa. La vida es demasiado corta para estar siempre contando el dinero. Esta noche te invito. Vamos a olvidar las preocupaciones de este mundo implacable durante unas cuantas horas, vamos a divertirnos.

—Muchas gracias.

Cuando llegamos al Montmartre, Arthur pidió champán.

—En esta feliz ocasión creo que podemos permitirnos relajar nuestros estrictos principios revolucionarios.

Me eché a reír.

—Vaya. Parece que tus negocios están en un momento floreciente.

Arthur hizo un gesto cauteloso, pinzándose el mentón entre el índice y el pulgar.

—No puedo quejarme, William. Al menos por ahora. No puedo, no. Pero me temo que vislumbro obstáculos en el camino.

—¿Te dedicas aún a la importación y la exportación?

—No exactamente, no… Aunque, bueno, en cierto sentido, quizá sí.

—¿Has estado en París durante todo este tiempo?

—Más o menos. A ratos, iba y venía.

—¿Y qué hacías allí?

Una mirada incómoda de Arthur recorrió el pequeño y lujoso restaurante. Luego sonrió con gran encanto:

—Mi querido William, ésa es una pregunta capciosa.

—¿Estuviste trabajando para Bayer?

—Pues…, en parte. Sí.

Los ojos de Arthur habían adquirido una expresión vaga. Trataba de eludir el tema.

—Y dime, ¿lo has visto desde que volviste a Berlín?

—Por supuesto. —De golpe tuvo una sospecha—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé. La última vez que te vi, no parecías muy complacido con él. Eso es todo.

—Bayer y yo tenemos una relación excelente. —Arthur habló con énfasis, luego hizo una pausa y añadió—: Espero que no le hayas contado a nadie que me peleé con él. ¿Lo has hecho?

—No, por supuesto que no, Arthur. Además, ¿a quién se supone que iba a contárselo?

Sin lugar a dudas, Arthur se sintió aliviado.

—Te pido disculpas, William. Ya debería saber que puedo confiar en tu admirable discreción. Pero si por casualidad corriera el rumor de que Bayer y yo no nos llevamos bien, podría resultar muy incómodo. ¿Comprendes?

Me puse a reír.

—No, Arthur. No comprendo nada.

Arthur sonrió y levantó su copa.

—Ten paciencia conmigo, William. Ya me conoces, siempre me ha gustado preservar mis pequeños secretos. Sin duda llegará el día en que estaré en condiciones de ofrecerte una explicación.

—O bien de inventártela.

—¡Ja, ja, ja! Ya veo que eres cruel como siempre… Y eso me recuerda que, sin pensar, he quedado con Anni a las diez de esta noche… Así que quizá lo que deberíamos hacer es seguir con nuestra cena.

—Por supuesto. No debes hacerla esperar.

Arthur se pasó el resto de la cena haciéndome preguntas sobre Londres. Con mucho tacto, evitamos hablar de Berlín y París.

Sin duda, Arthur había transformado la rutina diaria de la vida de Fräulein Schroeder. Dado que insistía en tomar un baño caliente cada mañana, ella tenía que levantarse una hora antes para poner en marcha el calentador, que era pequeño y anticuado. Sin embargo, no se quejaba. Al contrario, parecía admirar a Arthur por todas las molestias que le causaba.

—Es un hombre tan especial, Herr Bradshaw. Se parece más a una dama que a un caballero. En su habitación cada cosa tiene su lugar preciso, y si no lo encuentra todo a su gusto me veo en aprietos. Sin embargo, debo decir que resulta un placer ocuparse de alguien que cuida tanto de sus cosas. Debería usted ver algunas de sus camisas y sus corbatas. Son de ensueño. Y eso por no hablar de su ropa interior de seda. «Herr Norris, debería usted dejarme poner algunas de estas prendas *a mí*, porque son demasiado refinadas para un hombre», le dije una vez. Por supuesto, sólo estaba bromeando. Y Herr Norris, es el primero en disfrutar de una broma. Cada día lee cuatro periódicos, no sé si lo sabe, y eso por no hablar de las revistas semanales ilustradas. No me permite tirar ninguna. Las quiere todas bien apiladas en lo alto del armario y ordenadas por fecha de publicación. Cuando pienso en el polvo que esos papeles deben de estar acumulando allá arriba, me vuelvo loca. Y luego, cada día, antes de salir, Herr Norris me hace una lista, tan larga como su brazo, de mensajes que debo dar a las personas que llaman o que se presentan a visitarle. Tengo que recordar los nombres de todos, y a quiénes quiere ver y a quiénes no.

Estos días el timbre de la puerta no hace más que sonar. Traen telegramas para Herr Norris y cartas urgentes y correo aéreo y yo qué sé cuántas cosas más. Las últimas dos semanas han sido especialmente malas. Creo que Herr Norris tiene debilidad por las mujeres.

—¿Qué es lo que le hace pensar esto, Fräulein Schroeder?

—Bueno, me he dado cuenta de que está siempre recibiendo telegramas de París. Al principio, los abría porque creía que quizá trataban sobre asuntos urgentes que Herr Norris querría saber de inmediato. Pero lo que decían los telegramas no tenía ni pies ni cabeza. Todos eran de una señora llamada Margot. Y algunos venían escritos en términos muy afectuosos. «Te mando un abrazo» y «La última vez olvidaste enviarme besos». Debo decir que yo jamás tendría valor para escribir semejantes cosas. Imagínese, ¡los funcionarios de correos leyendo palabras así! Estas chicas francesas deben de ser un buen hatajo de desvergonzadas. Según mi experiencia, cuando una mujer hace alarde de sus sentimientos de ese modo, quiere decir que no vale gran cosa… Y esta Margot, además, escribe un montón de disparates.

—¿Qué clase de disparates?

—Oh, ya los he olvidado casi todos. Cosas sobre teteras y calderas, pan con mantequilla y pasteles.

—¡Qué raro!

—Lleva usted razón, Herr Bradshaw. Es muy raro… Pero le diré lo que pienso—Fräulein Schroeder bajó la voz y lanzó una mirada hacia la puerta; quizá se le había contagiado aquel vicio de Arthur—: yo creo que se trata de alguna clase de lenguaje secreto. En el que cada palabra tiene un doble sentido.

—¿Un código?

—Sí. Eso es. —Fräulein Schroeder asintió con expresión misteriosa.

—Pero ¿por qué le iba escribir esta chica en clave a Arthur? No tiene mucho sentido.

Fräulein Schroeder sonrió ante mi candidez.

—Ah, Herr Bradshaw. Por muy inteligente y culto que sea usted, no sabe nada de nada. Hay que ser una mujer mayor, como yo, para llegar a comprender tales misterios. Está muy claro: la tal Margot, como se hace llamar (aunque no creo que sea su verdadero nombre), debe de estar esperando un niño.

—¿Y usted piensa que Herr Norris…?

Fräulein Schroeder asintió vigorosamente con la cabeza.

—Está más claro que el agua.

—La verdad, no creo…

—Oh, sí, ríase usted, Herr Bradshaw. Pero ya verá usted como tengo razón. Después de todo, Herr Norris está en la flor de la vida. Y

yo he conocido caballeros que han formado una familia cuando ya tenían edad de ser abuelos. Y, además, ¿qué otra razón podría haber para que ella le escriba mensajes de esta clase?

—Francamente, no lo sé.

—¡Ahí tiene!—exclamó Fräulein Schroeder con un deje triunfante—. Usted no lo sabe. Y yo tampoco.

Cada mañana Fräulein Schroeder corría de un lado a otro del piso a toda velocidad, como una máquina de vapor. Y gritaba:

—¡Herr Norris, Herr Norris! ¡Su baño ya está listo! ¡Si no viene enseguida el calentador va a explotar!

—¡Válgame Dios!—exclamaba Arthur, en inglés—. Deje que busque primero mi peluca.

Le daba miedo entrar en el baño hasta que el grifo del agua estaba abierto y ya no había peligro de explosión. La que sí se apresuraba a entrar en el baño era la heroica Fräulein Schroeder. Se cubría la mano con una toalla, avanzaba hacia el calentador volviendo la cara y abría el grifo del agua caliente. Si el aparato estaba a punto de reventar, al principio el grifo sólo expulsaba nubes de vapor, en tanto el agua del interior hervía con un ruido parecido al de los truenos. Arthur, entretanto, asistía desde la puerta a los esfuerzos de Fräulein Schroeder entre muecas nerviosas y gruñidos, listo para emprender la huida y salvar la vida en cualquier instante.

Después del baño, llegaba el chico del barbero para afeitarlo y peinar la peluca. Arthur lo hacía venir a diario desde la barbería que había en la esquina de la calle.

—Ni en las praderas más salvajes de Asia—me dijo una vez—me afeité yo mismo si cabía la posibilidad de evitarlo. Rasurarse es una de esas labores sórdidas y fastidiosas que lo ponen a uno de mal humor para el resto del día.

Cuando el chico del barbero se iba, Arthur me llamaba.

—Entra, hijo, ya estoy presentable. Ven y charla conmigo mientras me empolvo la nariz.

Sentado frente a su tocador, envuelto en un delicado batín de color malva, Arthur me daba a conocer los múltiples secretos de su aseo diario. Resultaba sorprendente lo pesado que era al respecto. Hacía ya bastante tiempo que lo conocía, pero fue una revelación descubrir los complejos preparativos que hacía antes de cada una de sus apariciones públicas. Por ejemplo, a mí jamás se me habría ocurrido pensar que, tres veces por semana, invertía diez minutos en «aclararse» las cejas con unas pinzas («Aclarar, William, no depilar. Ésa es una acción afeminada que aborrezco»). Un rodillo masajeador le robaba otros quince minutos diarios de su valioso tiempo y, luego, también había que tener en cuenta la esmerada manipulación de sus mejillas con una

crema (siete u ocho minutos) y la aplicación moderada de polvos (tres o cuatro minutos más). Por supuesto, la pedicura era un extra, pero cada día solía pasar un rato frotándose los dedos de los pies con un ungüento para evitar las ampollas y los callos. Tampoco olvidaba jamás hacer gárgaras y lavarse la boca. («Dado que una persona como yo está cada día en contacto con miembros del proletariado, debo defenderme de los resueltos ataques de sus microbios»). Y todo esto por no hablar de los días en los que realmente se maquillaba la cara. («Esta mañana el tiempo era tan deprimente que sentí la necesidad de ponerme unos toques de color»). O la unción quincenal de manos y muñecas con loción depilatoria. («Prefiero no conservar este recordatorio de nuestro estrecho parentesco con los grandes simios»).

Después de tan tediosos esfuerzos, no tenía nada de sorprendente que Arthur mostrara un saludable apetito a la hora de abordar el desayuno. Había entrenado con éxito a Fräulein Schroeder como excelente elaboradora de tostadas y, pasados los primeros días, consiguió también que el huevo duro no llegara mal hervido a la mesa nunca más. Tomaba mermelada casera que le preparaba una dama inglesa que vivía en Wilmersdorf y que le cobraba el doble de lo que valía la misma mermelada en el mercado. También tenía una cafetera especial que se había traído de París, y bebía una mezcla especial de cafés que tenían que enviarle directamente desde Hamburgo. Tal y como aseguraba Arthur: «De por sí son pequeñeces, pero algunas experiencias largas y dolorosas me han enseñado a apreciarlas más que la mayoría de lujos de la vida, tan sobrevalorados y publicitados».

Salía de casa a las diez y media y raras veces volvía a verlo hasta la noche. Yo estaba atareado dando mis clases. Después del almuerzo tenía por costumbre venir a casa y echarse en la cama durante una hora: «Me creas o no, William, en cuestión de minutos soy capaz de poner la mente totalmente en blanco. Por supuesto, es una cuestión de práctica. Sin mi siesta, no sería más que un amasijo de nervios».

Tres noches por semana venía Fräulein Anni y Arthur se concedía el gusto de dedicarse a sus singulares placeres. El ruido alcanzaba nítidamente la sala, donde Fräulein Schroeder solía coser.

—¡Ay, señor! ¡Ay, señor!—me dijo una vez—. Espero que Herr Norris no acabe por lastimarse. Con la edad que tiene, debería ser más cuidadoso.

Una tarde, más o menos una semana después de mi llegada, me encontré solo en el piso pues Fräulein Schroeder también había salido de casa. Sonó el timbre de la puerta. Era un telegrama para Arthur. Venía de París.

No pude resistir a la tentación. Para ponerme las cosas aún más fáciles, no habían cerrado bien el sobre del telegrama y se me abrió en

la mano. Leí: «Tengo mucha sed, espero que otra caldera hierva pronto. Los besos son para los chicos buenos. Margot».

Fui a mi habitación a buscar un tarro de cola y volví a cerrar el sobre con cuidado. Luego lo dejé encima de la mesa de Arthur y me fui al cine.

Aquella noche, durante la cena, era evidente que Arthur estaba deprimido. Es más, ni siquiera parecía tener apetito; tenía la mirada perdida y el gesto torcido.

—¿Qué pasa?—le pregunté.

—Nada especial, hijo. Es la situación en conjunto. El estado en el que se encuentra este mundo malvado. Un acceso de *Weltschmerz* [hastío], eso es todo.

—Anímate. Los derroteros del amor verdadero nunca resultan fáciles de transitar, ya lo sabes.

Pero Arthur no reaccionó en absoluto. Ni siquiera me preguntó a qué me refería. Hacia el final de la cena tuve que ir a la parte trasera del restaurante para hacer una llamada telefónica. A mi regreso vi que estaba absorto leyendo un papel. Se lo metió rápidamente en el bolsillo en cuanto me acerqué, pero no lo hizo a suficiente velocidad. Reconocí el telegrama.

10

Arthur me miró con unos ojos en los que brillaba una inocencia exagerada.

—Por cierto, William—habló en un tono cuidadosamente informal —, ¿por casualidad tienes algo que hacer el próximo jueves por la noche?

—No, que yo sepa.

—Estupendo. Entonces, ¿puedo invitarte a una pequeña reunión para cenar?

—Eso suena muy bien. ¿Quién más va a ir?

—Oh, será algo más bien privado. Sólo nosotros y el barón Von Pregnitz.

Arthur sacó el nombre a colación como quien no quiere la cosa.

—¡Kuno!—exclamé yo.

—Pareces muy sorprendido, William, por no decir disgustado. —Era la viva imagen de la candidez—. Siempre creí que él y tú hacíais muy buenas migas.

—Eso mismo pensaba yo, hasta la última vez que lo vi. Prácticamente me negó el saludo.

—Vamos, hijo. No te ofendas, pero creo que deben de haber sido imaginaciones tuyas, al menos en gran parte. Estoy seguro de que Kuno jamás haría algo semejante, no es en absoluto su estilo.

—¿No estarás insinuado que lo soñé, verdad?

—Ni por un instante he dudado de tu palabra, faltaría más. Pero si, como dices tú, fue un poco brusco contigo, pienso que se debió a sus muchas obligaciones. Probablemente ya sabrás que tiene un cargo importante en el nuevo Gobierno.

—Sí. Creo que leí algo en la prensa.

—Y, de todos modos, incluso si en esa ocasión que mencionas se comportó de modo un tanto raro, puedo asegurarte que su conducta venía dictada por un malentendido que de entonces a esta parte ya se ha aclarado.

Sonreí.

—Arthur. No es necesario que te muestres tan misterioso al

respecto. Conozco ya la mitad de la historia, así que bien podrías contarme la otra mitad. Creo que tu secretario tuvo algo que ver con ello, ¿no es cierto?

Arthur arrugó la nariz y adoptó una expresión ridículamente relamida.

—No le llames así, William, te lo ruego. Llámale tan sólo Schmidt. Aunque no me importa que se me recuerde mi asociación con él. Los insensatos que crían cuervos tienen que lamentarlo, tarde o temprano.

—De acuerdo. Schmidt, pues. Sigue contándome.

—Ya veo que, como de costumbre, estás mejor informado de lo que yo suponía. —Arthur suspiró—. Bueno, bueno… Si quieres que te cuente toda la verdad, la triste verdad, te la voy a contar, por muy doloroso que me resulte enfrentarme a ella. Como bien sabes, pasé las últimas semanas en Courbierestrasse preocupadísimo por mis finanzas.

—Lo sé, lo sé.

—Bien. Sin entrar en detalles demasiado sórdidos, que no tienen nada que ver con esta historia, te diré que me vi obligado a buscar dinero. Lancé anzuelos en todas direcciones, las obvias y las menos obvias. Y, como último y desesperado recurso, cuando las garras del lobo ya arañaban mi puerta, me tragué el orgullo…

—¿Y le pediste a Kuno que te prestara algo?

—Gracias, hijo. Con tu habitual consideración hacia mis sentimientos, me ayudas a contar la parte más dolorosa de la historia… En efecto, caí muy bajo. Violé uno de mis más sagrados principios: no pedir jamás dinero prestado a un amigo (pues debo decir que lo considero un amigo, un amigo entrañable). Así es…

—¿Y se negó? ¡Qué tacaño salvaje!

—No, William. No vayas tan deprisa. Te equivocas. No hay motivos para creer que habría rechazado mi petición. Más bien al contrario. Era la primera vez que le pedía un favor así. Pero Schmidt descubrió mis intenciones. Imagino que se dedicaba a abrir mi correspondencia. La cosa es que fue directo a Pregnitz y le aconsejó que no me prestara el dinero. Esgrimió toda clase de razones, la mayoría eran calumnias monstruosas. Pese a mi larga experiencia en lo que se refiere a la naturaleza humana, debo decir que jamás habría creído posible semejante traición, tanta ingratitud…

—¿Por qué lo hizo?

—Básicamente, creo que por puro despecho. Al menos, eso es lo que se deduce viendo cómo funciona su mente retorcida. Es indudable que esta vez la fiera creyó que se le iba a hurtar su parte de carnaza en el botín. Normalmente, era él mismo quien se ocupaba de gestionar estos préstamos y así podía sustraer un porcentaje sobre las cantidades, incluso antes de entregarme el dinero… Me humilla lo

indecible tener que contarte todo esto.

—Supongo que llevaba razón. Quiero decir, que esta vez no le ibas a dar nada, ¿no?

—Pues no. ¿Cómo iba a darle nada después de que se portara de forma tan canalla con el asunto de la alfombra del salón? ¿Te acuerdas de la alfombra?

—Claro que sí.

—El incidente de la alfombra significó, por decirlo de alguna manera, la declaración de guerra entre nosotros. Aun así, yo seguía dispuesto a satisfacer sus demandas de la manera más justa posible.

—Y a todas éstas, ¿qué dijo Kuno?

—Como es natural, se mostró muy disgustado e indignado. Y debo añadir que estuvo innecesariamente descortés conmigo. Me escribió una carta muy desagradable. Desde luego, mantenía el tono cordial, él siempre es muy educado. Pero era gélida. Muy gélida.

—Me sorprende que confiara más en la palabra de Schmidt que en la tuya.

—Sin duda Schmidt tenía medios suficientes para convencerlo. Como bien sabes en mi carrera existen ciertos incidentes susceptibles de ser malinterpretados.

—¿Y me mezcló también a mí en todo ello?

—Lamento decir que sí. Y lo que más me duele de todo este asunto es pensar que tu buen nombre se haya visto manchado como el mío.

—¿Qué es, exactamente, lo que Schmidt le dijo a Kuno sobre mí?

—No voy a entrar en demasiados detalles, pero parece ser que dijo que tú eras cómplice de mis infames crímenes.

—Vaya, que me condenó…

—No hace falta que te diga que nos retrató a ambos como bolcheviques y rojos furiosos.

—Me temo que eso me resulta más bien halagador.

—Bueno, desde luego, ése sería un modo de enfocarlo. Pero, por desgracia, el fervor revolucionario no es algo que nos favorezca a ojos del barón. Su opinión sobre las personas de izquierda es algo primitiva. Se imagina que vamos con los bolsillos llenos de bombas.

—Y, pese a todo esto, ¿está dispuesto a cenar con nosotros el próximo jueves?

—Ah, bueno. Me alegra poder decirte que ahora nuestra relación ha cambiado mucho. Lo he visto varias veces desde mi regreso a Berlín. Por supuesto, tuve que utilizar una buena dosis de diplomacia, pero creo que lo he convencido, más o menos, de lo absurda que era la acusación de Schmidt. Además, he tenido un golpe de suerte y me he visto en posición de hacerle un favor respecto a un asuntillo. Debo decir que Pregnitz es, en esencia, un hombre razonable. Siempre está

dispuesto a dejarse convencer.

Sonreí.

—Parece que te has tomado muchas molestias para resolver este asunto. Espero que merezca la pena.

—Una de mis características, William, y puedes llamarlo flaqueza si quieres, es que jamás he podido soportar la idea de perder a un amigo, siempre que pueda evitarse.

—Y la idea de que yo pierda a un amigo también te resulta insoportable, ¿no?

—Pues bien, así es. Debo decir que me sentiría muy infeliz si creyera ser la razón, aun indirecta, de una ruptura definitiva entre tú y Pregnitz. Y si por tu parte o por la suya existiera aún alguna duda o algún resentimiento, espero sinceramente que esta próxima reunión sirva para terminar con ellos.

—Te aseguro que en lo que a mí respecta no hay ningún problema.

—Me alegra mucho oírte decir eso, hijo. Estoy muy contento. Guardar rencor es de tontos. En esta vida uno se pierde muchas cosas buenas por culpa del orgullo equivocado.

—Por ejemplo, una gran cantidad de dinero.

—Sí…, eso también. —Arthur se agarró el mentón y adoptó una expresión pensativa—. Aunque yo hablaba desde un punto de vista espiritual más que material.

Su tono llevaba implícita una suave amonestación.

—Por cierto—le pregunté—, ¿a qué se dedica Schmidt ahora?

—Mi querido William—Arthur parecía dolido—, ¿cómo voy a saberlo?

—Se me ocurrió que quizá haya estado molestándote.

—Me escribió un buen número de cartas durante el primer mes que pasé en París llenas de absurdas amenazas y peticiones de dinero. Me limité a ignorarlas. Desde entonces, no he tenido más noticias.

—¿Nunca se ha presentado en casa de Fräulein Schroeder?

—No, gracias a Dios. Hasta el momento, no. Una de mis peores pesadillas es que, de alguna manera, descubra la dirección.

—Supongo que tarde o temprano lo hará.

—No digas eso, William. Por favor, no lo digas… Ya tengo bastantes preocupaciones. Sería la gota que colmaría el vaso de mi aflicción.

Al entrar en el restaurante el día de la cena, Arthur me dio las últimas instrucciones:

—Hijo mío, tendrás mucho cuidado, ¿verdad? No dejes escapar una sola referencia a Bayer o a nuestras convicciones políticas.

—¡Aún no estoy completamente loco!

—Por supuesto que no, William. Por favor, no pienses que he querido ofenderte al decirte esto. Pero incluso los más precavidos se traicionan de vez en cuando… Otro detallito: tal y como están las cosas, quizá será mejor que no te dirijas a Pregnitz por su nombre de pila. Más vale mantener cierta distancia. Resulta fácil malinterpretar esta clase de asuntos.

—No te preocupes. Estaré más tieso que un palo.

—No, hijo. Tieso, no, te lo ruego. Compórtate de modo relajado, perfectamente natural. Quizá con algo de formalidad, al menos al principio. Deja que lleve él la iniciativa. Aplica una reserva cortés, eso es todo.

—Si continuas hablándome de esta manera me vas a poner tan nervioso que seré incapaz de abrir la boca.

Cuando llegamos al restaurante descubrimos que Kuno se encontraba ya sentado a la mesa que Arthur había reservado. El cigarrillo que sostenía entre los dedos estaba casi consumido. Su rostro expresaba un aburrimiento elegante. Al verle, Arthur dio un respingo visiblemente horrorizado.

—Mi querido barón, perdóneme, por favor. Por nada del mundo hubiera querido que sucediera esto. ¿Le dije a la media? ¿Se lo dije? ¿Y lleva usted esperando un cuarto de hora? Me siento abrumado de vergüenza. De verdad, no encuentro palabras para disculparme.

La exageración de Arthur pareció poner al barón en una situación tan incómoda como la que el propio Arthur estaba viviendo. Esbozó un desagradable gesto con su refinada mano y murmuró algo que no alcancé a oír.

—… Qué vergüenza. Simplemente, no concibo como he podido ser tan bobo….

Nos sentamos. Arthur seguía hablando, sus disculpas se enlazaban como las variaciones de un tema musical. Echó la culpa a su memoria y recordó otras veces en las que le había fallado («Me recuerda a una ocasión, de lo más desafortunada, en la que estando en Washington me olvidé por completo de asistir a un importante evento diplomático que tenía lugar en casa del embajador español»). Luego atribuyó el fallo a su reloj. En los últimos tiempos, nos informó, se le adelantaba («En estas épocas del año tengo por costumbre mandarlo a los relojeros de Zúrich para que me lo reajusten»). También le aseguró al barón, al menos cinco veces, que yo no tenía ninguna responsabilidad en el error. Yo quería que se me tragara la tierra. Me di cuenta de que Arthur estaba nervioso y no sabía cómo comportarse; las variaciones fluctuaban y amenazaban con convertirse en notas discordantes en cualquier momento. Raras veces lo había visto tan locuaz, y nunca tan

tedioso. Kuno se había replegado tras el monóculo. Su rostro era tan discreto como la carta del restaurante, e igualmente indescifrable.

Para cuando llegamos a la mitad del plato de pescado, Arthur había agotado las palabras. Siguió entonces un silencio que aun resultó más incómodo que su parloteo. Estábamos sentados alrededor de la elegante mesita, igual que tres personas absortas en un complejo problema de ajedrez. Arthur se manoseaba el mentón y lanzaba miradas furtivas y desesperadas en mi dirección. Buscaba ayuda, pero yo no tenía ganas de acudir a su rescate. Estaba resentido y de mal humor. Había aceptado asistir a aquella cena asumiendo que Arthur ya había recompuesto más o menos las cosas con Kuno, o que, al menos, el camino para una reconciliación general ya estaba bien allanado. Pero la realidad lo desmentía. Kuno seguía desconfiando de Arthur y no era de extrañar a la vista de su comportamiento. Percibí que, de vez en cuando, me miraba con expresión inquisitiva, pero seguí comiendo, sin mirar a derecha o a izquierda.

—El señor Bradshaw acaba de regresar de Inglaterra.

Fue como si Arthur me diera un violento empujón y me colocara en medio del escenario. Su tono de voz era implorante, me pedía que desempeñara mi papel. Ahora ambos me miraban. Kuno mostraba un interés cauto, Arthur su abierta desdicha. Cada uno a su manera, resultaban tan cómicos que no pude evitar sonreír.

—Así es—dije yo—, a principios de mes.

—Discúlpeme, ¿estuvo usted en Londres?

—Durante parte de mi estancia, sí.

—¿De veras?—Los ojos de Kuno se iluminaron con un brillo de ternura—. ¿Puedo preguntarle cómo van las cosas por allí?

—En el mes de septiembre hizo muy buen tiempo.

—¿Ah, sí?

Una sonrisa sutil y sospechosa recorrió su rostro. Parecía estar saboreando recuerdos deliciosos. Una luz soñadora relució en el monóculo. Su distinguido y reservado semblante se volvió pensativo, sentimental y triste.

—Siempre afirmaré—intervino el incorregible Arthur—que Londres tiene un encanto especial, muy suyo, en el mes de septiembre. Recuerdo un otoño excepcionalmente bello, el de 1905. Por las mañanas, antes del desayuno, solía pasear hasta el puente de Waterloo y desde allí admiraba la catedral de San Pablo. Por aquel entonces yo tenía una suite en el hotel Savoy…

Kuno hizo como si no lo hubiera oído.

—Discúlpeme, ¿y cómo sigue la Guardia Real?

—Pues no se ha movido de su sitio.

—¿De veras? Me alegra mucho saberlo. Mucho…

Yo sonreí abiertamente. Kuno también, aunque con una mueca sutil y sospechosa con sus labios. Arthur lanzó una sorprendente y disimulada risita áspera y de inmediato se llevó la mano a la boca para sofocarla. Entonces Kuno echó su cabeza hacia atrás y se puso a reír sonoramente:

—¡Ja, ja, ja!

Nunca le había visto reírse de veras. Su risotada era una auténtica curiosidad, una reliquia de familia, herencia de las mesas y banquetes del siglo pasado. Se trataba de una risa aristocrática, viril y artificial, algo que hoy se da muy raramente, excepto en su legítimo escenario, el teatro. Él mismo pareció un poco avergonzado al respecto, pues se recobró y añadió en tono de disculpa:

—Disculpe, pero es que me acuerdo muy bien de los guardias.

—Y esto me recuerda—Arthur se inclinó encima de la mesa, y su voz adquirió un tono picarón—una historia que solía correr por ahí sobre cierto noble del reino… vamos a llamarle lord X. Puedo garantizar su veracidad pues una vez me encontré con él en El Cairo, un hombre de lo más excéntrico…

No cabía ninguna duda de que la reunión se había salvado y empecé a respirar aliviado. Kuno se fue relajando por etapas imperceptibles, su expresión pasó de la desconfianza respetuosa a una franca jovialidad. Arthur recuperó su brío, y se comportó de forma traviesa y graciosa. Bebimos gran cantidad de coñac y tres botellas enteras de Pommard. Yo conté una historia muy idiota sobre dos escoceses que habían ido a una sinagoga. Bajo la mesa, Kuno empezó a darme golpecitos con el pie. El tiempo pasó a una velocidad absurda, miré el reloj y vi que eran las once.

—¡Santo cielo!—exclamó Arthur—. Tendréis que disculparme, debo salir volando. Un pequeño compromiso…

Contemplé a Arthur con expresión inquisidora. No tenía idea de que organizara citas a semejantes horas de la noche y, además, sabía que aquélla no era una de las noches de Anni. Pero a Kuno su partida no pareció molestarle en absoluto. Se comportó con gran amabilidad.

—Mi querido amigo, no te preocupes Lo entendemos perfectamente. —Bajo la mesa, me pisó el pie.

—Mire—le dije una vez que Arthur se hubo marchado—, yo también debería regresar a casa.

—No me diga…

—Pues sí, debo irme—le respondí yo con firmeza. Sonreí y aparté mi pie del suyo; me estaba pisando un callo.

—¿Sabe? Me encantaría mostrarle mi piso nuevo. Con el coche sólo tardaríamos diez minutos en llegar.

—Me encantaría verlo, a lo mejor otro día.

Sonrió débilmente.

—Entonces, quizá pueda llevarle hasta su casa en mi coche.

—Se lo agradezco mucho.

El chófer, que era extraordinariamente guapo, nos saludó con insolencia, y luego nos invitó a entrar en las profundidades de la enorme limusina negra. Mientras nos deslizábamos por la Kurfürstendamm, Kuno me cogió de la mano bajo la manta de piel que nos cubría las rodillas.

—¿Aún está usted enfadado conmigo?—murmuró en tono de reproche.

—¿Por qué debería estarlo?

—Oh, sí. Perdone, pero sigue estando enfadado.

—De verdad, no lo estoy.

Kuno me dio un leve apretoncito en la mano.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante. Pregunte.

—No quisiera parecerle demasiado indiscreto. Pero ¿cree usted en la amistad platónica?

—Me parece que sí—le contesté en tono precavido.

La respuesta pareció satisfacerlo. Su tono de voz se hizo más confidencial:

—¿Está usted seguro de que no quiere subir a ver mi piso, aunque sólo sean cinco minutos?

—Esta noche, no.

—¿Seguro que no?—Me apretó la mano.

—Sí, sí, seguro.

—Entonces, ¿quizá otra noche?—Otro apretoncito.

Me eché a reír:

—Creo que sería mejor verlo a la luz del día, ¿no le parece?

Kuno suspiró con suavidad, pero abandonó el tema. Poco después, la limusina se detuvo frente a la puerta de mi casa. Eché un vistazo a las ventanas de la habitación de Arthur y vi que había luz. Sin embargo, no se lo comenté a Kuno.

—Bien, buenas noches, y gracias por haberme traído hasta aquí.

—No hay de qué, por favor.

Señalé al conductor con la cabeza:

—¿Le digo que lo lleve a casa?

—No, gracias—Kuno habló en un tono de voz bastante triste, pero intentó esbozar una sonrisa—. Me temo que no, todavía no.

Se echó hacia atrás hundiéndose en los cojines del asiento, con la sonrisa aún congelada en el rostro. El coche se alejó y su monóculo

atrapó el fantasmagórico y reluciente brillo de un farol.

Cuando entré en casa, Arthur apareció en la puerta de su dormitorio. Iba en mangas de camisa y parecía estar bastante alterado.

—¿Ya estás de vuelta, William?

Sonreí sin disimulo.

—¿Acaso no te alegras de verme, Arthur?

—Pues claro que me alegro, hijo. Vaya pregunta. Sólo que no esperaba verte regresar tan temprano. Eso es todo.

—Ya sé que no lo esperabas. Tu cita tampoco parece haberte retenido mucho tiempo.

—Eh, bueno, al final se anuló. —Arthur bostezó. Tenía demasiado sueño para inventar mentiras.

Me eché a reír.

—Sé que lo hiciste con las mejores intenciones. No te preocupes, Kuno y yo nos separamos con mucha cordialidad.

Se animó al instante.

—¿De veras?, no sabes cuánto me alegro. Por un momento me temí que hubiera habido algún contratiempo. Ahora ya me puedo ir a la cama con la conciencia tranquila. Una vez más, William, debo darte las gracias por tu inapreciable apoyo.

—Siempre a tu disposición—le contesté—. Buenas noches.

11

Llegó la primera semana de noviembre y se declaró una huelga de transportes. El tiempo era horrible y pegajoso. Todo lo que estaba al aire libre aparecía cubierto de una grasienta capa de suciedad. Funcionaban unos cuantos tranvías, que viajaban con policías apostados en el frente y en la parte trasera. Algunos sufrieron el ataque de los piquetes; destrozaron las ventanas e hicieron salir a los pasajeros a la fuerza. Las calles estaban desiertas, húmedas, desangeladas y grises. Se esperaba que el gobierno de Von Papen proclamara la ley marcial. Berlín ni se inmutaba. Decretos, tiroteos, arrestos, nada nuevo. Helen apostó por Schleicher: «Es el más astuto de toda la pandilla—me dijo—. Mira, Bill, te apuesto cinco marcos a que llega al poder antes de Navidad. ¿Te animas a apostar?». Decliné la oferta.

Las negociaciones de Hitler con la derecha habían fracasado. La *Hakenkreuz* [cruz gamada] incluso flirteaba discretamente con la hoz y el martillo. Ya se habían producido conversaciones telefónicas entre ambos bandos, según me contó Arthur. Las fuerzas de asalto nazis se sumaron a las multitudes comunistas que abucheaban y apedreaban a los esquiroles. Entretanto, los carteles de propaganda nazis pegados en las columnas publicitarias, empapadas de agua, representaban al Partido Comunista Alemán como a un espantajo: un esqueleto vestido con el uniforme del Ejército Rojo. Pocos días después iban a tener lugar las elecciones, serían las cuartas de aquel año. A los mítines políticos no les faltaba público; resultaba más barato asistir a esos eventos que ir al cine o emborracharse. Los ancianos se quedaban en sus casas húmedas y destartaladas, bebiendo café de malta y té desleído mientras hablaban sin entusiasmo de los disturbios.

El 7 de noviembre se dieron a conocer los resultados de las elecciones. Los nazis habían perdido dos millones de votos. Los comunistas habían ganado once escaños. En la ciudad de Berlín habían ganado por una mayoría de cien mil votos.

—Ya ve—le dije yo a Fräulein Schroeder—, todo esto ha sucedido gracias a usted.

La habíamos convencido para que bajara a la calle y fuera a votar

a la tienda de cerveza que había en la esquina. Era la primera vez en su vida que votaba, y ahora se mostraba tan complacida como si hubiera votado al partido ganador.

—¡Herr Norris! ¡Herr Norris! Fíjese. ¡Hice lo que me dijo y resulta que todo ha sucedido tal y como usted predijo! Nunca había visto a la mujer del portero tan disgustada. Ella siempre se las daba de bien informada, todos estos años ha estado pendiente de las elecciones y me aseguraba que esta vez los nazis iban a ganar más de un millón de votos. He podido reírme a gusto de ella, se lo prometo. «¡Ajá, Frau Schneider! Como puede ver, ¡usted no es la única que sabe algo de política!», le he dicho.

Aquella mañana, Arthur y yo nos acercamos a las oficinas de Bayer en Wilhelmstrasse. Tal y como dijo Arthur, fuimos «para saborear un poco los frutos de la victoria». Varios centenares de personas habían tenido la misma idea. Había tal cantidad de gente subiendo y bajando las escaleras que tuvimos serias dificultades incluso para entrar en el edificio. Los ánimos estaban exaltados y el humor general era magnífico. Se gritaban los unos a los otros, se saludaban con entusiasmo, silbaban, cantaban. Cuando batallábamos para abrirnos paso en dirección al piso superior nos topamos con Otto, que bajaba. Estaba tan excitado que casi me arrancó la mano al saludarme.

—*Mensch*! ¡Willi! *Jetzt geht's los*! [¡Vamos allá!] ¡Que nos vengan a hablar ahora de ilegalizar el Partido! Si lo hacen, ¡les plantaremos cara! Los viejos nazis están acabados, de eso no hay ninguna duda. ¡Dentro de seis meses a Hitler no le quedará una sola de sus fuerzas de asalto!

Lo acompañaban media docena de amigos. Todos me estrecharon la mano con la calidez de quien acaba de reencontrar a un hermano largo tiempo desaparecido. Entretanto, Otto se lanzó sobre Arthur con el vigor de un oso joven.

—¡Vaya!, Arthur, viejo truhán, ¿también tú has venido? ¿No es maravilloso? ¡Estoy tan contento que podría pasarme toda la semana abrazándote!

Bayer le lanzó un gancho en las costillas, Arthur se retorció de dolor y varias de las personas que nos rodeaban rieron con amabilidad y simpatía.

—¡El viejo y querido Arthur!—exclamó uno de los amigos de Otto con voz sonora. El nombre se oyó con claridad. Alguien lo repitió y comenzó a pasar de boca en boca: «Arthur… ¿quién es Arthur? ¿Cómo?». «¡Hombre!, ¿no sabes quién es Arthur?».

Pues no, no lo sabían. Pero tampoco les importaba. Era un nombre; un foco de atención capaz de concentrar el entusiasmo de todos aquellos jóvenes excitados y cumplió con el objetivo. «¡Arthur!, ¡Arthur!», empezó a oírse por todas partes. La gente lo gritaba por

encima de nuestras cabezas, y abajo, en el vestíbulo del edificio. «¡Arthur está aquí!», «¡Viva Arthur!», «¡Queremos a Arthur!». En cuestión de segundos se había levantado una tempestad de voces. Era un grito poderoso y alegre, exuberante, medio en broma, que brotó espontáneamente de un centenar de gargantas. Y luego siguió otro, y otro. La vieja y destartalada escalera crujió y tembló, y una pequeña lámina de yeso se desprendió del techo. En aquel espacio cerrado la reverberación resultaba tremenda, y a las multitudes les emocionó descubrir el ruido que eran capaces de producir. Entonces se dio un poderoso movimiento general incontenible en dirección al invisible objeto de su admiración. Una marejada de admiradores se abrió paso escaleras arriba y, por el camino, colisionó con otra marejada que descendía, en cascada, desde el piso de arriba. Todo el mundo quería tocar a Arthur. Una lluvia de manos quería palmear sus hombros hundidos. Trataron de izarlo con un movimiento mal sincronizado que casi lo lanzó de cabeza por encima de la barandilla de la escalera. El sombrero que llevaba cayó. Me las compuse para salvarlo y pensé que pronto me vería también obligado a rescatar su peluca. Arthur jadeaba en busca de aire, pero aun así trató de mostrarse a la altura de la situación. Se las ingenió para articular un «Gracias. Son muy amables… verdaderamente, no merezco semejante…, ¡oh, Dios mío!, ¡válgame el Señor!».

Podría haber sufrido daños de consideración de no haber sido por Otto y sus amigos, que abrieron paso a la fuerza para que pudiera alcanzar la parte alta de la escalera. Avanzamos con dificultad siguiendo la estela de sus cuerpos poderosos y descarados. Arthur se aferró a mi brazo, entre asustado y complacido: «Imagínate que llegan a conocerme, William!», jadeó en mi oído.

Pero la multitud aún no había acabado con él. Habíamos llegado ya hasta la puerta del despacho y nos encontrábamos en una posición elevada desde la que toda la multitud apiñada y bloqueada en las escaleras por debajo de nosotros podía vernos. Un rugido de alegría hizo temblar de nuevo el edificio cuando Arthur se hizo visible. «¡Que hable!», aulló alguien. Y el grito encontró eco: «¡Que hable!, ¡que hable!, ¡que hable!». Los que estaban en las escaleras empezaron a gritar y a golpear el suelo a intervalos rítmicos. El ruido que hacían sus botas era formidable, como las pisadas de un gigante. Si Arthur no hacía algo, podía muy bien suceder que la escalera entera se viniera abajo.

En ese momento crítico se abrió la puerta del despacho y apareció el propio Bayer para ver qué era todo aquel estrépito. Sus ojos sonrientes se pasearon por la escena con la divertida expresión que adoptaría un director de escuela tolerante. El alboroto no lo desconcertó en lo más mínimo; estaba acostumbrado a esta clase de

cosas. Sonrió y estrechó la mano de Arthur, que se sentía incómodo además de asustado. Luego le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro. «¡Ludwig!», rugieron los espectadores. «¡Ludwig! ¡Arthur!, ¡Que hablen!». Bayer se rio y, con buen humor, les dedicó un gesto que era a la vez saludo y denegación de su demanda. Luego se dio la vuelta y nos escoltó, a Arthur y a mí, hacia el interior del despacho. Poco a poco, el ruido de afuera fue amainando hasta quedar reducido a canciones y bromas lanzadas a gritos. En la oficina las mecanógrafas se las apañaban lo mejor que podían para seguir haciendo su trabajo en medio de grupos de hombres y mujeres que discutían con entusiasmo. Las paredes estaban forradas con nuevos carteles en los que se mostraban los resultados electorales. Nos abrimos camino hasta llegar a la pequeña habitación de Bayer. Arthur se hundió de inmediato en una butaca, había recuperado ya su sombrero y empezó a abanicarse.

—Bueno, bueno… ¡Válgame Dios! Siento como si me arrastraran, por así decirlo, los remolinos de la historia. Estoy absolutamente abrumado. Sin lugar a dudas, hoy es un día memorable para la causa.

Los ojos de Bayer lo miraron con un interés vívido y vagamente divertido.

—Está sorprendido, ¿verdad?

—Bueno…, eh…, debo admitir que ni en el mejor de mis sueños habría imaginado una victoria tan…, ejem…, decisiva.

Bayer asintió, alentador.

—Es buena cosa, sí. Pero creo que no sería sensato exagerar la importancia de este éxito. Hay varios factores que han contribuido a él. Es… ¿cómo lo llaman ustedes?… sintómico.

—Sintomático—corrigió Arthur, con una leve tosecilla.

Sus ojos azules tenían una expresión inquieta y recorrían el batiburrillo de papeles que había sobre el escritorio de Bayer. Éste le dedicó una sonrisa esplendorosa.

—Ah, sí, claro. Sintomático. Es un síntoma de la etapa que estamos atravesando en la actualidad. Aún no estamos preparados para cruzar la Wilhelmstrasse. —Levantó la mano e hizo un gesto cómico, apuntando en dirección al Ministerio de Asuntos Exteriores y a la residencia de Hindenburg a través del cristal de la ventana—. No, aún no.

—¿Cree usted—le pregunté yo—que esto significa el fin de los nazis?

Sacudió la cabeza con determinación.

—Por desgracia, no. No debemos ser tan optimistas. Para ellos es tan sólo un golpe de carácter temporal. Tenga usted en cuenta, señor Bradshaw, que la situación económica juega a su favor. Creo que aún

vamos a oír hablar mucho de nuestros amigos.

—Por favor, no diga cosas tan desagradables—murmuró Arthur, jugueteando nerviosamente con su sombrero. Continuaba explorando el escritorio con ojos furtivos. La mirada de Bayer interceptó su trayectoria.

—Así que no le agradan los nazis, ¿verdad, Norris?

El tono de su voz rebosaba buen humor. Como si en aquel preciso instante Arthur le pareciera alguien extremadamente cómico. Yo estaba desconcertado, no alcanzaba a comprender la razón de aquel tono. Se dirigió entonces hacia la mesa y, como quien no quiere la cosa, cogió varios papeles.

—¡Por supuesto que no!—protestó Arthur escandalizado—. ¿Cómo puede hacerme semejante pregunta? Naturalmente que me desagradan. Son criaturas odiosas…

—¡Ah, pues no deberían desagradarle!

Bayer se sacó una llave del bolsillo con mucha parsimonia. Luego abrió un cajón del escritorio y extrajo un paquete bien precintado. Sus ojos de color castaño brillaban pícaramente.

—El suyo es un punto de vista equivocado. Los nazis de hoy pueden ser los comunistas de mañana. Cuando descubran adónde los ha llevado el programa de sus líderes, no resultará tan difícil convencerlos. Ya quisiera yo poder vencer a toda la oposición de esta manera. Hay otros que no estarán tan dispuestos a atender argumentos de este tipo.

Sonriente, dio la vuelta al paquete que llevaba en las manos. Los ojos de Arthur estaban clavados en él, como si aquel paquete ejerciera una fascinación involuntaria en él. Y Bayer parecía divertirse ejerciendo sus poderes hipnóticos. A todas luces, Arthur se sentía sumamente incómodo.

—Ejem… sí. Claro…, quizá tenga usted razón…

Se hizo un extraño silencio. Bayer sonreía para sí. Era una sonrisa sutil, tan sólo esbozada con la comisura de los labios. Yo nunca lo había visto así. De pronto, pareció darse cuenta de que sostenía algo en las manos.

—Pero, por supuesto, mi querido Norris… Aquí están los documentos que prometí enseñarle. ¿Sería usted tan amable de devolvérmelos mañana por la mañana? Ya sabe que tenemos que enviarlos lo más pronto posible.

—Por supuesto, claro que sí…—Arthur prácticamente se lanzó a coger el paquete. Se comportaba como un perro al que se le da a guardar algún objeto y a cambio recibe un azucarillo de regalo—. Los trataré con sumo cuidado, se lo aseguro.

Bayer sonrió, pero no dijo nada.

Unos minutos después nos escoltó con afabilidad, haciéndonos salir del edificio por la escalera trasera que daba al patio. De este modo Arthur pudo evitar otro encuentro con sus admiradores.

Mientras caminábamos calle abajo, él parecía pensativo y algo triste. Suspiró dos veces.

—¿Estás cansado?—le pregunté.

—Cansado, no, hijo. No…, simplemente me estaba dejando llevar por mi vicio favorito: filosofar. Cuando llegues a mi edad te darás cuenta, cada vez con más claridad, de lo extraña y compleja que es la vida. Por ejemplo, fíjate en lo que ha sucedido esta mañana. El sencillo entusiasmo de todos esos jóvenes me ha conmovido muy profundamente. En ocasiones como éstas, uno se siente indigno. Supongo que existen individuos a los que no les atormenta la conciencia. Pero yo no soy uno de ellos.

Lo más raro de aquel insólito exabrupto es que era sincero. Resultaba obvio que Arthur sentía lo que decía. Aquello era el genuino fragmento de una confesión, pero no conseguí adivinar de qué iba.

—Sí—probé a animarlo a hablar—. Yo mismo siento algo similar a veces.

Arthur no contestó. Se limitó a suspirar por tercera vez. Una sombra de ansiedad cruzó por su rostro. Se palpó rápidamente el bulto del bolsillo en el que llevaba los papeles que Bayer le había entregado. Aún estaban allí. Respiró aliviado.

El mes de noviembre transcurrió sin que sucediera gran cosa. Tuve otra vez muchos alumnos y me mantuve ocupado. Bayer me pasó dos textos largos para que se los tradujera.

Corrían rumores de que el Partido Comunista de Alemania iba a ser ilegalizado pronto, en pocas semanas. Otto recibió la noticia con desdén. «El gobierno jamás se atrevería a hacer algo semejante», dijo. El Partido lucharía. Todos los miembros de su célula tenían revólveres. Para que la policía no pudiera encontrarlos, me explicó, los escondían colgados de unas cuerdas en los barrotes de la trampilla del sótano de su *Lokal*. Durante aquellos días la policía estuvo muy activa. Se decía que Berlín necesitaba una buena limpieza. En casa de Olga se habían presentado, varias veces, hombres vestidos de civil. Llegaban siempre de forma inesperada, pero hasta el momento no habían conseguido hallar nada. Olga se estaba comportando con mucha prudencia.

Cenamos con Kuno varias veces y también fuimos a su casa a tomar el té. A ratos se mostraba sentimental y a ratos preocupado. Con toda probabilidad, las intrigas en el Gobierno le procuraban sus buenos quebraderos de cabeza. Y echaba de menos la libertad de la

que había gozado en su anterior existencia bohemia. Sus responsabilidades públicas actuales le impedían gozar de la compañía de aquellos jóvenes que conocí en su mansión de Mecklenburg. El único consuelo que le quedaba eran sus fotografías. Las había reunido todas en un álbum suntuoso que guardaba bajo llave en el interior de un armario oscuro. Un día que estábamos solos me lo mostró.

—¿Sabe?, a veces, por las noches, me gusta mirarlas. Y entonces me invento una historia. En ella estamos todos viviendo juntos en una isla desierta del océano Pacífico. Perdone, espero que todo esto no le resulte demasiado tonto.

—En absoluto—le aseguré.

—Lo sabía. Sabía que usted me entendería.

Animado por mi actitud, siguió haciéndome confidencias, aunque siempre con timidez. La isla desierta no era una fantasía nueva. Hacía meses que la albergaba y, poco a poco, se había convertido en un objeto de culto. Influenciado por esta ensoñación, había adquirido una pequeña biblioteca de historias para jóvenes, la mayoría en inglés, que trataban sobre esa clase de aventuras. Le había dicho a su librero que quería los libros para un sobrino que vivía en Londres. Pero la mayoría no le habían convencido. En ellos aparecían adultos, tesoros enterrados o maravillosas invenciones científicas. Nada de eso le gustaba. Sólo una de las historias le había complacido de verdad. Se llamaba *Los siete que se perdieron*.

—A mi modo de ver, es la obra de un genio—Kuno habló con vivacidad. Sus ojos brillaban de entusiasmo—. Mire. Me haría usted muy feliz si lo leyera.

Me llevé el libro a casa. Desde luego, no estaba nada mal dentro de su género. Siete muchachos, de edades que variaban entre los dieciséis y los diecinueve años, naufragaban y llegaban a una isla desierta en la que había agua dulce y mucha vegetación. No tenían comida y la única herramienta de la que disponían era una navaja rota. El libro era un plagio más que evidente de *El Robinson suizo*. Relataba el día a día de los muchachos: cazaban, pescaban, construían una cabaña, y finalmente eran rescatados. Me lo leí de una sentada y a la mañana siguiente se lo devolví a Kuno. Quedó encantado con mis elogios.

—¿Recuerda a Jack?

—¿El que es tan bueno pescando? Sí.

—Entonces, dígame, ¿no es igualito a Günther?

Yo no tenía la menor idea de quién era Günther, pero sospeché, acertadamente, que debía de ser uno de los invitados a la fiesta de Mecklenburg.

—Pues sí, se le parece bastante.

—Ah, me alegro mucho de que usted también lo vea así. ¿Y qué

me dice de Tony?

—¿El maravilloso escalador?

Kuno asintió con entusiasmo:

—¿No le recuerda a Heinz?

—Sí, claro, no lo había pensado.

Y, de este modo, fuimos pasando revista a los otros personajes: Teddy, Bob, Rex, Dick, y Kuno encontró el equivalente para cada uno de ellos. Me alegré de haber leído el libro y poder así someterme a este extraño examen y superarlo con éxito. Al final de la lista llegó Jimmy, el héroe, el campeón de natación, el muchacho que siempre dirigía a los demás cuando se daba alguna situación de emergencia, y el que tenía ideas geniales para resolver cualquier dificultad.

—Quizá no lo haya reconocido.

El tono de voz de Kuno era peculiar, ridículamente modesto. Me di cuenta de que debía andarme con ojo para no dar una respuesta equivocada. Pero ¿qué le iba a decir?

—Tengo una ligera idea al respecto…—aventuré.

—¿De veras?—Kuno se había sonrojado de modo obvio.

Asentí y sonreí. Intenté parecer inteligente, esperando que entretanto él me diera alguna pista.

—En efecto, soy yo mismo—Kuno habló con la simplicidad de quien está plenamente convencido de algo—. Cuando era joven, desde luego. Pero exactamente el mismo… Este escritor es un genio. Dice cosas de mí que nadie más puede saber. Yo soy Jimmy, Jimmy y yo somos una misma persona. Es maravilloso.

—Sí que es extraordinario—asentí.

Después de esto, tuvimos varias charlas sobre la isla. Kuno me contaba con todo detalle cómo la imaginaba y se extendía describiendo el aspecto físico y las características de sus varios compañeros imaginarios. Desde luego, tenía una imaginación muy viva. Me habría gustado que el autor de *Los siete que se perdieron* hubiera estado allí para escucharle. Se habría quedado atónito al contemplar el exótico fruto de sus poco ambiciosos esfuerzos literarios. Deduje que yo era la única persona a la que Kuno había confiado ese asunto. Me sentí incómodo, tan incómodo como una persona a la que se la obligara a hacerse miembro de una sociedad secreta. Cuando estábamos con Arthur, Kuno no hacía ningún esfuerzo por disimular los deseos que tenía de librarse de él y quedarse a solas conmigo. Por supuesto, Arthur se dio cuenta y, en nuestras conversaciones privadas, me irritaba con su interpretación más que obvia del tema. Aun así, no tuve corazón para traicionar el pequeño e irrisorio secreto de Kuno.

—Vamos a ver—le dije una vez—, ¿y por qué no lo hace usted?

—¿Disculpe?

—¿Por qué no se muda usted al Pacífico y busca una isla como la que hay en el libro y vive allí? Otros lo han hecho antes. No hay razón alguna para que no pueda usted también.

Kuno negó con la cabeza tristemente.

—Perdone, pero no. Es imposible.

Su tono de voz era tan definitivo y triste que me callé. Y ya nunca más volví a hacerle semejante sugerencia.

A medida que pasaban los días, Arthur estaba cada vez más deprimido. Pronto me di cuenta de que manejaba menos dinero que antes. No es que se quejara. Todo lo contrario, se había vuelto muy misterioso con sus problemas. Ahorraba del modo menos llamativo posible. Dejó de tomar taxis argumentando que el autobús era igual de rápido, evitaba los restaurantes caros porque, tal y como él decía, la comida pesada no le sentaba bien. También las visitas a Anni se volvieron menos frecuentes. Arthur había tomado por costumbre acostarse temprano. Durante el día, estaba fuera de casa más que nunca. Descubrí que pasaba gran parte del tiempo en la oficina de Bayer.

No tardó en llegar otro telegrama procedente de París. No me costó convencer a Fräulein Schroeder de que abriéramos el sobre con vapor antes de que Arthur regresara a casa para la siesta. La curiosidad de Fräulein Schroeder era tan desvergonzada como la mía. Con las cabezas pegadas, leímos: «El té que enviaste definitivamente malo no puedo entender por qué creo que tienes otra chica nada de besos. MARGOT».

—¡Ya ve!—exclamó Fräulein Schroeder, a la vez encantada y horrorizada—, ha intentado librarse de él.

—Qué demonios…

—Vamos, Herr Bradshaw—en su impaciencia me dio un pequeño bofetón en la mano—, ¿cómo puede ser usted tan obtuso? Habla del niño, por supuesto. Debe de haberle mandado alguna clase de producto… ¡Oh, estos hombres! Si me lo hubiera dicho a mí, yo habría podido explicarle qué hacer, es un remedio que nunca falla.

—Por el amor de Dios, Fräulein Schroeder, no le diga nada de todo esto a Herr Norris.

—No, Herr Bradshaw, ¡confíe en mí!

No obstante, pienso que su modo de actuar levantó las sospechas de Arthur. Debió de adivinar lo que habíamos hecho porque, después de aquello, los telegramas de Francia dejaron de llegar. Supongo que decidió ser prudente y se encargó de que los entregaran en alguna otra dirección.

Y entonces una noche de primeros de diciembre, cuando Arthur no estaba en casa y Fräulein Schroeder estaba tomando un baño, sonó el timbre. Fui a abrir yo mismo. Y allí, de pie en el umbral, estaba Schmidt.

—Buenas noches, señor Bradshaw.

Estaba mugriento y desgreñado. Su grasienta cara de pan estaba pálida como la de un enfermo. Al principio, lo creí borracho.

—¿Qué quieres?—le pregunté.

Schmidt sonrió de forma desagradable.

—Quiero ver a Norris. —Debió de leerme la mente porque enseguida añadió—: No hace falta que me mienta, porque sé que ahora está viviendo aquí.

—Bien, en cualquier caso no puedes verlo ahora. Ha salido.

—¿Está usted seguro de que ha salido?—Schmidt sonrió y me miró con los ojos entrecerrados.

—Por supuesto. Si no no te lo habría dicho.

—Claro… ya veo.

Nos miramos el uno al otro durante varios segundos, los dos sonriendo con desagrado. Estuve tentado de darle con la puerta en las narices.

—El señor Norris haría bien en recibirme—dijo Schmidt después de unos instantes de silencio. Su tono de voz era brusco y despreocupado, como si fuera la primera vez que mencionaba el tema. Del modo más discreto posible, apoyé un costado del pie contra la puerta, por si repentinamente se ponía violento.

—Creo—le dije con suavidad—que eso lo sabrá el señor Norris.

—¿No piensa decirle que estoy aquí?—Los ojos de Schmidt descendieron hasta mi pie y rio con descaro. Hablábamos en un tono tan afable que cualquiera que subiese por la escalera nos habría tomado por dos vecinos charlando de forma amistosa.

—Ya te he dicho que el señor Norris no está casa. ¿No entiendes el alemán?

La sonrisa de Schmidt resultaba extraordinariamente insultante. Sus ojos entornados me miraban con expresión divertida, con evidente desaprobación, algo así como si yo fuera una imagen mal dibujada. Habló con lentitud, utilizando un tono de rebuscada paciencia.

—¿Sería mucho pedirle que le diese un mensaje de mi parte al señor Norris?

—Se lo daré.

—Sea usted tan amable de decirle al señor Norris que esperaré otros tres días, pero no más. ¿Lo ha entendido? Si no tengo noticias suyas a finales de esta semana, haré lo que le dije en mi carta. El ya

sabrá a qué me refiero. Quizá crea que no me atreveré. Bien, en ese caso, muy pronto descubrirá que estaba equivocado. No quiero problemas, a menos que él se los busque. Pero yo también tengo que vivir… Tengo que mirar por mis intereses igual que él mira por los suyos. Estoy decidido a que se respeten mis derechos. Y anda muy errado si cree que puede dejarme tirado en la cuneta…

En aquel momento, todo él temblaba. Alguna emoción intensa, rabia o extrema debilidad, agitaba su cuerpo como si fuera una hoja. Por un instante pensé que iba a caer al suelo.

—¿Estás enfermo?—le pregunté.

Mi pregunta tuvo un efecto extraordinario sobre Schmidt. Su expresión untuosa y burlona se endureció hasta convertirse en una máscara tensada por el odio. Perdió por completo el control. Dio un paso hacia mí y, literalmente, me gritó en la cara:

—¡No es asunto suyo!¿Me entiende? Sólo dígale a Norris lo que le he dicho. ¡Si no hace lo que quiero, me las pagará hasta el último día de su vida! ¡Y usted también, cerdo!

De pronto, su furia histérica me contagió. Di un paso atrás y cerré la puerta de un violento portazo. Quería golpear aquel rostro chillón que se cernía sobre el mío, darle en toda la mandíbula. Pero la puerta no le alcanzó. Su voz calló como si alguien hubiera levantado de pronto la aguja de un gramófono. No dijo nada más. Permanecí de pie, tras la puerta cerrada, furioso y con el corazón golpeándome en el pecho. Oí sus pasos ligeros cruzando el rellano y empezando a bajar las escaleras

12

Arthur volvió a casa una hora después. Le seguí hasta su habitación para comunicarle la noticia.

—Schmidt ha estado aquí.

Su estupefacción no habría sido mayor si un pescador le hubiera arrancado la peluca de la cabeza con su anzuelo.

—William, por favor, no me tengas en vilo. Cuéntame la mala noticia enseguida. ¿Cuándo fue? ¿Lo viste? ¿Qué dijo?

—Trata de chantajearte, ¿no?

Arthur me lanzó una mirada fugaz.

—¿Eso te dijo?

—Como si lo hubiera hecho. Me dijo que ya te ha escrito, y que si a finales de esta semana no has hecho lo que te pide, tendrás serios problemas.

—¿De veras dijo eso? Válgame Dios…

—Tendrías que haberme dicho que te había escrito—le reproché.

—Lo sé, hijo, lo sé…—Arthur era la viva imagen de la aflicción—. Lo he tenido en la punta de la lengua varias veces durante estas últimas dos semanas. Pero no quería preocuparte innecesariamente. Tenía la esperanza de que el asunto pasara.

—Vamos a ver, Arthur, el meollo de la cuestión es el siguiente: ¿sabe Schmidt algo sobre ti que pueda perjudicarte de verdad?

Arthur, que había estado recorriendo la habitación con pasos nerviosos, se dejó caer en una silla. Un desconsolado personaje en mangas de camisa que miraba los cordones de sus botas con una expresión de absoluto desamparo.

—Sí, William—dijo en voz baja y arrepentida—. Me temo que sí.

—¿Qué tipo de cosas sabe sobre ti?

—La verdad, William…, no me veo capaz de entrar en detalles sobre mi horroroso pasado, ni siquiera contigo.

—No quiero que me des detalles. Lo que quiero saber es si Schmidt sería capaz de involucrarte en algo que pudiera implicar una querella criminal.

Arthur ponderó la idea durante unos segundos. Se acariciaba el

mentón con expresión pensativa.

—No creo que se atreviera. No, no lo creo.

—Yo no estaría tan seguro—le dije—. Parecía estar en apuros. Lo suficientemente desesperado como para hacer cualquier cosa. Me dio la impresión de que llevaba días sin comer como es debido.

Arthur se puso nuevamente de pie y empezó a andar por la habitación a pasos cortos, ansiosos y rápidos.

—Tranquilo, William. Pensémoslo con calma.

—Por experiencia, ¿crees que Schmidt mantendría la boca cerrada y te dejaría tranquilo si le pagaras una cantidad determinada?

Arthur respondió sin vacilar:

—Estoy seguro de que no. Algo así sólo conseguiría abrirle aún más el apetito, está sediento de mi sangre… Ay, señor, señor.

—Supongamos que desapareces por completo de Alemania, ¿podría hacerte daño?

La pregunta paralizó a Arthur en mitad de un gesto de extrema agitación.

—No, supongo que en ese caso, no… No, definitivamente no. —Entonces me miró consternado—. ¿No estarás insinuando que marche?

—Ya sé que parece una solución drástica. Pero ¿tienes otra alternativa?

—No se me ocurre ninguna, no…

—A mí tampoco…

Arthur encogió los hombros e hizo un gesto desesperado.

—Hijo mío, eso resulta más fácil de decir que de hacer. ¿De dónde voy a sacar el dinero?

—Yo creía que en estos momentos andabas bastante bien de fondos —simulé un poco de sorpresa.

Arthur bajó los ojos, su mirada se desvió y evitó la mía.

—Sólo si se dan ciertas condiciones.

—¿Quieres decir que sólo puedes ganar dinero si estás aquí?

—Bueno, sí…

No le gustaba que lo sermoneara y no se estaba quieto. Yo no pude resistir la tentación y disparé un tiro a ciegas.

—Pero te pagan desde París, ¿no?

Había dado en el blanco. Los mentirosos ojos azules de Arthur parpadearon sorprendidos, nada más. Quizá la pregunta no le había cogido del todo desprevenido.

—Mi querido William, no tengo ni la menor idea de lo que estás diciendo.

—No importa. No es asunto mío. Lo único que quiero es ayudarte, hasta donde me sea posible.

—No me cabe la menor duda. Y resulta muy amable por tu parte, hijo mío—Arthur suspiró—. Es una situación muy complicada, muy difícil…

—Bien, en cualquier caso hay algo que está muy claro… Por el momento, la mejor solución para que Schmidt se tranquilice es que le envíes sin demora algo de dinero. ¿Cuánto te ha pedido?

—Cien ahora mismo—dijo Arthur con voz apagada—, y luego cincuenta cada semana.

—Vaya, el tipo es exigente. ¿Crees que te las podrías apañar para conseguir ciento cincuenta?

—Supongo que sí, si es necesario. Aunque soy contrario a la idea.

—Lo sé. Pero así te ahorrarás diez veces más. Lo que yo te sugeriría es que le envíes los ciento cincuenta, acompañados de una carta en la que le prometas que te pondrás al día de los pagos para el primero de enero…

—La verdad, William…

—Espera un momento. Y, entretanto, te las arreglas para salir de Alemania antes de finales de diciembre. Eso te concedería tres semanas de gracia. Si ahora le pagas esta cantidad sin protestar, no volverá a molestarte hasta entonces. Pensará que te tiene en el bolsillo.

—Sí. Supongo que llevas razón. No me quedará más remedio que hacerme a la idea. Todo esto ha sido tan repentino—Arthur habló con un deje de rencor—. ¡Ese odioso cuervo! Si algún día tengo la oportunidad de acabar con él para siempre…

—No le des más vueltas. Tarde o temprano acabará mal. Ahora el problema más importante es reunir el dinero para el viaje. ¿Hay alguien a quien puedas pedir prestado?

Pero a Arthur se le había ocurrido otra idea.

—Encontraré alguna manera de salir de ésta—su tono de voz era mucho más optimista—. Tan sólo necesito un poco de tiempo para pensar.

Mientras Arthur pensaba, transcurrió otra semana. El clima no mejoró. Aquellos días sombríos y cortos conseguían afectarnos. Fräulein Schroeder se quejaba de dolores de espalda. Arthur tenía un ataque de hígado. Mis alumnos eran impuntuales y estúpidos. Yo estaba deprimido e irritado. Empecé a cogerle manía a nuestro piso sucio y a la destartalada casa que miraba fijamente mi ventana desde el otro lado de la calle. Odiaba las calles empapadas, la atmósfera cargada y ruidosa del restaurante donde cenábamos por poco dinero carne chamuscada, el eterno *sauerkrat*, la sopa.

—Dios mío—me lamenté una tarde estando con Arthur—, lo que daría yo por salir de este agujero durante uno o dos días.

Arthur, que había estado mondándose los dientes con expresión abstraída y melancólica, me observó pensativo. Sorprendentemente, parecía interesarse por mis quejas y lamentos.

—Te diré, William, que no me ha pasado por alto que últimamente no muestras tu vivacidad habitual. Y además estás realmente pálido.

—¿De veras?

—Me temo que últimamente trabajas más de lo que deberías. No sales de casa lo suficiente. Un joven como tú necesita ejercicio y aire fresco.

Sonreí, divertido y algo confundido.

—Caramba, Arthur, te estás volviendo muy solícito.

—Hijo mío—simuló sentirse algo dolido—, lamento que te burles de mi genuina preocupación por tu salud. Después de todo, podría ser tu padre. Creo que deberías perdonarme si algunas veces me siento *in loco parentis*.

—Te pido perdón, papá.

Arthur sonrió, aunque con cierta exasperación. Yo no estaba respondiendo correctamente, y él no lograba encontrar la oportunidad para sacar el tema, fuese el que fuese, que intentaba abordar discretamente. Después de unos momentos de duda, probó de nuevo.

—Dime, William, ¿has visitado alguna vez Suiza en alguno de tus viajes?

—Desgraciadamente, una vez pasé tres meses intentando aprender francés en una pensión de Ginebra.

—Ah, sí, creo que me lo contaste—Arthur lanzó una tosecilla incómoda—, pero yo me refería más bien a los deportes de invierno.

—No. He conseguido ahorrármelos.

Arthur se mostró abiertamente escandalizado.

—Hijo, perdona que te lo diga, pero creo que llevas tu desdén por el deporte demasiado lejos. Te lo digo muy en serio. No es que desprecie los asuntos intelectuales, pero recuerda que aún eres joven. No soporto que te prives de los placeres que en un futuro ya no podrás disfrutar. Sé franco conmigo. ¿No será pura pose?

Sonreí sin disimulo.

—Con el debido respeto, ¿puedo preguntarte con qué clase de deportes disfrutabas tú cuando tenías veintiocho años?

—Bien, ejem, como sabes, yo siempre he tenido la desgracia de ser delicado de salud. Tú caso y el mío no pueden compararse de ninguna manera. Pero, aun así, puedo decirte que en una de mis visitas a Escocia me volví un apasionado de la pesca. De hecho, muchas veces conseguí pescar esos pececitos que tienen unas bonitas manchas rojas y marrones. En estos momentos no consigo recordar el nombre.

Me eché a reír y encendí un cigarrillo.

—De acuerdo, Arthur. Y ahora que ya has representado tan maravillosamente tu papel de padre solícito, ¿qué tal si me dices lo que de verdad quieres decirme?

Suspiró, con resignación, exasperado, quizá, en parte, también aliviado. Ya no cabían pretextos para seguir fingiendo. Cuando habló de nuevo, su tono de voz había cambiado por completo.

—Muy bien, William, después de todo, no sé por qué debería andarme por las ramas. Tú y yo nos conocemos desde hace algún tiempo. Por cierto, ¿cuánto hace que nos vimos por primera vez?

—Más de dos años.

—¿De veras?, ¿más de dos años? Déjame que lo piense. Pues sí, tienes razón. Como venía diciéndote, hace suficiente tiempo que nos conocemos como para que yo me haya dado cuenta de que, aunque joven en años, eres hombre de mundo…

—Lo explicas maravillosamente bien.

—Te aseguro que hablo muy en serio. Y ahora, lo que voy a decirte es muy sencillo (y te ruego que no te lo tomes más que como una posibilidad muy remota, porque, además de necesitar tu consentimiento, que es vital, todo el asunto requiere la aprobación previa de una tercera parte que, hasta el momento, no sabe nada del plan)…—Al final de este paréntesis, Arthur se detuvo para tomar aire y para vencer el disgusto, casi primario, que le causaba el hecho de poner las cartas sobre la mesa—. Sólo te pido lo siguiente: ¿estarías dispuesto a pasar unos cuantos días en Suiza estas Navidades? Se trataría de ir a alguna de las estaciones de invierno.

Tras soltarlo, se sumió en la confusión, evitó mi mirada y empezó a juguetear con las vinagreras de la mesa. El esfuerzo neuronal requerido para verbalizar la propuesta parecía haber sido considerable. Lo miré fijamente durante un momento y, luego, mi propio asombro me hizo estallar en carcajadas.

—Bueno, ¡maldita sea! ¡Así que aquí era donde querías llegar!

Arthur se unió a mi regocijo con considerable timidez. Observaba mi rostro y sus diversas demostraciones de sorpresa con expresión astuta y gesto disimulado. Cuando le pareció que era el momento oportuno, añadió:

—Por supuesto, tendrías todos los gastos pagados.

—Pero qué demonios…—empecé a decir yo.

—No te preocupes por eso, William. No te preocupes. Sólo es una de mis ideas, nada más. Y lo más probable es que no llegue a cuajar. Por favor, no me preguntes más por ahora. Lo que necesito saber es si, llegado el caso, estarías dispuesto a contemplarla, o si el asunto es imposible.

—Todo es posible, claro. Pero hay muchas cosas que quisiera

saber. Por ejemplo…

Arthur alzó una mano blanca y delicada.

—Ahora no, William. Te lo ruego.

—Sólo una cosa; ¿qué es lo que yo…?

—No puedo hablar de todo esto ahora—me interrumpió Arthur con firmeza—. Simplemente, no debo.

Y, como si aún temiera la posibilidad de caer en la tentación de hacerlo, llamó al camarero y pidió la cuenta.

Transcurrió casi una semana sin que Arthur volviera a mencionar el misterioso proyecto suizo. Yo hice alarde de un notable autocontrol y me abstuve de recordárselo. Quizá, al igual que otros muchos de sus brillantes planes, había caído ya en el olvido. Y en aquellos días había otras cosas más importantes en las que pensar. La Navidad se nos venía encima, pronto terminaría el año. Sin embargo, y hasta donde yo sabía, Arthur, ni por asomo, había tratado de conseguir el dinero necesario para la huida. Cuando le preguntaba al respecto, me contestaba vaguedades. Cuando lo apremiaba para que tomara medidas, se mostraba evasivo. Parecía estar cayendo en un peligroso estado de inercia. Era evidente que subestimaba el espíritu vengativo de Schmidt y el daño que era capaz de hacerle. Yo no. Me era imposible olvidar la última y desagradable visión que tuve del rostro de su secretario. Algunas veces, la indiferencia de Arthur me ponía de los nervios.

—No te preocupes, hijo—murmuraba él, mientras se toqueteaba la fantástica peluca distraídamente—. Bástele a cada día su afán, ya sabes…

—Llegará el día—replicaba yo—en que ni siquiera dos o tres años bastarán…

A la mañana siguiente sucedió algo que confirmó mis temores.

Estaba sentado en la habitación de Arthur, asistiendo, como ya era habitual, al ritual de su aseo diario, cuando sonó el teléfono.

—¿Serías tan amable de responder, hijo?—me dijo Arthur, sosteniendo la polvera en la mano.

Él jamás contestaba personalmente el teléfono si podía evitarlo. Fui a descolgar el aparato.

Cubrí el auricular con la mano y le anuncié la noticia, con cierta satisfacción maliciosa:

—Es Schmidt.

—¡Oh, Dios mío!—Arthur no se habría mostrado más aturdido y confuso si su perseguidor hubiera aparecido por la puerta del dormitorio. Es más, durante unos segundos, su mirada atormentada escudriñó la parte baja de la cama, como si estuviera calibrando el

espacio disponible para esconderse.

—Dile cualquier cosa. Dile que no estoy en casa…

—Creo—le contesté con firmeza—que será mucho mejor que le respondas tú personalmente. Después de todo, no va a morderte. Y quizá si hablas con él consigas dilucidar cuáles son sus intenciones.

—Oh, de acuerdo. Si te parece…—Arthur habló con cierta petulancia—. Pero, a mi modo de ver, hablar con él resulta por completo innecesario.

Se acercó al teléfono con cautela, sostenía la polvera en una mano como si se tratara de un arma defensiva.

—Sí. Sí. —El hoyuelo de su mentón se agitó de un lado a otro. Gruñó como un león nervioso—. No… no, de verdad… Pero, por favor, escúcheme un momento… No puedo, le aseguro que no… no puedo…

Su voz se fue apagando hasta convertirse en un susurro entre la autocompasión y la protesta. Angustiado, comprobó futilmente que el aparato tuviese línea.

—Ha colgado, William.

El desánimo de Arthur resultaba tan cómico que no tuve más remedio que sonreír.

—¿Qué te ha dicho?

Arthur cruzó la habitación y se dejó caer pesadamente en la cama. Parecía exhausto. La polvera escapó de sus dedos débiles y cayó al suelo.

—Me recuerda al áspid sordo, aquel que no escuchaba la voz de su encantador… ¡Qué monstruo, William! Espero que no te veas nunca obligado a soportar la carga de un demonio como éste…

—Cuéntame qué te ha dicho.

—Se limitó a proferir amenazas, hijo. La mayor parte de ellas incoherentes. Creo que lo único que quería era recordarme su existencia. Y también que necesitará algo más de dinero muy pronto. Fue muy cruel por tu parte obligarme a hablar con él. Estaré alterado durante el resto del día. Mira, fíjate en mi mano; tiembla como una hoja.

—Pero, vamos a ver, Arthur—recogí la polvera del suelo y la puse sobre el tocador—, de poco sirve estar disgustado si no haces nada más. Esta llamada debería servirte de aviso. ¿No lo ves?, Schmidt va en serio. Tenemos que hacer algo al respecto. ¿No se te ocurre ningún plan? ¿No hay nada que puedas hacer?

Arthur se levantó con considerable esfuerzo.

—Sí, sí. Por supuesto, tienes razón. La suerte está echada. Hay que tomar medidas. De hecho, ya no se puede perder un solo segundo más. Me pregunto si serías tan amable de llamar al *Fermant* por teléfono y

decir que deseo establecer una conferencia con París. No creo que sea demasiado temprano, ¿verdad? No… no lo es.

Pedí el número que Arthur me había dado; luego, discretamente, lo dejé solo. No volví a verlo hasta la noche. Como de costumbre, nos habíamos citado en el restaurante donde solíamos cenar. Al instante me di cuenta de que estaba más animado. Incluso insistió en que debíamos beber vino y cuando puse reparos se ofreció a pagar mi parte de la botella.

—El vino es tan vigorizante—añadió en tono persuasivo.

Sonreí.

—¿Aún preocupado por mi salud?

—Qué malo eres—me dijo Arthur, sonriendo.

Pero se resistió a entrar en materia. Y cuando, uno o dos minutos después, le pregunté a bocajarro cómo iban sus cosas, me replicó:

—Primero vamos a cenar, hijo. Ten paciencia conmigo, te lo ruego.

Acabamos de cenar y ambos pedimos café (una extravagancia adicional), pero incluso entonces Arthur seguía sin tener ninguna prisa por contarme nada. En vez de eso, parecía ansioso por saber qué había estado haciendo yo, con qué alumnos había tenido clase, dónde había comido y muchas otras cosas.

—¿Supongo que no habrás visto a nuestro amigo Pregnitz últimamente?

—De hecho, voy a tomar el té con él mañana.

—¿Ah, sí?

Reprimí una sonrisa. Para entonces yo ya estaba suficientemente familiarizado con su manera de abordar los temas. El tono que adoptó su voz, aunque disimulado con gracia, no me había pasado por alto. Así que por fin íbamos al meollo del asunto.

—¿Quieres que le dé algún mensaje de tu parte?

El rostro de Arthur rayaba la comicidad. Nos miramos el uno al otro con la expresión divertida de dos personas que, noche tras noche, se hacen trampas mutuas a las cartas aunque no se jueguen dinero. Nos echamos a reír al mismo tiempo.

—¿Qué pretendes sacarle exactamente?—le pregunté.

—William, por favor… dices las cosas de un modo tan crudo.

—Así se ahorra tiempo.

—Sí, sí. Tienes razón. Por desgracia, el tiempo es muy importante ahora mismo. Muy bien, digamos que estoy deseoso de hacer algún negocio con él. O, mejor dicho, quiero echarle una mano para que él haga negocio.

—Muy amable por tu parte.

Arthur soltó una risita.

—Es que yo soy amable, ¿verdad, William? Claro que muy pocas personas parecen darse cuenta.

—¿Y cuál es ese negocio? ¿Cuándo va a llevarse a cabo?

—Eso aún está por ver. Espero que sea pronto.

—Y supongo que tú vas a tener un porcentaje.

—Naturalmente.

—¿Un porcentaje alto?

—Si el negocio llega a buen puerto, sí.

—¿Suficiente como para que puedas abandonar Alemania?

—Oh, sí. Mucho más que suficiente. De hecho, conseguiría hacerme con unos ahorrillos.

—Entonces, espléndido, ¿no?

Arthur carraspeó nerviosamente y se contempló las uñas con mucha atención.

—Por desgracia, existen ciertas dificultades técnicas. Y necesito, como tantas otras veces, de tus valiosos consejos.

—Muy bien, cuéntame…

Arthur rumió el asunto durante unos minutos. Me di cuenta de que estaba ponderando la cantidad de información que necesitaba darme.

—Lo más relevante—dijo al cabo de un rato—es que este negocio no puede hacerse en Alemania.

—¿Por qué no?

—Porque eso traería consigo demasiada publicidad. La otra parte interesada en el trato es un prominente hombre de negocios. Como probablemente sabes, los círculos en los que se llevan a cabo los negocios importantes son relativamente pequeños. Y los que pertenecen a ellos están siempre vigilándose. Las noticias se saben al instante, basta el menor indicio para que empiecen a correr. Si este hombre viniera a Berlín, los hombres de negocios de aquí lo sabrían incluso antes de que hubiera llegado. Y ésta es una operación en la que el secreto resulta absolutamente esencial.

—Todo esto suena muy emocionante. Pero no tenía la menor idea de que Kuno estuviera metido en el mundo de los negocios.

—En rigor, no lo está. —A Arthur le costó un poco evitar mi mirada—. Esto es sólo una actividad complementaria.

—Ya veo. ¿Y dónde propones que tenga lugar el encuentro?

Con mucho cuidado, Arthur seleccionó un mondadientes del pequeño recipiente que tenía enfrente.

—En este asunto, mi querido William, es donde espero beneficiarme de tu valioso consejo. Por supuesto, debe tratarse de un lugar a una distancia razonable de la frontera alemana. Un lugar al que la gente pueda ir de vacaciones en esta época del año sin llamar la

atención. —Arthur partió el mondadientes en dos con gran parsimonia, luego colocó los pedazos sobre el mantel, uno al lado del otro. Sin levantar los ojos hacia mí, añadió—: Si lo apruebas, yo me inclinaría por Suiza.

Siguió luego una larga pausa. Los dos sonreíamos.

—Así que se trata de esto—dije por fin.

Arthur volvió a dividir el mondadientes, esta vez en cuartos. Levantó los ojos, sonrió y me miró con falsa expresión de inocencia.

—En efecto, hijo mío. Buena observación. Se trata de esto.

—Bien, bien. Eres zorro viejo. —Me eché a reír—. Por fin comienzo a ver la luz del día.

—Debo confesar, William, que empezaba a pensar que hoy estabas un poco lento de entendederas. Y ya sabes que eso no es habitual en ti.

—Lo siento, Arthur. Pero todos estos enigmas me marean un poco. ¿Qué tal si te dejas de acertijos y me cuentas la historia completa desde el principio?

—Te aseguro, hijo, que estoy más que dispuesto a explicarte todo lo que sé sobre este asunto, aunque no es mucho. Bien, para abreviar te diré que Pregnitz tiene intereses en una de las fábricas de vidrio más grandes de Alemania. No importa cuál es y, por supuesto, no encontrarías el nombre de Kuno en la lista de ejecutivos de la fábrica; su influencia, aunque mucha, no es oficial. Claro que yo tampoco pretendo ser un entendido en esta materia.

—¿Una fábrica de vidrio? Bueno, parece algo bastante inofensivo.

—Pero, hijo—Arthur anhelaba tranquilizarme—, por supuesto que es inofensivo. No dejes que tu naturaleza prudente te haga perder el sentido de la proporción. Si, al principio, la propuesta te parece un poco extraña es sólo porque no estás acostumbrado a los modos y costumbres de las altas finanzas. Pero ¡cómo!, si ésta es la clase de operación que se lleva a cabo a diario. Puedes preguntar a quien quieras. Los negocios más importantes siempre se discuten de manera informal.

—¡Bueno, bueno! ¡De acuerdo! Sigue contando.

—Vamos a ver. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Bien, uno de mis más íntimos amigos en París es cierto financiero muy prominente.

—¿Uno que firma como Margot?

Pero esta vez no cogí a Arthur desprevenido. Ni siquiera conseguí adivinar si lo que dije le sorprendió o no. Se limitó a sonreír.

—William, qué perspicaz eres. Bien, quizá firme así. En cualquier caso, vamos a llamarlo Margot porque resulta conveniente. Sí… sea como fuere, Margot tiene muchísimos deseos de trabar conocimiento con Pregnitz. Aunque él no lo admita ni lo diga con estas mismas

palabras, he deducido que lo que quiere es establecer algún tipo de colaboración entre la empresa de Pregnitz y la que él mismo regenta. Pero esto que te digo es totalmente extraoficial, y no nos concierne. Y en lo que se refiere a Pregnitz, tendrá que escuchar la propuesta que le haga Margot y decidir si le resulta ventajosa para sus negocios, o no. Yo creo posible, incluso muy posible, que le resulte ventajosa. Pero aunque sucediera lo contrario, nadie saldría mal parado del asunto. Pues en caso de que fracasara el encuentro, Margot sólo podría culparse a sí mismo por ello. Lo único que se me pide es que organice las cosas de tal modo que él y el barón puedan conocerse, en un entorno social y en terreno neutral, para hablar de sus asuntos con tranquilidad y lejos de los oídos de quienes andan en busca de noticias financieras.

—¿Y a ti te van a dar el dinero en cuanto hayas conseguido reunirles?

—Cuando el encuentro tenga lugar—Arthur bajó la voz—recibiré la mitad. La otra mitad se me pagará sólo si la reunión se lleva a cabo con éxito y hay acuerdo entre ellos. Lo malo es que Margot insiste en conocer a Pregnitz de inmediato. Siempre es así, cuando se le mete una idea en la cabeza… Es un hombre muy impaciente.

—¿Y de verdad está dispuesto a darte tal cantidad de dinero solamente para que le organices un encuentro?

—No olvides, William, que para él lo que yo cobraré no es más que una bagatela. Si la transacción finaliza con éxito, lo más probable es que gane millones.

—Bueno. En ese caso, no tengo más que decir. Te felicito. Parece un dinero fácil de ganar.

—Me alegro de que lo creas así, hijo—Arthur había cambiado el tono de voz, ahora era dubitativo y cauto.

—¿Qué pasa?, ¿cuál es el problema? Lo único que tienes que hacer es ir a visitar a Kuno y explicarle la situación.

—¡William!—Arthur parecía absolutamente preso del horror—, ¡eso sería desastroso!

—No veo por qué.

—¿Que no ves por qué?, de veras, hijo, confieso que te consideraba un poco más astuto. No, no, ¡ni hablar! Tú no conoces a Pregnitz como yo. Es un hombre absolutamente susceptible respecto a esta materia, cosa que he padecido en mi propia carne. Algo así le parecería una interferencia imperdonable en sus asuntos. Y se retiraría al instante. Tiene una visión genuinamente aristocrática sobre el tema, una actitud muy difícil de hallar en estos días en los que impera la codicia. Debo reconocer que lo admiro por ello.

Sonreí abiertamente.

—Desde luego, debe de ser un hombre de negocios muy peculiar si se ofende cuando le ofreces una fortuna.

Pero Arthur estaba acalorado.

—William, haz el favor, no es momento para frivolidades. Estoy seguro de que comprendes mi situación. Pregnitz se niega a mezclar los negocios con las relaciones personales y, por una vez, estoy muy de acuerdo con él. Viniendo de nosotros, cualquier sugerencia de que haga tratos con Margot, o cualquier otra persona, sería una impertinencia y se molestaría. En consecuencia, te ruego que, pase lo que pase, no le digas una sola palabra sobre el tema.

—No, claro que no. No diré nada. Pero no te alteres, Arthur. Veamos si lo he comprendido bien. Lo que tú dices es que Kuno debe ir a Suiza sin saber que va allí para reunirse con Margot, ¿es así?

—En pocas palabras.

—Mmmm… La verdad es que eso complica bastante las cosas. De todos modos, no creo que te vaya a ser especialmente difícil conseguirlo, pues lo más probable es que Kuno practique deportes de invierno. Está muy en su línea. Lo que no acabo de entender es qué pinto yo en todo esto. ¿Tengo que acompañaros simplemente para hacer bulto?, ¿para darle un toque divertido a la operación?, ¿o qué?

Arthur eligió otro mondadientes, lo partió.

—A eso iba, William—su tono era cuidadosamente impersonal—. ¿Sabes?, me temo que tendrás que ir solo a Suiza.

—¿Yo solo?, ¿con Kuno?

—Sí—Arthur comenzó a hablar a toda velocidad y con nerviosismo —. Hay varias razones por las que me resulta imposible ir con vosotros o bien ocuparme de este asunto en persona. En primer lugar, una vez en el extranjero, me resultaría muy difícil regresar, y tendría que hacerlo, aunque sólo fuera por unos días. En segundo lugar, sería muy extraño que yo le propusiera a Kuno viajar juntos para practicar deportes de invierno. Pregnitz sabe muy bien que los deportes no son lo mío y que, además, mi físico no es el apropiado. En cambio, una propuesta que venga de ti resultaría de lo más natural. Seguramente estará encantado de viajar en compañía de alguien tan joven y alegre.

—Bien. Todo esto lo comprendo…, pero ¿cómo me pondría en contacto con Margot? Ni siquiera lo conozco de vista.

Arthur levantó una mano y barrió el obstáculo con un solo gesto.

—Hijo mío, de esto ya nos ocuparemos él y yo. Tú relájate y olvida lo que te he dicho esta noche; limítate a pasarlo bien.

—¿Sólo eso? ¿Nada más?

—Nada más. Una vez hayas conseguido que Pregnitz cruce la frontera, tu labor habrá terminado.

—Parece un plan fabuloso.

El rostro de Arthur se iluminó al instante.

—Entonces, ¿irás?

—Tengo que pensarlo.

Decepcionado, se estrujó el mentón. Los mondadientes estaban ya divididos en varios fragmentos. Después de un largo minuto de silencio, me dijo, con voz algo vacilante:

—Dejando a un lado tus gastos que, como ya te dije, se te pagarán por adelantado, te pediría que también aceptaras una pequeña cantidad, por las molestias.

—No, gracias, Arthur.

—Te ruego que me perdones, William. —Parecía muy aliviado—. Debería haber sabido que no ibas a aceptar.

Sonreí sin disimulo.

—No pienso despojarte de tus honestas ganancias.

Contempló mi rostro con mucha atención, luego sonrió. No sabía cómo tomarse mi comentario. Su actitud cambió.

—Por supuesto, hijo, debes hacer lo que consideres correcto. Yo no quiero influirte en ningún sentido. Si decides que estás en contra de la operación, no volveré a mencionar el tema. Pero también sabes cuánto significa para mí. Es mi única oportunidad. Detesto pedir favores. Quizá te estoy pidiendo demasiado. Lo único que puedo decirte es que si haces esto por mí te estaré eternamente agradecido. Y que si algún día está en mi mano devolverte el favor…

—¡Para ya, Arthur! ¡Para ya! Conseguirás hacerme llorar. —Me eché a reír—. Muy bien, haré lo que pueda con Kuno. Pero, por el amor de Dios, no te hagas demasiadas ilusiones con este asunto. No creo que acepte ir. Lo más probable es que ya tenga otros compromisos.

Llegados a este acuerdo, ya no se habló más del tema aquella noche.

Al día siguiente, cuando volví a casa después de haber tomado el té con Kuno, encontré a Arthur esperándome en su dormitorio. Estaba en un estado de tremenda ansiedad. Apenas si pudo esperar a que se cerrara la puerta para saber qué noticias traía.

—Por favor, William, sé breve. Dime que ha sucedido lo peor. No puedo soportarlo. ¿No irá, verdad? ¿Verdad que no?

—Sí—le dije—. Sí irá.

La alegría pareció dejarle mudo y paralizado durante unos segundos. Luego, sus piernas hicieron un movimiento espasmódico y ejecutaron algo así como una cabriola en el aire.

—¡Hijo mío! No tengo más remedio que abrazarte, ¡deja que te abrace!—Me echó los brazos al cuello y me besó en ambas mejillas,

como un general francés—. Cuéntamelo todo. ¿Te fue muy difícil? ¿Qué dijo Kuno?

—Oh. La verdad es que él mismo sugirió más o menos el asunto antes de que yo tuviera tiempo de abrir la boca. Quería ir al Riesengebirge, pero le comenté que la nieve sería mucho mejor en los Alpes.

—¿Eso hiciste? ¡William, fue una idea brillante! Estuviste claramente inspirado…

Me senté en una silla. Arthur revoloteó a mi alrededor lanzando exclamaciones de placer y admiración.

—¿Estás seguro de que no sospecha nada en absoluto?

—Totalmente seguro.

—¿Y cuándo podréis emprender el viaje?

—Creo que en Nochebuena.

Arthur me miró con expresión solícita.

—No pareces muy entusiasmado, hijo. Me gustaría que esto supusiera también un placer para ti. ¿No estarás enfermo? Espero que no.

—Para nada, gracias. —Me levanté—. Arthur, voy a hacerte una pregunta.

Sus pestañas aletearon al oír mi tono de voz.

—¿Cómo?, ejem, por supuesto. Pregunta, hijo. Pregunta lo que quieras.

—Quiero que me digas la verdad. Tú y Margot ¿tenéis intención de estafar a Kuno? ¿Sí o no?

—Mi querido William, verdaderamente… ¿cómo puedes pensar que…?

—Arthur, por favor. Quiero una respuesta. Entiende que para mí es importante. Ahora estoy metido en esto. ¿Tenéis intención de estafarle o no?

—Caramba… No. Por supuesto que no. Tal y como te he contado ya en algún momento, lo que yo…

—¿Me lo puedes jurar?

—Realmente, William. Esto no es un tribunal. Por favor, no me mires de esta manera. Muy bien, si esto te proporciona alguna satisfacción, lo juro.

—Gracias. Sólo quería eso. Perdona si te he parecido grosero. Ya sabes que por norma no me inmiscuyo en tus asuntos. Pero como comprenderás, esta vez tus asuntos también son los míos.

Arthur sonrió débilmente, bastante conmocionado.

—Comprendo bien tu preocupación, hijo, desde luego. Pero te puedo asegurar que, en este caso, carece por completo de fundamento.

Tengo muchos motivos para creer que si Pregnitz es lo bastante sensato como para aceptar la transacción, cosechará grandes beneficios.

Para finalizar mi examen, intenté mirar a Arthur directamente a los ojos. Pero no, este procedimiento tan manido no funcionó. Sus ojos no eran el espejo de su alma, sino tan sólo una parte de su cara, una gelatina de color azul brillante, como una limpia concha de marisco clavada en la grieta de una roca. No había nada en ellos que llamara la atención, ni una chispa, ni un brillo interior. Por mucho que me esforzara, mi mirada se desviaba hacia otros rasgos más interesantes: la nariz, blanda y similar a un hocico; la barbilla, plegada como un acordeón. Después de tres o cuatro intentos, me rendí. No servía de nada. Lo único que podía hacer era aceptar su palabra.

13

El viaje a Suiza con Kuno fue parecido a la luna de miel tras a una boda de conveniencia. Ambos fuimos corteses, considerados, y más bien tímidos. La conducta de Kuno fue ejemplar, un modelo de discreta solicitud. Él mismo colocó mi maleta en el estante portaequipajes, salió corriendo a comprar la prensa en el último momento, me hizo preguntas indirectas hasta que descubrió mis preferencias por la litera superior en lugar de la inferior, y se retiró al pasillo a esperar a que yo me desvistiera. Cuando yo me cansaba de leer, allá estaba él, afable y aleccionador, esperando para decirme los nombres de las montañas. Hablábamos muy animadamente a intervalos de cinco minutos, y luego recaíamos en un súbito y abstraído silencio. Los dos teníamos muchas cosas en las que pensar. Supongo que Kuno debía de estar preocupado por las siniestras maniobras de los políticos alemanes, o quizá estuviera soñando con su isla de los siete muchachos. Por mi parte, tuve suficiente tiempo libre para considerar desde todos los ángulos el misterio de Margot. ¿De veras existía? En cualquier caso, encima de mi cabeza reposaba una maleta nueva de piel de cerdo y, en su interior, un esmoquin que me había confeccionado un sastre tan sólo un día antes de salir. Arthur se había mostrado absolutamente espléndido a la hora de manejar el dinero de quien nos empleaba a ambos: «Cómprate lo que quieras, hijo mío. No tiene ningún sentido que te presentes allí con un aspecto desaliñado. Además, menuda oportunidad…». Después de algunas dudas y vacilaciones seguí su consejo, pero no con la exageración con la que él me apremiaba a gastar. La interpretación que Arthur daba a la expresión «gastos de representación» era tan amplia que incluso llegó a presionarme para que me hiciera con unos gemelos de oro, un reloj de pulsera y una pluma estilográfica: «Después de todo, William, el negocio es el negocio. Y no te puedes imaginar cómo es esta gente». Para entonces, hablaba de Margot en un tono notablemente amargo: «Si alguien le pidiera *a él* un favor, no dudaría un segundo en exprimirlo hasta dejarlo sin un solo penique».

El día 26, nuestra primera mañana en Suiza, desperté con el tintineo metálico de los cascabeles de los trineos procedentes de la calle nevada y con un extraño chasquido, también metálico, que venía

del cuarto de baño. A través de la puerta entreabierta podía ver a Kuno. Llevaba un pantalón corto de gimnasia y hacía ejercicios con un reforzador de músculos pectorales. Se sometía a un terrible esfuerzo. Las venas del cuello se le habían hinchado y, con cada desesperado esfuerzo, se le abrían y cerraban las aletas de la nariz. Era obvio que no se había dado cuenta de que no estaba solo. Sus ojos, sin monóculo, miraban fijamente un punto cercano, como los de un visionario, y parecía como si estuviera practicando un ritual religioso privado. Hablar con él habría sido una falta de tacto tan imperdonable como interrumpir a un hombre en mitad de sus oraciones, así que me di la vuelta en la cama y fingí estar dormido. Pasados unos segundos, le oí cerrar la puerta del baño con suavidad.

Nuestras habitaciones estaban en el primer piso del hotel. La vista abarcaba desde las casas del pueblo, diseminadas en la orilla de un lago helado, hasta las brillantes pistas nevadas de las laderas de las colinas, enormes y suaves, como los contornos de un inmenso cuerpo cubierto por mantas, y las atravesaba la línea negra, como una tela de araña, del funicular que subía hasta el inicio de las pistas para trineos. Era un escenario peculiar para una reunión internacional de negocios. Pero, tal y como Arthur había apuntado con acierto, yo lo ignoraba todo sobre las costumbres de los financieros. Me vestí despacio mientras pensaba en mi invisible anfitrión. ¿Habría llegado ya Margot? El director del hotel nos había dicho que no había una sola habitación libre. La noche anterior me había asomado al inmenso comedor; a juzgar por lo que vi, en el hotel debía de haber varios centenares de huéspedes.

Kuno se reunió conmigo a la hora del desayuno. Se había vestido con escrupulosa informalidad. Llevaba unos pantalones de franela gris, una americana y el pañuelo de seda con pequeños lunares con los colores de su facultad en Oxford.

—Espero que haya dormido bien.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Yo, no tan bien. —Sonrió y luego se sonrojó, algo avergonzado —. No pasa nada. Me he traído lecturas para la noche. Mire.

Ruborizado, me dejó ver el título del libro que sostenía en la mano. Se titulaba *Billy el náufrago*.

—¿Es bueno?—le pregunté.

—Hay un capítulo que es muy bonito.

Pero antes de que pudiera escuchar lo que se narraba en aquel bonito capítulo apareció un camarero que nos traía el desayuno en un carrito con ruedas. De inmediato volvimos a comportarnos como dos novios cohibidos en viaje de luna de miel.

—¿Me permite ofrecerle un poco de nata?

—Sólo un poquito, gracias.

—¿Le gusta así?

—Delicioso, muchas gracias.

Hablábamos de modo tan absurdo que estuve a punto de estallar en sonoras carcajadas. Éramos como dos personajes secundarios en el primer acto de una obra de teatro. Dos figurantes colocados allí para llenar el tiempo con su conversación hasta la aparición del actor principal.

Cuando dimos fin al desayuno, las inmensas laderas blancas estaban ya plagadas de figuras diminutas. Algunas de ellas burbujeaban y cruzaban las pistas como si fueran libélulas, otras vacilaban y luego se desplomaban igual que hormigas heridas. Sobre la superficie helada del lago había docenas de patinadores. En el interior de un rectángulo acordonado, una criatura inhumanamente ágil, vestida con leotardos negros, ejecutaba maravillas bajo la mirada de un público atento. Los huéspedes más activos emprendían el ascenso hasta las cumbres más altas con sus mochilas, cascos y botas. Parecían soldados salidos de barracones de lujo. Aquí y allí, en medio de este gran ejército, se podía ver a los heridos que salían a dar sus renqueantes paseos de convalecientes. Caminaban apoyándose en sus bastones, o bien llevaban los brazos en cabestrillo.

Tan atento como de costumbre, Kuno dio por sentado que iba a ser mi maestro de esquí. Yo hubiera preferido mil veces deambular por ahí a solas, pero los corteses intentos que hice para disuadirle cayeron en saco roto. Contemplaba aquel asunto como un deber, y no había más que hablar. Así que pasamos dos sudorosas horas en la pista para principiantes. Yo patinaba y trastabillaba, Kuno me aleccionaba y me daba apoyo moral.

—No, así no. Perdone, pero de nuevo lo ha hecho de manera incorrecta… Está usted demasiado rígido, ¿lo ve?

Su paciencia conmigo parecía inagotable. Yo suspiraba por la hora del almuerzo.

Más o menos a media mañana, llegó un joven esquiador. Se deslizaba con habilidad de experto entre los novatos que teníamos cerca. Se detuvo para contemplarnos; quizá mi torpeza le resultaba graciosa. Su presencia me fastidió bastante, no deseaba público. Así que, de manera medio premeditada medio accidental, hice un viraje súbito en su dirección y, cuando menos se lo esperaba, le di de lleno en los pies. Las disculpas por ambas partes fueron profusas. Me ayudó a levantarme e incluso me sacudió la nieve con sus propias manos.

—Permítame que me presente… Van Hoorn.

La reverencia que me dedicó, con esquís y todo, fue maravillosamente envarada, como si estuviera retándome a un duelo.

—Bradshaw… encantado de conocerle.

Traté de imitarle y al instante me di de bruces contra el suelo. Esta vez fue el propio Kuno quien me levantó. Los presenté, más informalmente.

Tras este incidente, y para gran alivio mío, el interés de Kuno por instruirme disminuyó de forma notable. Van Hoorn era un chico alto y rubio y, aunque había echado a perder bastante su aspecto afeitándose prácticamente toda la cabeza, seguía siendo guapo, a la manera severa de los vikingos. El sol le había tostado la parte posterior del cráneo rasurado, hasta tal punto que la piel se le había puesto de un furioso color escarlata. Nos contó que llevaba tres semestres estudiando en la Universidad de Hamburgo. Era muy tímido y cada vez que Kuno, con su sonrisa discretamente halagadora, se dirigía a él, se sonrojaba como un tomate.

Van Hoorn sabía hacer una vuelta con los esquís que a Kuno le interesaba mucho. Se alejaron un poco para que el primero se la enseñara y luego pudieran practicarla juntos. Finalmente llegó la hora del almuerzo. De camino hacia el hotel, el muchacho nos presentó a su tío, un caballero holandés, regordete y vivaracho, que patinaba y hacía filigranas en el hielo con mucha destreza. La alegría del viejo señor Van Hoorn contrastaba mucho con la seriedad de su sobrino. Sus ojos chispeaban de felicidad y parecía encantado de conocernos. Su rostro estaba tostado como una bota curtida, era bastante calvo. Llevaba patillas y una barba pequeña y puntiaguda.

—¿Así que ya has hecho amistades?—se dirigió a su sobrino en alemán—. Eso está bien. —Sus brillantes ojos se posaron en Kuno y en mí—. No me canso de decirle a Piet que debería entablar relación con alguna chica bonita, pero no me hace caso. Es demasiado tímido. Les puedo asegurar que a su edad yo no era así.

Piet van Hoorn se sonrojó, frunció el ceño y miró hacia otra parte, negándose a responder a la discreta mirada de simpatía que Kuno le dedicó. El señor Van Hoorn parloteó conmigo mientras se quitaba los patines.

—¿Le gusta este lugar? Por Dios que a mí también me gusta. Hacía muchos años que no me divertía tanto. Apuesto a que he perdido al menos una o dos libras de peso. Es más, esta mañana me siento como si tuviera veintiún años, ni un día más.

Al entrar en el comedor, Kuno propuso a los Van Hoorn que nos acompañaran y compartieran mesa con nosotros. Mientras hablaba lanzó una explícita mirada a Piet. A mí me hizo sentir bastante incómodo. Los avances de Kuno resultaban demasiado directos. Sin embargo, el señor Van Hoorn aceptó la invitación, sin dudarlo un segundo y con muchísima cordialidad. Y no pareció encontrar nada raro en aquella propuesta. Lo más probable es que estuviera más que

contento de haber encontrado con quién hablar.

Durante el almuerzo, Kuno se dedicó casi por completo a Piet. Aparentemente, había conseguido que perdiera un poco la timidez, porque el chico se rio varias veces. Mientras tanto, el señor Van Hoorn se dedicó a regalarme el oído con una sucesión de historias, a cual más indecente e infantil. Las contaba con un placer y una alegría extraordinarios. Yo apenas le prestaba atención. Después del aire cortante y frío del exterior, el calor en el comedor me tenía medio adormecido. Tras las palmeras, la banda tocaba una música relajante. La comida era deliciosa, raras veces había disfrutado de algo semejante. Y durante todo el tiempo estuve preguntándome, distraídamente, dónde estaría Margot, cuándo y cómo aparecería.

Unas cuantas frases pronunciadas en francés consiguieron sacarme del letargo. Siguieron muchas otras. Tan sólo alcanzaba a comprender alguna palabra suelta: *interesante, sugestivo, sumamente típico*. Lo que me llamó la atención fue la voz de la persona que hablaba. Una voz que procedía de la mesa que estaba al lado de la nuestra. Aún medio adormecido, volví la cabeza.

Un hombre voluminoso de mediana edad estaba sentado frente a una chica rubia, bonita y exótica, de ésas que sólo París parece capaz de dar. Los dos miraban en dirección a nuestra mesa y conversaban en un tono de voz cuidadosamente reservado, era obvio que hablaban de nosotros. El hombre parecía estar particularmente interesado en nuestro grupo. Tenía la cabeza calva y en forma de huevo. Sus ojos eran atrevidos, saltones y vulgares, redondos y oscuros. El pelo, blanco amarillento y cepillado hacia atrás, le rodeaba la base del cráneo formando algo parecido a un par de alas plegadas. Su voz era áspera y vibrante. En su aspecto había algo indescriptiblemente desagradable y siniestro. Sentí un extraño escalofrío que recorrió mi sistema nervioso; era un sentimiento de antagonismo, aprensión y expectación. Lancé una rápida mirada a los otros, pero no, no parecían haberse dado cuenta de la inspección cínica y sin disimulo a la que el extranjero nos estaba sometiendo. Kuno se inclinaba sobre Piet; pegajoso, envolvente y afable. El señor Van Hoorn por fin había dejado de hablar, y ahora recuperaba el tiempo perdido con un filete a la plancha. Había sujetado la servilleta en el cuello de la camisa y masticaba con el abandono de quien ya no necesita preocuparse por las posibles manchas en el chaleco. Tuve la impresión de que nuestro vecino francés pronunciaba la palabra *dégoûtant*.

Yo me había imaginado muchas veces qué aspecto tendría Margot. Lo había imaginado como a un hombre más gordo, más viejo, más prosaico. Pero estaba claro que mis fantasías se habían quedado cortas. La verdad es que jamás habría soñado toparme con algo tan auténtica, tan absoluta e instantáneamente convincente. La intuición

nunca falla. Estaba tan convencido de su identidad como si lo hubiera conocido desde muchos años atrás.

Fue un momento emocionante. Lo único que lamenté fue no tener a nadie con quien compartir mi entusiasmo. ¡Cómo lo habría disfrutado Arthur! Imaginé la agitación mal disimulada y alegre de la que habría hecho gala, los gestos secretos que, sin embargo, cualquier observador percibiría; sus absurdos y forzados intentos por encubrir el misterio bajo una charla brillante y vivaz. Pensaba en ello y la mera idea me daba ganas de reír. No me atreví a volver a mirar a nuestros vecinos porque no quería que supieran, por la expresión de mi rostro, que los había descubierto. Tiempo atrás ya había decidido que en ningún momento de todo aquel proceso delataría mi complicidad. No, ni siquiera con un parpadeo. Margot estaba cumpliendo con su parte del acuerdo. Yo demostraría que también podía ser fiable y discreto.

¿Cómo tenía pensado abordarnos? Ésta era, desde luego, una cuestión fascinante. Intenté ponerme en su lugar, empecé a fantasear imaginando los más extravagantes subterfugios. Quizá él, o la chica, le robaría la cartera a Kuno y más tarde se presentarían simulando haberla encontrado tirada en el suelo. Quizá, aquella misma noche, habría una falsa alarma de incendio. Margot pondría algunas bombas de humo en el dormitorio de Kuno y luego acudiría, veloz, para rescatarlo de la humareda. A mí me parecía obvio que iban a hacer algo drástico. Margot no tenía el aspecto de ser un hombre que se contenta con medidas moderadas. ¿Qué estarían haciendo ahora? Ya no alcanzaba a oír sus voces. Hice un movimiento algo torpe y dejé que se me cayera la servilleta al suelo. Luego me agaché para recogerla y lanzar una mirada furtiva a la mesa vecina. Sufrí una decepción porque ambos habían abandonado ya el comedor. Estaba decepcionado, sí, pero luego, pensándolo mejor, me di cuenta de que el hecho no era particularmente sorprendente. Aquello había sido un mero reconocimiento. Lo más probable es que Margot no hiciera nada antes de que llegara la noche.

Finalizado el almuerzo, Kuno me aconsejó que fuera a descansar. Fue muy insistente. Siendo, como yo era, un principiante, me explicó, sería muy poco sensato que el primer día hiciera excesivos esfuerzos. Estuve de acuerdo con él, aunque el asunto no dejó de divertirme. Unos segundos más tarde le oí hablar con Piet van Hoorn; quedaron para ir juntos a las pistas de esquí. El señor Van Hoorn ya se había retirado a su habitación.

A la hora del té había baile en el salón. Piet y Kuno no se presentaron, y supuso un alivio que tampoco lo hiciera el señor Van Hoorn. Me alegró poder estar a solas, contemplando a los huéspedes. Poco después se presentó Margot, solo. Se sentó en la parte opuesta de la gran galería acristalada, su mesa no estaba a más de un par de

metros de distancia de la mía. Lancé una mirada en su dirección y nuestros ojos se encontraron. Los suyos eran fríos, saltones, tan groseramente inquisitivos como antes. El corazón empezó a golpearme en el pecho de forma desagradable. La situación era cada vez más extraña. ¿Y si me levantaba e iba a hablar con él en aquel mismo instante? Después de todo, eso le ahorraría una buena cantidad de molestias. Lo único que luego me quedaría por hacer sería presentarle como alguien a quién había conocido por casualidad. No había ninguna razón de peso para que Kuno sospechara que el encuentro había sido amañado. ¿Por qué teníamos que seguir representando una farsa que resultaba más bien siniestra? Vacilé, me levanté a medias, luego me senté de nuevo. Nuestros ojos se encontraron por segunda vez. En ese momento me pareció comprenderlo a la perfección. Me estaba diciendo: «No te comportes como un niño bobo. Deja este asunto en mis manos. No te metas en cosas que no comprendes». «De acuerdo. Haz lo que quieras. Al fin y al cabo, tú eres el protagonista», le contesté mentalmente, e hice un leve movimiento de indiferencia con los hombros.

Estaba resentido, así que me levanté y abandoné el salón. No me vi capaz de soportar por más tiempo aquel silencioso *tête à tête*.

Aquella noche, durante la cena, Kuno y el señor Van Hoorn, cada uno a su manera, estuvieron muy animados. Piet parecía aburrido. Quizá le pasara lo mismo que a mí, y se encontraba rígido e incómodo vestido con su traje formal. Si ése era el caso, podía contar con mi más sincera simpatía. De vez en cuando, su tío le reprochaba su silencio. Yo, por mi parte, pensaba en lo mucho que me desagradaría tener que viajar con el señor Van Hoorn.

Estábamos ya casi terminando la cena cuando Margot y su acompañante entraron en el comedor. Los divisé de inmediato pues, aun de modo inconsciente, había estado vigilando la puerta de entrada desde que nos habíamos sentado. Margot vestía chaqué y llevaba una flor en el ojal. La chica iba magníficamente ataviada, con un vestido de tela brillante que relucía como una armadura de plata. Atravesaron el largo pasillo que había entre las mesas seguidos por muchas miradas.

—¡Mira, Piet!—exclamó el señor Van Hoorn—, aquí tienes a una chica bonita. Pídele que baile contigo esta noche. Su padre no va a morderte.

Para llegar a su mesa, Margot estaba obligado a pasar a pocos centímetros de nuestras sillas. Al hacerlo, saludó brevemente con una inclinación de cabeza. Kuno, siempre cortés, le devolvió el saludo. Por unos momentos pensé que Margot aprovecharía aquel primer avance, aunque fuera tan sólo para hacer alguna observación convencional sobre el clima. No fue así. Él y su acompañante tomaron asiento. Casi

inmediatamente después, nosotros nos levantamos para ir a tomar el café en el salón de fumadores.

Una vez allí, la conversación del señor Van Hoorn sufrió un cambio sorprendente. Fue como si de pronto se hubiera dado cuenta de que se había sobrepasado, no sólo con su excesiva cordialidad sino también a la hora de contarnos historias de dudoso gusto. Y entonces comenzó a hablar de arte. Tenía una casa en París, nos contó, que estaba llena de muebles antiguos y aguafuertes. Aunque habló de ello con modestia, pronto nos quedó claro que era un experto en el tema. Kuno mostró un enorme interés. Piet permaneció indiferente. Vi cómo lanzaba más de una mirada furtiva a su reloj de pulsera, presumo que para ver si ya había llegado la hora de ir a acostarse.

—Perdonen, caballeros.

La voz áspera nos cogió a todos por sorpresa. Nadie había visto acercarse a Margot. Estaba de pie, mucho más alto que nosotros; una figura elegante y sardónica que sostenía un puro en la mano, amarillenta y llena de manchas.

—Necesito hacerle una pregunta a este joven.

Sus ojos saltones estaban clavados en Piet. Tenían la expresión concentrada de quien contempla algún diminuto insecto, de esos que apenas son visibles si no es con la ayuda de una lente de aumento. El pobre muchacho se sentía tan incómodo que empezó, literalmente, a sudar. Por mi parte, este nuevo giro en la táctica de Margot me sorprendió tanto que sólo fui capaz de contemplarlo con la boca abierta. Era evidente que el propio Margot disfrutaba del efecto de esta entrada en escena tan teatral. Sus labios se curvaron dibujando una sonrisa claramente diabólica.

—¿Es usted de auténtica ascendencia aria?—Y antes de que el atónito Piet pudiera responder, añadió—: Soy Marcel Janin.

No sé si los otros ya habían oído hablar de él o sólo fingieron sentir interés por educación, pero se daba la circunstancia de que yo sí conocía su nombre bastante bien. El señor Janin era uno de los autores favoritos de Fritz Wendel. Una vez Fritz me había prestado uno de sus libros: *El beso bajo el sol de medianoche*. Estaba escrito al estilo francés en boga, y era una obra, entre la novela romántica y el reportaje, que narraba de modo provocador y obviamente fantasioso la vida erótica de Hammerfest. Había publicado otra media docena de libros, tan sensacionalistas como el primero, cuya acción se situaba en regiones dispares del mundo, desde Santiago de Chile hasta Shanghái. A juzgar por la ropa que llevaba el señor Janin, aquella peculiar clase de pornografía que escribía debía de gustar al público. Acababa de escribir su octavo libro, nos explicó: trataba sobre ciertos amores que acontecían en un hotel de deportes invernales. De ahí su presencia en aquel lugar. A pesar de haberse presentado de forma tan brusca,

resultó ser una persona de lo más afable. Y nos obsequió, sin que se lo hubiéramos pedido, con un discurso sobre su carrera, sus objetivos y sus métodos de trabajo.

—Escribo muy deprisa—nos informó—. Me basta con echar un solo vistazo para saber todo lo que tengo que saber. Yo no creo en las segundas impresiones.

Un par de días a bordo de un crucero habían proporcionado al señor Janin el material suficiente para la mayoría de sus obras. Ahora también conocía Suiza. Pero él seguía en busca de nuevos mundos para conquistar y había centrado su atención en el movimiento nazi. Él y su secretaria partirían al día siguiente en dirección a Múnich.

—En una semana—concluyó de forma inquietante—lo sabré todo al respecto.

Yo me preguntaba qué papel jugaba la secretaria del señor Janin (él insistió, y varias veces, en darle ese título) en sus esclarecedoras investigaciones. Es probable que actuara como una especie de catalizador químico, elemental y siempre a mano que, mezclado con ciertas combinaciones, provocaba ciertas respuestas perfectamente identificables. Al parecer, ella era la que había descubierto a Piet. El señor Janin, excitado como lo estaría un cazador en un territorio desconocido, se había apresurado, de forma un tanto precipitada, a lanzar el ataque. Sin embargo, no pareció demasiado decepcionado al descubrir que aquélla no era su auténtica presa. Y no resultaba fácil contradecir sus generalizaciones, que él formulaba de antemano para ahorrar tiempo. Holandeses o alemanes, a él le daba igual, todo era agua útil para mover su molino. Tuve la sospecha de que, a pesar de todo, Piet aparecería en su nuevo libro, ataviado con una camisa parda inventada. Un escritor con la técnica del señor Janin no puede permitirse el lujo de despilfarrar nada.

Uno de los misterios se había resuelto, el otro, en cambio, era cada vez más profundo. Estuve dándole vueltas al asunto durante el resto de la velada. Si Janin no era Margot, entonces ¿quién era Margot? ¿Y dónde estaba? Parecía muy raro que dilapidara veinticuatro horas de esta manera, después de habernos obligado a organizar el viaje de Kuno con tanta prisa. «Seguro que va a presentarse mañana», pensé. Unos golpecitos en la puerta de la habitación interrumpieron mis meditaciones. Era Kuno, que quería saber si ya me había acostado porque tenía ganas de hablarme de Piet van Hoorn. Yo estaba medio dormido, pero no me vi capaz de decirle que no.

—Dime, por favor…, ¿no crees que se parece un poco a Tony?

—¿Tony?—Esa noche yo estaba atontado—. ¿Qué Tony?

Kuno me miró con una expresión de suave reproche.

—¿Cómo? Perdona…, me refiero a Tony, el del libro, claro está.

Sonreí.

—¿Crees que Tony se parece más a Piet que a Heinz?

—Oh, sí—Kuno se mostró muy contundente en lo que respecta a este punto—, mucho más.

Así que el pobre Heinz fue expulsado de la isla. Le di la razón con indiferencia, luego nos deseamos buenas noches.

A la mañana siguiente decidí realizar algunas investigaciones por mi cuenta. Mientras Kuno se encontraba en el salón charlando con los Van Hoorn, entablé conversación con el conserje.

Me aseguró que en aquel momento había muchos hombres de negocios llegados de París en el hotel. Algunos de ellos muy importantes.

—Por ejemplo, el señor Bernstein, propietario de varias fábricas. Es millonario… Mire, señor, precisamente ahora está allí, al lado del mostrador de recepción.

Apenas tuve tiempo de echar un vistazo a un hombre gordo y moreno cuyo rostro tenía una expresión similar a la de un niño malhumorado. Hasta entonces no lo había visto por allí. Cruzó las puertas del salón de fumadores llevando un fajo de cartas en la mano.

—¿Sabe usted si es propietario de una fábrica de vidrio?—pregunté.

—No sabría decírselo con seguridad, señor. Pero no me sorprendería en absoluto. Dicen que está metido en casi toda clase de negocios.

El día transcurrió sin más acontecimientos. Aquella tarde el señor Van Hoorn consiguió por fin convencer a su pudoroso sobrino para que saliera en compañía de algunas chicas polacas muy animadas. Fueron todos juntos a esquiar. No era algo que complaciera mucho a Kuno, pero aceptó la situación con su elegancia habitual. Parecía que la compañía del señor Van Hoorn le gustaba bastante. Los dos pasaron la tarde en el hotel.

Después del té, cuando salíamos del salón, nos topamos de bruces con el señor Bernstein. Pasó por nuestro lado sin mostrar el menor interés.

Aquella noche, acostado en mi cama, casi llegué a la conclusión de que Margot debía de ser una invención de la mente fantasiosa de Arthur. No alcanzaba a entender con qué propósito había sido creada, pero, de todos modos, me traía sin cuidado. Me encontraba muy a gusto en el hotel. Me lo estaba pasando bien, y en un par de días o tres habría aprendido a esquiar. Decidí que disfrutaría de mis vacaciones tanto como me fuera posible y, siguiendo el consejo de Arthur, olvidaría los motivos por los cuales había llegado hasta allí. Y

en lo que respecta a Kuno, mis temores habían demostrado ser infundados. No le habían estafado un solo céntimo. Así pues, no había nada de lo que preocuparse.

En la tarde del tercer día de nuestra estancia, Piet tomó la iniciativa y me propuso que fuéramos juntos a patinar al lago. Íbamos a ir solos. A la hora del almuerzo, yo ya me había dado cuenta de que el pobre muchacho estaba a punto de explotar. Estaba harto de su tío, de Kuno y de las chicas polacas. Necesitaba desahogarse con alguien y, de toda aquella pandilla, yo debí de parecerle el más capaz de mostrarse comprensivo. No habíamos hecho más que llegar a la pista de hielo cuando empezó a hablar. Me quedé atónito al descubrir lo mucho que podía hablar y con cuánta vehemencia.

¿Qué opinaba yo del lugar en el que estábamos?, me preguntó. ¿Acaso no me enfermaba todo aquel lujo? ¿Y qué decir de la gente? ¿Acaso no eran indescriptiblemente idiotas y repugnantes? ¿Cómo osaban comportarse de esa manera, cuando Europa se hallaba en semejante estado? ¿Es que carecían de toda decencia? Alternaban con un montón de judíos que estaban arruinando sus respectivos países, ¿acaso no sabían qué era el orgullo nacional? Y yo, ¿qué opinaba de todo ello?

—¿Y qué dice tu tío de todo esto?—le pregunté yo a mi vez, para evitar tener que responder.

Piet se encogió de hombros con expresión enfadada.

—Oh, mi tío… Mi tío no tiene el menor interés en la política. Lo único que le importa son sus viejos cuadros. Mi padre dice que es más francés que holandés.

Los estudios que Piet había cursado en Alemania habían hecho de él un ferviente fascista. Después de todo, el instinto del señor Janin no se había equivocado tanto. El joven era más pardo que los camisas pardas.

—Lo que mi país necesita es un hombre como Hitler. Un auténtico líder. Un pueblo sin ambiciones no merece existir. —Volvió hacia mí aquel rostro hermoso y sin gracia, y me miró con severidad—. Vosotros, con vuestro imperio, seguro que lo entendéis.

Pero yo me negué a entrar en su terreno.

—¿Viajas a menudo con tu tío?—le pregunté.

—No. De hecho, fue una sorpresa que me pidiera venir aquí con él. Y además, me lo dijo con muy pocos días de antelación, solamente una semana antes del viaje. Pero me gusta esquiar, y pensé que la estancia consistiría en algo primitivo y simple, como el viaje que hice con otros estudiantes la Navidad pasada. Fuimos al Riesengebirge. Cada mañana nos lavábamos con la nieve de un cubo. Hay que

aprender a fortalecer el cuerpo. En estos tiempos que corren, lo más importante es la autodisciplina…

—¿Qué día llegasteis aquí?—le interrumpí.

—Vamos a ver. Debe de haber sido el día anterior a vuestra llegada. —De pronto, Piet recordó algo. Su rostro se volvió más humano. Incluso sonrió—. Por cierto, había olvidado una cosa graciosa… Mi tío ardía en deseos de conocerte.

—¿Conocerme?, ¿a mí?

—Si…—Piet rio y luego se ruborizó—. De hecho, me pidió que tratara de descubrir quién eras.

—¿Eso hizo?

—Bueno, a él le parecía que eras el hijo de un amigo suyo, un inglés. Pero sólo había visto al hijo una vez y mucho tiempo atrás, así que no estaba seguro. Temía que te ofendieras si tú lo reconocías a él sin que él te reconociera a ti.

—Bueno, sin duda yo puse mi granito de arena para que pudiéramos conocernos, ¿verdad?

Los dos nos echamos a reír.

—Sí, lo hiciste.

—¡Ja, ja! ¡Qué divertido!

—Sí, es verdad, sí que es divertido.

Tardamos un rato en encontrar a Kuno y al señor Van Hoorn cuando regresamos al hotel para el té. Estaban juntos, sentados en un rincón remoto del salón de fumadores, a cierta distancia de los otros huéspedes. El señor Van Hoorn ya no se reía, hablaba en voz baja y tono serio, tenía los ojos clavados en el rostro de Kuno. Y el propio Kuno se mostraba tan solemne como un juez. Tuve la impresión de que el tema de aquella conversación le causaba perplejidad y una profunda turbación. Pero sólo fue una impresión y, además, transitoria. Tan pronto como el señor Van Hoorn se dio cuenta de que nos acercábamos, se puso a reír sonoramente y le dio un codazo a Kuno; como si acabaran de llegar al clímax de una historieta cómica. Kuno también se echó a reír, pero con menos entusiasmo.

—Bueno, bueno—exclamó el señor Van Hoorn—. Aquí están los chicos, hambrientos como lobos. ¿Será posible? Y nosotros, un par de vejestorios, hemos desperdiciado la tarde entera parloteando aquí dentro. ¡Santo cielo!, ¿de veras ya se ha hecho tan tarde? ¡Quiero tomar un té!

—Señor. Un telegrama para usted—dijo la voz de un botones justo detrás de mí. Me hice a un lado, dando por supuesto que se estaba dirigiendo a alguno de los otros. Pero no, el chico me alargó la bandeja de plata. No cabía error posible. En el sobre leí mi nombre.

—¡Ajá!—gritó el señor Van Hoorn—. Su novia está impaciente. Quiere que vuelva a su lado.

Rasgué el sobre y lo abrí. Desplegué el papel. El mensaje contenía sólo cuatro palabras: POR FAVOR, REGRESE INMEDIATAMENTE.

Lo leí varias veces. Sonreí.

—De hecho—le dije al señor Van Hoorn—, está usted en lo cierto. Quiere que vuelva.

La firma del telegrama rezaba: LUDWIG.

14

Algo le había sucedido a Arthur. Era obvio. Porque de otro modo, si hubiera querido algo de mí, él mismo habría mandado el mensaje. Dado que el telegrama venía firmado por Bayer, el lío en el que Arthur estaba metido, cualquiera que fuese, debía de tener algo que ver con el Partido. Y aquí tuve que poner punto final a mi razonamiento basado en suposiciones y posibilidades tan vagas e infinitas como la oscuridad que rodeaba mi tren. Echado en la litera, intenté dormir, pero no pude. El balanceo del vagón y el ruido metálico de las ruedas se acompasaban con los latidos excitados y ansiosos de mi corazón. Arthur, Bayer, Margot, Schmidt. Analicé el rompecabezas desde el principio, luego del derecho y del revés, y de todas las formas posibles. Aquello me mantuvo despierto toda la noche.

Era tan sólo la tarde del día siguiente pero a mí me daba la impresión de que habían pasado años cuando entré en el piso utilizando mi llave. Abrí rápidamente la puerta de mi habitación. Fräulein Schroeder estaba allí sentada, amodorrada en la mejor butaca. Se había quitado las zapatillas y sus pies, cubiertos con calcetines, descansaban en el escabel. Solía instalarse así cuando alguno de sus huéspedes se hallaba ausente. Se concedía a sí misma el regalo de soñar lo que sueñan la mayoría de patronas: que la totalidad del lugar le pertenecía.

Despertó y me divisó en la puerta de la habitación. De haber regresado yo de la tumba no habría lanzado un grito más desgarrador.

—¡Herr Bradshaw! ¡Qué susto me ha dado!

—Lo siento, Fräulein Schroeder. No, por favor, no se levante. ¿Dónde está Herr Norris?

—¿Herr Norris?—Aún estaba algo aturdida—. No lo sé, se lo aseguro. Dijo que regresaría sobre las siete.

—Entonces, ¿aún vive aquí?

—Pues claro, Herr Bradshaw, desde luego. ¡Vaya ocurrencia!—Fräulein Schroeder me miró con expresión atónita y ansiosa—. ¿Sucede algo? ¿Por qué no me hizo saber que iba a volver a casa antes de lo esperado? Había decidido hacer una limpieza a fondo de su habitación mañana.

—No se preocupe, no pasa nada. Todo tiene un aspecto estupendo. ¿Acaso Herr Norris se ha puesto enfermo?

—Por supuesto que no—la perplejidad de Fräulein Schroeder iba en aumento a cada segundo que pasaba—, es decir, si ha enfermado no me ha dicho una palabra al respecto. Se ha levantado y ha estado fuera desde la mañana hasta la medianoche cada día. ¿Le escribió él diciéndole que había enfermado?

—Oh, no. No lo ha hecho…, sólo que… Cuando me fui tuve la impresión de que estaba bastante pálido. ¿Me ha llamado alguien? ¿Hay algún mensaje para mí?

—No, Herr Bradshaw, nada. Usted mismo avisó a sus alumnos diciéndoles que estaría fuera hasta Año Nuevo. ¿Acaso no lo recuerda?

—Sí, por supuesto.

Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle húmeda y vacía. Pero no, no estaba vacía del todo. Un poco más abajo, en la esquina, había un hombre de pie. Era bajito, llevaba un sombrero de fieltro y un abrigo abotonado hasta el cuello. Caminaba despacio de un lado a otro, con las manos cruzadas a la espalda, como si estuviera esperando a su novia.

—¿Le preparo un poco de agua caliente?—preguntó Fräulein Schroeder con tacto. Me vi en el espejo. Estaba cansado, sucio, y no me había afeitado.

—No, gracias—le dije, sonriendo—. Antes tengo que ocuparme de un asunto. Estaré de vuelta más o menos en una hora. ¿Sería usted tan amable de calentarme el baño para entonces?

—Sí, Ludwig está aquí—me dijo la chica de la oficina de Wilhelmstrasse—. Pase y entre directamente.

Bayer no pareció en absoluto sorprendido de verme. Levantó los ojos de sus papeles con una sonrisa.

—Así que ya ha llegado usted, señor Bradshaw. Por favor, tome asiento. Espero que haya disfrutado de sus vacaciones.

Le sonreí.

—Bien, precisamente empezaba a…

—¿Cuando recibió mi telegrama? Lo siento, pero comprenda que era necesario. —Bayer hizo una pausa. Me miró con expresión pensativa, y luego continuó—: Señor Bradshaw, me temo que lo que voy a decir puede resultarle desagradable. Pero no estaría bien que siguiera usted ignorando la verdad por más tiempo.

Yo podía oír el tictac del reloj en alguna parte de la habitación; todo parecía haberse vuelto muy silencioso. El corazón me golpeaba inquieto la caja torácica. Supongo que intuía lo que iba a venir a continuación.

—¿Fue usted a Suiza—siguió preguntando Bayer—con un tal barón Pregnitz?

—Correcto. Sí.

Me humedecí los labios con la lengua.

—Ahora debo hacerle una pregunta que podría parecer una grave intromisión en sus asuntos privados. Por favor, no se ofenda. Si lo desea, no me conteste, ¿de acuerdo?

Se me había secado la garganta. Intenté aclarármela y proferí un sonido rasposo y muy fuerte.

—Le contestaré cualquier pregunta que quiera hacerme—le dije con voz más bien ronca.

Los ojos de Bayer brillaron de aprobación. Se inclinó hacia mí por encima de su escritorio.

—Me alegro de que adopte usted esta actitud, señor Bradshaw… Desea usted ayudarnos. Eso es bueno… Y ahora, por favor, cuénteme: según Norris, ¿cuál era la razón por la que usted debía viajar a Suiza con el barón Pregnitz?

Escuché de nuevo el tictac del reloj. Bayer había apoyado los codos sobre la mesa y me miraba con una expresión de benevolencia atenta y alentadora. Me aclaré la garganta por segunda vez.

—Bueno—comencé—, en primer lugar, debe saber que…

Era una historia larga y absurda, y tuve la impresión de que tardaba horas en contarla. Hasta entonces no me había dado cuenta de cuán extravagantes y despreciables parecían algunos detalles. Me sentí horriblemente avergonzado de mí mismo, me ruboricé, intenté mostrarme gracioso y fracasé estrepitosamente; defendí y ataqué mi causa alternativamente, y me abstuve de narrar ciertos pasajes sólo para soltarlos impulsivamente un momento después, bajo la mirada neutra e inquisitiva de los amables ojos de Bayer. Toda la historia parecía una confesión completa de mis flaquezas, una confesión hecha a aquel hombre atento y silencioso. Jamás, en toda mi vida, me había sentido tan humillado.

Cuando por fin acabé, Bayer esbozó un leve movimiento.

—Muchas gracias señor Bradshaw. Puede que ya lo haya adivinado usted, pero todo lo que me cuenta se parece mucho a lo que ya suponíamos… Nuestros colegas de París conocen muy bien a este señor Van Hoorn. Es un hombre inteligente. Nos ha causado muchos problemas.

—¿Quiere usted decir que es un agente de la policía?

—Sí, aunque oficiosamente. Recaba información de toda clase y la vende a quien esté dispuesto a pagar por ella. Hay muchos que se dedican a lo mismo, pero la mayoría son bastante incompetentes y no representan ningún peligro.

—Comprendo. ¿Y el señor Van Hoorn ha estado usando a Norris para conseguir información?

—En efecto. Así es.

—Pero ¿cómo demonios se las arregló para que Norris lo ayudara? ¿Qué historia le contó? Me resulta asombroso que Norris no albergara ninguna sospecha.

Pese a su expresión seria, los ojos de Bayer chispearon; se estaba divirtiendo.

—Yo aún diría más, cabe la posibilidad de que Norris albergara muchas sospechas. No, señor Bradshaw. Me ha malinterpretado. Yo no he dicho que el señor van Hoorn engañara a Norris. En realidad, no tenía ninguna necesidad de hacerlo.

—¿Ninguna necesidad?—repetí estúpidamente.

—Ninguna necesidad, no… Norris era perfectamente consciente de lo que buscaba Van Hoorn. Se entendían a la perfección. De hecho, desde su regreso a Alemania, Norris ha estado recibiendo ciertas cantidades de dinero con regularidad. El dinero procedía del servicio secreto francés, y van Hoorn era el intermediario.

—¡No puedo creerlo!

—Aunque no lo crea, es la verdad. Puedo enseñarle pruebas, si lo desea. Han pagado a Norris para que nos espiara y luego los informara sobre nuestros planes y movimientos. —Bayer sonrió y alzó la mano, como para anticiparse a cualquier protesta por mi parte—. Todo esto no es tan dramático como parece. La información que Norris filtraba carecía de importancia. Contrariamente a lo que dicen de nosotros la prensa capitalista y las novelas policíacas, nuestro movimiento no necesita organizar grandes complots. Actuamos a la luz del día. Resulta muy fácil saber qué hacemos. A lo mejor Norris ha tenido la posibilidad de dar a sus amigos los nombres de algunos de los mensajeros que hacen normalmente la ruta entre Berlín y París. Y, quizá, también les haya podido dar algunas direcciones. Pero, en cualquier caso, eso habría sido tan sólo al principio.

—¿Quiere decir que usted ya sabía todo esto desde hace mucho tiempo?—Apenas si reconocí el sonido de mi propia voz.

Bayer sonrió, radiante.

—Pues sí. Desde hace bastante tiempo. —Su tono de voz era tranquilizador—. Es más, Norris incluso nos ha resultado de gran ayuda, aunque de modo involuntario. Algunas veces lo hemos utilizado como canal para difundir información falsa entre nuestros oponentes.

A una velocidad desconcertante, el rompecabezas empezaba a encajar en mi cerebro. Tuve un destello de comprensión y añadí otra pieza. Me acordé de la mañana siguiente al día de las elecciones.

Bayer, en este mismo despacho, alargándole a Arthur el paquete sellado que estaba en su escritorio.

—Sí… Ahora lo entiendo…

—Mi querido señor Bradshaw—el tono de voz de Bayer era amable, casi paternal—, por favor, no se preocupe demasiado. Yo sé que Norris es amigo suyo. Fíjese que no le he contado esta historia para atacarlo como persona, porque las vidas privadas no nos interesan. Todos estamos convencidos de que usted no sabía absolutamente nada del asunto. Usted ha actuado de absoluta buena fe con nosotros. Me habría gustado que ése hubiera mantenido ignorante respecto a este asunto.

—Pero hay algo que aún no entiendo, ¿por qué Pregnitz…?

—Sí, ahora iba a explicárselo… Mire, Norris comprendió que sus informes no valían lo suficiente, pues a menudo eran incompletos, incluso falsos. En suma, ya no podía satisfacer las demandas de sus amigos de París. Fue entonces cuando le propuso a Van Hoorn un encuentro con Pregnitz.

—¿Y qué hay de la fábrica de vidrio?

—Sólo existe en la imaginación de Norris. En esta materia se aprovechó bien de su falta de experiencia, señor Bradshaw. La fábrica de vidrio no era la razón por la que Van Hoorn le pagó a usted los gastos de viaje a Suiza. El barón Pregnitz es un político, no un hombre de negocios.

—¿Quiere usted decir que…?

—Sí, esto es lo que quería decir. Pregnitz tiene acceso a muchos de los secretos del Gobierno alemán. Puede conseguir copias de mapas, de planos y de documentos privados por los que los jefes de Van Hoorn pagarían mucho dinero. Puede que Pregnitz se vea tentado a colaborar. Pero eso a nosotros no nos concierne. Lo único que queríamos era prevenirlo a usted, y en persona, no sea que uno de estos días se encuentre, sin saber cómo ni por qué, con que lo meten en la cárcel por alta traición.

—¡Dios mío!… ¿Y cómo demonios ha conseguido usted enterarse de todo el asunto?

Bayer sonrió.

—¿Cree que nosotros también tenemos nuestros espías? Pues no. No necesariamente. Toda esta clase de información se puede obtener con facilidad de la propia policía.

—Entonces, ¿la policía lo sabe?

—No creo que tengan una absoluta seguridad al respecto. Pero desde luego albergan muchas sospechas. Dos de ellos vinieron aquí para interrogarnos sobre Norris, Pregnitz y usted mismo. Por las preguntas que hicieron, pude deducir muchas cosas. Creo que

conseguimos convencerlos de que usted no es un peligroso conspirador. —Bayer sonrió—. De todos modos, creí que lo más sensato sería mandarle un telegrama de inmediato, para que no se implicara más a fondo.

—Fue muy amable por su parte preocuparse de lo que pudiera pasarme.

—Siempre tratamos de ayudar a quienes nos ayudan, aunque, por desgracia, algunas veces no es posible. ¿Ha visto ya a Norris?

—No. No estaba en casa cuando llegué.

—¿No estaba? Excelente. Es mejor que sea usted en persona quien le explique todas estas cosas. Hace una semana que no ha pasado por aquí. Por favor, dígale que no queremos causarle ningún perjuicio, pero que lo mejor para él sería abandonar Alemania de inmediato. Y también avísele de que la policía lo mantiene bajo vigilancia. Estoy seguro de que abren todas las cartas que recibe o que escribe.

—De acuerdo—repliqué—, se lo diré.

—¿Se lo dirá? Eso está bien. —Bayer se levantó—. Y por favor, señor Bradshaw, no se fustigue. Quizá se ha comportado usted como un tonto. No importa, todos hemos sido muy, muy tontos alguna vez. No ha hecho nada de lo que deba avergonzarse. Creo que a partir de ahora será un poco más cuidadoso a la hora de entablar amistades, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto.

Bayer sonrió. Me dio unas palmadas alentadoras en el hombro.

—Entonces lo que tiene que hacer ahora es olvidarse de este desagradable asunto. ¿Le agradaría hacer algún otro trabajo para nosotros próximamente? Excelente… ¿Y le dirá a Norris lo que le acabo de explicar, ¿verdad? Adiós.

—Adiós.

Supongo que le estreché la mano, y luego salí del edificio por el lugar acostumbrado. Debí de comportarme de forma bastante natural pues nadie, en la oficina, me miró. Sólo me descompuse cuando llegué a la calle. Comencé a correr. De repente, tenía una prisa terrible. Quería acabar con aquello, cuanto antes.

Pasó un taxi. Me metí dentro antes de que el conductor hubiera tenido tiempo de frenar.

—Conduzca tan rápido como pueda—le dije.

Derrapamos sorteando el tráfico. Había llovido y el asfalto resbalaba a causa del fango. Los faroles de la calle ya estaban encendidos, oscurecía. Encendí un cigarrillo y lo tiré después de darle un par de caladas. Me temblaban las manos, por lo demás mi calma era perfecta. No estaba enfadado, ni siquiera asqueado; nada. El rompecabezas encajaba a la perfección. Si quería, ahora podía verlo

en su totalidad. Bastaba con una simple mirada: conformaba un cuadro vívido y compacto. Pensé que lo único que quería era terminar con el asunto. De inmediato.

Arthur ya había regresado. Asomó por la puerta de su dormitorio en cuanto abrí la puerta de entrada del piso.

—¡Entra, hijo! ¡Entra! ¡Qué sorpresa tan agradable! Cuando Fräulein Schroeder me dijo que habías regresado, apenas podía creerlo. ¿Qué es lo que te ha hecho regresar tan pronto? ¿Acaso echabas de menos Berlín? ¿O es que suspirabas por mi compañía? Por favor, dime que se trata de eso. Aquí todos te hemos echado mucho de menos. Sin ti, la cena de Navidad no tuvo sabor a nada. Así es. Pero debo decirte que no tienes tan buen aspecto como yo habría esperado. ¿Quizá estás cansado después del viaje? Siéntate aquí. ¿Has tomado ya el té? Deja que te traiga un vaso de algo para referescarte.

—No, gracias, Arthur.

—¿No quieres? Bien, bien…, quizá más tarde cambies de opinión. ¿Y cómo estaba nuestro amigo Pregnitz cuando lo dejaste? Espero que en plena forma.

—Sí. Está bien.

—Me alegra oírlo. Me alegro mucho. Y ahora, William, debo felicitarte de todo corazón por tu tacto y por el admirable talento con el que has cumplido tu pequeña misión. Margot estaba más que satisfecho. Y te aseguro que es una persona muy especial, muy difícil de contentar…

—Entonces, ¿has tenido noticias suyas?

—Oh, sí. Esta mañana recibí un largo telegrama. El dinero llegará mañana. Y de Margot, debo decir que es en extremo correcto y puntual con estos temas. Uno siempre puede confiar en él.

—¿Significa eso que Kuno ya ha aceptado?

—No, por desgracia, aún no. Estos asuntos no se resuelven en un día. Pero Margot se ha mostrado claramente esperanzado. Parece que al principio Pregnitz era un poco reacio, se resistía a dejarse persuadir. No acababa de ver claro qué ventajas podía obtener su empresa con esta transacción. Sin embargo, ahora ya está definitivamente interesado. Por supuesto, pide tiempo para pensarlo. Pero entretanto, tal y como acordamos, yo recibiré la mitad de mi parte. Y me congratulo de poder decir que es más que suficiente para cubrir los gastos de mi viaje. Así que ya me he liberado de este peso. Y en lo que se refiere al resto del dinero, tengo la íntima convicción de que Pregnitz acabará por aceptar un acuerdo.

—Si…, supongo que todos lo hacen.

—Pues sí, casi todos…—Arthur asintió con expresión ausente, pero

un instante después se dio cuenta de que había algo raro en mi tono.

—Creo, William, que no acabo de entender qué quieres decir.

—¿Ah, no? Te lo diré con toda claridad: supongo que Van Hoorn suele tener éxito cuando se trata de conseguir que la gente le venda lo que él desea comprar, sea lo que sea. ¿No es así?

—Bueno. No creo que este asunto pueda describirse como una venta. Creo que ya te dije que…

—Arthur—le interrumpí con desgana—, ya no hay necesidad de que mientas. Lo sé todo.

—Oh—empezó a decir, y luego calló. La conmoción parecía haberle cortado el aliento. Se dejó caer pesadamente en una silla, y se contempló las uñas visiblemente consternado.

—Supongo que en el fondo todo es culpa mía. Fue una absoluta tontería por mi parte confiar en ti. Y para hacerte justicia, debo decir que tú mismo me insinuaste, a modo de advertencia, que no lo hiciera.

Arthur levantó los ojos y me lanzó una rápida mirada; parecía un spaniel esperando recibir una tanda de latigazos. Sus labios se movieron, pero no habló. Un profundo hoyuelo apareció en su mentón durante un segundo. Se rascó la mandíbula inferior con un gesto furtivo y, de inmediato, apartó la mano, como si tuviera miedo de que el gesto fuera a molestarme.

—Debería haber sabido que tarde o temprano encontrarías la forma de utilizarme, aunque fuera tan sólo como señuelo. Tú siempre encuentras la manera de utilizar a todo el mundo, ¿no es cierto? Maldita sea, si termino aterrizando en la cárcel lo tendré bien merecido.

—William, te doy mi palabra de honor de que nunca…

—No voy a fingir—continué diciéndole—que me interesa lo que pueda pasarle a Kuno, porque me importa un comino. Si es tan tonto como para meterse en este lío, ya sabe qué puede pasarle… Pero te diré algo, Arthur. Si cualquier persona, que no fuera Bayer, me hubiera dicho que estabas jugando sucio con el Partido, yo le habría replicado que era un maldito mentiroso. Supongo que estas palabras te parecerán puro sentimentalismo por mi parte.

Al oír aquel nombre, Arthur sufrió un visible sobresalto.

—Entonces, ¿Bayer lo sabe?

—Desde luego.

—Ay, señor, ay, señor…

Parecía haberse derrumbado, como un espantapájaros bajo la lluvia. No se había afeitado, y sus mejillas flojas palidecieron y se cubrieron de manchas mientras los labios dibujaban una mueca desdichada.

—Nunca le dije a Van Hoorn nada que revistiera una auténtica

importancia, William. Te juro que no lo hice.

—Lo sé. Nunca tuviste la oportunidad. Me da la impresión de que ni siquiera sirves como delincuente.

—Hijo, no te enfades conmigo. Es más de lo que puedo soportar.

—No estoy enfadado contigo. Estoy enfadado conmigo mismo por haber sido tan idiota. Porque debes saber que yo te consideraba un amigo.

—No te pido que me perdones—me dijo Arthur, con expresión humilde—. Por supuesto, nunca me vas a perdonar. Pero tampoco me juzgues con demasiada severidad. Eres joven. Tus principios son muy estrictos. Cuando llegues a mi edad quizá veas las cosas de modo distinto. Es muy fácil condenar algo cuando a uno no le pasa por delante la tentación. Recuerda lo que te digo.

—Yo no te juzgo. Y en lo que se refiere a mis principios, si es que tenía alguno, tú has acabado con ellos de modo radical. Supongo que tienes razón. En tu lugar, probablemente yo habría hecho exactamente lo mismo.

—¿Lo ves?—Arthur se aferró con entusiasmo a aquella pequeña ventaja—. Sabía que acabarías por verlo bajo esta luz.

—No quiero verlo bajo ninguna luz. Estoy absolutamente harto de todo este maldito asunto… Por Dios, lo que quisiera es que te fueras a alguna parte, a algún lugar donde jamás vuelva a verte.

Arthur suspiró.

—Qué duro eres conmigo, William, no me lo esperaba. Siempre pensé que eras de naturaleza comprensiva.

—Y supongo que contabas con ello, ¿no? Bien, ahora descubrirás que a los débiles, los engaños los afectan más que al resto. Y lo sienten más porque piensan que ellos son los únicos culpables.

—Por supuesto, lo que dices está perfectamente justificado. Y merezco todas estas palabras tan poco amables. No me las ahorres. Pero te prometo, del modo más solemne, que jamás se me cruzó por la cabeza la idea de que te estaba implicando, ni lo más mínimo, en alguna clase de delito. Y fíjate, todo ha salido exactamente como nosotros lo planeamos. A fin de cuentas, no corríamos ningún riesgo con ello.

—Corríamos mucho más riesgo del que tú crees. La policía lo sabía todo sobre nuestra pequeña expedición antes incluso de salir de viaje.

—¿La policía? William, ¿no estarás hablando en serio?

—Y tú no pensarás que estoy tratando de ser gracioso, ¿verdad? Bayer me pidió que te avisara. La policía se presentó en sus oficinas y estuvo haciendo preguntas.

—¡Dios mío…!

Los últimos restos de firmeza abandonaron a Arthur. Allí estaba,

sentado, con los ojos brillando de terror y el aspecto de una bolsa de papel arrugada.

—Pero no es posible que…

Me acerqué a la ventana.

—Acércate y mira, si no me crees. Aún está ahí.

—¿Quién está aún ahí?

—El detective que vigila esta casa.

Sin decir palabra, Arthur se apresuró a ponerse a mi lado, en la ventana. Miró con atención al hombre que llevaba el abrigo abotonado hasta arriba.

Luego volvió lentamente a la silla. De pronto parecía mucho más tranquilo.

—¿Qué voy a hacer?—hablaba como si pensara en voz alta más que dirigiéndose a mí.

—Está claro, desaparecer en cuanto te llegue el dinero que esperas.

—Van a arrestarme, William.

—No, no lo harán. De haber querido, ya lo habrían hecho. Bayer dice que han estado leyendo todas tus cartas… Y además, cree que aún no están absolutamente seguros de lo que saben.

Arthur permaneció en silencio, ponderando mis palabras durante unos minutos. Levantó los ojos y me miró nervioso, suplicante.

—Entonces, no vas a…—y se interrumpió.

—¿No voy a… qué?

—A contárselo. Bueno, a contarles todo lo que sabes.

—¡Por el amor de Dios, Arthur!—Prácticamente me quedé sin aliento—. Dime, ¿por quién me has tomado?

—No, claro, hijo… Perdóname. Debí de haber sabido que…—Arthur tosió arrepentido—. Sólo que, por un momento, tuve miedo. Ten en cuenta que quizá ofrezcan una recompensa bastante sustanciosa…

Durante varios segundos me quedé por completo sin habla.

Raras veces, en mi vida, me había sentido tan conmocionado. Boquiabierto, lo miré con una mezcla de furia y diversión, de curiosidad y asco. Sus ojos buscaron los míos con timidez. No había duda posible al respecto. Estaba sinceramente convencido de no haber dicho nada que pudiera sorprenderme u ofenderme. Por fin recuperé la voz.

—Bien, ¡por todos los…!

Pero mi exabrupto quedó interrumpido por una violenta sucesión de golpes en la puerta del dormitorio.

—¡Herr Bradshaw! ¡Herr Bradshaw!—Fräulein Schroeder estaba presa de una frenética agitación—. El agua está hirviendo y no puedo

abrir el grifo. ¡Venga rápido, ahora mismo, o saltaremos todos por los aires!

—Hablaremos de este asunto más tarde—le dije a Arthur, y salí corriendo de la habitación.

15

Tres cuartos de hora después, ya lavado y afeitado, regresé a la habitación de Arthur. Lo encontré de pie. Refugiado tras los visillos de encaje, miraba cautelosamente hacia la calle.

—Ahora hay uno distinto, William—me dijo—. Hace cinco minutos que vino a relevar al otro.

Su voz era alegre, parecía disfrutar de la situación. Me situé junto a él en la ventana. Lo que decía era cierto. Un hombre alto que llevaba un sombrero hongo había sustituido a su colega. Ahora era él quien se dedicaba a la ingrata tarea de aguardar a su invisible novia.

—Pobre tipo—dijo Arthur entre risitas—, parece estar pasando un frio tremendo, ¿verdad? ¿Crees que se ofendería si le hago bajar un frasco de medicina lleno de whisky, junto con mi tarjeta de visita?

—Quizá no le vería la gracia al asunto.

Resultaba extraño, pero quien se sentía más incómodo era yo. Con un desparpajo indecente, Arthur parecía haber olvidado todas las cosas desagradables que yo le había dicho hacía menos de una hora. Me trataba con absoluta naturalidad, como si no hubiera pasado nada. Sentí que me enfadaba de nuevo. En el baño, me había ablandado. Lamenté la crueldad de algunas de mis palabras, me arrepentí de otras por gazmoñas o rencorosas. En definitiva, había estado dándole vueltas a la posibilidad de una reconciliación parcial, auspiciada por la magnanimidad. Pero, por supuesto, quien debía dar los primeros pasos era Arthur. Y en lugar de hacerlo, ahí estaba, abriendo su mueble bar con un gesto suave y el aire hospitalario de siempre.

—En cualquier caso, espero que no rechaces tomar algo conmigo, ¿verdad, William? Te abrirá el apetito para la cena.

—No, gracias.

Traté de que mi tono de voz fuera severo, pero tan sólo sonó malhumorado. La cara de Arthur se descompuso al instante. Me di cuenta de que sus modales desenvueltos habían sido un mero experimento. Lanzó un profundo suspiro, resignado y dispuesto a asumir más penitencias. A continuación adoptó la expresión lúgubre, hipócrita y discreta de quien asiste a un funeral de primera clase. Semejante actitud iba tan poco con él que, pese a mis esfuerzos, no

pude evitar sonreír.

—Es inútil, Arthur. ¡No consigo estar enfadado de veras!

La prudencia le impidió responder a mis palabras y se limitó a esbozar una sonrisa muy astuta. Esta vez no iba a arriesgarse con una reacción demasiado precipitada.

—Supongo—continué yo, en tono reflexivo—que cuando, al final, te descubren, nadie se enfada nunca de verdad contigo. ¿Estoy en lo cierto?

Arthur no simuló malinterpretarme. Se inspeccionó tímidamente las uñas.

—Por desgracia, no todo el mundo tiene un carácter tan generoso como el tuyo, William.

Era inútil. Habíamos vuelto a caer en nuestro juego verbal. Elegantemente, había esquivado aquel momento de franqueza que habría podido salvar nuestra relación. La sensibilidad oriental de Arthur rehuía la verdad pura y dura y las confesiones directas y saludables al estilo moderno del «todo vale». En lugar de eso, me dedicó un cumplido. Y aquí estábamos, como tantas otras veces anteriormente, al borde de la línea, casi visible, que separaba nuestros dos mundos. Ya nunca la cruzaríamos. Yo no era ni lo bastante maduro ni lo suficientemente sutil como para dar con la forma de acercarme a él. Hubo una pausa incómoda, durante la cual Arthur trajinó en el mueble bar.

—¿Estás seguro de que no quieres una gotita de coñac?

Suspiré. Me rendí y sonreí.

—De acuerdo. Tomaré un poco. Gracias.

Brindamos y bebimos ceremoniosamente. Arthur emitió un chasquido con los labios sin disimular su satisfacción. Creía que habíamos llevado a cabo un acto simbólico: una reconciliación o, en cualquier caso, una tregua. Pero no era así, al menos yo no era capaz de sentirlo así. Los hechos, desagradables y sucios, seguían allí, justo bajo nuestras narices, y ni el coñac conseguiría borrarlos.

Por el momento, Arthur, sublime, parecía ignorar su existencia. Yo me alegré. Sentí un súbito deseo de protegerlo, de evitar que se diera cuenta de lo que había hecho. Los remordimientos no están hechos para las personas mayores. Cuando se ven presa de ellos, el sentimiento no los redime ni les levanta el ánimo, tan sólo los degrada y los hace desgraciados, igual que si padecieran una enfermedad de la vejiga. Arthur no debía arrepentirse jamás. De todos modos, no parecía probable que fuera a hacerlo.

—Salgamos a cenar—le dije yo.

Tenía la sensación de que aquella habitación era un lugar de mal agüero; cuanto antes saliéramos, mejor. Arthur lanzó una mirada

involuntaria en dirección a la ventana.

—William, ¿crees que Fräulein Schroeder nos haría unos huevos revueltos? No me apetece salir ahora.

—Al contrario, Arthur, lo que tenemos que hacer es salir. No seas tonto. Debes comportarte con la máxima normalidad posible, de lo contrario creerán que estás tramando algún plan. Además, piensa en el desgraciado de ahí afuera. Lo aburrido que debe de ser para él. Si nosotros salimos, quizá él también pueda comer algo.

—Bueno—aceptó Arhur en tono dubitativo—. Debo confesar que no se me habría ocurrido verlo así. Pero si estás seguro de que salir es sensato…

Saber que te sigue un detective produce una curiosa sensación. Muy en especial si, como en este caso, uno no tiene ningunas ganas de burlarlo. Al salir a la calle, al lado de Arthur, me sentí como un primer ministro saliendo del Parlamento al lado del presidente de la nación. El hombre del sombrero hongo debía de ser novato en el oficio o estaba harto de su trabajo, pues lo cierto es que no hizo ningún intento por pasar desapercibido. Estaba de pie, en medio del círculo de luz que proyectaba el farol, y no dejaba de mirarnos. Una especie de pervertido sentido de la cortesía me impidió girar la cabeza y echar un vistazo por encima del hombro para comprobar si nos estaba siguiendo. La incomodidad de Arthur saltaba a la vista. Tenía el pescuezo hundido en el cuerpo, como un telescopio plegado, de modo que el cuello del abrigo le ocultaba tres cuartas partes del rostro. Andaba igual que un asesino alejándose del cadáver. Pronto percibí que, inconscientemente, yo iba ajustando el ritmo de mis pasos. Tan pronto me apresuraba, siguiendo un instintivo deseo de huir de nuestro perseguidor, como ralentizaba, no fuera que nos alejáramos demasiado dejándolo definitivamente atrás. Arthur y yo no intercambiamos una sola palabra durante todo el trayecto hasta el restaurante.

Apenas acabábamos de sentarnos cuando el detective entró en el establecimiento. Sin lanzar una sola mirada en nuestra dirección, fue hacia la barra del bar. Pronto estuvo instalado, comiendo una salchicha hervida y bebiendo un vaso de limonada con aire taciturno.

—Supongo—dije—que no les está permitido beber cerveza cuando están de servicio.

—¡Shhhh, William!—se rio nerviosamente Arthur—. ¡Te va a oír!

—No me importa que me oiga. No puede arrestarme por burlarme de él.

De todos modos, el poder soterrado que tiene la educación que uno ha recibido es tal que bajé la voz hasta casi convertirla en un mero murmullo.

—Imagino que le pagan los gastos. Creo que deberíamos haberle regalado una cena en el Montmartre.

—O ir a la ópera.

—Sería más divertido ir a la iglesia.

Nos echamos a reír al unísono, éramos como dos chicos burlándose de su maestro. No sé si el hombre alto alcanzaba a oír nuestros comentarios, pero los sobrellevaba con considerable dignidad. Veíamos su rostro de perfil, tenía una expresión melancólica y pensativa, casi filosófica, como si estuviera componiendo un poema. Cuando se terminó la salchicha pidió una ensalada italiana.

Seguimos con nuestras bromas durante toda la cena. De forma premeditada, las prolongué tanto como me fue posible y creo que Arthur hizo lo mismo. Tácitamente, nos ayudábamos el uno al otro. Ambos temíamos los momentos de silencio. Un silencio demasiado elocuente. Y entre nosotros había ya muy poco de qué hablar. Abandonamos el restaurante en cuanto pasó un tiempo razonable, acompañados por nuestro perseguidor, que nos siguió hasta casa y, como si fuera nuestra enfermera, se quedó de guardia hasta vernos acostados. Desde la ventana de la habitación de Arthur, lo contemplamos mientras retornaba a su anterior posición bajo el farol que estaba al otro lado de la calle.

—¿Cuánto tiempo crees que se va a quedar aquí?—me preguntó Arthur con expresión ansiosa.

—Toda la noche, probablemente.

—Ay, Dios. Espero que no. Si lo hace, no podré pegar ojo.

—Si apareces en la ventana con el pijama, quizá se vaya.

—De veras, William. No me veo haciendo algo tan impúdico. —Arthur reprimió un bostezo.

—Bueno—dije torpemente—, creo que ya me voy a la cama.

—Hijo mío, eso es, precisamente, lo que iba a sugerirte. —Con expresión ausente se agarró el mentón entre el pulgar y el índice, echó una distraída mirada a la habitación y luego, con una simplicidad exenta de cualquier atisbo de ironía, añadió—: Ambos hemos tenido un día agotador.

De todas maneras, a la mañana siguiente no hubo tiempo para que nos sintiéramos incómodos. Teníamos demasiadas cosas que hacer. En cuanto el cráneo de Arthur quedó libre de las manos del barbero, fui a su habitación, aún en batín, para charlar con él. Para entonces, el que estaba de servicio era el detective menudo del abrigo abotonado. Arthur admitió que no tenía ni idea de si alguno de los dos había pasado la noche de guardia frente a la casa. Después de todo, la compasión no había conseguido perturbar su sueño.

Por supuesto, nuestra primera preocupación era decidir el destino de Arthur. Se imponía ir a la agencia de viajes más cercana para indagar sobre posibles barcos y rutas. Finalmente, Arthur había descartado la idea de quedarse en Europa.

—Por muy doloroso que sea irme lejos, necesito un cambio radical de aires. Aquí me siento encerrado, constreñido por todas partes. Cuando te hagas mayor, William, te darás cuenta de que el mundo se te hace pequeño. Las fronteras parecen ir cercándote, hasta que tienes la impresión de que ya no puedes respirar.

—Debe de ser de una sensación muy desagradable.

—Lo es—suspiró Arthur—, desde luego que lo es. Puede que sea porque en este momento estoy algo abrumado, pero te confieso que, para mí, los países de Europa ya no son otra cosa que una serie de ratoneras. El queso es de mejor calidad en algunas, pero eso es lo único que las diferencia.

A continuación, hablamos sobre quién de los dos debía ir a hacer las indagaciones. Arthur se mostraba muy reacio a hacer la gestión.

—Pero, William, si voy yo en persona seguro que nuestro amigo de ahí abajo me sigue.

—Pues claro que lo hará. Esto es, precisamente, lo que queremos. Tan pronto como las autoridades comprendan que tienes intención de desaparecer, se quedarán tranquilas. Estoy convencido de que lo que más desean es que les des la espalda.

Pero a Arthur seguía sin agradarle la idea. Este tipo de estrategia era contraria a su instinto, que siempre tendía al secretismo.

—Me parece una auténtica indecencia—añadió.

—Mira, Arthur—le dije yo, ladinamente—, si de veras quieres que vaya yo, iré. Pero sólo con una condición: que mientras yo esté fuera, tú le des la noticia de tu partida a Fräulein Schroeder.

—Hijo, de verdad… No. No podría hacer eso, de ninguna manera. Muy bien, que sea como tú quieres pues…

Media hora más tarde lo vi aparecer en la calle desde mi ventana. En apariencia, el detective no prestó la menor atención a su salida, estaba ocupado leyendo las placas de metal que había en la entrada del edificio situado frente a nuestra casa. Arthur emprendió su camino a paso vivo, sin mirar a derecha ni a izquierda. Me recordó al hombre de aquel poema, que teme avistar, aunque sólo sea por un instante, al demonio que le viene pisando los talones. El detective siguió estudiando los nombres de las placas con gran interés. Por fin, cuando su ceguera simulada empezaba ya a exasperarme, se irguió, dejó al descubierto su reloj de pulsera y lo contempló con evidente sorpresa. Luego vaciló, pareció reflexionar y, por fin, se alejó a pasos rápidos e impacientes, como si fuera un hombre que ha estado demasiado

tiempo esperando a alguien. Contemplé, con admiración divertida, como se alejaba y empequeñecía hasta desaparecer. Era un artista.

Pero, entretanto, yo tenía mi propia e ingrata tarea que cumplir. Encontré a Fräulein Schroeder en el salón. Como cada mañana de su vida, estaba echando las cartas para saber qué le depararía el día. No valía la pena andarse con subterfugios.

—Fräulein Schroeder, Herr Norris acaba de recibir malas noticias. Tendrá que abandonar Berlín de inmediato. Me ha pedido que le diga que…—Callé, me sentía espantosamente incómodo, tragué saliva y hablé con precipitación—: Me ha pedido que le diga que… le gustaría dejarle pagada la habitación, para enero y también todo febrero…

Fräulein Schroeder se quedó callada.

Y yo concluí, en tono débil:

—… dado que se ve obligado a irse avisando con tan poca antelación.

No levantó los ojos. Escuché un ruido sofocado y una gruesa lágrima cayó sobre una de las cartas de la mesa. También yo estaba a punto de echarme a llorar.

—Quizá—le dije cobardemente—sea sólo durante unos pocos meses. Puede que regrese…

Pero Fräulein Schroeder o bien no me oyó o bien no creyó lo que le estaba diciendo. Sus sollozos redoblaron, no hizo ningún intento de reprimirlos. Quizá la partida de Arthur fuera la gota que colmaba el vaso. Había empezado a llorar y, ya puestos, había mucho por lo que llorar. Las deudas atrasadas de alquileres e impuestos, las facturas que no podía pagar, la grosería con que la trataba el carbonero, sus dolores de espalda, el calentador de agua, sus forúnculos, su pobreza, su soledad, su muerte, que se acercaba lentamente. Era espantoso escucharla. Me puse a deambular por la habitación, palpando los muebles con nerviosismo, el malestar me tenía totalmente en trance.

—No pasa nada, Fräulein Schroeder…, no pasa nada. De verdad, es…, no, por favor…

Por fin dejó de llorar. Se secó los ojos con la esquina del mantel y suspiró profundamente. Sus ojos hinchados se desplazaron sobre las cartas desplegadas. Y exclamó, en una suerte de tono de lúgubre triunfo:

—Bueno, yo nunca… ¡Fíjese en esto, Herr Bradshaw! ¡El as de espadas… vuelto al revés! Debía de haber imaginado que iba a suceder algo así. Las cartas nunca se equivocan.

Más o menos una hora después, Arthur regresó de la agencia de viajes en taxi. En las manos llevaba fajos de papeles y de folletos ilustrados. Parecía cansado y deprimido.

—¿Cómo fue la cosa?—le pregunté.

—Dame tiempo, William. Dame un poco de tiempo…, estoy sin aliento.

Se dejó caer pesadamente en una silla y se abanicó con el sombrero. Yo me dirigí a la ventana y miré hacia la calle. El detective no estaba en su lugar de vigilancia habitual. Sin embargo, al girar la cabeza hacia la izquierda lo vi. Estaba un poco más abajo, estudiando los productos de una tienda de ultramarinos.

—¿Ya ha regresado?—inquirió Arthur.

Asentí con la cabeza.

—¿De veras? Mal que me pese debo admitir que este joven caballero se toma su desagradable profesión muy a pecho… ¿Sabes, William? Tuvo la desfachatez de entrar en la agencia de viajes y colocarse a mi lado en el mostrador. Incluso le oí pedir información sobre un viaje al Harz.

—Quizá sea verdad que quiere ir allí. Nunca se sabe. A lo mejor tiene vacaciones dentro de poco.

—Bueno, bueno… En todo caso, fue terrible. Y me costó horrores tomar la seria decisión que debía tomar.

—¿Y cuál es, pues, el veredicto final?

—Lamento mucho decirte—Arthur miró los cordones de sus botas con expresión abatida—que no tendré más remedio que irme a México.

—¡Madre mía!

—Hijo, debes comprender que, con tan poca antelación, las posibilidades son muy limitadas… Habría preferido, con mucho, ir a Río, o bien a Argentina. Incluso estuve barajando la idea de China. Pero hoy en día, en todas partes te piden un montón de absurdas formalidades. Y te hacen toda clase de preguntas estúpidas e impertinentes. Cuando yo era joven las cosas funcionaban de modo muy distinto… Un caballero inglés era bien recibido en cualquier lugar, muy en especial si llegaba con un billete de primera clase en la mano.

—¿Y cuándo te vas?

—Mañana a mediodía hay un barco. Creo que esta noche tomaré el tren nocturno hasta Hamburgo. Es más cómodo y, en general, quizá sea lo más sensato. ¿No te parece?

—Yo diría que sí. Sí…, aunque parece una decisión muy seria como para que la hayas tomado así, de forma tan repentina. ¿Tienes algún amigo en México?

Arthur soltó una risita nerviosa.

—William, yo tengo amigos en todas partes. O quizá, ¿debería decir cómplices?

—¿Y qué harás cuando llegues allí?

—Me iré directo a Ciudad de México, un lugar de lo más deprimente, aunque tengo la esperanza de que haya cambiado mucho desde que estuve allí, en 1911. Luego reservaré unas habitaciones en el mejor hotel y aguardaré un momento de inspiración… Supongo que no me voy a morir de hambre.

—No, Arthur. —Me eché a reír—. Desde luego, ¡no te imagino en absoluto muriéndote de hambre!

Nos animamos. Tomamos varias copas. Nos achispamos.

Llamamos a Fräulein Schroeder, pues había que empezar a preparar el equipaje de Arthur. Al principio, se mostró melancólica y dispuesta a hacer reproches, pero una copa de coñac obró maravillas. Había urdido sus propias explicaciones sobre las razones de la súbita partida de Arthur.

—¡Ay, Herr Norris, Herr Norris! Tendría que haber sido usted más cuidadoso. Un caballero de su edad debería ya tener sufiente experiencia en este tema…—A espaldas de Arthur, me guiñó el ojo, medio borracha—. Ah, ¿por qué no se mantuvo usted fiel a su vieja Schroeder? Ella le habría prestado ayuda, porque ¡lo sabía todo desde el principio!

Arthur, perplejo y algo incómodo, me miró pidiendo explicaciones. Simulé una absoluta ignorancia al respecto. Llegaron los baúles, el portero y su hijo los bajaron de la buhardilla que había en la parte superior del edificio. Mientras hacía las maletas, Fräulein Schroeder aclamaba la magnificencia del vestuario de Arthur. El propio Arthur, alegre y generoso, empezó a repartir regalos. El portero se hizo con un traje, la mujer del portero con una botella de jerez, y su hijo con un par de zapatos de piel de serpiente que eran demasiado pequeños, pero el chico insistió en que encontraría la manera de que le entraran. Las pilas de periódicos y revistas se enviarían a un hospital. Sin duda, Arthur se desprendía de sus cosas con aires de gran señor. La familia del portero se fue, estaban todos agradecidos y profundamente impresionados. Comprendí que estaba naciendo una leyenda.

Y en lo que respecta a Fräulein Schroeder, prácticamente la había cubierto de regalos. Además de los aguafuertes y del biombo japonés, Arthur le dio tres frascos de perfume, loción para el pelo, una polvera, el contenido completo de su mueble bar, dos bonitos pañuelos y, entre muchos sonrojos, un par de aquellos codiciados conjuntos de ropa interior de seda.

—William, me agradaría que tú también cogieras algo. Aunque sólo sea una menudencia…

—Muy bien, Arthur, te lo agradezco mucho…Vamos a ver, ¿tienes aún aquel libro? ¿Aquel que se llamaba *La cámara de tortura de la*

señorita Smith? Siempre me pareció que era el mejor volumen de tu biblioteca.

—¿Es cierto?, ¿lo dices de veras?—Arthur enrojeció de placer—. ¡Es encantador por tu parte! ¿Sabes una cosa?, y ahora te voy a contar un auténtico secreto, el último de mis secretos… ¡Ese libro lo escribí yo mismo!

—No, Arthur. ¡No puede ser!

—Pues sí, te lo aseguro. —Arthur rio de puro placer—. Ya hace muchos años de eso… Fue una indiscreción de juventud de la que siempre me he sentido más bien avergonzado… Se publicó, de forma anónima, en París. Me han contado que algunos de los coleccionistas más famosos de Europa lo tienen en su biblioteca. Es un libro sumamente singular.

—¿Y nunca escribiste nada más?

—¡Nunca, por desgracia! Invierto el talento en la vida, no en el arte. No es una observación original, pero no importa. Y, por cierto, ya que estamos hablando de este tema, ¿sabes que no me he despedido de mi querida Anni? Estoy pensando en que debería pedirle que viniera a verme esta tarde, ¿no te parece que debería hacerlo? Después de todo, no marcho hasta después de la hora del té.

—Creo que es mejor que no, Arthur. Necesitas preservar todas tus energías para el viaje.

—Bien…, ¡ja, ja! Puede que tengas razón. El *dolor* de la partida sin duda será más *severo*…

Después del almuerzo, Arthur fue a echarse un rato para descansar. Yo llevé sus baúles a la estación Lehrter en taxi y una vez allí los deposité en la consigna de equipajes. Arthur deseaba a toda costa que su despedida de la casa no se prolongara demasiado. Cuando salí, el que se encontraba de guardia en la calle era el detective alto. Me miró con interés mientras cargaba el equipaje en el taxi, pero no hizo ningún intento por seguirme.

A la hora del té, Arthur estaba nervioso y deprimido. Nos sentamos juntos en medio del desorden de la habitación. Las puertas de los armarios vacíos estaban abiertas y el colchón, enrollado a los pies de la cama. Sin ninguna razón aparente, yo me sentía inquieto. Arthur se acarició el mentón con desgana y suspiró:

—Me siento como el Año Viejo, William. Muy pronto me habré ido.

Sonreí.

—Dentro de una semana estarás sentado en la cubierta del barco tostándote al sol, mientras que nosotros seguiremos en esta maldita ciudad, totalmente congelados y en remojo. Te aseguro que me das

envidia.

—¿En serio, hijo? A veces desearía no tener que viajar tanto. Soy hogareño por naturaleza. Nada me agradaría más que poder asentarme en algún lugar.

—Bien. Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Yo mismo me hago esta pregunta muy a menudo… Pero siempre parece surgir algo que lo impide.

Por fin llegó el momento de la partida.

Arthur hizo inacabables aspavientos para ponerse el abrigo, perder y luego encontrar los guantes, y darse un último toque a la peluca. Cogí su maleta y salí al recibidor. Ya no quedaba nada que hacer excepto, claro está, lo más difícil de todo: la dura labor que significaba decir adiós a Fräulein Schroeder, que salió del salón con los ojos húmedos.

—Bueno, Herr Norris…

El timbre sonó con violencia, al tiempo que alguien golpeaba dos veces la puerta de entrada. La interrupción hizo dar un brinco a Arthur.

—¡Dios mío! ¿Quién puede ser?

—Supongo que es el cartero—contestó Fräulein Schroeder—. Dísculpeme, Herr Norris…

Apenas había abierto la puerta cuando el hombre que estaba al otro lado la empujó y cruzó frente a ella para entrar en el recibidor. Era Schmidt.

Incluso antes de que abriera la boca resultó obvio que estaba borracho. Se tambaleaba, no llevaba sombrero, la corbata le colgaba hacia atrás por encima del hombro y el cuello duro de la camisa estaba en posición oblicua. Su enorme rostro estaba tan deformado e hinchado que los ojos parecían meras rendijas. El recibidor era un espacio pequeño para cuatro personas. Estábamos de pie, tan juntos que pude oler su aliento. Era repugnante.

A mi lado, Arthur barbotó un sonido ininteligible de consternación; yo, por mi parte, sólo miraba boquiabierto. Por extraño que parezca, su aparición me cogió por sorpresa. Durante las últimas veinticuatro horas había olvidado por completo la existencia de Schmidt.

Se había hecho el dueño de la situación, y lo sabía. Lo que brillaba en su cara era pura maldad. Cerró la puerta tras de sí, dándole una patada, y luego nos examinó a los dos; el abrigo de Arthur, la maleta que yo sujetaba.

—¿Con que poniendo pies en polvorosa, eh?—dijo, en voz muy alta, como dirigiéndose a un público amplio que estuviera a cierta distancia—.Ya veo…, creías poder librarte de mí, ¿no?—Dio un paso hacia adelante y se enfrentó a Arthur, que temblaba asustado—. Por

suerte he venido, ¿verdad? Qué pena, ¿no?…

Arthur emitió otro sonido, esta vez fue una suerte de chillido de terror que pareció provocar la furia de Schmidt hasta la rabia. Apretó los puños y gritó, con sorprendente violencia:

—¡Tú! ¡Criatura repugnante!

Levantó el brazo. Tal vez estaba dispuesto a golpear de verdad a Arthur, en ese caso yo no habría tenido tiempo de impedirlo. En aquel momento lo único que pude hacer fue dejar caer la maleta al suelo. Pero la reacción de Fräulein Schroeder fue más veloz y efectiva que la mía. No tenía la menor idea de lo que significaba todo aquel jaleo, pero no le importó. Le bastó con ver que un hombre desconocido y borracho estaba insultando a su Herr Norris. Lanzó un agudo grito de guerra y cargó contra él. Las palmas de sus manos golpearon a Schmidt en la zona lumbar, y lo propulsaron hacia adelante como si fuera una de esas pequeñas locomotoras que se usan para las maniobras de cambio de vías. Cogido por sorpresa, Schmidt perdió el equilibrio, resbaló y fue a parar al salón, donde cayó, despatarrado y dando con toda la cara en la alfombra. A continuación, Fräulein Schroeder dio la vuelta a la llave. Toda la maniobra no había durado más de cinco segundos.

—¡Menudo caradura!—exclamó Fräulein Schroeder. Tenía las mejillas brillantes y rojas debido al esfuerzo—. Habrase visto, irrumpir aquí, como si fuera su casa. Y además borracho… ¡Puaj!… ¡Cerdo asqueroso!

Pero no le pareció que hubiera nada especialmente misterioso en aquel incidente. Quizá pensara que Schmidt estaba de alguna manera relacionado con Margot y aquel infausto niño. Si lo pensó, tuvo suficiente tacto como para no decirlo. Un impresionante despliegue de golpes procedentes de la puerta del salón me libraron de tener que andar inventando explicaciones.

—¿No le será posible escapar por la parte de atrás?—inquirió Arthur con expresión nerviosa.

—Tranquilo, Herr Norris. La puerta de la cocina está cerrada. —Fräulein Schroeder se dio la vuelta y dirigió sus palabras al invisible Schmidt—: ¡Cállate, sinvergüenza! ¡Espera un minuto y verás cómo me ocupo de ti!

—De todos modos…—Arthur era un manojo de nervios—, creo que ahora deberíamos irnos…

—¿Cómo va a librarse usted de él?—le pregunté a Fräulein Schroeder.

—Oh, no se preocupe por eso, Herr Bradshaw. En cuanto ustedes se hayan ido haré subir al hijo del portero. Se irá pacíficamente, se lo aseguro. Porque si no, lo lamentará…

Nos despedimos a toda prisa. Fräulein Schroeder estaba demasiado eufórica por el triunfo obtenido como para ponerse sentimental. Arthur la besó en ambas mejillas y ella nos despidió, saludándonos con la mano, desde las escaleras. A su espalda escuchamos, con toda claridad, una nueva explosión de golpes sofocados.

Arthur no recobró la compostura hasta que estuvimos en el interior del taxi a medio camino de la estación. Hasta entonces había sido incapaz de hablar.

—Madre mía… Creo que han sido raras las veces que he salido de una ciudad de modo tan desagradable.

—Eso sí que ha sido una despedida entusiasta.

Eché un vistazo hacia atrás para asegurarme de que el otro taxi, en el que viajaba el detective alto, nos estaba siguiendo.

—¿Qué crees que va a hacer Schmidt, William? Quizá vaya directo a la policía.

—Estoy casi seguro de que no lo hará. Mientras esté borracho no le van a escuchar, y para cuando esté sobrio se dará cuenta de que hablar con la policía no le servirá de nada. Además, tampoco tiene la menor idea de adónde nos dirigimos ahora. Lo único que sabe es que estarás fuera del país esta misma noche.

—Quizá tengas razón, hijo mío. Espero que sí. Estoy seguro de que sí. Debo decir que detesto dejarte aquí, expuesto a su maldad. ¿Tendrás mucho cuidado, no?

—Oh, Schmidt no me molestará. Desde su punto de vista yo no merezco la pena. Lo más probable es que encuentre una nueva víctima con facilidad. Me atrevo a decir que en su agenda debe de haber una larga lista.

—Desde luego, mientras estuvo a mi servicio no le faltaron oportunidades. —Arthur asintió, con expresión pensativa—. Y, sin duda alguna, hará buen uso de ellas. La criatura tiene un talento… de tipo perverso. Oh, sí, es incuestionable…, sí…

Por fin todo terminó. Pero antes hubo varios malentendidos con el empleado de la consigna, muchos aspavientos respecto al equipaje, la búsqueda de un rincón adecuado donde sentarse y la entrega de una propina. Arthur se asomó por la ventanilla del vagón, yo estaba de pie en el andén. Aún nos quedaban cinco minutos antes de que partiera el tren.

—¿Le darás recuerdos de mi parte a Otto, verdad?

—Lo haré.

—Y dale un beso a Anni de mi parte.

—Desde luego.

—Ojalá estuvieran aquí.

—Es una lástima, ¿verdad?

—Sí, pero teniendo en cuenta las circunstancias, no habría sido sensato. ¿No te parece?

—Sí.

Yo suspiraba porque el tren arrancara. Ya no teníamos nada más que decirnos, excepto, claro está, las cosas que, a estas alturas, ya no se dirían jamás, porque era demasiado tarde. Arthur pareció darse cuenta del vacío y, como quien da palos de ciego, echó mano de su repertorio de frases hechas.

—Ojalá pudieras venir conmigo, William… Ya sabes que te voy a echar terriblemente de menos.

—¿Ah, sí?—Forcé una sonrisa, me sentía sumamente incómodo.

—Pues claro que sí… Siempre me has sido de gran ayuda, desde el primer momento que nos conocimos…

Me sonrojé. Era asombroso lo canalla que conseguía hacerme sentir. ¿Quizá, después de todo, lo había malinterpretado? ¿Lo había juzgado mal? ¿Me había comportado muy mal con él, aun sin quererlo o saberlo? Para cambiar de tema, le pregunté:

—¿Recuerdas aquel primer viaje? No entendí por qué los oficiales te detuvieron tanto rato cuando cruzamos la frontera. Supongo que ya debían de estar vigilándote, ¿no?

Pero a Arthur no le interesaba demasiado aquel recuerdo.

—Supongo que sí, que ya me vigilaban.

Se hizo un nuevo silencio. Miré el reloj desesperadamente. Aún faltaba un minuto para que el tren arrancara. Arthur tanteó de nuevo.

—Trata de no pensar en mí con demasiada severidad, William… Detestaría creer que…

—Qué tonterías dices, Arthur—hice lo que pude para quitar hierro al tema—. ¡Qué absurdo eres!

—Esta vida es muy compleja. Y aunque mi conducta no haya sido siempre lo bastante sólida, puedo decir, sin faltar a la verdad, que en el fondo de mi corazón, soy y siempre seré leal al Partido… Por favor, ¡dime que me crees!

Era indignante, grotesco, absolutamente desvergonzado. Pero ¿qué iba a responder yo? Si en aquel momento me hubiera pedido que le jurase que dos más dos son cinco, yo lo habría hecho.

—Sí, Arthur. Te creo.

—Gracias, William… Oh, señor, ahora sí nos vamos de verdad. Espero que todos mis baúles estén en el vagón. Que Dios te bendiga, hijo mío. Siempre pensaré en ti. ¿Dónde está mi gabardina? Ah, muy bien. ¿Llevo el sombrero bien puesto? Adiós. Escríbeme a menudo. ¿Lo harás, verdad? ¡Adiós!

El tren, al coger velocidad, separó su bien cuidada mano de la mía.

Caminé un poco por el andén y me quedé de pie, saludando con la mano, hasta que el último vagón del convoy se perdió de vista.

Cuando me di la vuelta para abandonar la estación casi choqué con un hombre que había estado de pie justo detrás de mí. Era el detective.

—Perdone, *Herr Kommissar*—murmuré.

Pero ni siquiera sonrió.

16

A primeros de marzo, después de las elecciones, el tiempo cambió. De pronto se volvió suave y cálido.

—Es el clima de Hitler—dijo la mujer del portero. Y su hijo observó, bromeando, que deberíamos estar agradecidos a Van der Lubbe, porque la quema del Reichstag había fundido la nieve.

—Un muchacho tan bien parecido—observó Fräulein Schroeder con un suspiro—. ¿Cómo es posible que haya podido hacer algo tan horrible?

La mujer del portero resopló.

Nuestra calle tenía un aspecto bastante alegre con las ventanas adornadas con banderas de color negro, blanco y rojo que se recortaban, inmóviles, contra el cielo azul de primavera. En la Nollendorfplatz, la gente se sentaba en las terrazas, con el abrigo puesto, para tomar café y leer las noticias sobre el *coup d'êtat* en Baviera. Göring hablaba por los altavoces de la radio que estaban colgados en la esquina. «Alemania ha despertado», decía. Se había inaugurado una heladería. Los nazis uniformados caminaban de un lado a otro, con rostro serio, como si estuvieran llevando a cabo una misión de gran relevancia. Los que leían el periódico en la cafetería levantaban la cabeza para verlos pasar, sonreían y parecían complacidos.

Dedicaban sonrisas de aprobación a aquellos jóvenes, calzados con botas gruesas y ruidosas, que iban a poner patas arriba el Tratado de Versalles. Y estaban contentos porque pronto llegaría el verano, porque Hitler había prometido proteger a los pequeños comerciantes, porque sus periódicos les explicaban que llegaban tiempos mejores. De repente, se sentían orgullosos de ser rubios. Se emocionaban, como si fueran niños de escuela, y sentían un estremecimiento de placer furtivo y sensual porque, para satisfacción de todos, los judíos, sus rivales en los negocios, y los marxistas, una minoría vagamente definida que no les concernía, habían sido declarados culpables de la derrota y de la inflación y, ahora, iban a pagar por ello.

La ciudad se había llenado de rumores. Hablaban de arrestos ilegales practicados a medianoche, de prisioneros torturados en los

barracones de las SA. Se decía que los habían hecho escupir sobre el retrato de Lenin, que les habían hecho tragar aceite de ricino y comer calcetines viejos. Pero la sonora y airada voz del gobierno sofocaba los rumores, desmintiéndolos a través de sus mil bocas. Sin embargo, ni siquiera Göring podía silenciar a Helen Pratt. Helen había decidido investigar las atrocidades por su propia cuenta. Se pasaba mañana, tarde y noche husmeando por la ciudad, sacando información de las víctimas o de sus familiares, interrogándolos exhaustivamente en busca de detalles. Los desdichados ciudadanos se mostraban reticentes y muertos de miedo. No querían una segunda dosis de la misma medicina. Pero Helen se comportaba de modo tan implacable como los torturadores. Sobornaba, engatusaba, hostigaba. Algunas veces, perdía la paciencia y amenazaba. Francamente, lo que pudiera sucederles después a sus víctimas no le interesaba lo más mínimo. Ella andaba a la caza de los hechos.

Helen fue la primera en decirme que Bayer había muerto. Tenía pruebas absolutamente fehacientes. Una de las personas que trabajaba en sus oficinas había sido liberada y había visto su cadáver en los barracones de la cárcel de Spandau.

—Es curioso—añadió Helen—, al cuerpo le habían arrancado de cuajo la oreja izquierda… Dios sabe por qué. En mi opinión, algunos de estos tipos están simplemente desquiciados. ¿Qué te pasa, Bill? Pareces mareado.

—Lo estoy…—contesté.

A Fritz Wendel le sucedió algo bastante raro. Unos cuantos días antes había tenido un accidente con la moto. Tenía un esguince en la muñeca y se había rasguñado la piel de la mejilla. Las heridas no eran graves, pero llevaba un gran trozo de esparadrapo en la cara y el brazo en cabestrillo. De momento, y pese a que hacía un tiempo espléndido, no quería aventurarse a salir de casa. Por aquel entonces, cualquier tipo de vendaje se prestaba a toda clase de malentendidos, sobre todo cuando, como Fritz, uno tenía la piel oscura y el pelo negro como el carbón. La gente de la calle solía hacer comentarios desagradables y amenazantes. Por descontado, Fritz no iba a reconocerlo:

—Demonios, es que me siento idiota con este aspecto.

Se había vuelto muy precavido. Ya no hablaba nunca de política, ni siquiera cuando estábamos juntos y a solas. «Al final, esto tenía que pasar», fue el único comentario que me hizo sobre el nuevo régimen. Lo dijo sin mirarme a los ojos.

Toda la ciudad se encontraba bajo los efectos de una epidemia contagiosa de temor. Podía sentirlo en mis huesos, como si fuera una gripe. Cuando nos empezaron a llegar noticias de los registros que se

practicaban en las casas, le expliqué a Fräulein Schroeder que yo aún tenía algunos documentos que me había entregado Bayer. Los escondimos, junto con una copia de mi *Manifiesto comunista*, bajo la pila de leña que había en la cocina. Desmontar y volver a reconstruir la pila de leña nos llevó media hora y, antes de terminar, todas aquellas precauciones empezaron a parecerme bastante infantiles. Me avergonzaba un poco de mí mismo, así que, ante Fräulein Schroeder, exageré la importancia y los peligros de mi cargo en el Partido. Ella me escuchó atentamente, con una indignación que iba en aumento.

—¿Quiere usted decir que vendrían a mi casa, Herr Bradshaw? Pero ¡esto es un descaro inadmisible! ¡Ya me gustaría a mí que se atrevieran! Les daría unos buenos tirones de orejas. Desde luego que lo haría.

Una o dos noches después, me despertaron unos tremendos golpes en la puerta de entrada al piso. Encendí la luz y me senté en la cama. Eran tan sólo las tres de la madrugada. Ya estamos, pensé. Me pregunté si me iban a permitir llamar por teléfono a la embajada. Me arreglé el pelo con la mano y luego intenté, aunque sin demasiado éxito, adoptar una expresión de altivo desdén. Pero cuando por fin Fräulein Schroeder salió de su habitación para ver qué pasaba, resultó que los golpes eran de un inquilino que vivía en la puerta de al lado. Se había equivocado de piso porque estaba borracho.

Después de este sobresalto, empecé a padecer de insomnio. Me pasaba las noches creyendo oír el ruido de vehículos pesados aparcando frente a la casa. Permanecía echado en la oscuridad esperando a que sonara el timbre de la puerta. Un minuto. Cinco minutos. Diez. Una de aquellas madrugadas, mientras contemplaba, medio dormido, el papel que cubría el techo justo encima de mi cabeza, de repente vi cómo el dibujo se transformaba en una cadena de pequeñas cruces enlazadas. Y, peor aún, descubrí que todo lo que estaba en la habitación era de una especie de color pardo: pardo verdoso, pardo negruzco, pardo amarillento, o pardo rojizo, pero todo era de un inconfundible color pardo. Después del desayuno y de un laxante me sentí mejor.

Una mañana recibí la visita de Otto.

Debían de ser más o menos las seis y media de la mañana cuando llamó a nuestro timbre. Fräulein Schroeder aún no se había levantado, así que le abrí yo mismo. Estaba en un estado lamentable, con el pelo apelmazado y desgreñado. De una herida en la sien, un hilillo de sangre sucia le corría por la cara.

—*Servus* [Hola], Willi—barbotó. Y de golpe levantó la mano y se aferró a mi brazo. Conseguí impedir que se cayera, aunque no sin dificultad. Pero no estaba borracho, tal y como yo pensé al principio, estaba sencillamente exhausto. Se derrumbó en una de las sillas de mi

habitación y, cuando volví a su lado, tras cerrar la puerta de afuera, ya se había dormido.

Decidir qué hacer con él fue un problema considerable. Yo tenía un alumno que iba a venir temprano. Por fin, entre Fräulein Schroeder y yo nos las compusimos para arrastrarlo, aún medio dormido, hasta el antiguo dormitorio de Arthur, y lo tendimos en la cama. Pesaba lo indecible. En cuanto estuvo echado de espaldas, empezó a roncar. Sus ronquidos eran tan sonoros que podían oírse desde mi habitación, incluso con la puerta cerrada. Y siguieron oyéndose durante toda la clase. Entretanto, mi alumno, un chico joven y encantador que esperaba convertirse muy pronto en maestro de escuela, me exhortaba entusiasmado a no creerme todas aquellas historias, «inventadas por los inmigrantes judíos», sobre las persecuciones políticas.

—En realidad—me aseguró—, los que se hacen llamar comunistas no son más que un puñado de delincuentes, la escoria de las calles. Y la mayoría no tiene ni una gota de sangre alemana.

—Yo pensaba—le repliqué con mucha educación—que usted me había dicho que fueron ellos quienes redactaron la Constitución de Weimar.

Mis palabras lo hicieron vacilar un instante, pero se recuperó enseguida.

—No, discúlpeme, la Constitución de Weimar fue obra de los judíos marxistas.

—Ah, los judíos…, por supuesto.

Mi alumno sonrió. Mis tonterías lo hacían sentirse un poquito superior. Y creo que yo le gustaba precisamente por eso. Un ronquido especialmente sonoro llegó desde la otra habitación.

—Para los extranjeros como usted—comentó cortésmente—, la política alemana resulta muy complicada.

—Mucho—concedí.

Otto despertó más o menos a la hora del té y tenía un hambre feroz. Salí y compré salchichas y huevos, y Fräulein Schroeder le preparó algo de comer mientras él se bañaba. Después nos sentamos todos juntos en mi habitación. Otto fumaba un cigarrillo tras otro, estaba muy nervioso y no paraba quieto. Llevaba la ropa hecha jirones y el cuello de su jersey estaba deshilachado. Tenía la cara llena de surcos. Parecía un hombre maduro, cinco años mayor de la edad que en realidad tenía.

Fräulein Schroeder le pidió que se quitara la chaqueta y se puso a remendarla mientras hablábamos. De vez en cuando intercalaba exclamaciones:

—¿Será posible? ¡Qué barbaridad…! ¿Cómo han osado hacerte algo semejante? ¡Es lo que me faltaba por oír!

Otto nos contó que por aquel entonces ya llevaba dos semanas escondiéndose. Su viejo enemigo Werner Baldow se había presentado en su casa dos noches después de la quema del Reichstag. Lo acompañaban seis de los hombres de sus fuerzas de asalto y se disponían a «arrestarlo». Otto usó esta palabra sin ironía; todo aquello le parecía bastante natural.

—En estos días se ajustan muchas de las viejas cuentas pendientes —añadió, con absoluta simplicidad.

Sin embargo, Otto había escapado saliendo por una de las claraboyas, después de haber golpeado a uno de los nazis en la cara. Le dispararon dos veces, pero no le dieron. Desde entonces había estado deambulando por Berlín. Sólo dormía durante el día, y luego se pasaba las noches caminado por las calles, pues temía los registros que se estaban llevando a cabo en las casas. La primera semana no había sido demasiado mala. Los camaradas le echaron una mano, y se lo fueron enviando unos a otros. Sin embargo, ahora el riesgo era excesivo. Muchos camaradas habían muerto o estaban internados en campos de concentración. En los últimos días había dormido tan sólo a ratos perdidos, hacía siestas cortas en los bancos de los parques, pero nunca conseguía descansar lo suficiente, porque tenía que estar siempre con un ojo abierto y alerta. Ya no podía seguir viviendo así por más tiempo. Al día siguiente abandonaría Berlín. Intentaría abrirse paso hasta el Saar. Alguien le había dicho que aquella era la frontera más fácil de cruzar. Por supuesto, resultaba peligroso, pero aun así era mejor que seguir enjaulado en la ciudad.

Le pregunté qué había sido de Anni. Otto no lo sabía. Había oído que volvía a estar con Werner Baldow. ¿Y qué otra cosa se podía esperar? Ni siquiera sentía amargura al respecto, simplemente, no le interesaba el asunto. ¿Y Olga? Oh, a Olga le estaba yendo muy bien. Aquella notable mujer de negocios había conseguido escapar de la purga utilizando la influencia de uno de sus clientes, un prominente oficial nazi. Luego, otros nazis habían comenzado a frecuentar su local. Tenía el futuro asegurado.

Otto se había enterado de la muerte de Bayer.

—Dicen que Thälmann también está muerto. Y Renn. *Junge, Junge* [Madre mía]…

Intercambiamos rumores sobre otros nombres de sobra conocidos. Fräulein Schroeder murmuraba y meneaba con pesadumbre la cabeza a cada nombre que aparecía en la conversación. Se la veía tan genuinamente disgustada que nadie hubiera dicho que era la primera vez en la vida que oía aquellos nombres.

La conversación derivó hacia Arthur de forma natural. Le mostramos a Otto las postales de Tampico que nos había enviado, una a cada uno, tan sólo una semana antes. Las estudió con admiración.

—Supongo que continúa realizando su labor allí.

—¿Qué labor?

—La labor del Partido, por supuesto.

—Oh, sí—le aseguré a toda prisa—. Seguro que sí.

—Fue muy afortunado al poder irse cuando lo hizo, ¿verdad?

—Sí…, sin duda lo fue.

Los ojos de Otto brillaron.

—En el Partido nos harían falta más hombres como el viejo Arthur. ¡Menudo orador estaba hecho!

Su entusiasmo reconfortó el corazón de Fräulein Schroeder. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Siempre sostendré que Herr Norris es uno de los mejores caballeros que he conocido, el más educado y honesto.

Permanecimos todos en silencio. En la penumbra de la habitación, dedicamos unos segundos agradecidos y reverentes a la memoria de Arthur. Después, Otto continúo hablando. Su tono de voz era el de quien siente una convicción profunda:

—¿Saben lo que creo? Creo que dondequiera que esté, Arthur sigue trabajando para nosotros, haciendo propaganda y recaudando dinero. Y, tomen nota de lo que les digo. Uno de estos días regresará. Y entonces Hitler y su pandilla harán bien en andarse con mucho ojo…

Afuera estaba oscureciendo. Fräulein Schroeder se levantó para encender la luz. Otto dijo que tenía que irse. Había reposado y ahora se sentía bien, por lo que decidió emprender la marcha esa misma noche. Cuando rompiera el alba, estaría lejos de Berlín. Fräulein Schroeder protestó con vehemencia. Le había tomado muchísimo cariño.

—No diga usted tonterías, Herr Otto. Esta noche tiene que quedarse a dormir aquí. Necesita reposar como corresponde. Y estos nazis nunca le encontrarán en mi casa. Antes tendrían que cortarme a trocitos.

Otto sonrió y le dio las gracias con calidez, pero no se dejó convencer. Tuvimos que dejarle partir. Fräulein Schroeder le llenó los bolsillos de bocadillos. Yo le di tres pañuelos, una vieja navaja, y un mapa de Alemania impreso en una postal. La habían deslizado por el buzón de la puerta y era un anuncio publicitario de unos fabricantes de bicicletas. Aun así, sería mejor que nada, pues los escasos conocimientos geográficos de Otto resultaban alarmantes. Si no disponía de una guía, lo más probable es que acabara enfilando en dirección a Polonia. También deseaba darle algo de dinero. Al principio no quiso saber nada y tuve que echar mano del cínico argumento de que éramos hermanos comunistas.

—Además—añadí astutamente—, ya me lo devolverás. Nos

estrechamos las manos con solemnidad para sellar el pacto.

Estaba sorprendentemente alegre a la hora de partir. A juzgar por su actitud, cualquiera hubiera dicho que éramos nosotros, y no él, quienes necesitábamos ánimos.

—Ánimo, Willi. No te preocupes…, nuestro momento llegará.

—Por supuesto que llegará. Adiós, Otto. Buena suerte.

Le vimos partir desde la ventana de mi habitación. Fräulein Schroeder había empezado a llorar en silencio.

—Pobre muchacho… ¿Cree usted que tiene alguna posibilidad, Herr Bradshaw? Le aseguro que hoy no podré dormir en toda la noche pensando en él. Es como si fuera mi propio hijo.

Otto se dio la vuelta una vez. Sonrió y agitó la mano con garbo. Luego hundió las manos en los bolsillos, encorvó los hombros y se alejó a toda velocidad, con el paso firme y ágil de un boxeador. Caminó a lo largo de la calle oscura y larga, en dirección a la plaza iluminada. Allí se perdió entre aquella multitud de paseantes que eran sus enemigos.

Nunca oí o supe nada más de él.

Tres semanas después regresé a Inglaterra. Llevaba ya casi un mes en Londres cuando Helen Pratt se presentó en mi casa. Había llegado de Berlín el día anterior tras haber conseguido, con una serie de artículos inflamados sobre la actualidad, que su periódico fuera prohibido en toda Alemania. Ya le habían ofrecido un trabajo mucho mejor en Estados Unidos. Iba a embarcarse dos semanas después para conquistar Nueva York.

Exudaba vitalidad, éxito y noticias. Estaba claro que la revolución nazi le había proporcionado una nueva inyección de vida. Oyéndola hablar, uno creería que se había pasado los últimos dos meses escondida en el escritorio del doctor Goebbels o bajo la cama de Hitler. Conocía al detalle todas y cada una de sus conversaciones privadas y la información pertinente sobre todos y cada uno de los escándalos. Sabía lo que Schacht le habia dicho a Norman, lo que Von Papen le había dicho a Meissner, y lo que, con toda seguridad, le iba a decir Schleider al príncipe regente dentro de poco. Conocía las cantidades endosadas en los cheques de Thyssen y nuevas anécdotas sobre Röhm, sobre Heines, sobre Göring y sus uniformes.

—¡Santo Cielo, Bill, no sabes qué alboroto!—Estuvo horas hablando.

Por fin, agotadas ya las fechorías de los peces gordos, empezó a abordar las de los más pequeños.

—Supongo que lo sabrás todo sobre el asunto Preignitz, ¿no es así?

—Pues no. No sé absolutamente nada.

—¡Caramba, estás muy poco al día!—La expresión de Helen se iluminó pensando en que aún tenía otra historia que contar—. Verás, la cosa sucedió cuando no había pasado más de una semana de tu partida… Por supuesto, los periódicos trataron el asunto con mucha discreción. Pero un colega mío del *New York Herald* me pasó la información.

Sin embargo, por una vez, Helen no disponía de todos los datos. Como es natural, en esta ocasión desconocía muchas cosas sobre Van Hoorn. La tentación de llenar los vacíos de su historia o, al menos, de dejarle entrever que sabía algo de ella, era fuerte, sin embargo, afortunadamente, no cedí. Helen no era una persona de fiar, no más que un gato ante un plato de leche. Aun así, me sorprendió la cantidad de cosas que su eficiente colega había conseguido descubrir por cuenta propia.

La policía debía de haber vigilado a Kuno desde que emprendimos aquel viaje a Suiza. Desde luego, fueron muy pacientes, porque durante tres meses completos Kuno no hizo absolutamente nada susceptible de levantar sospechas. Pero a principios de abril, repentinamente, se puso en comunicación con París para decirles que estaba dispuesto a reconsiderar el negocio que habían discutido anteriormente. La primera carta que les mandó fue corta y poco concreta. Pero una semana después, presionado por Van Hoorn, escribió otra carta mucho más larga en la que ya daba detalles explícitos sobre lo que se proponía venderles. La envió a través de un mensajero especial, tomó las debidas precauciones y utilizó un código. Pocas horas después, la policía había descifrado todas las palabras.

Se presentaron en su casa para arrestarlo aquella misma tarde. Kuno había salido y estaba tomando el té con un amigo. Su criado apenas tuvo el tiempo justo de llamarlo por teléfono y avisarlo antes de que los detectives dieran con él. Parece que entonces perdió por completo la cabeza e hizo lo peor que podía hacer: se abalanzó sobre un taxi y se dirigió directamente a la estación Zoo. Los policías de civil lo reconocieron de inmediato. Aquella misma mañana les habían pasado una descripción, y ¿acaso alguien podía confundir a Kuno con otra persona? Actuaron de modo harto cruel, puesto que dejaron que comprara un billete para el siguiente tren con plazas libres. Resultó ser el que se dirigía a Fráncfort del Óder. Cuando subía las escaleras para dirigirse al andén, los detectives aparecieron para arrestarlo, pero Kuno estaba preparado y consiguió esquivarlos. Está de más decir que había vigilancia en todas las salidas de la estación. Sus perseguidores le perdieron de vista entre la multitud, pero volvieron a avistarle en el momento en el que atravesaba las puertas giratorias de los lavabos. Se abrieron paso apartando a la gente y cuando llegaron a los baños, Kuno se había encerrado en el interior de uno de los aseos («Los

periódicos dijeron que era una cabina telefónica», apuntó Helen con desdén). Los detectives le ordenaron que saliera. No contestó. Finalmente, tuvieron que evacuar todo el lugar y reventar la puerta. Entonces Kuno se pegó un tiro.

—Ni siquiera consiguió hacerlo como es debido—añadió Helen—. El tiro se desvió. Casi le hizo saltar un ojo. Sangró como un cerdo. Tuvieron que llevárselo al hospital para rematarlo.

—Pobre diablo.

Helen me observó con curiosidad.

—Yo más bien diría que es una buena manera de librarse de la escoria.

—No sé si lo sabes—le confesé arrepentido—, yo lo conocía un poco…

—Vaya, me dejas atónita. ¿De veras lo conocías? Pues lo siento. Mira Bill, tú eres un tipo estupendo, pero debo decir que tienes amistades muy extrañas. En cualquier caso lo que sigue te va interesar… ¿Supongo que sabías que Preignitz era una loca?

—Algo de ello alcancé a sospechar.

—Bien, mi colega estuvo indagando en la historia y consiguió descubrir las razones por las que Preignitz se había metido en este jaleo de la traición. Resulta que necesitaba conseguir dinero rápido porque lo estaban chantajeando. ¿Y quién crees tú que era el chantajista? Pues no era otro que el secretario de ese otro viejo amigo tuyo, el tal Harris.

—¿Norris?

—Correcto. Bien, pues parece ser que su querido secretario… por cierto, ¿cómo se llamaba?

—Schmidt…

—¿Así se llamaba? Sí, el nombre le pega… Pues Schmidt había conseguido hacerse con un montón de cartas que Pregnitz había escrito a algún muchacho. Sólo Dios sabe cómo se las arreglaría para conseguirlas. Debía de ser un material bastante candente para que Pregnitz estuviera dispuesto a arriesgar la piel y pagar para recuperarlo. En su caso, yo habría decidido que no valía la pena, mejor enfrentarse a los hechos. Pero esta clase de gente no tiene agallas…

—Dime, ¿supo tu amigo qué fue de Schmidt después de todo esto? —le pregunté.

—No creo, no. ¿Para qué iba a molestarse en averiguarlo? ¿Qué es lo que acostumbra a suceder con esta clase de bichos? Lo más probable es que esté en alguna parte, en el extranjero, puliéndose el dinero. Al parecer, consiguió sacarle una considerable cantidad a Pregnitz. Y en lo que a mí se refiere, que lo disfrute. ¿A quién le

interesa lo que pueda hacer o dejar de hacer?

—Conozco a una persona—le dije—a quien sí podría interesarle.

Pocos días después de esta conversación, recibí una carta de Arthur. Por aquel entonces se encontraba en Ciudad de México, y no le gustaba en absoluto:

Deja que te aconseje, hijo mío, con toda la solemnidad de la que soy capaz, que *nunca* pongas un pie en esta ciudad odiosa. Es cierto que en el plano material me las he ingeniado para rodearme de la mayoría de las comodidades a las que estoy acostumbrado. Pero la absoluta falta de un círculo social inteligente o, al menos, lo que yo entiendo como entorno inteligente, me aflige de un modo inimaginable.

Arthur no decía gran cosa sobre el estado de sus negocios. Era más precavido que antes al respecto.

> «Son tiempos muy malos, pero en conjunto no puedo quejarme», era lo único que admitía. Y en lo que respectaba a Alemania, no se abstenía de expresar lo que sentía: «Tiemblo de indignación al pensar que los trabajadores están en manos de estos individuos que, digas lo que digas, son más o menos unos *delincuentes*». Y un poco más abajo, en la misma página, decía: «Desde luego, resulta trágico contemplar, incluso en esta época, el modo en que un hombre mentiroso, inteligente y falto de escrúpulos consigue engañar a millones de personas». Y para concluir, rendía un hermoso tributo a Bayer: «Un hombre al que siempre admiré y respeté. Estoy orgulloso de poder decir que fui su amigo».

Volví a tener noticias de Arthur en el mes de junio, cuando me mandó una postal desde California.

Aquí estoy, tostándome bajo el sol de Santa Mónica. Después de México, no hay duda de que esto es un paraíso. Tengo el ojo puesto en una pequeña operación, relacionada de alguna manera con la industria cinematográfica. Espero y deseo que llegue a ser provechosa. Pronto volveré a escribirte.

Escribió, desde luego, y mucho antes de lo que en principio habría previsto. En el siguiente correo recibí una postal fechada tan sólo un día después de la carta anterior: «Ha pasado lo peor. Esta noche me dirijo a Costa Rica. Te explicaré todos los detalles desde allí».

La siguiente fue una carta breve:

> Si México era el purgatorio, esto es el mismísimo infierno.
>
> Mi idilio californiano finalizó, del modo más brutal, ¡¡¡con

la llegada de SCHMIDT!!! El ingenio de esta criatura es definitivamente *sobrenatural*. No sólo me había seguido hasta allí, sino que incluso se las había arreglado para descubrir la naturaleza exacta del pequeño negocio que yo me traía entre manos. Quedé enteramente a su merced. Me vi obligado a darle la mayoría de los ahorros que había ganado con tanto esfuerzo, y tuve que partir de inmediato.

> Imagínate, incluso tuvo la insolencia de sugerirme que debería *emplearlo* otra vez, igual que antes.
>
> No sé si he conseguido borrar mis pistas para que no pueda seguirme hasta aquí. Apenas *me atrevo* a albergar alguna esperanza.

En cualquier caso, las dudas de Arthur no se prolongaron por mucho tiempo. A esta carta siguió muy pronto una postal: «EL MONSTRUO ha llegado. Creo que intentaré huir a Perú».

De vez en cuando me iban llegando destellos de su extraordinario periplo. Arthur tampoco tuvo suerte en Lima.

Schmidt sólo tardó una semana en presentarse allí. La caza continuó, esta vez en Chile. «Un intento de exterminar a la sabandija ha fracasado miserablemente. Lo único que conseguí fue excitar aún más su veneno», me escribió desde Valparaíso.

Supongo que era una floritura verbal de Arthur para decirme que había tratado de que alguien asesinara a Schmidt.

Sin embargo, parece que en Valparaíso se declaró alguna clase de tregua. La siguiente postal, en la que me anunciaba un viaje en tren a Argentina, sugería que la cuestión había entrado en una nueva fase: «Nos vamos esta tarde, *juntos*, a Buenos Aires. Estoy demasiado deprimido para escribirte ahora».

En estos momentos están los dos en Río. O al menos lo estaban la última vez que oí hablar de ellos. Es imposible predecir sus movimientos. Cualquier día, Schmidt puede decidir que hay que partir en busca de nuevos territorios de caza. Y entonces arrastrará con él a Arthur, su quejoso patrón prisionero. Su nueva asociación no será tan fácil de disolver como la anterior. De aquí en adelante, están condenados a deambular juntos por el mundo. Pienso en ellos a menudo y me pregunto qué haría yo si, por alguna desafortunada circunstancia, me los encontrara en alguna parte. No me siento particularmente inclinado a compadecer a Arthur. Después de todo, estoy seguro de que consigue su buena cantidad de dinero. Pero él siente muchísima lástima por sí mismo.

«Dime, William—concluía su última carta—, ¿*qué* he hecho yo para merecer esto?».